

Macarena Muñoz

MEMORIAS FUGITIVAS



Memorias fugitivas

Macarena Muñoz

Esta novela forma parte de una trilogía que lleva el título de
Las memorias (in)ciertas de Ismael Pauli.



Primera edición: marzo 2019

ISBN: 978-84-1331-064-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Macarena Muñoz

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta: DepositPhotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcircularrojo.com

info@editorialcircularrojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

«Every diaspora is the passage from unity to multiplicity...» «[people are] in a stage of perpetual change... You can change, you can be without the Other, you can exchange with the Other while being yourself...»

(Edouard Glissant)

«Solo hay una raza: la raza humana –y todos somos miembros de ella.»

(Margaret Atwood)

«Cuando se trunca la historia, solo nos consuela la memoria.»

(Rosa Wasserman)

«La memoria es el único paraíso del que no podemos ser expulsados.»

(Jean Paul)

«Escribir poesía después de Auschwitz es una atrocidad.»

(Theodor Adorno)

A MI PADRE

que fue un gran historiador.

A MI MADRE

que puede contarte un día una cosa y al día siguiente otra distinta...

A MI HIJA

que fue el punto de arranque de esta novela, como Isabela lo fue para Ismael.

A MI PAREJA

que admirablemente se ha leído mi novela, aunque no haya sido traducida (es que procede de Inglaterra).

A DORI Y CARMEN

que han tenido tanta paciencia y se han leído y releído la novela dándome después tan buenos consejos.

A TODOS LOS AMIGOS Y AMIGAS

que con sus comentarios me han ayudado a mejorar la novela.

A LOS CATEDRÁTICOS DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA INGLESA DE LA
UNIVERSIDAD DE FRANKFURT

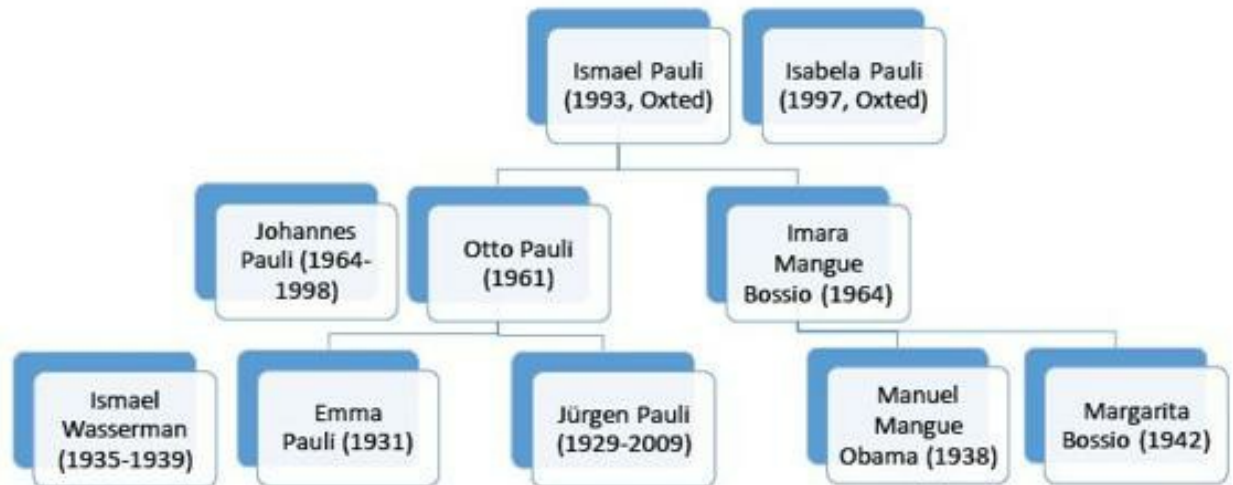
que me descubrieron libros de otros continentes, que me han devuelto el gusto por la buena lectura y me ayudaron a profundizar en temas como el proyecto literario de una novela, que me ha ayudado a tener muy claro desde el principio lo que quería escribir.

A LA CIUDAD DE FRANKFURT

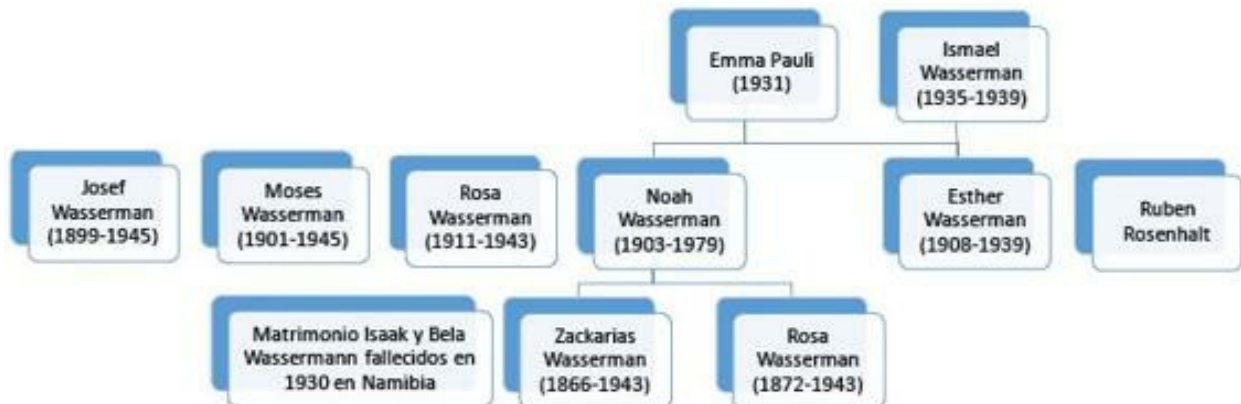
que me ha inspirado

donde llevo viviendo desde 1997.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE ISMAEL PAULI



ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA ABUELA DE ISMAEL PAULI (LOS WASSERMAN)



MEMORIAS DE LA PARTIDA

Dicen que las primeras frases de una novela son esenciales para atraer la atención de los editores o los lectores. Y aquí me encuentro yo, poco convencido de mis dotes literarias, comenzando una novela con bastante inseguridad, pero con ánimo. No soy escritor, ni siquiera aspiro a ello, pero creo que hay más de una razón para que os interese mi historia o, mejor dicho, las memorias de mi familia.

Fueron muchos los recuerdos, las reminiscencias del pasado que me empujaron a meterme en la aventura de escribir, pero me costó trabajo ponerme manos a la obra, empezar, y si lo hice fue, entre otras cosas, por mi hermana pequeña, Isabela, pero también por mi abuela, que vivió y sufrió las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial y que ahora no está en su sano juicio para relataros todo eso; por mi padre, que ha ido acarreado en silencio tantas historias tristes, tantas tragedias acaecidas a lo largo de los siglos, tantas muertes de antepasados y que, aunque no quiera reconocerlo, le pesan demasiado; por mi madre, que esconde bajo su carácter seguro e introvertido una cronología familiar aciaga, una vida marcada por los continuos cambios de residencia, por el tenerse que adaptar a nuevas culturas, a nuevos países, por ser extranjera allá donde viviera, algo que nunca ha sido fácil y, en fin, también por mí.

Os pido que me disculpéis si en el transcurso de mi narración divago y no soy capaz de ceñirme a un solo relato, si os hablo un poco de mi abuela y luego continúo con mi padre o con mi madre. En eso de novelar soy un novato, y la historia de mi familia, como más adelante notaréis, no me ha sido legada de forma ordenada, como una cronología, un libro de memorias o un diario con sus fechas, sino de un modo bastante anárquico, por medio de los pequeños resquicios de memoria que le quedan a mi abuela, por medio de lo que mi padre me ha relatado de lo que aún recuerda y, también, por unos cuantos objetos personales que mi abuela y mi padre guardaron: algunas fotos, un libro, recortes de periódico y no mucho más.

Como veis soy un principiante en eso de escribir y me desvíó de lo que os quería hablar: mi familia.

Isabela, porque por alguien tengo que empezar, es una de las personas más importantes para mí, y no por el hecho de que seamos hermanos, sino porque, a pesar de nuestras diferencias de carácter y de edad, siempre nos hemos sentido muy unidos, muy próximos el uno al otro, y yo, que soy cinco años mayor que ella, siempre me he sentido con la obligación de protegerla, de procurar que mi hermana no se llevara los mismos golpes que yo, que viviera pocas desilusiones, y mi hermana, que es mucho más cabal que yo, no me ha dado hasta ahora motivos para preocuparme.

Puede que me equivoque y que no haya razón para alarmarse, que mi hermana sabe el terreno que pisa. Lo cierto es que hace poco mi hermanita se fue a Southend, una ciudad costera en el sureste de Inglaterra, para mejorar su inglés, y allí conoció a alguien, a un chico muy ligado a un pasado doloroso para mi familia, un pasado enterrado, ignorado, un pasado del que nadie nunca jamás había hablado, del que yo me había olvidado, un muchacho que fue mi mejor amigo de la infancia, el primer gran amigo, y que un día, a lo mejor con previo aviso, aunque no lo recuerdo, se distanció de mí, de tal manera que nuestra amistad se perdió para siempre. Fue tan doloroso.

Pasó hace casi dieciocho años, cuando Isabela y yo vivíamos en Inglaterra, el país donde nacimos, la nación donde se conocieron nuestros padres, aunque ninguno de ellos es inglés, y donde, por motivos que desconozco, mis progenitores decidieron asentarse. Vivieron primero en Canterbury, donde yo nací, después en Oxted, donde vino a este mundo Isabela y donde yo comencé la escuela primaria.

Fue Oxted el lugar donde mi amistad con Tim comenzó y terminó. Debimos hacernos amigos

desde el primer día de escuela y fuimos durante poco más de dos años uña y carne, una amistad que, en su momento intensa, y a pesar del tiempo transcurrido, no he podido olvidar. Recuerdo bastante bien cómo en los días soleados nos juntábamos con otros chicos para jugar al fútbol y en los días lluviosos nos encontrábamos en su casa o en la mía para montar barcos o castillos de Playmobil y dejar que nuestra imaginación creara historias de piratas, de policías, o que volara a la Edad Media o al Imperio Romano. Me cuesta un poco más evocar sus facciones, allí la retentiva está algo velada, es como si algunos de mis recuerdos se hubieran decolorado, velado, pero todavía queda alguna que otra alusión a su figura: sus ojos claros azules o grises, su pelo castaño, sus gafas y su tamaño, un tanto pequeño para su edad.

Tenía ocho años e Isabela tres cuando los problemas entre Tim y yo comenzaron. Hubo diversas contrariedades que aniquilaron ese compañerismo, ese cariño que sentíamos el uno por el otro, de las que no me queda evocación alguna, por más que intente rememorar.

Es todo demasiado confuso. Los recuerdos se agolpan en mi memoria en forma de cortos fragmentos de una película, a la que le faltan kilómetros y kilómetros de fotogramas. Recuerdo frases sueltas de mis padres, en las que siempre se oían los mismos nombres. Uno de ellos era Casandra, la madre de Tim. Recuerdo la escuela, las peleas, mi madre llorando. Recuerdo caras de reproche, quedarme solo en la clase a la hora del recreo, la lluvia...

Lo que pasó fue suficientemente grave como para que mi familia no volviera a hablar de ello, para que todos intentáramos forjar a través del silencio el olvido, para que mis padres decidieran mudarse de la noche a la mañana de Oxted, Surrey (Inglaterra) a Madrid.

Quizás debería contaros algo más del lugar donde Isabela y yo nacimos, Oxted, pero me acuerdo de tan poco; o quizás debería empezar la historia mucho antes de que nosotros nacióáramos, para que sepáis que somos de muchos países y de ninguno en particular, extranjeros siempre, partiendo siempre de un lugar a otro, parcos en raíces, ricos en identidades. Este sentimiento de desarraigo, que no solo nos afecta a mí y a Isabela, empezó mucho antes, con mis padres, con mis abuelos, con mis bisabuelos...

Mi padre, Otto, como ya anuncia su nombre, es alemán, para ser más precisos, de Frankfurt, y procede de una familia, tanto por parte paterna como materna, que lleva siglos asentada en la ciudad del Meno. Debería tener, como posiblemente pensáis, una identidad definida, delimitada por sus raíces y por la ciudad de la que proceden una buena parte de sus antepasados. No es así. Tal vez sea la ciudad, que carece de raíces, o las circunstancias en las que mis antecesores llegaron a esta urbe, o la historia, que no ha jugado a favor de su familia, o el carácter retraído que tiene mi padre, distante a veces, como si no estuviera presente, o todos estos factores que he mencionado los que han engendrado en mi padre ese carácter desarraigado, porque, aunque proceda de Frankfurt, mi padre se siente solo parcialmente identificado con esta ciudad o sus habitantes, es como si la urbe le pesara, le produjera melancolía, le trajera recuerdos que prefiriera olvidar. Dejadme que os cuente un poco más tarde...

Mi madre, Imara, que procede de Guinea Ecuatorial, un país en el que nació y vivió hasta los cinco años, tampoco tiene unas únicas raíces, por mucho que ella defienda ser africana hasta la médula. Desde muy temprana edad su vida ha sido un peregrinar por diferentes países. Mi abuelo, que era secretario personal de un cónsul o ejercía algún tipo de trabajo en las Embajadas de Guinea Ecuatorial, cambiaba constantemente de residencia, lo que llevaba a la familia a viajar y desplazarse por diferentes países: Francia, Inglaterra, España... Este error de un lugar a otro y no permanecer allí más de uno o dos lustros ha originado que mi madre tenga múltiples

identidades, aunque a ella le guste decir que es africana de espíritu y madrileña de vocación, y es que en Madrid ha pasado la mayor parte de su vida.

Los cambios de residencia hicieron de mi madre una políglota. Aprendió las lenguas de los países en los que vivía, lugares en los que recibió una buena educación y fue a colegios de élite, como correspondía a la hija de un empleado consular, de un diplomático, diría mi abuelo. Mi madre, por supuesto, fue a la universidad, en donde estudió Filología Inglesa. La tesis doctoral no podía faltar, y dado su origen, mi madre, o mejor dicho mi abuelo, no pudo pensar en un tema más propicio que la literatura postcolonial. Mi abuelo Manuel, que era de los que creía que lo mejor que pudo hacer Guinea Ecuatorial fue independizarse de España, quería que su hija escribiera la tesis en una universidad inglesa que destacara en la especialidad de literatura africana, en particular, después de la Independencia de la antigua colonia, y que se la dirigiera el especialista más adecuado, alguien que tuviera una visión africana de la problemática postcolonial y que diera a la literatura del continente, en el que había nacido, la importancia que se merecía.

Debió de ser en 1987 o 1988 cuando mi madre empezó con su tesis en la Universidad de Kent, Inglaterra. Mi abuelo optó por mandar a su hija a la ciudad de Canterbury, en donde sabía, por recomendaciones de conocidos, ya que en ese entonces las informaciones no se obtenían vía Internet como ahora, sino por el boca a boca, que trabajaba un joven catedrático de Zanzíbar, llamado Abdulrazak Gurnah, especializado en literatura africana postcolonial.

Este joven profesor, además de brillar en los estudios postcoloniales había escrito su primera novela en 1987 *Memory of Departure* (Memorias de la Partida), lo que le daba un especial atractivo, quién mejor que él, que además era escritor, para dirigir una tesis sobre literatura africana de una joven guineana que brillaba en sus estudios y escribía bastante bien, debió pensar mi abuelo. Puede parecer extraño que tenga tanta seguridad en el nombre del profesor y en la universidad, la razón es que yo, hace un par de años, estudié las obras de Gurnah en la Universidad de Frankfurt, hice incluso un trabajo de investigación sobre él y en ese entonces me sorprendió mucho que mi madre mostrara un gran interés por ese seminario. Se leyó los mismos libros que yo tenía que leer y algunos de los artículos sobre sus obras. Tal interés me pareció tan desbordante que no pude evitar preguntarle:

—¿Por qué tanto interés en Gurnah?

—Él fue la razón por la que fui a Kent, ya sabes, donde conocí después a tu padre... —me contestó.

—No entiendo —dije— ¿Tú y Gurnah...?

—No, hombre —dijo mi madre medio riendo—. No me he explicado bien. Tu abuelo quería que Gurnah dirigiera mi tesis doctoral. Ya lo conoces, se le metió en la cabeza que era el catedrático más adecuado, que yo tenía que colaborar en el enaltecimiento de la literatura africana, que había joyas de la literatura inglesa escritas por africanos y no paró hasta convencerme de que Gurnah dirigiera mi tesis. Luego las cosas no discurrieron como tu abuelo quería. No terminé la tesis, no soy de las que siempre concluyo lo que comienzo. Conocí a tu padre y, bueno, las prioridades cambiaron. Ahora bien, recuerdo todavía con cierta nitidez a Gurnah. Era un buen profesor, lástima que yo no fuera una buena alumna. Mientras yo estaba en Kent publicó dos novelas, *Memory of Departure* (Memorias de la partida) y *Dottie*, o quizás fue *Desertion*, no estoy segura. Reconozco que no leí ninguna de sus novelas entonces, aunque siempre tuve curiosidad, sobre todo la primera, por su título, porque todavía tengo recuerdos

sobre los años que pasamos en Inglaterra y sobre nuestra partida. Por eso, cuando me dijiste que hacías un seminario sobre él, pensé que al menos debería leer una de sus novelas.

—¿Una? Pero si te las has leído todas —le dije.

—Ya. Lo que ocurrió es que después de leer la primera novela que me prestaste, recordé el tiempo de universidad en Kent, cómo conocí a tu padre, y no pude evitar que la memoria viajara otra vez por esos años en la universidad, por el tiempo en que vivimos en Oxted y me dio por pensar en las similitudes entre las historias de Gurnah y nuestra historia, lo que pasó allí...

Me quedé mirando a mi madre esperando que siguiera. A mí no me quedaban apenas más que unos pequeños retazos de memoria, insuficientes para completar el puzle. No sé bien lo que pasó. Incluso la partida es un recuerdo difuso: los camiones de mudanza, la persistente lluvia, los rostros de los vecinos distorsionados tras las ventanas salpicadas por el agua que arreciaba, el silencio.

—... y seguí leyendo —añadió mi madre, tras una breve pausa que se me hizo eterna—. Y con las lecturas recordé, comprendí, traté de reconciliar ese pasado que... Ismael ¿tú te acuerdas de algo? —preguntó.

—De poco —contesté.

—Quizás sea mejor así. De todas formas, no los volveremos a ver en toda nuestra vida. Ellos quedaron allí, nosotros estamos ahora aquí —afirmó.

—Me acuerdo bien de Tim —dije en un intento de mantenerla hablando—. Fuimos buenos amigos por mucho tiempo, casi hasta el final.

—Era un buen chico —comentó—. Me gustaba. Lástima que tuviera esos padres o, mejor dicho, esa madre. Me da pena, sabes. Con esa madre y ese entorno no le quedaban más que dos posibilidades: tragar y ser tal como eran sus padres y las personas que lo rodean o enfrentarse a ellos, y si hiciera lo segundo no tendría paz ni él, ni cualquier persona normal que se le acercara. ¡Ahora, dejémoslo! Hay memorias que no le hacen bien a nadie —concluyó, y se dio la vuelta dejando la habitación. Así es mi madre, desaparece cuando no quiere hablar más de un tema.

Si os menciono esta conversación que tuve con mi madre hará unos dos años es porque tiene que ver con la preocupación que siento hacia mi hermana. Ahora sé que el chico que ha conocido Isabela y del que se ha enamorado es Tim, mi amigo de infancia. Estoy seguro de que es él. Una casualidad tal vez, una broma del destino, pero es él, cruzándose otra vez en nuestras vidas casi dieciocho años después de nuestra partida de Oxted. Por eso, esa conversación con mi madre y sus palabras vuelven a mi memoria, y me parecen tan significativas. Puede que me preocupe sin razón. Ha pasado mucho tiempo y a veces la gente cambia, además, mi madre tiende a exagerar, está en su natura; sin embargo, en esa ocasión, cuando rememoró brevemente nuestra estancia en Oxted, no me pareció que dramatizara. La vi más bien dolida, incapaz de hablar sobre lo que había pasado porque le tocaba demasiado personalmente y le seguía afectando, a mí, debo reconocer, aunque sea poco lo que recuerde, también.

Son muchas las preguntas que me invaden:

¿Podría significar su relación con Tim problemas para ella o para nuestra familia? ¿Qué le espera a Isabela, a nosotros, cuando su familia sepa que ha conocido a mi hermana? ¿Qué ocurrió realmente entre nuestras familias? ¿Qué dirá mi madre cuando se entere que Isabela ha conocido a Tim y se ha enamorado de él? ¿Y yo, y Tim y lo que fue nuestra amistad? ¿Es este “reencuentro” una maldición o una segunda oportunidad? ¿Y para Isabela y Tim? ¿Qué puede significar todo este pasado?

Me gustaría daros la contestación a estas preguntas, y lo haré en cuanto encuentre respuestas.

MEMORIAS FUGITIVAS

Comencé con la intención de contaros todo lo que recordaba de Oxted y de nuestra partida, mas los recuerdos sobre nuestra estancia en esta pequeña ciudad y sobre los últimos meses que pasamos allí son nebulosos, insuficientes para saber con certeza qué ocurrió, memorias tan solo precisas para intuir las razones de nuestra “huida”, de nuestro “éxodo”. Son memorias fugaces, de hace casi dos décadas, las remembranzas difuminadas, casi esfumadas de un niño de ocho años que tenía una gran imaginación y una percepción de la realidad bien distinta a la del joven adulto que ahora soy.

He intentado en diferentes ocasiones reconstruir por medio de la retentiva de otros lo que allí pasó. Mi padre me dice que él apenas recuerda, que tuvimos algunos problemas más de los habituales, que éramos extranjeros en una pequeña ciudad que no estaba acostumbrada a caras “extrañas”, que mi madre no se adaptaba y que quería volver a España, el país de su infancia y adolescencia, donde había crecido y estudiado, donde vivían algunos de sus familiares y amigos, que Oxted era una ciudad de hombres y mujeres con excesivo arraigo a su tierra, demasiado herméticos en sus identidades como para aceptarnos, para tolerar lo que nos diferenciaba de ellos, que Oxted tenía un clima frío y húmedo y mamá quería vivir en un lugar más cálido, que necesitaba sentirse rodeada de gente más amable y cariñosa, que la lluvia la ponía melancólica e iracunda y la volvía irracional, que se estaba deprimiendo en Inglaterra, que él no estaba muy seguro, que le preguntara a ella...

Asumo que, como siempre, mi padre no se enteró de mucho de lo que pasó cuando vivimos en Oxted, o no quiso enterarse, se mantuvo distante, como en tantas otras ocasiones, se mostró o estuvo realmente despistado y vacilante, ocupado con sus trabajos de investigación, delegando el cuidado y la educación de sus hijos a mi madre, y aceptando la decisión final que tomó mi progenitora de mudarnos a Madrid, una ciudad que a mi padre, que domina el castellano, le gustaba posiblemente más que la población inglesa, aburguesada y un bastante elitista en la que vivíamos. Era mi madre, según él, la que se había sentido más afectada en este tiempo, y por tanto era ella, la que debía saber qué había ocurrido, la que debía acordarse de lo que había pasado, la que podía contarme algo concreto.

Yo había conversado con mi madre en alguna que otra ocasión, como ya os referí, sin conseguir mucho, solo constatar que estaba todavía resentida por lo que allí había acaecido y que no quería hablar de ello. Si antes era difícil entablar conversación con ella, ahora es incluso más difícil tratar el tema con ella. Con su nuevo trabajo, como formadora, pasa más tiempo involucrada en proyectos en el extranjero que en casa, lo que hace casi imposible encontrar el momento apropiado para charlar y preguntarle. Siempre pienso que lo haré, que charlaré con ella cuando vuelva de alguno de sus viajes de negocios y la note distendida, pero hasta el momento no he encontrado una buena oportunidad para hacerlo. Las semanas que comparte con nosotros no son demasiadas y a mi madre se le nota a menudo estresada, poco receptiva y, aunque no hay duda de que es y siempre ha sido una persona comunicativa a la que le gusta hablar, conversa siempre de forma selectiva, cuenta lo que le agrada, discute con vehemencia sobre lo que le apasiona, trata los temas con los que se siente identificada, pero evita pronunciarse sobre asuntos que le tocan en lo personal, que le hieren, que le han dejado una cicatriz en la memoria. Así que toca esperar...

Se me ocurrió también comunicarme con Tim y pedir a Isabela su número de teléfono para mandarle un wasap o su dirección de Facebook para contactarle. De hecho, como recuerdo su apellido, White, ya lo he intentado en un par de veces, pero me he arrepentido en el último momento. Sigo sin saber si debo remover en el pasado, no sé si por miedo a lo que me puedo

encontrar o simplemente porque no quiero alterar el rumbo que me he ido trazando desde que resido en Frankfurt, en el que me siento tan cómodo. Igual me animo a escribirle un día de estos, o una noche, un poco ebrio, sin inhibiciones, sumido en un estado semiinconsciente... No, no creo que sea miedoso, pero el hacerme mayor y superar los años de adolescencia, así como el vivir en Alemania, donde todo se calcula, me ha convertido en una persona algo más precavida.

Así que, ¿qué os puedo realmente contar? Digamos que casi nada o muchas cosas. Casi nada si me limito a lo que ocurrió en Inglaterra, o a la relación de mi hermana con Tim, y como no quiero llenaros de suposiciones, sino contaros la verdad o, al menos, algo cercano a ella, para lo que necesito a mi madre o a Tim, no voy a tocar este asunto por el momento.

Sin embargo, son muchas cosas las que os podría narrar si desentierro el pasado familiar y os hablo de mis abuelos, mis bisabuelos, mis tatarabuelos, si os hago viajar al pasado: antes y después de la Primera Guerra Mundial, durante la Segunda Guerra o al tiempo austero de la posguerra europea. Así os llevaría, de la mano de una memoria que no me pertenece, directamente a África, a Alemania y os mostraría cómo bajo el semblante de científico aburrido y despistado de mi padre se esconde una saga familiar que no desmerece a la de otras estirpes, de las que se han escrito un libro o filmado una película. Una crónica de muertes, ausencias, destinos inciertos y pérdidas, llena de sucesos impregnados de tristeza, pero también plenos de esperanza. La dinastía de una familia que empecé a conocer y a ser consciente de su importancia con poco más de diecisiete años, cuando nos mudamos a Alemania. Una historia que fui descubriendo poco a poco, que se me presentó como un puzzle, con piezas sueltas, que tuve que ir uniendo. Por eso, puede que la narración que os presento en las siguientes páginas, os parezca desordenada, a veces caótica, mas ese es el modo en el que fui descubriendo la saga de mi familia paterna, y es la manera en la que os la quiero presentar.

Dejadme que os cuente...

I. EL PRINCIPE DE LAS CATACUMBAS

Durante mi infancia y adolescencia fue mínimo el contacto que tuve con mi padre. En Madrid trabajó como farmacéutico para una empresa ubicada no muy lejos del Aeropuerto de Barajas. Era, a su modo, un genio, un investigador silencioso que no alardeaba de sus hallazgos, pero reconocido y alabado por sus compañeros de laboratorio, dada su profesionalidad y dedicación. Volvía tarde a casa porque se pasaba el día investigando, hablaba poco, se internaba a menudo en la soledad de su habitación, en la que leía sus libros, tomaba notas o escribía las conclusiones de sus investigaciones. Cuando regresaba del trabajo nos preguntaba parcamente qué habíamos hecho en la escuela, esperaba a que la cena estuviera preparada, se sentaba a comer con la familia y conversaba con todos nosotros brevemente, mostrando interés por lo que Isabela y yo le contábamos, pero apenas hablaba sobre lo que él había hecho. Después de cenar, con la excusa de que tenía trabajo pendiente, se refugiaba nuevamente en su cuarto de estudio, donde se le iban las horas restantes del día.

Contemplándolo en retrospectiva, no creo que evitara comunicarse con nosotros o que nos ignorara, como llegué a pensar en los años de crisis adolescente, él simplemente andaba imbuido en su mundo de sus libros, sus teorías y microscopios, un mundo que para nosotros era inaccesible y aburrido, pero que a él parecía colmarle. Por mucho tiempo, me resultó imposible comprender cómo mi madre, una mujer atractiva, impulsiva, emprendedora, aventurera y comunicativa, había podido, no solo enamorarse de él, sino también haber dejado ir pasando los años a su vera, sin hastiarse, sin dudar de su amor hacia él, siéndole fiel, sin que en ninguno de los años que han convivido hubiera atisbo alguno de una grave crisis matrimonial o de una posible ruptura. Parecía como si cada uno de estos dos seres tan distintos se hubiera acoplado de tal forma al otro, a las rutinas y los imprevistos, que eran capaces de esquivar los momentos difíciles de convivencia, distanciarse el uno del otro cuando uno de ellos precisaba su espacio personal y apoyarse mutuamente cuando las circunstancias lo requerían.

Mi padre no era para mí más que una figura sacada de una historia de miedo o de un comic, el misterioso señor de las catacumbas, refugiado gran parte del día en su laboratorio, apareciendo por la tarde con su cartera, tan pesada, que se me antojaba cargada de piedras y reliquias, escondiéndose después de su llegada en su cuartucho repleto de libros y papelotes. Recuerdo vívidamente cómo mi padre, tras abrir la puerta, depositaba esa enorme cartera sigilosa y meticulosamente en el pasillo o la antesala. Parecía como si algo realmente delicado se albergara en ella, algo secreto, que nadie debía descubrir... Al atardecer cogía su cartera y la abría en la soledad de su cuarto de trabajo.

De niño esa cartera se convirtió en un misterio, una obsesión infantil. Sabía que mi padre era farmacéutico, que trabajaba descubriendo nuevas medicinas, tal vez por eso, creía que algo fascinante se escondía en el interior de esa cartera. Fantaseaba imaginando lo que albergaba esa descabalada maleta: pócmias secretas, piedras con propiedades curativas importadas de países exóticos, seres fantásticos que conocían los secretos de la medicina y los poderes mágicos de plantas, animales, minerales, amuletos... Quería abrirla, pero tenía miedo de dejar escapar la magia o los espíritus que allí se cobijaban, que la magia se convirtiera en maleficio y que criaturas malignas salieran y me arrastraran hasta su interior de la maleta, del que nunca más podría salir. Cuántas noches me acosté con el corazón palpitante después de haber acariciado el

objeto prohibido, y tardé en conciliar el sueño excitado y temeroso, porque la maleta se encontraba a pocos pasos de mi habitación. Esas noches en las que yo había osado a tocar la cerradura de la maleta, aunque nunca llegara a abrirla, pasaba miedo, tenía pesadillas y solía hacerme pipí en la cama, lo que, aunque lo simulara y hablara por lo bajito con mi padre, disgustaba a mi madre.

—Tenemos que hacer algo, Otto —decía—. El niño tiene ya casi nueve años y sigue mojándose.

—Dale tiempo, se le pasará —contestaba mi padre anclando su cabeza posiblemente en algún libro o en alguna tesis—. Son cosas de niños.

—Creo que tenemos que llevarle a un psicólogo. Tenemos este problema hace ya muchos años. Empezó en Oxted y en Madrid no ha ido a mejor, a lo mejor tiene que ver con lo que pasó en Inglaterra, a lo mejor tiene que aflorar ese pasado para que deje de mojarse y se comporte como un niño normal... En el colegio los profesores me cuentan que está ausente, que no se concentra en clases —informaba mi madre a mi padre con preocupación.

—Haz lo que creas oportuno —contestaba mi padre con su acostumbrado tono de desidia o resignación, sabiendo que daba igual lo que dijera, que mi madre se encargaría de solucionar cualquier problema, si lo había y, si no, que ella actuaría como le viniera en gana, que más que preguntarle le estaba informando de una decisión que ya había tomado— Yo creo que es un chico normal, pero si tú te quedas más tranquila, llévale a un psicólogo —añadía.

Mi madre decidió que hiciera terapia. Me hicieron muchas preguntas y pruebas. No me quejaba, era entretenido estar en la consulta. A veces jugaba con los médicos al ajedrez, otras veces tenía que encontrar una relación entre objetos o cosas que no tenían aparentemente mucho que ver entre ellos. Me gustaba imaginar esas conexiones y me las ingeniaba para dar una respuesta. Hablábamos de la casa y a veces me preguntaban por Inglaterra. Como no sabía qué contestar, porque era tan poco lo que recordaba, les terminaba hablado de la maleta de mi padre y de los fantasmas y los seres terroríficos que vivían en su interior y que estos a veces me acechaban por las noches para llevarme bien lejos, aunque yo siempre lograba librarme de ellos.

—A lo mejor deberías pedirle a tu padre que abriera la maleta —me decía el doctor—. Así verías lo que hay dentro. Creo que cuando sepas lo que hay en su interior superarás el miedo y dejarán de molestarte esas criaturas, que imaginas que habitan allí.

—Tiene razón —le contestaba yo—. El problema es que si la abro se irán todos esos seres mágicos, puede que incluso la maleta desaparezca o, si no lo hiciera, deje de llamarme la atención, y lo que es peor, mi padre, que es secretamente un mago, dejará de tener poderes prodigiosos y será solo el hombre aburrido que todos creen que es. No, no quiero abrirla.

—Quizás tengas razón —afirmaba el doctor—. Es importante que la magia perdure. No podemos arriesgarnos a que desaparezca. Cuida esa maleta, Ismael, para que la fantasía no muera y, cuando estés preparado para descubrir lo que es real y lo que no lo es, avísame, hablaremos otra vez de ella y la abriremos juntos. Pero eso no lo puedo decidir ni yo, ni tu madre o tu padre, sino tú mismo, cuando te sientas preparado para afrontar la realidad.

Yo no quería perder la imaginación y la fantasía de la que el doctor hablaba, era la que me salvaba del hastío total en la escuela, y si la maleta almacenaba ese tesoro, yo debía defenderla, no dejar que desapareciera de un día para otro. Por proteger la maleta y evitar que la abrieran mi madre o mi hermana, la arrastraba a escondidas por el pasillo, la llevaba hasta el cuarto de trabajo de mi padre y la metía en un armario casi vacío o debajo del escritorio, o en una esquina, donde apenas era visible. Mi padre la buscaba desconcertado al día siguiente, lo cual exasperaba

a mi madre que terminaba por buscarla y, una vez hallada, se la entregaba a mi padre, con un ademán de incomprensión.

—Vaya hombres que tengo, uno tiene demasiado en la cabeza y otro demasiado poco...

Un día mi madre me dijo que no tenía que ir más al doctor, que no me pasaba nada, que tan solo era demasiado listo. Creo recordar que protesté, que quería seguir yendo allí, me gustaba hablar con él, imaginar aventuras, jugar a ser científico o descubridor y solucionar problemas difíciles de matemáticas. El colegio era aburrido, todo era demasiado sencillo, los deberes no tenían para mí utilidad ninguna y las clases eran demasiado lentas, simples. Pero mi madre es mi madre y como siempre tenía que llevar la razón, aunque a veces no haya motivos para ello, así que dejé de visitar al médico.

Pasó casi un año de hastío y aburrimiento total en la escuela y en la casa, interrumpido solo por las aventuras que me imaginaba cada vez que la maleta quedaba al alcance de mi vista.

Un día la cartera de mi padre desapareció y, como por arte de magia, dejé de hacerme pipí por la noche. Mi padre, por su parte, dejó de ser el brujo misterioso de las profundidades y empecé a desdeñarlo.

Tenía en ese entonces unos doce o trece años. Me encontraba entre dos aguas, para algunas cosas era todavía un chiquillo que solo quería jugar, pero en el seno del hogar tenía que demostrar que era mayor, que tenía mi propia voz. Acababa de cambiar de la escuela primaria a la secundaria y con este cambio la magia y los seres misteriosos que me acompañaron durante mi niñez me abandonaron, dejando paso a personajes terroríficos, extraños, espeluznantes, que poblaban los cuadernos de mates, física, inglés, religión, latín o cualquier otra asignatura que se me hiciera monótona y aburrida, bien porque fuera demasiado fácil, o porque los profesores no fueran para mí más que criaturas insulsas, entes que se habían resignado a vivir sin fantasía, que no sabían salirse de lo prescrito en los libros y que no merecían por eso ni mi estima, ni mi atención.

Mi padre había dejado de ser el príncipe de las catacumbas, el brujo de la maleta mágica, el portador de pócimas y espíritus para convertirse en una sombra minúscula, en una de las tantas anodinas caricaturas de mis cuadernos, uno de los personajes desabridos de mis historias que o bien eran aniquilados a la primera de cambio o pasaban simplemente desapercibidos.

Si hubiera conocido por aquel entonces la interesante historia de mi rama paterna, que poco tenía que ver con la fachada aburrida de mi padre, quizás le habría dejado ser el compañero fiel del héroe de mis historias, capaz de dar consejos o de sacar la conveniente anécdota a colación, o de ayudar al protagonista. Mas la crónica de mis antepasados me era desconocida, y mi padre, absorto en su trabajo y ensombrecido siempre por la figura de mi madre, no era precisamente el modelo masculino que un chaval de doce o trece años busca. Si de algo estaba seguro a esa edad era que de mayor no quería ser como él. Por eso, hacía lo posible por desmarcarme, por alejarme de él, no solo físicamente, sino también demostrando con mi actitud que yo era su polo opuesto: agitador, extrovertido, dicharachero, rebelde; un ser que vivía plenamente de cara al exterior, que gozaba con la vida de la calle, con los juegos con los amigos, las risas y el alboroto, que esquivaba la soledad y el refugio, que él tanto apreciaba.

Con los años mis nuevas señas de identidad se radicalizaron. Perdí interés por casi todo lo que era de utilidad o de provecho. Busqué y fui mala compañía. Me rebelé contra todo lo que mis padres decían o intentaban hacer. Descuidé el amor que sentía por mi hermana y el cuidado y protección que siempre le había dedicado a la benjamina de la casa. Debió ser un tiempo difícil no solo para mi padre, sino también para mi madre, que veía cómo yo me alejaba

inexorablemente de todos ellos y, por supuesto, para mi hermana, que siempre había andado detrás de mí como un polluelo, para la que yo era algo cercano a un “icono”, a un modelo a seguir. No me importaban ni la escuela ni las notas, solo ser el Ismael libre que podía hacer lo que le viniera en gana, una persona diferente del señor de las catacumbas, del oscuro ser que había portado esa maleta pesada, como si estuviera llena de piedras, de ataduras.

Pasaron los años. Los cursos en el instituto transcurrieron de forma inerte. Yo me dejaba caer, iba a mi bola, no hacía casi nada, me presentaba a los exámenes y conseguía salvar el curso a última hora con unos cuantos aprobados pelados. Mi madre, que seguramente seguía pasándolo mal con mi actitud, había empezado a desentenderse, a no charlar largamente conmigo, a no suplicar hasta sonsacarme promesas de cambio. Parecía como si hubiese aceptado mi constante rebeldía y desistido de todo intento de cambiarme.

Creo que mi crisis adolescente le había hecho replantearse el sentido de su vida familiar y de su vida profesional. Ella, que se había dedicado a su familia con constancia y relegado a un segundo plano su desarrollo personal, había topado, en lo que respecta a la familia, con un escollo: yo, porque daba igual lo que intentara conmigo. Yo me ofuscaba en ser ese yo desafiante y no quería que los demás decidieran lo que era bueno para mí. Los desoía a todos. Como mi madre debía sentirse impotente ante esta situación, decidió invertir su fuerza y energía en otros derroteros y se entregó por primera vez a la labor de forjarse un futuro profesional.

Pese a su amplio conocimiento de lenguas extranjeras y su don de gentes eran pocas las puertas que se le habían abierto en el mundo laboral, en parte porque siempre había sobrepuesto la familia al trabajo. Así que nunca había desempeñado un empleo que pudiera satisfacerla o colmar sus aspiraciones: teleoperadora, guía turística, azafata de congresos, asistente de dirección o representante, todos ellos trabajitos sin grandes responsabilidades o desafíos.

Un día del año 2008, al poco de haber cumplido yo los quince años, nos anunció que había encontrado un trabajo nuevo en el Departamento de Documentación de Ericsson, Madrid, traduciendo documentos del inglés al español y al francés.

—Puede que tenga que trabajar hasta tarde cada día —nos anunció—. Pero ganaré algo más y podremos darnos unas buenas vacaciones o comprar un pisito en la costa de Almería, como hace años deseamos —añadió.

—Me alegra por ti, Imara —contestó mi padre mostrando una cierta preocupación en el semblante—. Pero... ¿crees de verdad que ahora es el momento adecuado? Ya sabes cómo andan las cosas con Ismael...

—Ahora tengo la posibilidad. He tenido una suerte extraordinaria de encontrar este trabajo dados los tiempos que corren y la crisis que asola a España y, lo acepte o no, no creo que por el momento vaya a cambiar la actitud de Ismael. Es una mala fase de la que él mismo tiene que querer salir por propia convicción y no porque se lo digamos —opinó mi madre.

—Quizás tengas razón... Solo pienso que con nuestro apoyo le costará menos salir de ella —insistió mi padre con la esperanza de hacerla cambiar de opinión.

—Y lo va a tener en todo momento. Yo hablaré con él siempre que me sea posible y tú seguirás dedicándole mucho tiempo, como estás haciendo ahora. Algo que veo y que aprecio de veras, Otto —admitió—. Escucha —continuó— con este trabajo no es mucho lo que para vosotros va a

cambiar. Me veréis menos, tendréis que cenar a veces sin mí y preocuparos más de vuestras cosas, tomar más decisiones, no esperar a que yo os resuelva la papeleta.

—A mí no me parece poco, Imara, pero no te preocupes. Nos apañaremos —contestó mi padre.

—No, mami, no aceptes el trabajo, va a ser un desastre —protestó Isabela, que había escuchado a mis padres y que no dudó en intervenir—. Papá quemará la comida e Ismael se encerrará en su cuarto, como hace siempre. Y nadie tomará ninguna decisión. ¡Te necesitamos!

—Os echaré una mano y prepararé algo el día anterior para que solo tengáis que calentarlo... Os adaptaréis a la nueva situación y veréis que no soy tan necesaria como ahora piensas —le explicó mi madre.

—Da igual que dejes algo preparado o no, lo comeremos frío o quemado, o a papá se le olvidará dónde está el plato, o a qué hora hay que cenar —insistió Isabela—. ¡No te das cuenta de que va a ser un puro desastre! ¡Mami, porfa, no aceptes el trabajo —le imploró— no sé lo que haremos aquí sin ti! —suplicó mi hermana.

—No, Isabela, no le pidas a tu madre que se sacrifique de ese modo y que deje pasar de largo una buena oportunidad —dijo mi padre con condescendencia, pero con cierta energía en su voz—. Tu madre tiene razón, tenemos que espabilarnos y arreglárnoslas sin ella, nos guste o no. Somos mayorcitos. Mamá ha estado haciendo tanto por la familia, sacrificando su propia carrera o intereses y ya va siendo hora de que haga lo que es bueno para ella —concluyó mi padre.

—Gracias, Otto, aprecio tu apoyo. Sabía que podía contar contigo. Yo os quiero muchísimo a todos —informó mamá a Isabela—, pero necesito este reto. Quiero tener mi propia carrera, ver de lo que soy capaz profesionalmente.

Mi madre empezó a llegar a casa más tarde que mi padre. A veces trabajaba los fines de semana para cumplir con los plazos previstos. El trabajo no era tan genial como ella pensaba, porque hacía muchísimas horas extras que no le pagaban. Fueron meses áridos, de poca conversación, de largos silencios seguidos de torrenciales discusiones entre mis padres, a los que el cambio se les hacía difícil. Yo seguía perdido en mi crisis adolescente, haciendo toda clase de barbaridades, siendo expulsado de vez en cuando de la escuela, provocando arrebatos a un padre que poco tenía de iracundo. El pobre intentaba hacer con poco éxito lo que mi madre hasta ahora había hecho: llevar la casa, crear en el seno del hogar armonía, fomentar la comunicación y mantenernos unidos. Con mamá no se podía contar. Estaba estresada, nerviosa, quería brillar en el trabajo y hacía todo lo posible por demostrar que era una gran profesional. A veces, intentaba tomar el control del hogar, con la intención de que mi padre hiciera las cosas como ella las había hecho, aunque, como tenía siempre tanto trabajo pendiente, terminaba por dejar que mi padre arreglara las cosas a su manera. Yo sacaba de quicio a mis padres. Volvía a casa cuando me venía en gana. No estudiaba y me metía en líos. Mi hermana Isabela, como siempre, destacaba en la escuela, ayudaba de vez en cuando a mi padre con la comida y otras tareas del hogar, en fin, era la única que no daba quebraderos de cabeza a nadie.

Mi padre redujo en unas horas su jornada y empezó a llegar más pronto a casa. Aprendió a cocinar un par de platos fáciles, que no le salían mal. Era como un reclamo, nos atraía así hacia la mesa y se sentaba con nosotros a cenar, nos preguntaba sobre lo que habíamos hecho en el instituto, nos hablaba de su adolescencia en Alemania, de cómo había cambiado la juventud de hoy en día. Mi hermana escuchaba dócilmente, pero sin interés. Yo me llenaba la tripa y me encerraba en la habitación o me largaba de casa con la excusa de querer hacer unos deberes con unos amigos. En algún momento empezó a hablarnos sobre la verdadera historia de la abuela Emma.

—La abuela no es realmente alemana —dijo un día—, sino africana.

—Pues no lo parece —le contesté desafiante—. No es negra ni tiene el culo gordo como mamá.

—Es cierto, eso es porque sus padres fueron alemanes —replicó mi padre con cierta calma—, pero la abuela Emma es africana de nacimiento y una parte de su identidad sigue perteneciendo a ese continente.

—¡No te quedes conmigo, viejo! —le contesté—. En esta casa no hay más africanos que mamá y yo. Isabela con ese carácter tan perfeccionista que tiene, lo es solo en parte. La abuela naciera donde naciera es alemana. ¡Ahora, déjame! ¡Me voy a escuchar música!

—¡Espera, Ismael! Tu abuela nació en Namibia y vivió allí hasta los quince años y, aunque sus padres fueran alemanes, ella siempre me ha dicho que es africana en lo más profundo del alma. Me consta que estaba adaptada a su país natal y que se sentía parte de él. Tu bisabuelo, además, no fue un colonizador cualquiera, amó el lugar donde vivieron y se adaptó al modo de vida de Namibia. Estoy seguro de que se hubiera quedado allí con su hija, si no se les hubieran obligado a ella y a su padre a regresar después de la Segunda Guerra Mundial —me explicó mi padre.

—¿Y qué pasó con su madre, con mi bisabuela? ¿Se quedó en África?

—Tu bisabuela intentó dirigirse a Canadá antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, pero eso es otra historia, Ismael. Solo te diré por ahora que tu bisabuela Esther nunca tuvo apego a la tierra africana, que siempre echó de menos su vida en Alemania, que tenía un carácter demasiado germano como para poderse adaptar a un modo de vida tan distinto —intentó aclararme mi padre.

—Y no creo que la abuela o su padre tampoco tuvieran apego a África. Se vinieron a Alemania después de todo —repliqué.

—Sí, pero ya te he dicho que no lo hicieron voluntariamente, que les obligaron a salir del país.

—Puede ser, pero ¿por qué la abuela no nos ha contado nunca nada de su amor a Namibia, de ese sentirse africana que tú me mencionas? —le pregunté desafiante.

—Bueno, sí os ha contado. Lo que pasa es que eráis pequeños y a lo mejor no os acordáis. Os narraba cuando podía historias de su infancia en Namibia, pero como a tu madre no le gustaba oír la hablar de sus años en África, ya sabes lo que piensa de la colonización europea en África y... pues... bueno, procuraba no contaros nada delante de Imara, por eso... —siguió explicándome mi padre, cada vez más titubeante.

—Bueno, y a mí tampoco me gusta oír hablar de esas historias, y creo, como mamá, que la colonización fue un mal mayor para nuestros países. Así que no quiero conversar más sobre la abuela y sobre el pasado. ¡Déjame en paz! Me voy a mi habitación —le dije, metiéndome en mi cuarto y cerrando la puerta con un ademán de enfado en sus mismas narices.

Ciertamente mi abuela nos había contado algo cuando éramos pequeños, y yo lo recordaba, por mucho que quisiera negarlo. Recordaba haber oído que sus padres, mis bisabuelos, emigraron a África antes de que ella naciera y que vivieron en alguno de los países que habían sido colonia alemana, recordaba las leyendas llenas de espíritus y magia que nos había narrado. Mas nunca pensé que ninguna de ellas fuera real, para mí, y seguramente también para Isabela, eran solo historias inventadas para entretener a sus nietos cuando la visitábamos, unos relatos llenos de animales, atardeceres, niños bañándose en los lagos, noches estrelladas, brujos, rituales, dioses benignos, espíritus y seres malignos y libertad. Mi abuela, y de eso sí que no me había olvidado, terminaba las historias con un «en ese entonces me sentía libre y feliz, ojalá pudiera volver allí.» A veces, incluso, se le empañaban los ojos de lágrimas.

Cuando mi abuelo murió en enero de 2009, ya había pasado lo peor de mis años salvajes y me iba encarrilando. Unos meses antes de su muerte, mi padre había logrado convencerme para que estudiara bachillerato y, pese a que mi tutor lo había desaconsejado y a que empecé los estudios de bachillerato con un par de asignaturas pendientes de la secundaria, me esforcé desde el primer día de curso. El primer semestre no me fue muy bien, durante el segundo mi mejora fue impresionante, casi increíble, puesto que terminé teniendo las segundas mejores notas de la clase.

Ese cambio, debo reconocer, era en gran parte obra de mi padre, que, con mucho esfuerzo, tiempo y dedicación hacia nosotros y hacia mí en particular, había conseguido no solo suplir el vacío que había dejado mamá en el hogar tras el cambio de trabajo, sino también reorientarme, hacer que encontrara una meta y que tuviera ganas de hacer algo de provecho con mi vida.

Esas transformaciones, sin embargo, no se produjeron de la noche a la mañana, y papá debió echarle mucha paciencia al asunto. A mí me costó también mucho acercarme a él... No era lo mismo hablar con él que con mamá; papá no tenía don de gentes y no brillaba por su elocuencia, la comunicación con él no era fluida, le faltaba carisma, pero de una u otra forma logró que confiáramos un poco más en él y que en nuestras conversaciones hubiera al menos franqueza. Recuerdo que al principio no sabía cómo sonsacarnos o descubrir nuestras preocupaciones y solo se llevaba contestaciones desafiantes, sobre todo de mi parte. Nuestras sobremesas y tardes deambularon por mucho tiempo entre vacíos y silencios, pero, poco a poco, su insistencia achicó nuestra reticencia a comunicarnos con él y empezamos a charlar de forma distendida, aunque solo se tratara de temas triviales o incluso monótonos. Con el tiempo esas conversaciones insulsas empezaron a animarse, ya no eran silentes y hurañas, plagadas de monosílabos o de temas anodinos, sino que estaban acompañadas de anécdotas e historias de su familia en África o Alemania. Recuerdo esas conversaciones y anécdotas con relativa viveza. Mi padre nos mostraba fotos en blanco y negro de una niña que supuestamente era mi abuela; de un chiquillo que no sabíamos quién era; de unos señores, que debían ser nuestros bisabuelos, siempre vestidos de impecable blanco y muy serios; de una granja erguida en medio de un territorio yermo e inmenso. A veces nos contaba historias sobre mi abuela, cómo se había perdido una vez cuando solo tenía tres años, cómo mi bisabuela había llorado y cómo había sido encontrada, bastante asustada y algo deshidratada, pero sana y salva, por los nativos que trabajaban en la granja. Mi abuela había sido una chiquilla traviesa que protagonizó otras tantas aventuras con niños africanos de su edad, unas anécdotas que mi padre nos las relataba con cierto entusiasmo después de la cena, con las que, a pesar de su parquedad y su limitado talento narrativo, despertaba nuestro interés y lograba que conversáramos entre nosotros.

Creo que nunca me tomé en serio esas historias, pensé que mi padre se las inventaba, como antes se las había inventado mi abuela, para atraerme a su lado. Llegué a pensar que incluso las fotos eran falsas, que allí no estaban retratados ni mi abuela, ni mis bisabuelos. La abuela Emma no era para mí una aventurera que había vivido en dos continentes, sino más bien una figura algo triste, enraizada en su casa, en su barrio de Frankfurt, casi inamovible. No me cuadraban las historias de mi padre, a pesar de que nos hubiera enseñado todas esas fotos y dado detalles que parecían fidedignos, con la figura de mi abuelita, tan menuda, tan frágil. Aunque Emma hubiera nacido y vivido en África, algo que tardé en creerme, no me la imaginaba como la niña algo rebelde que describía mi padre, sino como una niña apocopada, modosita y obediente, como correspondía ser a la hija de unos colonizadores germanos. Esos cuentos de una abuela soñadora

y llena de energía, desafiante a veces, estaba seguro de que eran pura ficción. No eran más que un modo de crear semejanzas entre la familia de mi padre y yo, un medio que mi progenitor utilizaba para acercarse a mí y para que yo me identificara con su familia. Y ese no era el único medio utilizado. Mi padre mostraba una paciencia a prueba de mis continuos rechazos: se sentaba a mi lado e intentaba trabar conversación conmigo, me acompañaba hasta la puerta, aunque yo no quisiera ser acompañado, se interesaba por la música que oía o por los amigos que tenía, aunque nada de ello tuviera algo que ver con su estilo de vida o sus gustos. Y esa dedicación hacia mí surtió, como ya he dicho, en algún momento efecto y comencé a comportarme de forma constructiva, a dejar la senda de la rebelión y las malas compañías.

Mi madre, que seguía un tanto perdida, desconectada de la vida familiar, persiguiendo su quimera: un trabajo ideal; dándole todo por ese sueño, haciendo horas extras, que ni se pagaban ni se compensaban, notó solo mi cambio en el momento en que vio el boletín de notas de final de curso, en el que tenía muy buenas calificaciones. Estábamos a primeros de junio de 2010 y, debido a la enfermedad de mi abuela y la decisión de mis padres de vivir cerca de Emma, nos encontrábamos preparando nuestra mudanza a Frankfurt. Algo que ni yo ni mi hermana deseábamos, a lo que nos habíamos opuesto, mi hermana con lágrimas en los ojos, yo con repentinas rabietas y mal humor, pero a lo que nos habíamos terminado por resignar.

Mi madre, al principio también se había opuesto a abandonar una ciudad señorial y soleada como Madrid para vivir en una ciudad parcialmente desarraigada y gris como Frankfurt, y mi padre en un principio había aceptado estoicamente el cansino ir y venir entre una y otra ciudad, el volar cada dos semanas los jueves por la noche y volver el lunes por la mañana para visitar a mi abuela y asegurarse que la mujer que la cuidaba cumplía, como la única solución que complacía a todos. Y así lo hizo durante los meses que siguieron a la muerte de mi abuelo y no dudo en que lo hubiera continuado haciendo, si el rotundo no a vivir en Frankfurt de mi madre no se hubiera tornado en un sí.

En abril o mayo de 2010, debido a que la crisis económica española no mejoraba y ya que Alemania experimentaba unos años de fuerte crecimiento económico, la empresa en la que mi madre trabajaba, Ericsson, le ofreció la posibilidad de ascender, de tener un trabajo mejor remunerado, más cercano a su profesión de ensueño, si se iba a trabajar a su sucursal en Alemania, con sede en Frankfurt. Allí se necesitaba personal para el departamento de formadores con los idiomas inglés, español y francés, y mi madre, que ya conocía sus productos y dominaba a la perfección las tres lenguas, era ideal para el puesto. El sueldo era como un tercio más que en España, tenía más responsabilidades, debía viajar mucho, pero nosotros ya éramos grandes y nos habíamos acostumbrado a las ausencias de mi madre y a la presencia silenciosa y calmada de mi padre. Además, el estado de mi abuela iba empeorando por días y los dos fines de semana largos que mi padre pasaba con ella al mes no parecían ser suficientes. La abuela sufría alzhéimer y los médicos le habían dicho a mi padre que era necesario internarla y que recibiera el tratamiento médico adecuado, así como las visitas regulares de familiares para que su memoria no se deteriorara tan rápidamente.

Sé que fue mi madre la que realmente decidió que nos mudáramos a Alemania, intuyo que debió haber algún tipo de presión por parte de su empresa (perder el empleo o irse a Alemania). Me hizo que pareciera una concesión hacia mi padre, un sacrificio, aunque no fuera así.

Sé que para nosotros fue difícil, porque nos habíamos habituado tan bien, incluso nos habíamos enamorado de Madrid. Todos sabíamos que este cambio suponía adaptarse a una nueva ciudad, y que no iba a ser sencillo. Frankfurt era una urbe que mi madre había desdeñado siempre por la

frialdad de su clima y sus habitantes, y que a Isabela y a mí nos había parecido siempre tremendamente aburrida, ya que los niños se recluían como muy tarde a las ocho de la tarde en sus hogares, y eso en verano, porque era la hora aconsejada por el ayuntamiento para que se abandonaran los parques infantiles y se respetara el silencio que la vecindad deseaba.

II. LOS QUE ATESORAN LAS PIEDRAS

Llegamos a Frankfurt en el verano del 2010.

Mi abuelo había fallecido en enero de 2009 después de sufrir numerosas enfermedades y padecer múltiples dolencias, algo que mi abuela llevó con estoicismo, pero que le debió afectar. En la primavera de 2009, dos o tres meses después de la muerte del abuelo, justo cuando yo empezaba a sentar cabeza, mi abuela empezó con sus desvaríos. Al principio pensamos que estaba un tanto alterada por el fallecimiento de su esposo y que pasado algún tiempo se repondría y volvería a ser la de siempre. En el otoño de ese mismo año su crisis se acentuó. La pobre desvariaba cada vez más, a menudo contaba historias que inquietaban a todos o se iba de la casa y deambulaba por las calles de Frankfurt sin seguir aparentemente ninguna dirección, hasta que le mermaban las energías. Entonces llamaba a mi padre con el móvil:

—Otto, estoy de nuevo en el cementerio judío. Estoy cansada y quiero volver a casa. ¿Puedes venir a recogerme?

—¡Pero si vivimos en Madrid, mamá!

—¡Ay, se me ha olvidado! ¿Y qué hago ahora?

—¡Quédate donde estás, mamá! —le pedía mi padre—. Voy a encargar un taxi para que te recoja allí y te lleve a casa. ¡Solo tienes que ir hasta la puerta de entrada y esperar a que te recojan! ¿Lo has comprendido? —le preguntaba.

—Creo que sí —contestaba mi abuela.

—Bien. ¡Llárame en cuanto te subas al taxi para que me quede tranquilo! —le pedía mi padre.

Mi padre redujo en noviembre de 2009, tras un par de episodios parecidos al que os he relatado, su jornada en el trabajo. Buscó a una mujer que pasara unas horas a diario con la abuela y que se asegurara que se iba a dormir o que había comido. Con el viernes libre, empezó a volar regularmente a Frankfurt para pasar el fin de semana con ella. Mas la salud de mi abuela mermaba y su soledad aceleraba su deterioro físico y mental.

A principios del año 2010 mi padre comenzó a perfilar la posibilidad de mudarnos a Frankfurt, dado el estado casi crítico de la abuela y sus dudas de que la mujer que la asistía y sus visitas fueran suficiente cuidado, como la única alternativa posible. En la familia a nadie hacía la más mínima ilusión. Yo estaba dejando los años difíciles de la pubertad, descubriendo nuevos caminos, buscándome buenos amigos, trazando metas útiles y mejorando mis notas en el instituto. Isabela tenía un círculo fijo de amigas desde el primer año de la escuela, amistades que apenas variaron al entrar en el instituto, ya que estaba en un colegio con los ciclos de primaria y secundaria, y como ella era una niña afable y cariñosa mantuvo todas las amistades que había hecho en el primer curso, con seis años. Mi hermana era querida y apreciada por todos en el instituto alemán de Madrid. Sus profesores la alababan por su manera de ser, su inteligencia y su diligencia. Tenía las mejores notas de la clase y era muy popular entre sus compañeras. Sus amigas la llamaban constantemente para invitarla a sus casas o venían a la nuestra. Ella, que había llegado a la capital española con solo tres añitos, se sentía madrileña hasta la médula y no se imaginaba vivir en otra parte del mundo, sino en Madrid. Si oía hablar de la posibilidad de mudarnos se echaba a llorar y se encerraba en su habitación. Mi madre por su parte, tan ocupada con su trabajo, decía poco y cuando decía algo era un no categórico. En ese entonces le preocupaba más progresar profesionalmente que su familia. Se había “sacrificado” muchos años,

cuidando de nosotros y creando un hogar ejemplar, poniendo siempre en segundo lugar su desarrollo profesional, así que, ahora que éramos mayores, era el tiempo de resarcir los años perdidos, los proyectos inacabados y alcanzar alguna meta profesional. Por primera vez había encontrado un trabajo que le gustaba y en el que tenía la posibilidad de progresar.

—Si tanto te preocupa la abuela Emma vete una temporada a vivir con ella a Frankfurt, pídetes unos meses sabáticos, pero no nos pidas que vayamos contigo. Yo no quiero vivir en Frankfurt, ni quiero perder mi trabajo aquí —le decía.

—A lo mejor podrías pedir un traslado. Tu empresa también está en Frankfurt —indicaba mi padre.

—No es solo eso, Otto. Hay que pensar en nuestros hijos. Isabela está muy enraizada en Madrid. ¡Tiene tantas amigas aquí!

—Estoy seguro de que Isabela hará nuevas amistades en Frankfurt.

—¿Y qué pasa con Ismael? —le preguntaba mi madre—. No creo que nos podamos permitir este cambio ahora que Ismael está levantando cabeza...

—Puede que tengas razón en eso, Imara —contestaba mi padre—. Ismael necesita afianzarse un poco más antes de que nos mudemos a Frankfurt. Yo pensaba hacerlo en el verano, para que empiece allí el bachillerato —le explicaba.

—No te quepa duda de que tengo razón, y diré algo más, esos meses hasta el verano no son suficientes, y que haga el ciclo superior de secundaria en Alemania me parece una locura. Se juega mucho ¿sabes? Si no le va bien en el instituto, Ismael puede ir despidiéndose de sus estudios universitarios. ¿Por qué no te vas una temporada, arreglas la situación allí y vuelves cuando Emma esté mejor? —le sugería mi madre.

—¿Y tú cómo te las arreglarás con los niños, si tienes tanto trabajo y no paras en casa? —preguntaba mi padre.

—Los niños son muchachotes. Están bien y son bien responsables. El cambio de ciudad les sentará peor que quedarse aquí y asumir más responsabilidades. Solo tienen que aprender a depender menos de sus padres. Ya nos las apañaremos... —opinaba mi madre.

—¿Estás segura, Imara?

—Segurísima. Puedes pasar un periodo largo en Frankfurt. No te preocupes por nosotros. Llevo mucho tiempo organizando todo en casa y me las ingeniaré bien sin ti. Sé que has hecho mucho por Ismael en los últimos años y lo aprecio, Otto. Ahora me toca de nuevo a mí, y lo haré.

—No lo dudo —observó mi padre. Es solo que te veo siempre tan estresada con el trabajo que...

—¡Mira! Empiezo a pensar que te cuesta tanto admitir que la mejor solución es irte por un tiempo a Frankfurt, porque para ti es más difícil que para nosotros quedarte solo.

—A lo mejor —decía mi padre intentando no contradecir a mi madre—, pero Ismael necesita todavía apoyo y hay que dedicarle mucha atención. Acaba de salir de unas cuantas historias chungas y no querría que volviera a los antiguos derroteros.

—Yo lo veo muy estable. No va a pasar nada. Ya me encargaré yo de vigilarlo —asentía mi madre.

—Y si no tienes tiempo —contestaba mi padre, para expresar comedidamente sus dudas, ya que mi madre apenas se había ocupado de nosotros en los últimos dos años.

—Mira, Otto, no busques excusas y haz lo que creas oportuno. Si estás más preocupado por Ismael que por tu madre te quedas en Madrid con nosotros, si tu madre te preocupa más, te vas para Alemania. Yo no quiero mudarme a Frankfurt, nunca me ha gustado esa ciudad, ni sus

habitantes, mirándome siempre por encima del hombro, como si yo no tuviera nada que buscar en su ciudad, y sé que ni me haré a la ciudad, ni aguantaré a sus gentes. Quiero quedarme en Madrid y “de Madrid ir al cielo”, sin pasar en vida por ningún otro lugar, especialmente si ese lugar no es más que un purgatorio.

El primer recuerdo que tengo de Alemania es el del bochornoso día estival de julio de 2010, en el que llegamos a la ciudad de Frankfurt. Los siguientes días no variaron mucho, así que nuestra mudanza estuvo marcada por el calor, la humedad y las breves pero intensas tormentas veraniegas al caer la tarde.

Los cartones de mudanza se hacinaron durante semanas entre el salón-comedor, que era la habitación más grande de la casa, y el sótano. Mis padres se habían incorporado casi inmediatamente a sus nuevos empleos y consecuentemente era poco el tiempo que podían dedicar a desempaquetar. Además, y para que la mudanza fuera aún más ardua, las pertenencias personales de la abuela se habían unido y revuelto con nuestras cajas. Emma estaba ahora en una residencia cercana a nuestra casa y mi padre, tras desalojar el piso de muebles y múltiples trastos en el que la abuela había vivido casi cuarenta años, había apartado todos aquellos objetos, muebles de valor o aquellas pertenencias que tuvieran algún tipo de valor personal o afectivo, los había embalado en cajas o en maletas y los había depositado en el trastero, para que no estorbaran en las labores de saneamiento y reforma de la vivienda, y allí se encontraban cuando el resto de la familia llegó a Frankfurt.

La operación de vaciar las cajas y asignar a cada cosa su lugar se alargó. En Madrid habíamos preparado la mudanza en pocos días y algunos de nuestros enseres y pertenencias habían sido arrojados arbitrariamente en cualquiera de los cartones, sin escribir después lo que allí había. Isabela y yo, ya que nuestros padres no tenían mucho tiempo libre después del trabajo, vaciábamos durante el día alguna de las cajas que llevaban nuestro nombre y abríamos alguna que otra de las que no se habían rotulado y no se sabía lo que contenían. Si eran nuestras cosas llevábamos las cajas a nuestras habitaciones y las vaciábamos, si no, escribíamos lo que contenían y las volvíamos a cerrar.

Intentando organizar algunas de esas cajas anónimas apiladas en el sótano descubrí en una esquina, al lado de las pertenencias de la abuela, la misteriosa maleta que mi padre había acarreado durante años de la casa al trabajo y del trabajo a la casa, cuyo contenido había sido un misterio y una obsesión en los años de infancia. Esa maleta que nunca me había atrevido a abrir por un miedo irracional infantil, ahora me la volvía a encontrar con diecisiete años cuando no me quedaba resquicio alguno de ese temor. Así que la cogí, subí a mi habitación y me dispuse a abrirla.

La maleta era pesada y voluminosa tal y como yo la recordaba. Tenía una pequeña cerradura que no ofreció ninguna resistencia. La abrí. Parecía como si mi padre hubiera acumulado ahí todos los tesoros olvidados de su infancia. Había figuras de animales talladas en madera o en piedra, como elefantes, leones, jirafas; latas con piedras de diversos colores y formas; una caja descolorida de bombones Cadbury, repleta de fotos en sepia, álbumes de fotos, libros y diarios manuscritos.

Las fotos de la caja eran bastante antiguas, algunas estaban un tanto rotas, otras tenían las imágenes tan difuminadas que los allí retratados parecían espectros en vez de personas reales. Me puse a mirarlas una a una, en ninguna de las fotos aparecía mi padre, ni su hermano pequeño Johannes, tampoco había foto alguna en color, eran fotos del tiempo de entreguerras, con más de diez lustros de antigüedad. «Todos estos retratos de familia pertenecen sin duda a mi abuela —pensé—, son sus tesoros de infancia, las fotos de ella y de mis bisabuelos, del tiempo en que vivió en África.»

En ese justo momento recordé todas las historias que mi padre nos había contado cuando todavía vivíamos en Madrid, que él era también medio africano como nosotros, ya que la abuela Emma había nacido en Namibia, que la abuela no había dejado nunca de sentirse africana, aunque sus padres fueran alemanes y llevara viviendo en Frankfurt desde los quince años.

Me acordé de que en ese entonces no había prestado mucha atención a ninguna de esas historias. Como ya os he contado, siempre me pareció que esos relatos sobre el pasado familiar en África eran en gran parte invención, una estratagema de mi padre para ganarse nuestra atención, en especial mi afecto que andaba más que perdido, un truco para lograr alejarme de la vida desenfadada y callejera que había llevado en Madrid. Por mucho que él nos recordara que mi abuela ya nos había contado esas historias y que en mi memoria quedaran algunos, aunque no muy nítidos, recuerdos de la abuela narrándonos cuentos sobre África, por mucho que mi padre nos hubiera enseñado alguna que otra de esas fotos en blanco y negro, para mí que las historias no eran más que simple y pura fabulación, la insípida recreación de mi padre de las fantasías de mi abuela, las estratagemas de un padre desesperado por encarrilar a su hijo adolescente y por estrechar lazos con una hija que entraba en la pubertad y que echaba de menos, aunque no lo dijera, la presencia continua de su madre. Mas aquí, ante mis ojos, estaban de nuevo esas fotos, algunos libros y diversos objetos, pruebas fehacientes de que esas “memorias de África” no eran pura invención. Miré las fotos, los rostros y nombres que desconocía pasaban ahora ante mis ojos constatando lo poco que sabía de ese pasado familiar, del que ahora solo mi padre, dada la poca lucidez mental de mi abuela y su falta de memoria, era el único portador.

Volví a mirar las fotos. Mi abuela aparecía en muchas de ellas: una niña de tres, cinco, ocho o diez años, con vestidos de tono claro, pámela protegiéndola del sol, zapatos oscuros y calcetines blancos. A veces aparecía con unos señores que debieron ser mis bisabuelos o con chiquillos de su edad, sonrientes, pero vestidos con ropa harapienta y, la mayoría de ellos, sin zapatos. Puede que mi abuela hubiera nacido en África, pensé al contemplar esas fotos, pero no era una africana verdadera, esos chicos sí. Al reverso de cada foto estaba escrita la fecha en que fue tomada junto con un pequeño comentario: Emma con cuatro años y medio (25-4-1936), foto familiar en nuestra granja (19-2-1937); Emma ha cumplido hoy ocho años (31-7-1939). Había un par de fotos de Emma con un chiquillo unos cinco años más joven que ella, leí el reverso de las fotos: Emma portando al bebé Ismael (31-3-1936), Emma, Ismael y sus amigos (2-6-1939).

En una caja blanca tallada, que podría ser de marfil, había diferentes figurillas esculpidas en piedra, collares y pulseras hechos de cuero o con pequeñas cuentas. En ella encontré también tres colgantes prácticamente idénticos tallados en madera. Representaban una especie de serpiente erguida, con la cabeza más grande que el cuerpo. En el reverso de cada figurita se podía ver un nombre grabado: Emma, Noah, Esther. Estuve tentado de quedarme con uno de ellos, pero los terminé depositando en la caja de marfil donde los había encontrado.

Seguí curioseando en la caja, hallé un álbum de fotos en el lateral. Lo abrí, en las primeras páginas había algunas fotos de mi padre con su hermano Johannes cuando eran pequeños, una

vez pasado el periodo de infancia había solo fotos de Johannes, en las últimas páginas se encontraban solo recortes de periódico sobre el accidente ferroviario de Eschede. Yo tenía unos cinco años cuando ocurrió el accidente, pero era casi imposible olvidarlo, hubo tantos muertos, mi padre habló tan a menudo de él, mis abuelos estuvieron tan afectados... Coloqué el álbum en su lugar y continué indagando.

En el fondo de la maleta había documentos escritos en alemán e inglés, un cuadernillo negro que parecía un diario y un libro escrito en alemán. Abrí el diario, estaba lleno de números, debía ser el libro donde mi bisabuelo llevaba las cuentas de la granja. El libro, que estaba escrito en alemán, se titulaba *Atlántida* y era una recopilación de poesías y unos pocos relatos cortos de una autora llamada Rosa Wasserman. Recordé que Wasserman era el apellido de soltera de mi abuela, Rosa era posiblemente un familiar de mi abuela. Abrí el libro buscando la foto de la autora o una reseña biográfica sobre ella que no encontré, y una carta se cayó de él. La abrí. Estaba escrita en alemán con tinta y una caligrafía que ya no se usa. La leí. No era muy larga y, perdonadme si la traducción de la carta no refleja con completa exactitud el original, decía lo siguiente:

Frankfurt, 7 de diciembre de 1938

Querido Noah:

Las cosas en Frankfurt han cambiado mucho desde que te fuiste. Hace algunos años dejé de asistir a la universidad, más de cien catedráticos y otros tantos estudiantes fueron expulsados de ella por ser judíos o comunistas. Desde ese entonces me he pasado el día en casa leyendo los libros de nuestra biblioteca e intentando escribir, describir lo indescriptible. Es como si el invierno se hubiera detenido en Alemania y hubiera congelado los corazones y los ojos de casi todos sus habitantes.

Hace un mes la joyería de nuestro padre fue arrasada. No solo las fuerzas de Hitler tomaron parte en tal destrozo, sino vecinos, clientes, conocidos y amigos de nuestro padre. Desde esa noche ni él ni mamá pueden conciliar el sueño o salir a la calle por miedo a ser detenidos...

Recibimos tus cartas, padre no quiere embarcarse a Namibia. No tiene energía para empezar de nuevo, pero yo, yo sí quiero ir. Por favor, escríbele de nuevo, convéncele para que me deje a mí. La vida no tiene ningún sentido aquí, no en este momento, ni tampoco en los años venideros.

Le entrego esta carta a Rubén, el hermano de mi querida tía Esther. Él ha decidido partir con su familia hacia Toronto, Canadá. Yo me quería ir también, pero padre no me dejó. Le he pedido que te la envíe desde Francia o Inglaterra. No sé si desde Alemania llegaría a salir.

Te la mando junto con mi libro de poemas y relatos cortos. Lo publiqué hace siete años, cuando Frankfurt era el único lugar del mundo en el que quería vivir, cuando nuestra ciudad se asemejaba a la Atlántida perdida.

El libro tiene más posibilidades de sobrevivir en Namibia que aquí, cuídalo.

Muchos saludos de tu hermana pequeña

Rosa Wasserman.

Doblé la carta. La metí en el libro. Fui metiendo el resto de los objetos encontrados con cuidado, intentando colocar todo lo que allí había en su orden original. Cerré la maleta, con la sensación de haber liberado por mi curiosidad espíritus que habían residido en un lugar incierto por mucho tiempo, con la sensación de que esa intromisión había abierto puertas y caminos, aunque sin certeza si era necesario abrir y revivir ese pasado o no, si era necesario indagar.

Esa noche soñé que era otra vez el niño de nueve o diez años obsesionado con abrir la maleta, tanto, que en un despiste de mi padre la abría y de su interior salían los fantasmas de mis

tatarabuelos, de mi tío Johannes, que había muerto en un accidente ferroviario, y otras tantas figuras a las que no reconocía con exactitud. Una muchacha joven me decía:

—Tú nos has dejado salir, tu nos has liberado. Ahora nuestro pasado es tu pasado.

A mi abuela le diagnosticaron alzhéimer en la primavera de 2010, unos meses antes de que nos mudáramos a Frankfurt.

Mi padre voló inmediatamente e hizo las diligencias precisas para que mi abuela ingresara en una residencia de ancianos. Tuvo suerte, un par de meses antes de nuestra mudanza una residencia en el barrio de Eschersheim, muy cerca de nuestra futura casa en Frankfurt, la aceptaron con relativa rapidez.

Mi padre, que había estado yendo y viniendo a Frankfurt medio año antes de que nos mudáramos se encargó también de preparar la vivienda de mi abuela, para que tuviera las comodidades que una familia con dos hijos adolescentes precisa. Los abuelos habían construido esta vivienda en los años sesenta, cuando esa parte de la ciudad empezaba a crecer. Habían adquirido un terreno relativamente económico y habían edificado su casa con los estándares del momento. Los años pasaron, en algún momento mis abuelos perdieron las energías o las ganas de mejorar la casa, de reformar los baños o poner una nueva cocina, de pintar la casa o cambiar el mobiliario. Mi padre, que era tras la muerte de su hermano el único heredero, pensó que era mejor arreglar la casa y acomodarla para nuestra familia que venderla para comprar otra. Mi abuela había vivido en un barrio de clase media más bien alta, relativamente central y que estaba bien comunicado. Era un buen lugar.

—Sin duda que lo es —decía mi madre—. No tengo nada en contra de vivir en esa casa, a lo que me niego es a vivir sin las comodidades mínimas. Sabes que solo hay un baño incómodo y un aseo diminuto, lo que para cuatro personas me parece insuficiente. Tu madre no ha reformado o cambiado nada en la cocina en cuarenta años, los muebles, que están casi inservibles, son del año de la polca, los electrodomésticos funcionan mal, si es que todavía lo hacen. Tenemos otros problemas, como la caldera de la calefacción que está rota y cuya instalación es demasiado antigua. Habría que cambiarla completamente. Necesitamos algo más moderno... o reformar la casa.

—Podemos mudarnos e ir adecuándola poco a poco —proponía mi padre.

—¡No! Conociéndote a ti, no se cambiará nada. Si quieres que vivamos allí, lo mínimo es que la cocina y los baños se reformen, que se instale un nuevo sistema de calefacción, que los trastos desaparezcan y la casa se pinte —contestaba mi madre—. Si no, vendemos la casa y compramos una nueva.

—No es tan fácil como lo pintas. Todavía pertenece a la abuela y aunque no esté en su sano juicio no se puede vender.

—Pues la arreglamos. Te propondría que la alquiláramos, pero tal como está...

—¡Está bien! —Decía mi padre—. Iré gestionando las obras como pueda, pero no creas que va a estar todo listo para cuando nos mudemos.

Mi madre terminó aceptando que lo mejor era vivir en la vivienda de la abuela y mi padre se encargó de encontrar a los albañiles y de contratar a un servicio para que vaciara la casa de todos los muebles y enseres. Supongo que antes de vaciarla completamente debió de almacenar con prisa todos los objetos de la abuela que para él tenían algún tipo de valor material o sentimental y

los depositó en el sótano de la casa, y, conociendo a mi padre, posiblemente se olvidó totalmente de ellos, y seguramente no se habría acordado si yo no hubiera encontrado la maleta.

El hallazgo me inquietaba, por lo que no pude evitar hablar con mi padre sobre ello unos días más tarde. El primer intento fue más bien fallido. Mi padre se sintió molesto, porque había curioseado en sus cosas y me explicó muy parcamente quién era el Ismael de las fotos. En esos días andaba muy atareado entre el trabajo, la mudanza y las obras en la casa. Decidí esperar algún tiempo antes de volver a preguntarle.

—Papá, siento haber fisgoneado en las cosas de la abuela, pensaba que eran nuestras, y solo después de abrir la maleta y echar un vistazo, me di cuenta de que eran pertenencias de la abuela Emma. No quería incomodarte ni entonces ni ahora, pero no me quito de la cabeza lo que vi en la maleta, tantas cosas y personas de las que no sé nada y...

—¿... y te gustaría saber más?

—Bueno, sí.

—Me alegra que sea así, y perdona que reaccionara como lo hice. Entre las obras en la casa, que no se han terminado todavía, tu madre, que se las pasa quejándose por tener todo empantanado, y los albañiles, que aparecen cuando les viene en gana y arreglan lo que quieren, me están volviendo loco.

—Comprendo —asentí.

—La verdad es que yo quería contarte algo más de la familia. Ya empecé en Madrid, cuando te hablé del origen africano de la abuela, ¿te acuerdas? Si no profundicé en ese momento fue porque dio la impresión de que no me creías, pero ahora, si de verdad quieres saber más, me pondré a ello en cuanto esta casa no esté patas arriba, te lo prometo.

—Tienes razón, entonces no te creí, pero ahora... ahora sí. Y si te soy sincero, lo que allí he visto me inquieta. Tengo la impresión de que no sé mucho sobre nuestra familia, y de que todo lo que desconozco es... —no pude terminar la frase.

—¿Piensas que es quizás oscuro, deprimente, algo que no debe ser contado?

—Sí, bueno, no sé...

—Yo tampoco estoy seguro de si debo contarte todo lo que sé, Ismael. He acarreado estos recuerdos por tanto tiempo, me he acostumbrado a su presencia silenciosa y no sé si quiero compartirlos completamente o no.

—¿Por qué los has guardado entonces tan cuidadosamente? —le pregunté—. Podías haberlos tirado.

—Tienes razón, pero tampoco pude hacerlo. Un día, clasificando los papeles de la abuela, me encontré todas esas cosas que has visto en el maletín. La abuela las tenía en una caja de cartón algo descolorida y rota, pero todo estaba ordenado, como si fuera un tesoro, como si tuviera en mente hacer algo con ellas, por ejemplo, escribir unas memorias. Pensé un momento y decidí guardarlo todo, porque ahora que está enferma, estos objetos son sus únicas memorias, porque me pareció que, si los había atesorado por tanto tiempo, era porque quería que se mantuviesen y transmitiesen. Desafortunadamente, yo no soy el indicado para hacerlo, no sé cómo ni qué podría contar.

—Pues encerrarlos en una maleta y arrinconarlos en el sótano, no es precisamente una buena forma de transmitirlos —opiné.

—Ya lo sé, Ismael. Era un lugar provisional. Pensaba sacarlos de allí e intentar que tuvieran su propia voz, pero no sé cómo dársela. No sé por dónde comenzar ni qué decir. ¿Podrías tú?

—¿Yo?

—Sí, tú. Escribes muy bien, como tu madre, quizás pudiéramos dar voz juntos, yo con lo que recuerdo, con estos objetos y los testimonios que la abuela nos ha dejado, y tú con tu talento, a las memorias de Emma, a sus recuerdos.

Recordé el sueño, quizás las voces perdidas eran ahora mías. Había fisgoneado en las remembranzas de mi familia paterna sin saberlo, y me había topado con un pasado que necesitaba y que quería ser contado. Tenía solo diecisiete años y no sabía si iba a poder...

—Bueno, es solo una idea. No tiene que ocurrir de un día para otro —comentó mi padre al ver que yo no reaccionaba ante su propuesta—. Esos papeles, fotos y recuerdos llevan décadas, algunos incluso siglos sin voz. Así que podemos esperar unos cuantos años más. Antes de poner manos a la obra, tienes que entender los pesares y los sentimientos de tus antepasados, lo que les ha movido a peregrinar de uno a otro continente, tienes que descubrir las diferentes caras de tu abuela, conocer con cierta exactitud lo que vivió en Namibia y en Frankfurt. ¿Comprendes?

—Creo que sí.

—Con esa cara que me pones no lo parece.

Pensé en la abuela Emma llegando aquí, a Frankfurt, con quince o dieciséis años, en el tiempo de postguerra con la ciudad en ruinas... En ese tiempo de entreguerras, debió ser para ella mucho más difícil adaptarse a la ciudad del Meno de lo que lo fue para Isabela y para mí. No sé, si era eso lo que mi padre quería que entendiera, que mi abuela había sido extranjera toda su vida, que ese ir y venir de un sitio para otro había perseguido a nuestra familia durante varias generaciones y no era siempre fácil de llevar, y que yo, no solo tenía que conocer la historia de mis antepasados, sino también entender sus pesares.

—Sí, seguro —contesté—. No hay tantas diferencias entre la vida de la abuela Emma y la nuestra.

Mi padre asintió.

—Y —replicó mi padre— llevará tiempo que te cuente todo lo que recuerdo, y más aún que entiendas lo que ha significado para nosotros, lo que hemos venido sintiendo, al no saber a qué país pertenecemos. Cuando llegue el momento de que te pongas manos a la obra lo sabrás, Ismael, podrá ser en cinco o diez años, o quizás en la edad madura, o de viejo. No creo que ahora tengas la edad apropiada para ponerte a escribir, lo debes hacer cuando te sientas preparado, solo te pido que consideres la posibilidad de escribir las memorias de nuestra familia algún día.

—Bien —asentí—. Lo tendré en cuenta. ¿Puedo pedirte ahora algo, papá? —le pregunté.

—Claro, Ismael.

—Es que había algo en la maleta que me llamó mucho la atención y me gustó, una caja que tenía, entre otras cosas, tres figuritas de madera representando una serpiente, de esas que se usan como colgantes. ¿Me podría quedar con una de ellas?

—¿Los amuletos? No sé, prefiero dártelos cuando te cuente lo que sé de ellos, no antes. ¿Trato hecho?

—Si tiene que ser así...

—Pues sí, tendrá que ser así —concluyó mi padre.

De pequeños no habíamos tenido demasiado contacto con nuestros abuelos de Frankfurt. Mis abuelos maternos vivían en Londres, pero tenían un apartamento en Madrid en donde pasaban las vacaciones y, como nosotros vivíamos allí, los veíamos bastante a menudo. Los abuelos

paternos, sin embargo, eran para Isabela y para mí grandes desconocidos, que visitábamos a lo sumo una vez al año.

Nuestra familia siempre había sido la rama extraviada del clan alemán, todos los familiares de mi abuelo Jürgen vivían en Alemania, muchos de ellos en el mismo Frankfurt, y los que no residían allí habían echado raíces en alguna ciudad de la región de Hesse, como Wiesbaden, Fulda o Kassel, que no quedaban muy lejos de la capital financiera alemana, y habían anclado allí, en cierto modo, a mi abuela, que, creo yo, era solo alemana o ciudadana de la metrópolis de los rascacielos y los bancos, solo circunstancialmente. Isabela, nuestros padres y yo éramos los únicos miembros de esa familia que vagaban de un país a otro sin asentarse completamente en ninguno.

Al año pasábamos tan solo una semana, a lo sumo dos, con los abuelos de Frankfurt. Mi madre decía que era suficiente, que no sabía de qué hablar con ellos y que se le hacía difícil comunicarse en un idioma que no manejaba tan bien como los otros, porque para mi progenitora el alemán era una lengua enrevesada y escurridiza que se le atragantaba, en la que no se sabía cuándo una palabra era masculina, femenina o neutra, en la que las palabras eran demasiado largas, las frases complicadas, ilógicas y desordenadas y el ritmo abrupto. Pese a todo, yo siempre creí que en realidad había otras razones por las que no quería quedarse demasiado tiempo con los abuelos de Frankfurt.

De pequeño pensaba que no se entendía con el abuelo Jürgen, ya que él siempre andaba malhumorado y era demasiado cuadrado en carácter, por lo que un espíritu africano nunca podría sentirse cómodo a su lado. Hoy pienso que su negativa constante a ir a Frankfurt tenía que ver también con el hecho de que mis bisabuelos, y mi abuela en cierta medida, habían sido colonos en África, y con el modo en el que mi madre, como africana, entendía e interpretaba el pasado colonial europeo. Puede que mi madre no se sintiera cómoda hablando el idioma de Goethe, que es costoso aprender, y que prefiriera cualquier otra lengua, ya que, aunque no sintiera aversión por los alemanes, tampoco era su pueblo favorito, pero esto no eran más que excusas, porque ella, como ya os he contado, tenía un talento natural para los idiomas y el alemán, aunque no fuera su lengua fuerte, lo hablaba con cierta gracia y soltura, y la verdadera razón era que no se sentía a gusto en compañía de sus suegros.

Un día mi abuela salió de la residencia por la mañana, sin que nadie se diera cuenta, sorteando de alguna forma a médicos, enfermeras y vigilantes. A mi padre le llamaron a eso de las diez, cuando se dieron cuenta de su desaparición. Se informó a la policía y a algunas cadenas de radio, que se apresuraron en emitir el mensaje. Era domingo, estábamos todos en casa. Mi padre reaccionó con su acostumbrado aplomo, mi madre tildó de incompetente al personal de la residencia y se imaginó cómo los íbamos a llevar a juicio si le pasaba algo a la abuela.

—Tranquila, Imara, sé dónde está —dijo mi padre—. Voy a buscarla. ¿Ismael, vienes conmigo?

—Tú siempre tan tranquilo ¿y si no la encuentras? —le preguntó mi madre.

—Si no está donde creo que la voy a hallar empezaré a preocuparme. ¿Vienes, Ismael?

Encontramos a la abuela en el sitio esperado, en el Nuevo Cementerio Judío, frente a la tumba de su padre Noah y la de sus bisabuelos. Mi padre se acercó y mi abuela lo reconoció esta vez, aunque no siempre lo hacía.

—Otto, ¿qué haces aquí?

—Eso mismo te quería preguntar yo, mamá.

—Ya ves, visitando a mi padre y a los abuelos. Me gusta brindarles tributo. Les he traído flores.

—Me parece muy bien —le contestó mi padre.

—Aunque aquí están sus lápidas, los abuelos no pudieron ser enterrados aquí, ¿lo sabías?

—Sí.

—Los metieron en una fosa común en algún lado y hasta ahora no los han podido localizar ni identificar o, quién sabe, a lo mejor fueron reducidos a cenizas y han desaparecido para siempre... Yo vivía entonces en Namibia y nunca llegué a conocerlos.

—Lo sé...

—Papá siempre me hablaba de ellos, de la joyería, de cómo mis antepasados levantaron hace un par de siglos el negocio familiar, de cómo todo fue barrido, reducido a escombros en muy poco tiempo, en solo una noche. Mi padre también, aunque no viviera en Alemania, se quedó sin granja y sin pertenencias cuando terminó la guerra. Lo perdimos todo allí, lo único que salvamos fue nuestra propia vida. Salimos de Namibia con cuatro pertenencias, llegamos a esta ciudad, que era tan deprimente y desoladora, y tardamos algún tiempo en habituarnos, en ser parte de ella. Me alegra y me duele tanto al mismo tiempo hablar del pasado. Echo de menos la granja que tuvimos, a mi padre, a Johannes y a mi marido Jürgen. Fue un buen padre ¿verdad? —le preguntó mi abuela que parecía tener cierta lucidez ese día.

—Claro, madre. Papá fue siempre bueno con nosotros. ¡Volvamos ahora a la residencia!

—¿Sabes que teníamos una granja en África?

—Sí, claro, y la perdisteis.

—¿Qué perdimos? —preguntó la abuela que parecía empezar a perder la coherencia que la había iluminado hasta ahora.

—La granja, madre —le indicó mi padre.

—¡Ah! ¡Sí! Y también a Ismael y a mi madre y a Johannes. Perdimos tanto, tanto, Otto —nos dijo la abuela con lágrimas en los ojos.

—¡Tranquila! Vamos, es hora de regresar.

Mi abuela se volvió hacia mí con la mirada perdida, con seguridad no me había reconocido. Mi padre la tomó del brazo para conducirla al coche. Ella se resistió por un momento y permaneció parada observando las tumbas familiares, pero no tardó mucho en seguir a mi padre.

Observé el cementerio y las lápidas de mis antepasados. La losa de mi tatarabuelo Zackarias había sido en algún momento de la historia seccionada por la mitad y después restaurada. Una línea divisoria casi invisible y una leve diferencia en el color de las dos partes atestiguaban de forma simbólica el carácter de la ciudad de Frankfurt. Una urbe que hoy en día estaba unida y dividida, en la que había guetos, aunque estos no fueran totalmente visibles, una metrópolis que, a veces, era conciliadora con sus minorías y, otras, las apartaba despiadadamente. Esa ambivalencia había existido en Frankfurt a lo largo de la historia, y es que aquí la conexión y la división han convivido la una con la otra hasta hoy en día.

No recuerdo cuándo supe que mis bisabuelos y, por consiguiente, también mi abuela, eran judíos. Tal vez fue la abuela Emma la primera en mencionarlo, aunque lo dudo, ya que no me

acuerdo de haber ido ni a la iglesia con mis padres, que eran los dos cristianos, ni a la sinagoga con mis abuelos paternos. Puede que el primero en mencionarlo fuera mi padre durante mis tiempos rebeldes en Madrid, pero de eso tampoco queda atisbo alguno en mi memoria. La verdad es que, cuando abrí esa maleta con las pertenencias de mi abuela, lo que sabía de ella se reducía a algunas memorias fugaces de la infancia, a cómo nos contaba cuentos sobre África cuando éramos pequeños, a las canciones que nos cantaba en alemán... y a su figura algo más triste, vestida de negro, tras la muerte de mi tío Johannes.

Todo este desconocimiento sobre mis raíces judías se debía a que nunca habíamos pasado demasiado tiempo con los abuelos de Frankfurt, en gran parte porque mi madre había hecho todo lo posible para reducir nuestras vacaciones en Alemania, con uno u otro pretexto, y mi padre, como era típico en él, dejaba que así fuera para evitar conflictos. Lo que sabía sobre mi familia paterna hasta ese momento era poco y se basaba principalmente en lo que mi padre, hombre parco en palabras, me había contado. Sabía que mi abuela nos había narrado a escondidas de mi madre fábulas en las que hablaba de animales, de plantas mágicas, de personajes enigmáticos o malignos, pero de esos cuentos no me quedaban demasiados recuerdos y siempre me parecieron que eran leyendas africanas que conocía de su infancia y no anécdotas reales sobre su vida en otro continente.

Después de mudarnos a Frankfurt y especialmente durante mis primeros años de universidad, en los que la literatura africana era una parte importante de mis estudios, empecé a indagar por mi cuenta y a acudir a mi padre para preguntarle sobre ese pasado en Namibia, lo que produjo un acercamiento bastante intenso entre mi padre y yo. Estudié al detalle todos los objetos y las fotos de la maleta e intenté comprender, a través de mis estudios de literatura africana colonial y postcolonial, lo que había movido a mi familia alemana a mudarse a Namibia. Se avivó en mí la curiosidad hacia la figura de la abuela, sobre todo en lo referente a los dieciséis años que Emma había vivido en África y hubiera deseado conocer su historia de primera mano.

Más tarde mi padre comenzó a hablarme sobre los primeros Wasserman que llegaron a Frankfurt y comencé a interesarme también por ellos, quería saber qué había pasado con mis bisabuelos, tatarabuelos y los otros antepasados que habían nacido y residido en Frankfurt hace mucho, mucho tiempo. Pasaba horas hablando con mi padre sobre todos estos ancestros, anotando, recolectando memorias y donde no había más que vacíos supliéndolos de alguna forma. A veces investigaba sobre el posible paradero de aquellos que habían desaparecido, otras veces interpretaba las trémulas memorias que todavía afloraban de la mente de mi abuela, en los escasos momentos de lucidez que tenía, en sus regresos repentinos a un pasado que se le brindaba lúcido por breves momentos, en la remembranza de alguna de sus memorias. Mi padre y yo la visitábamos a menudo en la residencia. Mi padre charlaba con ella, yo anotaba en mi tableta cualquier dato que pudiera ayudar a reconstruir la historia de mi abuela en África o de sus parientes en el Frankfurt de los años treinta y cuarenta. Allí, sin la presencia de mi madre, que la visitaba rara vez, a veces los recuerdos volvían como una ráfaga de aire fresco, y yo me apresuraba a atesorarlos en la memoria del portátil.

Cuando Isabela y yo no éramos más que unos chavalines, la abuela Emma nos habló de vez en cuando sobre Namibia con un halo de añoranza, con los ojos abiertos, más ajenos al presente, perdidos en el pasado, narraba unas historias que parecían ser más leyendas fantásticas que las

memorias de su infancia y adolescencia, idealizaba el país, sus colores, su cultura, su música, su magia, sus tradiciones y, por supuesto, sus gentes. Eso, según mi padre, nunca le agradó a mamá, que calificaba esos recuerdos de mi abuela como estereotipos superfluos parecidos a los de películas como *Memorias de África* o *En algún lugar de África* que ella tanto odiaba, ya que no reflejaban la verdadera historia del colonialismo en África, que había sido brutal, sino que solo mostraban la versión idealizada de los colonizadores, que era, según ella, en gran medida errónea.

—Falsa nostalgia —solía decir mi madre a mi padre, las veces que la abuela nos relataba algo sobre su infancia en Namibia—. Puede que ella disfrutara ese tiempo, pero los nuestros —añadía ella— no obtuvieron beneficio alguno.

—A mí me gusta oírla hablar de África, Imara —contestaba mi padre—. Un poco de nostalgia no está mal. Se está poniendo vieja y necesita aferrarse a alguna memoria que la mantenga viva y le cree la ilusión de que fue feliz. Emma lo tuvo difícil en la vida.

—¿Y crees que los africanos de la Namibia colonial lo tuvieron más fácil que ella? Pues no, para ellos fue peor, sufrieron lo suyo, les quitaron sus tierras, les redujeron a la servidumbre. No quiero que Emma les llene a mis hijos de historias que no se acercan en lo más mínimo a la realidad.

—Son sus nietos y ella su abuela. Es normal que les cuente historias y no veo nada malo en que lo haga, y como son pequeños no me parece mal que les cuente una versión idealizada de la realidad, ya les tocará enfrentarse de mayores con acontecimientos que a nadie le gustan.

—Bien, pero ¿por qué tiene que hablarles de África? ¿Por qué no cuenta leyendas de Alemania que es, después de todo, su país? Emma ha vivido más tiempo en Frankfurt que en Namibia.

Mi padre callaba en ese momento, como sabéis, no le gusta discutir, aunque la respuesta que le hubiera debido dar fuera:

—Porque a Alemania llegó en 1946, cuando Frankfurt no era más que una ciudad en ruinas, expulsada del país al que creía pertenecer, con un padre cansado, porque la abuela Emma nunca se ha sentido alemana, sino africana, aunque a ti no te gusta que lo diga, porque vivir en África fue una bendición del destino que le salvó la vida a ella y a su padre, porque en Alemania murieron o desaparecieron casi todos nuestros antepasados y por muchas razones más, porque hace falta aceptar que no hay solo una historia sobre el colonialismo, y que las víctimas no fueron solo los africanos.

A la memoria de mi padre y de mi abuela debo todo lo que he podido reconstruir del tiempo que Emma pasó en Namibia. Igualmente he descubierto algunas cosas sobre algunos de los antepasados que vivieron en Alemania. Las pertenencias encerradas en la maleta que encontré en el sótano, algunos nombres que mi padre recordaba y otros que pude rastrear en internet y la historia de la comunidad judía de Frankfurt como telón de fondo, la cual rastree en internet, fueron decisivos para poder ir reconstruyendo las memorias familiares.

Mas una cosa es reconstruir la historia, otra distinta es comprender plenamente el sentido de esas memorias, entender por qué mi padre me confió todos los recuerdos que le quedaban, así como las pertenencias de mi abuela, por qué me alentó a que indagara sobre mi tía bisabuela Rosa Wasserman, sobre Zackarias Wasserman, mi tatarabuelo, y otros tantos, por qué me pidió que los mantuviera vivos, que no dejara que su luz se apagara o que su voz se perdiera. Entender

cómo aproximarme a estas remembranzas, cómo tratar algunos temas, que eran bastante sensibles, me llevaría muchos años.

Mi padre me alentaba regularmente a que me animara a escribir:

—Ismael, tú que sabes expresarte bien, que tienes facilidad de palabra como tu madre, quizás puedas un día escribir algo sobre tu abuela, sobre nuestra familia, sobre lo que les pasó a los que se quedaron en Frankfurt, sobre África, que tanto te toca emocionalmente. No dejes que la historia de tu abuela, de tu bisabuelo, de tus tatarabuelos y otros antepasados muera, porque si muere..., si muere, entonces todos estaremos definitivamente muertos.

—Ya me lo has pedido varias veces, papá, y me gustaría hacerlo, pero, como tú mismo dijiste, yo tampoco sé por dónde empezar o si alcanza el hecho de sentirme africano para hablar sobre los tiempos de la abuela en Namibia. Como sabes nunca he estado en ese país, y eso me dificulta la labor de escribir, no creo que sea suficiente con ceñirme a lo que recuerdas sobre mis antepasados en África, para novelar sobre tu saga familiar —le comenté.

—¿Qué quieres decir, Ismael?

—Que mis bisabuelos y los tatarabuelos no nacieron en África, sino aquí, en Alemania —contesté— y que, además, eran judíos —añadí—. Y yo no sé nada de ellos y, además, no me termino de sentir identificado con este país, aunque sea medio alemán, y mucho menos con el pueblo hebreo. Aquí tendría un tremendo bloqueo. No sé qué escribir.

—Eso lo dices porque llevas poco tiempo viviendo aquí, en Frankfurt y en este país. Espera a que pasen unos cuantos años, a que conozcas mejor esta ciudad, a que veas dónde nació tu tatarabuelo, dónde vivió hace casi un siglo esta parte de tu familia paterna que era de procedencia judía, que perteneció a la clase pudiente, a la élite cultural de Frankfurt, que tuvo su propio negocio y sus propiedades, que se codeaba con políticos, banqueros y otras tantas personas influyentes de la ciudad, que participaba en la vida pública y que no creo que nunca se imaginara que todo su pequeño “imperio” familiar, que el esplendor de la ciudad del Meno se iba a reducir en un corto espacio de tiempo a escombros... En cuanto a identificarte o no con el pueblo judío, creo que no es solo una cuestión religiosa. Te diré una cosa, no hay que ser de una religión u otra para entender el pasado, para narrar lo que pasó, se necesita solo empatía, encontrar lo que te une a cierta persona, a cierto pueblo o cierta confesión. No hay que ser semejante, igual a ellos, solo hay que sentir algo que te una al pueblo hebreo —me indicaba mi padre.

¿Pero cómo podía yo escribir algo sobre ellos, si ese pasado me era ajeno, si nunca me había sentido identificado con mi padre, con Alemania, y ese cuarto de sangre hebrea que corre por mis venas estaba tan aletargado en mi ser que no me podía imaginar que se pudiera despertar?

—... deja que te cuente, que te guíe por la ciudad y que te enseñe lo visible y lo invisible. Entonces comenzarás a comprender —continuaba diciéndome mi padre.

—¿Comprender? ¿Qué?

—Ya verás, Ismael.

Fue más o menos al año y medio de llegar a Frankfurt cuando mi padre empezó a contarme con bastante detalle quiénes eran las personas de las fotos en sepia y lo que recordaba sobre ellas. Por ese entonces ya se habían terminado las obras desquiciantes de reforma en la casa de la abuela, todas ellas deseadas por mi madre, pero dirigidas por mi padre, ya que mi madre estaba más tiempo trabajando fuera que en Frankfurt, obras que debieron volverle loco al pobre, no solo por

la poca puntualidad y las pequeñas chapuzas de los albañiles, sino también por la actitud recriminatoria de mi madre hacia él.

—¿Cómo has dejado que los albañiles dejen el cuarto de baño así, sin bañera?

—Trajeron un modelo equivocado y...

—¿Equivocado? Qué casualidad que esas cosas no pasan cuando yo me quedo aquí dirigiendo las obras.

—¡Claro, porque tú nunca te quedas!

—¿Qué has dicho? —le preguntó mi madre mostrando cierto ademán de reprobación, dispuesta a discutir con mi padre lo que fuera necesario.

—¡Mira, Imara! No te quiero echar nada en cara, pero no es justo que me critiques de ese modo. Yo hago lo posible para que todo esté bien. Tú estás de viaje y no te imaginas lo difícil que es trabajar, porque yo también tengo un empleo con obligaciones, y vigilar lo que hacen los albañiles al mismo tiempo. Las obras han sido idea tuya, así que si te vas a tomar tan a mal el modo en el que yo campeo con ellos y el que no todo salga a la perfección, las dejamos. Yo no estaba tan a disgusto con cómo estaba la casa y hubiera preferido acondicionarla lentamente. ¡Ahora, intenta relajarte! Sé que vienes estresada por el largo vuelo y el trabajo. Intentemos pasar un buen fin de semana sin discutir, disfrutando de una buena comida o yendo al teatro.

Con tales argumentos mi madre se solía calmar, aunque no siempre. Si la discusión subía de tono mi padre se ponía la chaqueta y decía:

—Me voy a sacar la basura.

Mi padre se iba y no volvía hasta pasada media hora o una hora, pero lo hacía con una botella de vino y algún regalito que endulzaran y calmaran a mi madre.

Si hacía cuatro años no comprendía por qué mi madre se había casado con mi padre y seguido con él por años, ahora admiraba el modo en que mi padre llevaba el malhumor de mi madre, y me preguntaba por qué aguantaba de esa manera, qué les seguía uniendo ahora que Isabela y yo éramos más mayores, qué les había unido cuándo se conocieron. Estaba seguro de que yo no sería capaz de aguantar a una mujer así, por muy bella, inteligente o interesante que fuera. No, yo no estaba hecho de la madera de mi padre, sino que era todo lo contrario, pensaba que quién quisiera ser mi pareja le tocaría aguantar de mí lo que mi padre aguanta ahora de mi madre y no a la inversa.

Cuando las reformas terminaron, mi padre, que disponía de más tiempo libre y que no viajaba como mi madre, comenzó a narrarme lo que sabía sobre su familia y sobre todo lo que se hallaba en la maleta. Me contó la historia de los tres amuletos, me habló de su hermano Johannes y su trágica muerte en un accidente ferroviario, del tatarabuelo Zackarias y de sus cuatro hijos, de la granja en Namibia, me confió todo lo que recordaba sobre mis bisabuelos Noah y Esther, y me comentó también lo poco que sabía sobre la joven y prometedora escritora, mi tía bisabuela, Rosa Wasserman, sobre su detención e incierta muerte y sobre la desaparición o fallecimiento de otros tantos antepasados de los que había oído hablar a mi abuela...

Yo, que por ese entonces soñaba con ser un día escritor como Rosa Ribas, animado entre otras cosas por mi profesor de español, el señor Trujillo, que había leído y criticado muy favorablemente algunos de mis relatos cortos, tomaba notas de todo lo que pudiera ser material para novelar. Cuando quería saber más sobre algún hecho o persona, le preguntaba a mi padre. A veces, como él mismo desconocía lo que podía haber pasado, confabulábamos juntos sobre lo que podía haber sucedido. Él insistía en que había que encontrar un modo de narrar la historia de mi familia completa, con todos los hechos y verdades, con las alegrías y los pesares. Yo me

imaginaba modos de reescribirla, aunque, si os soy sincero, no sabía por dónde empezar, ni cómo narrar la historia, tenía poco más de dieciocho años.

Recuerdo que un día decidí hablar sobre este proyecto con la única persona que podía darme una orientación literaria real, el señor Trujillo, que era en ese momento mi profesor de español en el instituto, que tal como suponía me escuchó con gran atención.

—Ismael —me dijo—. Tienes un gran proyecto entre manos. Si yo fuera tú tampoco sabría por dónde empezar, qué contar y qué no contar, qué inventar y qué no.

—Pues sí que estamos bien —contesté—. Ese es precisamente mi problema, por eso he decidido preguntarle su opinión y...

—Sí, comprendo, esperabas que te diera la clave de cómo escribir una novela, cómo empezarla y cómo seguir, pero no puedo. No hay una norma, ni un estándar. Lo que sí puedo aconsejarte es que te tomes tu tiempo, que leas sobre todo literatura africana y libros sobre el holocausto, que investigues sobre la ciudad de Frankfurt y sobre Namibia y otros países africanos, y que antes de ponerte manos a la obra pienses sobre cuál es tu proyecto. ¿Es un proyecto literario? ¿Es una biografía familiar? ¿Es una crónica histórica? ¿Quieres que parezca una narración realista, pura ficción o una mezcla? ¿Quieres que el lector perciba de tus sentimientos, los de tus antepasados, o quieres una crónica neutral a modo de artículo periodístico? ¿Quieres transmitirle al lector algún mensaje?

—No suena nada fácil.

—Y no lo es, Ismael. Si fuera fácil cualquiera podría escribir un libro. Mira, el año que viene empiezas la universidad y, como me has dicho que además de matemáticas quieres hacer inglés, te aconsejo que escojas bien los seminarios y que te dediques más a la literatura angloamericana, que a la lingüística. El Departamento de Inglés de Frankfurt, al contrario que el de español, tiene muy buena fama. Hay muy buenos catedráticos, la universidad es conocida por sus estudios de literatura africana, en especial de literatura postcolonial. Seguro que allí encontrarás algunas respuestas y bastantes ideas. Yo, mientras tanto, no escribiría nada. Creo que eres demasiado joven para enfrentarte a un proyecto de tal magnitud. Apárcalo y, entre tanto, lee, busca información sobre la comunidad judía en Frankfurt o sobre Namibia, lee cualquier libro que toque estos temas, aprende a través de lo que otros han escrito.

—No sé. Me dices casi lo mismo que mi padre, que no vaya con prisas.

—No me extraña. Tú padre es un científico, y él bien sabe que antes de escribir un estudio hace falta meses, años de investigación y de pruebas. No creas que una novela se escribe de la nada, también hay que probar, a veces que investigar.

—Bueno, gracias por su opinión, señor Trujillo —le dije despidiéndome con idea de dar carpetazo al asunto, que se me hacía demasiado complicado y laborioso.

—No me mires así —dijo intuyendo lo que pensaba—. No te estoy diciendo que lo dejes, solo que esperes. Cuando llegue el momento, sabrás que ha llegado y comenzarás a escribir, créeme.

Estaba dándome la vuelta cuando el Señor Trujillo me llamó:

—¡Espera, Ismael! ¿Me podrías hacer un favor?

—Supongo que sí —contesté.

—Ese libro del que me has hablado *Atlántida* de tu tía bisabuela, Rosa Wasserman. ¿Me lo podrías prestar para leer? Es que tengo curiosidad...

—Sí, siempre que mi padre no tenga inconveniente.

—¡Vale, en eso quedamos! ¡Ah! Y la próxima vez, puedes tutearme. Estás a punto de acabar y no eres como muchos de los alumnos alemanes que están acostumbrados a llamar de usted a los profesores y si no lo hacen es porque no les tienen respeto y, bueno, yo tampoco soy como lo profesores alemanes, por eso tengo mi fama aquí...

—... para los alumnos es uno de los mejores profesores.

—... pero no para todos los profesores... y no te olvides, la próxima vez llámame Juan.

El Señor Trujillo o Juan, como él insiste siempre que le llame, fue mi profesor los dos años de bachillerato que cursé en Frankfurt. Un centro bastante gris, como la ciudad en la que se ubicaba, en el que mi paso por él no habría sido más que una mohína experiencia en una contristada estancia provisional, si no hubiera sido por él, uno de los mejores profesores que he tenido en mi vida.

Recuerdo a este ecuatoriano, que verdaderamente era periodista de profesión, y que ejercía como profesor, por vocación y quizás también por no haberse podido abrir paso en el periodismo en Alemania, como uno de los profesores más extrovertidos y excéntricos del instituto. Juan Trujillo, comparado con el profesorado, causaba la misma impresión a los alumnos que pocos muros pintados con grafiti y colores chillones producían en el desmarrido edificio, una oleada de color, de alborozo y exultación. En otoño aparecía en clase con sus vaqueros y sus vaporosas camisas, siempre con colores claros y tonos cálidos. Los días gélidos del invierno llevaba unos chaquetones de radiantes colores, con motivos típicos de su país: las llamas, las mujeres con vestidos regionales, los pueblos blancos, el sol. En primavera aparecía con camisas blancas y estampadas, y en verano llevaba sandalias, pantalones anchos estilo *hippy*, camisetas de colores o con emblemas llamativos y se recogía su abundante melena negra en una coleta.

Juan fue la primera persona que se leyó los cuentos que yo solía escribir por ese entonces, que me animó a seguir escribiendo y que me recomendó libros que me han marcado, incluso influido en lo que ahora estoy narrando, como *Entre dos Aguas*, de la escritora Rosa Ribas, que también habita en Frankfurt como yo. Por eso, entre otras cosas, decidí que, si alguien me podía dar una opinión honesta sobre la propuesta de mi padre de escribir las memorias de mi familia, era él. Si os soy sincero, esperaba otro tipo de respuesta y me costó un tiempo darme cuenta de que tal proyecto no era algo que alguien con poco más de dieciocho años pudiera llevar a cabo, que se requería algo más de madurez. Incluso, hoy en día, con casi veinticinco años, se me hace difícil narrar estas memorias tan difusas, y las dudas sobre mi capacidad de terminar me asolan de vez en cuando.

Después de superar la primera decepción y aceptar que necesitaba algo más de información y madurez, decidí hacer lo que Juan Trujillo me recomendó: leer lo que pudiera. Empecé con Namibia. En mi tiempo libre buscaba en Internet información sobre el país. Me informé sobre su historia, vi reportajes y diferentes fotos colgadas en la Red. Busqué libros que trataran sobre Namibia, indagué sobre la literatura de este país y, para mi sorpresa, lo primero que encontré fueron novelas de autores británicos o americanos, historias románticas, de misterio o policiacas, sin la profundidad que yo quería y, por supuesto, el superventas alemán *Irgendwo in Africa*. Los

libros interesantes de autores africanos nacidos en Namibia eran muy difíciles de encontrar, había pocos ejemplares, no habían sido reeditados o se podían solo encontrar en sus países de origen. Tendría que esperar un tiempo, a los cursos de la universidad, para poder leer buena literatura africana.

Creé en el portátil una carpeta especial: “Namibia”, en donde fui almacenando todo lo relativo a mi abuela y su país de origen, mas seguían quedando muchas incógnitas por desvelar: ¿Dónde había vivido exactamente la abuela? ¿Había sido la vida en Namibia tan ideal como ella la había presentado? ¿Qué fue de la granja cuando volvieron a Alemania? ¿Por qué no intentó regresar a Namibia? ¿Existiría todavía la propiedad donde vivió con su familia?

Las fotos en sepia que mi padre me había entregado me daban pocas pistas sobre el sitio donde se ubicaba esa granja, mi padre no recordaba más el nombre del lugar, mi bisabuelo había anotado únicamente las fechas, nunca el lugar, y mi abuela, bueno, ya sabéis que mi abuela no podía más responder a esa pregunta. Así que decidí, aunque solo fuera por imaginarme un poco cómo era la vida allí, crear un álbum sobre la granja de la abuela y para ello comencé a añadir a esas fotos en sepia encontradas en la maleta, otras de paisajes que había descargado de alguna página de internet y que me parecían similares al paraje que se veía en el fondo de esas fotos en blanco y negro. Llegué a tener una caja llena de esos paisajes, de mapas de Namibia, de artículos de viajes y de DVD que había encontrado en tiendas de segunda mano. Me empecé a sentir como si fuera verdaderamente un escritor que recolecta material para su próxima novela ambientada en un país en el que nunca había estado, al que posiblemente nunca iría, un escritor que, sin embargo, no podía escribir porque carecía de proyecto literario y le faltaba el impulso para empezar.

Cuando empecé la universidad dejé a un lado esa manía de buscar fotos, reportajes o reseñas sobre el país. No tenía tiempo, había que leer mucho y preparar presentaciones, redactar ensayos, prepararse para algunos exámenes. Pese a todo, no quería dejar de indagar, así que me matriculé en todas las asignaturas de literatura que tenían que ver con el continente africano, quería comprender lo que allí había pasado antes y después del colonialismo, para entender la postura de los africanos y de los colonos. Leí no solo los libros que se me pedían, sino también alguno que otro que me pareció interesante. Me convertí en un coleccionista, un tesorero de literatura africana.

El profesor Trujillo me devolvió el libro de Rosa Wasserman después de habérselo leído.

—Es una verdadera joya lo que aquí tienes, Ismael. ¡Guárdalo! Pudiera valer una fortuna.

—¿Usted cree? —pregunté con poca convicción.

—Estoy seguro. Se trata posiblemente de un ejemplar único, que se salvó de la quema de libros que hubo bajo el Tercer Reich. Es un libro delicado en su escritura y muy inocente. La hermana de tu bisabuelo, que era una poetisa en toda regla, debió ser muy joven cuando lo escribió.

—Posiblemente. No lo sé —respondí.

—¿Te has leído el libro, Ismael?

—En gran parte.

—¿Y qué te parece?

—Me gustaron los relatos, aunque están un poco pasados de moda, con tantas metáforas. No he leído todas las poesías. Antes me gustaba más leer poemas, pero últimamente he perdido algo el

gusto por la lírica.

—Te estás saltando lo mejor, Ismael, lo que verdaderamente es intemporal en ese libro, sus poemas — me comentó Juan.

—Claro, tratan del amor, el tema eterno por excelencia —me adelanté.

—En eso te equivocas, puede que superficialmente se refieran al amor, pero el tema principal, por lo menos para mí, no es ese, sino la época dorada que la ciudad de Frankfurt vivió en las primeras décadas del siglo XX, gracias a la convivencia ejemplar de todas sus comunidades y la cooperación de todos sus habitantes y cómo es importante construir el futuro con esta base de convivencia.

—Pues la verdad, yo no había pensado en ello —contesté.

—De ahí su título, Atlántida, la gran civilización perdida, comparable con la sociedad de Frankfurt de esa época. ¡Qué ironía! Cuando Rosa escribió el libro en 1931 no sabía que su ciudad iba a tener un destino similar al de la Atlántida, que sería reducida a cenizas al final de la Segunda Guerra Mundial.

—A mí tampoco se me había ocurrido eso, pero la verdad es que tu tesis me convence.

—Te recomiendo que dejes pasar algún tiempo y vuelvas a leer el libro, que te concentres en sus poesías. Ya me dirás.

—¿Y a ti qué te parece el libro?

—Literariamente hablando es bastante inocente y algo simple, aunque está bien escrito, tiene una serie de pasajes delicados y unos versos cortos, pero muy bien contruidos. Por eso siempre he pensado que la autora era muy joven. Sin embargo, lo más interesante del libro no es el estilo, sino el hecho de tratar un tema muy poco explorado hasta el momento en la literatura: la época dorada de la comunidad judía en Frankfurt en la Alemania de los albores del siglo XX, la modernización de una ciudad que estuvo por mucho tiempo anquilosada en el pasado, y lo que a mí y a ti, como extranjeros que somos, nos toca en lo personal, la grandeza que crea una sociedad tolerante, en donde toda cultura, pueblo o religión tiene cabida, aunque desafortunadamente la cerrazón, la intolerancia, la creencia de que alguien es superior a otro, lleva solo a la destrucción, que fue lo que le pasó a Frankfurt durante la guerra.

—¿Qué me quiere decir con todo eso?

—... que no solo en África o Namibia, donde hasta ahora has estado concentrando tus energías, hay material para escribir sobre tu abuela y sobre tus antepasados, sino también en la ciudad de Frankfurt, en el pasado de la comunidad judía y, por qué no, en el futuro de esta ciudad que, con más de un cuarenta por ciento de habitantes extranjeros o de origen extranjero, es y debería ser ejemplo de crisol racial y tolerancia en la Alemania y en la Europa de hoy en día... e Ismael, ya lo hablamos antes, tutéame.

—Sí, Juan.

Me fui a casa meditando las teorías de mi antiguo profesor. Me encantaba la idea de que Frankfurt tuvo en algún momento de la historia una sociedad tan tolerante y avanzada, que se pudiera comparar con la de la mitológica Atlántida. Sin duda, debía investigar en este terreno.

Ahora, con casi veinticinco años, casi ocho años después de encontrar la maleta de mi padre, recordando las indicaciones del señor Trujillo, o mejor dicho de Juan, me atrevo a comenzar con

la narración de nuestra historia familiar, con la seguridad e inseguridad de quién escribe su ópera prima.

Me gustaría que Emma estuviera en su sano juicio, que me contara lo que recuerda y yo pudiera ser fidedigno con este relato que os estoy contando. Desearía que los recuerdos de niñez que me quedan sobre la abuela y el abuelo de Alemania no fueran tan vagos, que pudiera reconstruir esta historia bajo mi punto de vista, que no tuviera que echar mano continuamente a los recuerdos de mi padre. Querría hablaros de Namibia después de haber viajado y conocido este país personalmente y no por medio de las fotos de mi abuela, los pocos documentos que mi padre conservó con alguna que otra información que he ido recolectando de Internet y con tantos recuerdos inciertos que ni siquiera me pertenecen. Tendré que conformarme con la memoria de otros, con el tener que imaginar lo que yo no he sentido ni percibido de forma directa. Va a ser una labor bastante difícil.

Imaginación, ficción, memoria, historia... ¿Dónde terminan los hechos históricos? ¿Dónde se aleja la memoria de estos? ¿Dónde comienza la ficción? ¿Qué hay de realidad en lo que os contaré sobre Namibia, sobre Frankfurt, sobre mis antepasados y qué hay de pura invención? ¿Cómo os puedo revelar lo que es realidad y lo que no es, si ni yo mismo estoy seguro de lo que pasó, de lo que no pasó, de lo que fue un hecho, de lo que fue pura percepción, interpretación o recreación de los recuerdos?

III. NAMIBIA

Cuando pienso en mi abuela me resulta difícil tener una única imagen de ella. Mis recuerdos de infancia son contradictorios, aunque el que más persiste es el de una persona quebradiza, que necesitaba apoyarse en los demás. A menudo aparece en mi memoria empequeñecida ante la figura de mi abuelo, que fue un hombre de gran tamaño y complexión fuerte, un hombre de buen corazón con cierta tendencia a la ira y a los arrebatos, que podía intimidar a los que no le conocían por su estatura, su complexión, su voz grave y ronca y su semblante un tanto iracundo.

De niños, Isabela y yo, le teníamos cierto temor y evitábamos quedarnos solos con él. La abuela, por el contrario, era, y es todavía, una persona pequeña y menuda. Tenía unos ojos claros, un tanto ausentes, pero, con su semblante dulce, Emma invitaba a la confidencialidad a los que hablaban con ella. Tanto por su mirada como por sus despistes y olvidos frecuentes se podría pensar que mi abuela estaba siempre con la mente en otro lugar, un sitio lejano escondido en su memoria, era como si jamás hubiera dejado de vivir en Namibia, era como si su cuerpo se moviera en Alemania, en su casa, pero su mente viajara entre uno y otro país constantemente.

Emma raramente se enfadaba o discutía con mi abuelo, le dejaba que se alterara sin contestarle, o le daba la razón en todo, aunque no estuviera convencida, para que mi abuelo se calmara, tal y como he visto hacer a mi padre con mi madre. Sin embargo, aunque fuera sin que nadie lo notara, sin alterar a mi abuelo, ella, al menos eso cuenta mi padre, terminaba saliéndose con la suya y haciendo lo que le parecía apropiado. De niño esas estrategias pasan desapercibidas y, la verdad, es que no habría reparado nunca en la fortaleza real que mi abuela escondía bajo su caparazón quebradizo si mi padre no hubiera iluminado los recuerdos difusos de mi niñez con sus recuerdos de adulto y con el halo de devoción que siempre había sentido por su madre, sin esas memorias nunca hubiera descubierto las múltiples caras de mi abuela.

En esos momentos en los que mi padre hablaba sobre ella, cuando todavía vivíamos en Madrid, nos decía que aunque la abuela había vivido sus años más felices en Namibia, también había pasado un verdadero calvario allí, que había estado varios años sola, sin sus padres, que era solo una niña cuando detuvieron a su padre y que fue acogida por una familia británica los años que Noah pasó detenido con los otros alemanes, que había sido muy difícil.

—¿Y su madre? ¿Dónde estaba? ¿Por qué no se quedó la abuela con su mamá? —nos preguntábamos nosotros.

—Tú bisabuela Esther ya no estaba en Namibia —contestaba mi padre.

—¿Y dónde estaba?

—Se volvió a Europa. Tenía intención de reunirse en Canadá con su hermano, pero no llegó a su destino. Nunca se supo lo que pasó.

—¿Cómo? ¿Se murió?

—Puede que muriera durante la larga travesía, pero como no hay constancia de ello, se cree que desapareció —nos explicaba mi padre con esa parquedad típica de él que tanto molestaba cuando intuíamos que había una historia interesante.

—No me gusta que se muera la gente —opinaba Isabela—. ¿No nos puedes contar otra cosa?

—¿Qué queréis que os cuente?

—¿Y por qué detuvieron al abuelo? —le preguntaba yo.

—Por ser alemán.

—Vamos papá —decía yo— algo habría hecho. Seguro que le había pegado un tiro a cualquier mandamás del momento o había estafado a alguien.

—Tu bisabuelo era una excelente persona incapaz de hacer nada malo. Lo encerraron por ser alemán.

—¿Por ser alemán? Pero eso no es ningún delito —decía Isabela—. La gente solo va a la cárcel por hacer algo malo, ¿no?

—Sí. Isabela tiene razón. A mí no van a meter en un centro correccional, solo por ser africano, sería una injusticia tremenda.

—Tienes razón, Ismael, pero no siempre hay justicia. A veces se va a prisión por pensar de otra manera, por ser distinto, por tener otra religión —decía mi padre— incluso hoy en día. Además, cuando tu abuelo fue retenido junto con otros germanos, eran otros tiempos, había una guerra, una Gran Guerra que desolaba Europa y otros continentes. Los alemanes estaban haciendo muchas barbaridades, algunos eran criminales reales y, aunque tu bisabuelo era una buena persona, sufrió por los males que otros habían originado. En una guerra no se distingue y, bueno, llegó un momento en que en Namibia se consideró a todos los alemanes enemigos y se les detuvo.

Mi padre solía detenerse aquí, era como si le pesara seguir contando, como si le dolieran los pareceres de mi abuela y mi bisabuelo y pensara que era mejor que no los conociéramos, al menos por el momento, porque éramos demasiado jóvenes.

—... algún día, cuando seáis mayores, os contaré más... —nos decía.

No recuerdo que la abuela nos hablara de esos difíciles años, viviendo con extraños, con su padre en prisión. Supongo que no hablar sobre ello era una forma de olvidar, de esquivar el dolor que debía albergar su corazón. Sin embargo, todavía me acuerdo bastante bien de los cuentos llenos de personajes misteriosos, algunos benevolentes o mágicos, otros malvados, que mi abuela nos contaba sobre Namibia, historias que nunca pensé que tuvieran ningún tipo de fundamento real, aunque para mí esas fábulas eran una de las pocas cosas que me gustaban cuando visitábamos a los abuelos de Frankfurt.

Tras la muerte de mi tío Johannes, en 1998, y pese a que mi abuela parecía casi siempre estar un tanto ausente, las historias sobre Namibia y los seres fantásticos de sus selvas fueron cada vez más habituales, aunque esto puede ser que no sea más que la percepción que tiene mi memoria de esos tiempos. Entonces yo tenía ya seis o siete años y con esta edad los recuerdos empiezan a ser cada vez más nítidos.

A veces era la misma abuela la protagonista de esas historias, junto con una señorona africana, llamada Sía, que tenía poderes para sanar a la gente, convocar a los espíritus, neutralizar maleficios... De cuando en cuando la abuela Emma hablaba de mi bisabuelo y de su habilidad para construir cosas, cazar animales o comunicarse con los nativos, no recuerdo que mencionara mucho a su madre, mi bisabuela Esther, y tampoco nos contó por qué sus padres tenían una granja en Namibia. Para nosotros, que éramos niños, esas historias eran fantásticas, cuentos como cualquier otro, no pensábamos que hubiera un fondo real detrás de ellas y por eso nunca le pedimos a la abuela que nos diera más detalles sobre Namibia o que nos aclarara lo que no entendíamos.

Sería más tarde, cuando nos mudamos definitivamente de Madrid a Alemania y a mi abuela le diagnosticaron Alzheimer, cuando mi padre me aclaró por qué mis bisabuelos fueron a Namibia, pero a su modo, intentando ser correcto en los datos y fechas que me daba, acogiéndose a la

historia escrita y a los pocos documentos conservados de ese tiempo, narrando como el científico que era...

En abril de 1908 se encontraron los primeros diamantes en Namibia, que por ese entonces era todavía una colonia alemana. Este hallazgo provocó una de las mayores oleadas de inmigración alemana a Namibia. Muchos germanos, movidos por la fiebre del diamante, decidieron buscar fortuna y riqueza en otro continente. Entre ellos estaba un hermano de mi tatarabuelo Zackarias, llamado Isaac, y su esposa, Bela. El motivo por los que estos “tíos-tatarabuelos” míos fueron a Namibia fue posiblemente la fiebre del diamante, aunque esto no deja de ser solo una pura conjetura.

Mi familia paterna, como creo que ya os he contado, se había dedicado largo tiempo al negocio de las piedras preciosas y había fundado en Frankfurt una pequeña empresa familiar dedicada a ellas. Se trataba de una joyería con su taller la planta superior del negocio, en donde se tallaban las piedras preciosas, se diseñaban las joyas y se exponían y vendían al público. El hermano de Isaac, Zackarias, que fue también mi tatarabuelo, era el que regía y administraba la joyería en Frankfurt y otro de sus hermanos, del que desconozco el nombre, se dedicaba a la talla de diamantes, rubíes y otras piedras preciosas. Seguramente, tras los rumores del hallazgo de grandes yacimientos de diamantes en Namibia, mi tatarabuelo Zackarias y sus hermanos vieron que en el país africano había grandes posibilidades de encontrar y exportar piedras preciosas y que, con un enclave en una de las colonias alemanas en África, se podría ampliar el negocio familiar. Isaac fue el que decidió emigrar allí con su esposa Bela.

Namibia era oficialmente colonia alemana desde 1884 y se llamaba África del Suroeste Alemana; aparte de en esta colonia, los alemanes ejercían su poder también en la actual Tanzania, llamada África del Este Alemana. Namibia era un buen destino para alemanes con ambiciones. No solo era posible hacerse rico encontrando diamantes, sino que también se podía adquirir un terreno a muy bajo precio o gratis y utilizarlo para el cultivo del algodón, del café o del cacao, así como perseguir una carrera en las fuerzas armadas alemanas o trabajar en la administración del país. Para los alemanes debía ser realmente un “paraíso”.

Para las diferentes tribus africanas del nuevo territorio alemán la realidad era bien diferente. Cualquier insurrección de la población indígena, que veía cómo sus tierras les eran arrebatadas y dadas a los colonos europeos, o cómo su existencia y su modo de vivir se veían amenazados, se reprimía con violencia y mano dura. En 1904 comenzó la insurrección del pueblo herero contra el poder colonial que se estaba apropiando de sus tierras. Este levantamiento, que duró tres años, fue aplastado con dureza; en 1907 miles de herreros fueron abandonados a su suerte en el desierto, también mujeres y niños, sin agua ni alimentos, la mayoría pereció intentando atravesarlo.

No quiero entrar aquí en detalles. La historia se repite: los incas o los mayas, bajo el dominio español; los indios, en Norteamérica o en Canadá; los indígenas de Australia... El modo en el que el pueblo herero fue aniquilado tuvo las magnitudes de un genocidio, un genocidio jamás reconocido internacionalmente, un genocidio de menor calibre, anterior al gran Holocausto, que estaba por ocurrir, del que mis antepasados, los que se quedaron en Alemania, fueron víctimas.

Comprendo por qué mi madre se sentía siempre molesta cuando Emma hablaba de sus memorias en África y se sulfuraba si mi abuela estaba con ganas de contar más, de hablar de sus

momentos felices. Mi madre veía que esa felicidad de los europeos fue a costa de los nativos, subyugados bajo el poder del imperio, cuya vida no era ni feliz, ni paradisiaca. Mi madre, que siempre se pone en el lugar de las víctimas y los defiende con sus argumentos irrevocables, no quería oír hablar a Emma de esos tiempos felices. Lo que mamá desconocía era que para Emma no todo había sido felicidad y armonía, que mi abuela y mis tatarabuelos habían sufrido también tanto por el hecho de ser judíos como por el de ser alemanes, y que una gran parte de mi familia paterna había sido eliminada de forma brutal e injusta, como el pueblo herero en Namibia.

Bueno, sigamos ahora con la historia que os quiero contar y no con mis divagaciones. Mis parientes Isaac y Bela llegaron el año en el que los hereros fueron prácticamente masacrados. No sé si llegaron a saber con detalle cómo las autoridades alemanas habían autorizado el abandono de miles de personas en el desierto, ni lo que les pareció, solo sé que llegaron buscando unos diamantes que no encontraron y que se quedaron allí una vez pasada la fiebre de los diamantes. Les debió gustar el país, el clima, el espacio inmenso de que disponían, la paz al caer el sol, el cielo rebosante de estrellas, la luz... Y visto que su fortuna no estaba en las piedras preciosas, compraron por una suma ínfima un terreno y se dedicaron a plantar café.

Los años pasaron. Alemania perdió la Primera Guerra Mundial y con ella sus colonias. Muchos alemanes abandonaron Namibia, que pasó a ser gobernada y administrada primero por Suráfrica, después por Gran Bretaña. Los años dorados de los colonos alemanes pasaron a ser historia. La vida era más dura. La nueva administración no daba apenas facilidades a los habitantes de procedencia teutona, así que bastantes decidieron regresar a su país de origen. Algunos, sin embargo, se quedaron. El panorama que les esperaba en Alemania no era tan bueno. Después de que su país hubiera perdido la Primera Guerra Mundial y hubiera aceptado las duras condiciones que implicaron el tratado de Versalles, Alemania estaba inmersa en una terrible recesión y una crisis económica y política. Las perspectivas allí no eran mucho mejores que en Namibia. Isaak y Bela fueron unos de los alemanes que decidieron quedarse en su granja. No abandonaron ni cedieron su propiedad a la nueva administración. Vivieron en Namibia, posiblemente con vicisitudes y penalidades, hasta 1930, año en el que ambos, después de contraer la malaria, fallecieron.

No tenían descendientes, el pariente más cercano era mi tatarabuelo Zackarias, dueño de una lujosa joyería en el centro de Frankfurt, que heredó con gran sorpresa esa propiedad en Namibia. Para él, una granja en África hubiera carecido de interés, si no hubiera tenido tres hijos varones: Moses, Josef y Noah. El primogénito, Moses, iba a heredar la joyería, para el segundo, Josef, había obtenido un puesto de funcionario en el juzgado, así que asignarle la granja al menor, mi bisabuelo Noah, resultó una solución fácil y económica; una carrera en el ejército, como había planeado el tatarabuelo para él, habría sido mortal para mi bisabuelo, dado que era judío y de haber trabajado para el ejército habría sido detenido y deportado seguramente con relativa rapidez, en cuanto la “cruzada” contra los judíos comenzara en Alemania. La granja en África fue, por así decirlo, un regalo del destino, que le salvo la vida a él, a su esposa, a mi abuela Emma y a su hermano menor, Ismael Wasserman.

A finales de 1930 o principios de 1931, Noa y su joven esposa Esther, que ya debía estar embarazada de Emma, se embarcaron dirección a Namibia, donde, al menos Emma y su padre, vivirían hasta 1946.

La residencia de ancianos donde está internada la abuela queda a unos cien metros de distancia de nuestra casa. Fue una suerte conseguir una plaza para la abuela en una residencia tan cerca de la casa. Papá va a visitarla casi todos los días. No quiere que la abuela se sienta sola, «bastante soledad tuvo en su adolescencia», nos suele recordar haciendo referencia a esos años que el bisabuelo Noah estuvo arrestado en Namibia. Yo, después de conocer la historia de Emma en Namibia, voy también con mucha regularidad, una o dos veces a la semana. Mi madre e Isabela no van a visitarla más de una vez al mes, y lo hacen solo cuando mi padre se pone pesado e insiste.

A veces nos reconoce, nos saluda y conversa con coherencia sobre lo que hizo o lo que querría hacer. A veces nos observa con la mirada extraviada y parece perderse en el pasado, volver a la infancia o adolescencia...

—Hola, Emma, ¿cómo estás? —le pregunta siempre mi padre.

—¿Quiénes son, Otto? —contesta la abuela refiriéndose a nosotros, que casi nunca nos reconoce.

—Imara, mi mujer, Isabela e Ismael, ¿no te acuerdas de ellos? —le explica mi padre.

—Ismael, ¿estás vivo? ¡Dios mío! ¡Qué alegría verte! ¿Cómo nos has encontrado? Y madre ¿ha vuelto contigo? —me dice la abuela abrazándome. No me muevo. Permanezco en el sitio recibiendo sus oleadas de besos y abrazos, sintiendo su rostro humedecido por las lágrimas junto a mis mejillas.

—No, madre, no es tu hermano, es Ismael, tu nieto, mi hijo.

—¿Te acuerdas de cuándo jugábamos en los campos con Nubia y Salim? —me cuenta—. ¿Recuerdas que a mamá nunca le gustó? ¿Y cuándo nos escondíamos con...? Pero dime algo Ismael. ¿No recuerdas?

—Soy tu nieto Ismael, abuela —contesto titubeando, pensando que quizás hubiera sido mejor dejarla sumergida en la ilusión del reencuentro entre hermanos, feliz de pensar que su hermano pequeño, que se llamaba también Ismael, sigue vivo y ha regresado después de tanto tiempo.

—¿No eres mi hermano?

—No. Soy tu nieto, abuela.

—¿Tengo un nieto?

—Sí, madre —interviene mi padre— y una nieta preciosa.

—¿Y mi hermano? ¿Sabes algo de él? ¿Lo has encontrado? —pregunta Emma.

—Todavía no, pero algún día lo haremos, seguro, cuenta con ello —le promete mi padre.

—¡Dios quiera que tengas razón y que vuelva pronto! Le echo tanto de menos —exclama mi abuela con lágrimas en los ojos.

No supe por mucho tiempo que mi abuela tenía un hermano, que yo tenía un tío abuelo que se llamaba Ismael como yo. La primera constancia que tuve de su existencia fue el descubrimiento de las fotos que había en la maleta de mi padre. En una de ellas se veía a un niño unos cinco años menor que mi abuela, en el reverso de la foto se lee: “Emma con Ismael, agosto de 1938.” Ismael debe tener unos dos años en esta foto y está sentado en el regazo de su hermana.

—¿Quién es el otro Ismael? —le pregunté a mi padre la tarde del descubrimiento de la famosa maleta llena de recuerdos.

—¿El otro Ismael? ¿Qué quieres decir con eso? —contestó mi padre extrañado.

—Ismael, el niño que está sentado con la abuela Emma en esta foto, y también en esta, con otros chicos, ¿quién es? —le expliqué mostrándole la foto, que no sé por qué decidí guardar en mi monedero antes de cerrar la cartera con todos sus objetos y depositarla en el rincón en la que la había hallado.

—¿Dónde has encontrado esa foto? —preguntó con cierto enfado.

—En tu maleta. Esa que solías usar cuando vivíamos en Madrid.

—¿Qué tenías tú que buscar allí? —por el tono de su voz mi padre parecía realmente molesto.

—Mira papá, estaba ordenando cajas, como tú nos has pedido, y abrí la maleta sin más, creo que ni lo pensé, que lo hice automáticamente, me puse a ordenar su contenido... —paré para seguir meditando un poco mi mentirijilla... y en un momento me di cuenta de que no era mío lo que allí había, pero ya tenía esas fotos viejas en la mano y, lo siento, pero me picó la curiosidad. No debía, lo sé, pero eché un vistazo. No me sorprendió ver a la abuela Emma en esas fotos tomadas en algún lugar de África, ya que siempre nos has contado que nació en Namibia, pero cuando vi a ese chiquillo tan parecido a Emma y leí la anotación en el reverso... Ahora dime ¿quién es Ismael?

—Era el hermano pequeño de la abuela, Ismael Wasserman.

—¿Por qué no sabemos nada de él? ¿Por qué ni tú ni la abuela nos habéis hablado sobre él?

—Si te soy sincero, no lo sé. A la abuela le pesó siempre esa pérdida.

—¿Se murió?

—Ismael no murió, o si lo hizo no lo sabemos, desapareció. Se fue con su madre, tu bisabuela Esther, en dirección a las Américas y no se supo nunca más de su paradero. Puede que por eso sea más difícil asimilar la desaparición de Ismael, por el desconocimiento que hay en torno a ella —me comentó mi padre—. Creo que Emma siempre ha pensado que era ella la que tenía que haberse embarcado con su madre, la que debía haberse esfumado de la faz de esta tierra y no su hermano menor, al que siempre quiso tanto.

Mi padre me contaría en los meses y años venideros todo lo que sabía sobre ese tiempo en Namibia y sobre Ismael. Yo no sabía que mi padre decidió llamarme Ismael en recuerdo de ese tío abuelo perdido, para resarcir en cierto modo esa pérdida.

Creo que mi abuela nunca dejó de pensar en su hermano perdido, el pequeño Ismael. Hoy en día, con alzhéimer, sigue brotando en ella la esperanza de que su hermano pequeño esté vivo. A mí me gusta imaginar que no se trata solo de un deseo, sino que Ismael Wasserman reside en algún lugar de este planeta, que no murió en su camino a las Américas, que llegó a Irlanda junto con su madre Esther, que los dos continuaron su ruta hacia Canadá y que llegó a su destino cuando tenía no más de tres o cuatro años. Desde la ciudad donde vivían, Esther intentó contactar con su marido, con su hermano Rubén, y que una enfermedad o un accidente fortuito produjo el fallecimiento de su madre. El pequeño Ismael, con toda seguridad, fue acogido o adoptado por alguna familia, que le dieron otro apellido, otra identidad, y si no recuerda más que se llamaba Wasserman, vive posiblemente en algún lugar de este planeta sin conocer sus verdaderas raíces. Esta teoría mía explicaría por qué ni mi bisabuelo ni mi abuela pudieron encontrar al otro Ismael, pero quedaría la esperanza de encontrarlo con vida.

Me gusta mirar las fotografías, pensar que el niño Ismael del fotograma en sepia vive todavía en alguna ciudad de Canadá, que el color y que el aroma del continente africano se impregnó en

él, de tal manera que fue capaz de recobrar sus raíces, y que un día le dará el legado a sus hijos o a sus nietos de buscarnos, de buscar a su hermana, de buscar a sus descendientes, o emprenderá él mismo el viaje, entrado en años, con la sabiduría que da la vejez, y si no nos encuentra escribirá sus memorias, con la esperanza de que un día las leamos y sepamos que es él, Ismael Wasserman, que ahora vive en Toronto, Nueva York o cualquier otra ciudad, gobernada por su río como Frankfurt, con otro apellido. Me gusta imaginar que el reencuentro entre él y mi abuela es todavía posible, que Ismael aparecerá un día, pelo cano, con una maleta en mano, cargada de recuerdos, de nostalgia, y que su memoria, pese a su longevidad, será vívida y me contará cómo fue su vida en otro continente, cómo comenzó a buscarnos y finalmente dio con nuestro paradero.

Mi abuela nació el 31 de julio de 1931 en Namibia. Cerca de la granja que mi bisabuelo había heredado, no había ninguna ciudad y menos un hospital, así que cuando la bisabuela Esther rompió aguas, mi bisabuelo, que nunca soportó ver sangre manar o cualquier otro tipo de líquido, buscó ayuda entre los trabajadores de la granja. Entre ellos había una mujer, llamada Nyah Sia, que ejercía también de curandera local y que en esta ocasión asistió a mi abuela desempeñando las funciones de una experimentada matrona.

Mi padre cuenta que el parto fue difícil. Para Esther era el primer hijo, estaba alejada del país que conocía, se sentía insegura y no paría con las comodidades que la hija de una familia adinerada y aburguesada hubiera tenido en Alemania. Solo Nyah Sia, que era una mujer corpulenta y gorda, estaba allí para asistirle, no era de extrañar que tuviera miedo. Si no hubiera sido por esa africana, mi abuela seguramente jamás habría nacido, mi bisabuela habría muerto en el parto y mi abuelo, no pudiendo resistir más el peso de la soledad, probablemente habría vuelto a Alemania para acabar sus días trágicamente en un campo de concentración, como todos aquellos parientes y familiares que se resistieron a abandonar el país tras la llegada al poder de Hitler.

Mis bisabuelos, en agradecimiento a la gran mujer africana que había salvado las vidas de Esther y su bebé, escogieron para mi abuela el nombre de Emma Sia. Seguramente no pensaron en el significado de los dos nombres cuando los eligieron, simplemente querían un nombre judío tradicional, Emma, que significa universal, y agradecer el nacimiento a la curandera, dándole a su hija uno de sus nombres, Sia, que significa entendimiento y sabiduría. Mi abuela fue universal desde el momento de su nacimiento: sus padres alemanes, su nacimiento en África, sus diversas nacionalidades: al principio fue alemana, después, británica y, en Frankfurt, nuevamente alemana. También el entendimiento y la sabiduría fueron parte de su carácter, tranquila y callada como era, mi abuela nunca tomó una decisión apresurada, siempre meditó lo que se debía hacer y fue juiciosa hasta que contrajo alzhéimer y dejó de cavilar como es debido. Emma heredó esa personalidad juiciosa y reposada de mi bisabuelo Noah. Él, según me ha narrado mi padre, fue el que decidió quedarse en Namibia, no regresar a Alemania, el que intentó convencer a sus familiares de que abandonaran el país, el que viendo una amenaza real en la figura de Hitler, renunció a su patria e hizo los trámites pertinentes para que toda su familia se nacionalizase británica, poco después de la llegada al poder del Partido Nacional Socialista, acogiendo a un derecho que existía desde 1923 para los colonos alemanes, aunque esta estratagema no le salvó

de los años de reclusión en Namibia, porque había nacido en Alemania y se le consideraba alemán.

Noah mostró esa prudencia típica de él durante los difíciles años treinta; la crisis mundial, provocada por el *crash* de la bolsa de Nueva York en 1929, hizo también mella en las granjas africanas, hundiendo los precios del algodón y el café, arruinando a miles de granjeros europeos que, tras hipotecar sus propiedades a usureros esperando años mejores, las terminaron perdiendo incapaces de saldar sus deudas. Mi bisabuelo, que nunca había gastado más de lo necesario y ahorrado algo de dinero en los años de vacas gordas, no cometió el error de ponerse en manos de los prestamistas y se mantuvo firme en su decisión de seguir viviendo en Namibia, de no regresar a Alemania.

En 1936, en medio de los duros años de depresión, Esther dio a luz a un segundo hijo, al que llamaron Ismael. Tras el nacimiento de Ismael, mi bisabuela se hundió en una grave depresión de la que nunca pareció poder salir. Esther achacaba esta depresión al hecho de vivir en Namibia entre salvajes, apartada de la civilización y de su acomodada familia. Con lágrimas en los ojos o hundida en su sillón casi inerte, suplicaba a Noah vender la granja y volver de inmediato a Alemania.

—Pero ¿cómo vamos a abandonarlo todo ahora, mujer? Dejar nuestra granja ahora sería malvenderla, regalarla a cualquier usurero que le queda dinero para adquirir casi por nada nuestra propiedad, en la que hemos invertido tanto tiempo y esfuerzo para mejorarla.

—Yo no puedo vivir más aquí, con el calor, los mosquitos, los animales y los salvajes que apenas me entienden. Tampoco es el futuro que quiero para los niños, que nunca aprenderán buenas maneras, ni se labrarán el futuro que yo les deseo: un buen esposo para Emma y una profesión digna con la que Ismael pueda ganar dinero y vivir con cierto lujo. No quiero que el futuro de mis hijos sea trabajar en esta granja que solo nos da disgustos.

—Tan mal no nos va con la granja, mujer. Nos da para vivir con decencia, sin vicisitudes. Los niños son felices aquí, quizás no tienen las comodidades que hay en Alemania, pero pasar tiempo al aire libre, correr, jugar con otros niños no les puede hacer mal —argumentaba Noah.

—Eso es lo que tú dices. Lo que yo veo es que nuestros hijos se están volviendo unos salvajes. Bueno, Emma ya lo es y será muy difícil hacer de ella una señorita, e Ismael lo será pronto si no volvemos —contestaba Esther.

—Volveremos, Esther, te lo prometo, pero no ahora. La situación en Alemania es difícil, también hay mucha hambre, mucho descontento, mucha gente sin trabajo. Hay que esperar al menos a que mejoren las cosas allí. Aquí las cosas pueden estar mal, pero al menos tenemos algo a lo que asirnos, allí no tenemos por el momento ninguna perspectiva.

Para Esther el vivir en Namibia no era más que un suplicio, para la niña Emma, sin embargo, y posiblemente también para su hermanito Ismael, debieron ser estos los años más felices de sus vidas. Recuerdo muy vagamente haber oído a mi abuela contar con añoranza cómo se le pasaban las tardes jugando con los hijos de los trabajadores de la granja, cómo se escondían entre los arbustos para observar a los animales en la distancia, cómo los colores de las puestas de sol, el sonido del viento, el cielo plagado de estrellas por la noche, los alaridos de los animales y el olor del continente africano seguían impregnados en su memoria, cómo deseaba volver a Namibia antes de morir.

A veces me pregunto por qué la abuela Emma nunca en vida mencionó a su madre. Yo mismo, ya veis, no puedo evitar contar una u otra cosa sobre mi padre o sobre mi madre, a veces admirados, otras no. Pienso que algo terrible debió pasar entre ellas, algo que alejó a madre e hija. No sé qué acontecimiento, qué desgracia pudo ser tan doloroso como para que Emma no fuera capaz de perdonar a su madre o volver a hablar de ella. Si no hubiera sido por mi padre yo nunca hubiera sabido que mi bisabuela se llamaba Esther.

Mi padre cuenta que mis bisabuelos tenían caracteres muy opuestos, que él era más calmado, más tolerante. Esther, mi bisabuela, sin embargo, era severa e intransigente, pensaba que la disciplina y la perseverancia era el único modo de labrarse futuro, de seguir anclado en la clase a la que ella pertenecía, a la que sus hijos debían permanecer. Emma debió sentirse asfixiada con el tipo de educación que su madre quería para ella, a lo mejor incluso deseó que desapareciera, que la tierra se la tragara, y Esther desapareció y nunca se supo de ella, y con ella se perdió también Ismael, lo que atormentó siempre a mi abuela, lo que le sigue pesando, pues Ismael Wasserman, junto con su padre Noah, siguen siendo parte de los pocos recuerdos que le quedan en estos escasos días en los que la enfermedad no la desprende de todas sus memorias. Ismael y su padre Noah regresan a ella en esos reducidos momentos en los que su cerebro es capaz de viajar al pasado.

Mi bisabuelo Noah había sido siempre bueno en matemáticas. Había ayudado con frecuencia a mi tatarabuelo Zackarias, su padre, a llevar las cuentas de la joyería. Mi padre decía que no se le escapaba detalle, que era minucioso y que tenía un gran talento para administrar el dinero y ahorrar. Si en la familia no hubiera regido la tradición de que solo el primogénito podía heredar la fortuna familiar, hubiera sido Noah, por ser el que más sobresalía entre los hermanos, el destinado a dirigir el pequeño negocio familiar. Esa increíble habilidad la llevó con él a Namibia y logró que la granja heredada de sus tíos fuera un negocio bastante rentable, tal y como los libros de cuentas que encontré en la maleta de mi padre demuestran.

En los años de buena cosecha había ahorrado algo de dinero y había empleado una parte para reformar la casa heredada de sus tíos e intentar que Esther tuviera todas las facilidades de las casas europeas, como un sistema de tuberías y alcantarillado, por el que en la granja había acceso directo al agua. Ideó e instaló una red eléctrica en la casa principal, aunque esta última no llegó nunca a funcionar plenamente. Había invertido también dinero en un sistema de riego para la plantación y además había construido dos grandes contenedores de agua, que almacenaban la lluvia en tiempos húmedos y que en tiempos de sequía salvaban al menos parte de la cosecha y proveían de agua a los habitantes de la granja.

En tiempos de crisis o de malas cosechas el dinero ahorrado había ayudado a la familia a vivir sin grandes vicisitudes. Nunca tuvo que empeñar joyas o enseres o pedir prestado, pero tampoco se convirtió en prestamista. Ese negocio era para él inmoral. Comprendía que los grandes intereses que se pedían eran debidos al riesgo que el prestamista corría a que el crédito nunca fuera saldado, pero, a su vez, esos préstamos con desorbitantes intereses eran, casi siempre, una sentencia inevitable a la ruina del que lo firmaba, a la pérdida no solo de las propiedades, sino también del honor de la familia. Noah tenía su propia moral: había que vivir y labrarse el porvenir por medio del trabajo y sacrificio propio y no enriquecerse a costa de las desgracias y miserias de los demás.

Por esos mismos principios, Noah trató a sus trabajadores con dignidad. Arregló y mejoró las chozas donde los trabajadores nativos vivían. Les prometió y dio sus días de descanso, en tiempos de buenas cosechas compartió con ellos una pequeña parte de las ganancias y nunca aprobó el uso de la violencia física o verbal contra ninguno de sus trabajadores. Debido a ese carácter afable sus empleados le fueron fieles y trabajaron para él también en tiempos difíciles.

Creo que Noah incluso llegó a dominar alguna de las lenguas nativas, y es que mi bisabuelo fue un amante verdadero de la tierra africana, de sus gentes, de sus paisajes, de su modo de vida: sentarse tranquilamente al atardecer con un amigo, beber algo fresco y hablar de cómo había discurrido el día, ver cómo sus hijos jugaban y crecían felices, saborear una sencilla pero sabrosa comida, eran incentivos más que suficientes para sentirse satisfecho con la vida.

Esther, sin embargo, no llegó a identificarse con la filosofía de vida que allí regía, en Namibia, ni con la costumbre de Noah de ser ahorrativo y precavido con el dinero. Tras la primera buena cosecha, viendo que las ganancias habían sido buenas, se empeñó y convenció a Noah para que comprara un piano.

—¿Un piano? —preguntó Noah extrañado—. ¿Para qué necesitamos un piano aquí?

—Tú sabes que yo siempre he tocado el piano. No tengo práctica, se me va a olvidar. Además, Emma va a cumplir pronto cinco años. A lo mejor un día volveremos a Alemania y sería bueno que tuviera una mejor educación, que aprendiera latín o francés, caligrafía gótica y que tocara un instrumento musical como el piano ¿no crees? —le explicó Esther.

—Creo que el piano no hace falta aquí, mujer. El clima no es el adecuado. Hace demasiado sol y calor. Hay que mantenerlo en una sala fresca, lejos de la luz y afinarlo todos los años. Si viviéramos en la capital, bueno, me lo pensaría, pero estamos en el medio de la nada.

—Precisamente por eso. Estamos tan aislados, con un piano podría organizar conciertos, invitar a otros europeos que viven en las granjas cercanas. Así tendríamos algo más de vida social y Emma trabaría amistad con chiquillos de su misma clase social en vez de pasarse el día jugando con los hijos de nuestros criados, con esos chavales harapientos, tan distintos a nuestra Emma —observó Esther.

—Sabes que no me gusta que uses esos términos al hablar de nuestros trabajadores y de sus hijos —le indicó Noah, mostrando desaprobación al modo en el que su mujer se había referido a los nativos—. Hay que respetar a todo el mundo, da igual la clase o la procedencia. Además, creo que no hay tantas diferencias entre Emma y esos muchachos.

—No voy a meterme a discutir esa opinión contigo, pero te prometo que no usaré más esos términos si me compras un piano. Emma necesita una educación adecuada para una señorita de su clase —concluyó Esther.

Noah cedió y adquirió un piano relativamente barato en una subasta de bienes que se hizo tras el embargo y venta de las propiedades de una familia arruinada por la mala administración de su granja. Gastó algo más de dinero en traer a un anciano alemán de la ciudad que se dedicaba a la restauración y la compraventa de muebles nobles, y que sabía cómo afinar y restaurar pianos. Con el instrumento puesto a punto, Esther comenzó a dar a Emma lecciones de piano.

La abuela Emma detestaba esas lecciones. Eran una obligación diaria que la apartaba de los juegos. Aporreaba el piano en vez de tocarlo, lo que enfurecía a Esther que confundía la falta de interés de Emma con una falta de habilidad. En ese momento, Emma empezó a desear que a su madre se la tragara la tierra, ansias que solo se mermaron, aunque no desaparecieron, cuando supo que su madre estaba embarazada y que ella iba a tener un hermano o una hermana. Pese al embarazo, Esther no fue mucho más complaciente con su hija y apenas varió el rígido horario

que Emma debía seguir para aprender piano, latín y caligrafía gótica, todas ellas, como vosotros mismos suponéis, habilidades inútiles cuando se vive en una granja. Además, Esther estaba a menudo triste y de mal humor.

En los últimos meses de embarazo, el mal humor se tornó en una severa depresión. Esther se pasaba el día llorando y cuando no lo hacía era para expresar sus pretensiones de volver a Alemania, deseo que se fue acrecentando conforme el día del parto estaba más próximo. La abuela intentaba ser complaciente con su madre, porque no quería que nada le pasara al bebé. Esther no le dedicaba a su hija ninguna alabanza, solo la criticaba.

—Emma se nos está embruteciendo con esas compañías —decía los días en los que la depresión le permitía salir de la cama—. Sigo pensando que deberíamos vender la granja y volver a Alemania.

—Ya te he dicho que no, que no es el momento y que no me gusta que desprecies de esa manera a los hijos de nuestros trabajadores. Emma necesita contacto con otros chiquillos.

—Por eso mismo tendríamos que regresar a Alemania, para que tenga amistades como es debido.

—Esther, ya conoces mi opinión, ya te he explicado la delicada situación por la que pasa Alemania. ¿Por qué te ofuscas en esa idea?

—Porque me ahogo en este país, en este lugar, porque este tipo de vida no es para mí, porque cuando llegamos aquí me prometiste que volveríamos si no nos hacíamos a esta vida campestre. Y yo nunca me he adaptado —le decía Esther.

—Si hace unos años, cuando tuvimos buenas cosechas, me hubieras insistido de ese modo, quizás habría dicho que sí, pero ahora con la grave crisis mundial que también sufre Alemania es una locura. Lo poco que sacáramos por nuestra propiedad lo gastaríamos en unos meses, y puede que en ese tiempo yo no encontrara trabajo. Además, tú estás embarazada —le argumentaba mi bisabuelo.

—También estaba embarazada cuando vinimos aquí, y no pasó nada.

—La situación era completamente distinta. No sabíamos que estabas embarazada y, además, eran los primeros meses. Ahora estás de siete meses. La travesía es larga y podrías perder al bebé durante el viaje. ¿Se te ha olvidado cómo fue el último parto? Si no llega a ser por Sia os hubiera perdido a ti y a Emma. Si quieres volver tendrás que esperar.

—Entonces volveremos cuando nazca el bebé —insistía Esther.

—No. Volveremos cuando sepamos que en Alemania nos espera un destino seguro, mejor que aquí. Puedes contar con mi palabra. Por el momento estamos bien donde estamos.

—¿Cómo puedes decir que es mejor vivir aquí que en Alemania, si habitamos entre salvajes, no sabiendo si uno de ellos nos va a matar a machetazos o si un león va a devorar a nuestro bebé?

—No me seas trágica, Esther. Siempre hemos tenido buena relación con los nativos y nunca hemos tenido graves problemas con los animales salvajes. No tenemos ni vacas ni cerdos en esta granja, así que hay poco que a los leones o a los tigres les pueda interesar de nuestra propiedad. Acepta lo que es sensato. Esperaremos a que la crisis mundial se supere y, entonces, te daré el gusto, venderé la granja y volveremos.

Ismael nació bajo signos de buenos augurios, según Nyah Sia que atendió esta vez también el parto. Esther pensó que eso significaba que iban a volver pronto a Alemania, que las cosas mejorarían pronto en su país y que su hijo se podría educar allí. Sin embargo, tras el nacimiento de Ismael, la crisis en Alemania se agravó y la precaria situación económica del país favoreció la

llegada de Hitler al poder, lo que inquietó mucho a mi bisabuelo Noah, quien escribía constantemente cartas a sus padres y hermanos invitándoles a venir a vivir con ellos. Salvo su hermana menor, Rosa, a la que su padre nunca permitió embarcarse en tal viaje, ninguno de sus familiares quiso cambiar su vida en Alemania por la de Namibia, algo que Esther utilizaba para encontrar argumentos que apoyaran sus deseos de volver a su país natal. Si ellos no querían venir a Namibia, era porque las cosas allí estaban, pese a todo, mejor que en África. Noah se mantuvo juicioso, se negó a volver a Alemania y la familia se quedó en la granja. Aunque a Esther nunca se le quitara de la cabeza la idea de regresar.

¿Puede el deseo de que alguien desaparezca, que se lo trague la tierra, ser tan fuerte que se haga realidad?

Según me explicó mi padre, mi abuela Emma nunca dejó de sentirse responsable de que a su hermano Ismael y a su madre se les perdiera el rastro durante el viaje que emprendieron en dirección a Toronto. No es de extrañar que a la abuela le cueste tanto hablar sobre Ismael y sobre su madre.

Quizás fuera solo una casualidad que mi abuela se llamara Sia, sabiduría, el hecho es que heredó el buen entender y buen obrar de mi bisabuelo Noah, una sabiduría casi invisible, que le ayudó a sobrevivir durante los años de la Segunda Guerra Mundial, que le ayudó a adaptarse a la vida en Alemania, cuando llegó en 1946 y que le valió para dominar a mi malhumorado e iracundo abuelo durante toda su vida.

—¿Por qué me llamasteis, Ismael? —le pregunté hace algunos años a mi padre.

—Si te soy sincero, no estoy seguro —fue, como no, su respuesta—. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿No te lo imaginas?

—La verdad es que no, ya sabes que la imaginación no es mi fuerte.

—Ismael era el nombre de mi tío abuelo, el hermano desaparecido de la abuela, me preguntaba si tiene algo que ver con él.

—No sé, Ismael. Digamos que ha sido casualidad. Es cierto que yo le propuse el nombre a tu madre, pero no fui yo, fue ella la que finalmente eligió vuestros nombres. Puede que le gustara el nombre de Ismael, o tal vez hubo otra causa, como por ejemplo el significado del nombre, a Imara le gusta mucho saber lo que las palabras significan, y siempre ha querido que los nombres de sus hijos inspiren grandeza, confianza, inteligencia...

—Ya pensé en ello, papá, y miré lo que significa Ismael.

—¿Y....?

—Significa “el que habla con Dios”, y eso no me cuadra, porque mamá no es muy religiosa.

—Tienes razón, bueno, debió gustarle el nombre sin más. Muchos africanos se llaman Ismael —me contestó.

—Y también muchos judíos —comenté yo.

—Y algunos cristianos —añadió mi padre. Es unos de los nombres comunes a las tres religiones, un nombre universal que unifica.

Me imaginé que mi padre le había dado a mi madre tales argumentos.

—Me gusta mi nombre —opiné.

—A mí también, Ismael, y creo que te pega, por tu elocuencia y tu destreza comunicativa —me indicó.

Más tarde pensé que a mi padre le había salido bien la jugada, había propuesto a mi madre intencionadamente un nombre muy típico de africanos, pero también de judíos y sabía que mi madre iba a buscar lo que significaba y le iba a encantar, porque hablar con Dios puede interpretarse no solo con un sentido religioso, sino también como el que tiene facilidad de palabra, el que sabe lo que es justo y lo que no, el que es importante, porque se le confían mensajes valiosos y significativos para transmitir a la humanidad.

Le debió gustar ese significado tan emblemático, tan transcendente, aunque yo creo que, si esta fue la razón para llamarme Ismael, mi madre esperaba de mí, su primogénito, demasiado.

De Namibia y mi abuela os podría contar poco más. Sé que los años en los que detuvieron a mi bisabuelo fueron difíciles y me puedo imaginar cómo vivió Emma su regreso a Alemania, un país en el que no había vivido, pero no sé mucho de la granja, desconozco el nombre del lugar donde vivieron mis bisabuelos y mi abuela, ni donde pasó el bisabuelo Noah sus años de cautiverio. Mi padre no recuerda haber escuchado el nombre del lugar donde la abuela nació y el libro de contabilidad de mi bisabuelo no ofrece ninguna pista. Mi abuela por su enfermedad lo ha olvidado todo. No hay partida de nacimiento de la abuela y las autoridades alemanas no tienen más información que la referente a la fecha 31 de julio del 1931 y al país de nacimiento: Namibia.

Sobre mi tío Johannes, que falleció en un accidente ferroviario, y cuyas fotos se encontraban también dentro de la maleta junto con algunos recortes de periódicos en los que se hablaba sobre el siniestro de Eschede en donde murió, os podría narrar bastante. Es tanta la información sobre esta tragedia, fue tal el impacto mediático en Alemania y en el resto del mundo, que posiblemente incluso vosotros recordáis el accidente, el sufrimiento de los familiares de las víctimas, el trauma de los que sobrevivieron, algunos gravemente heridos y el dolor de todos los que habían perdido parientes o amigos en esta tragedia; entre los fallecidos había muchos niños, ya que coincidió con un puente. A lo mejor lo olvidasteis, como se olvidan después de unos meses o unos años tantas otras tragedias, accidentes o conflictos sangüinarios que acaban con las vidas de tantos inocentes.

Sé que la historia que en principio os quería contar, la de mi hermana y mi posible reencuentro y hermanamiento con un viejo amigo, se ha teñido de sangre y se ha vuelto gris, bastante triste y un tanto tenebrosa, que no todas las muertes, todos los pesares han salido a la superficie. Mas creo, ahora que he empezado, que debo seguir contando estas historias, que revivirán de algún modo a estos antepasados que ya no están y no pueden transmitirnos más sus memorias, y que lo tengo que hacer para que sean recordados, para que la injusticia o el mal hado que ha acompañado a mi familia por siglos se rememore y para que no se entierren en el silencio, ni en el olvido a todos los que nos dejaron de una forma similar a mis perdidos antepasados.

IV. PIEZAS EN FUGA

Los primeros recuerdos nítidos que tengo de los abuelos se remontan al 2002, año en el que tuvo lugar el juicio contra los ingenieros de la Deutsche Bahn (que es el nombre de la línea ferroviaria alemana, algo como la RENFE en España), presuntos culpables de la terrible tragedia de Eschede, el 3 de junio de 1998, en la que un tren de alta velocidad descarriló, chocó con un puente, que se desmoronó con el impacto aplastando algunos de los vagones. Ciento una personas murieron en la tragedia, entre ellos mi tío Johannes, que vivía en Fulda y que se montó en esa estación en un vagón de primera clase, en la parte trasera del tren.

Desde que se constató la muerte de su hijo en el siniestro, mi abuelo llevaba sumido en una terrible depresión de la que no lograba salir. En el 2001, unos tres años después del accidente, con la intención de depurar algunas responsabilidades, se abrió sumario contra algunos de los ingenieros de la compañía, noticia que mi abuelo Jürgen recibió con esperanza de que se hiciera justicia. Mis abuelos, especialmente él, siguieron con inquietud el proceso contra los ingenieros que duró ocho meses. Durante ese tiempo visitamos a mis abuelos de Frankfurt con una cierta asiduidad. Mi padre, que también estaba muy afectado con la muerte de su hermano Johannes, aunque dado su carácter un tanto apático y reservado, no lo mostrara, hacía lo posible por estar con ellos.

En el juicio se acusaba a tres ingenieros de la empresa ferroviaria alemana Deutsche Bahn de negligencia. Habían ignorado los repetidos avisos de una compañía de tranvías, que usaban el mismo tipo de ruedas, en los que se informó a la Deutsche Bahn de que las ruedas utilizadas en la construcción del tren de alta velocidad sufrían un gran desgaste y que necesitaban cambiarse con regularidad. No habían reaccionado tampoco cuando, tras una de las inspecciones rutinarias, se indicó que la rueda, que originaría el accidente, estaba en mal estado y necesitaba ser reemplazada. Mi abuelo vivió el juicio con indignación, desesperación y una esperanza ciega en un claro veredicto de culpabilidad, como si esta fuera la única luz a la que asirse, el único modo de emerger de su hundimiento. El tribunal consideró que no había indicios fuertes de negligencia y declaró inocentes a todos los ingenieros. El veredicto del juicio sumió a mi abuelo, que tanto había esperado que hubiera justicia, más aún en su depresión, en tormento e indignación.

Mi abuela, sin embargo, se mostró durante estos meses tranquila, con la típica calma de quién estoicamente acepta una muerte prematura, que no debía haber ocurrido, la calma de una persona que quiere vivir el resto de sus días sin atormentarse por algo que nunca estuvo en su mano evitar, la calma de quien estaba acostumbrada a los duros golpes de su propio sino, de quien recibía esta nueva bofetada del destino con resignación, pero sin exponerse más de lo necesario para mitigar el dolor. Mi abuela, y no mi abuelo, era la figura fuerte, que buscaba y sabía encontrar la luz al final de túnel, aunque esta apenas brillara.

Los días antes del veredicto mis abuelos habían hablado a menudo sobre el juicio.

—Esos ingenieros tienen que recibir su merecido castigo y la Deutsche Bahn debería estar sentada en el banquillo. Es el único modo para que nos veamos resarcidos los que hemos perdido a nuestros seres queridos —decía mi abuelo pocos días antes del fallo del jurado.

—Lo sé, Jürgen —le decía mi abuela—, pero hay que prepararse por si el fallo del jurado no es lo que esperamos y no obtenemos la justicia que merecemos. La historia no siempre ha dado la razón a las víctimas y la justicia tampoco. Tenemos que prepararnos para levantarnos con

compostura si recibimos algún desplante, y pase lo que pase, debemos ser capaces de mirar al futuro, de comprender que nosotros no hemos perecido, que hay seguir adelante y vivir con lo que aquí nos queda. Jürgen, es hora de pensar en nuestro otro hijo, Otto, en nuestros nietos y preocuparnos de ellos.

—Lo sé, lo intento, pero no puedo encontrar consuelo tras la muerte de Johannes, una muerte no anunciada, que no debía haber pasado. Cada día me despierto pensando en él, dando más y más vueltas al fatídico día, preguntándome por qué se subió al tren, por qué se sentó donde se sentó, por qué él y no otro compañero de trabajo tuvo que ir a Hamburgo, por qué dejaron que el tren partiera de Múnich si se constató que una rueda estaba defectuosa, por qué la rueda no se rompió unos minutos más tarde, después de pasar el puente, por qué.... —y un oleaje de sollozos, lágrimas y estremecedores alaridos invadía la habitación. El abuelo se reclinaba sobre Emma buscando un lugar en donde asirse, un apoyo en mi diminuta abuela, que sostenía, como si fuera una robusta viga de acero, a mi enorme abuelo que se hundía.

—Hay que saber superar las grandes tragedias, encontrar un sentido nuevo a la vida. Para mí este no es el primer golpe del destino ni la primera pérdida y puede que esto me haya hecho más resistente...

—Para mí tampoco, Emma. Mi padre murió cuando yo era solo un niño, pero no es lo mismo perder a un padre que perder a un hijo, perder a alguien en tiempos de guerra, luchando por una idea que creía justa como pasó con mi padre, que perder a alguien como Johannes, que ha sido arrancado por el destino, sin previo aviso... Puede que tú no pienses cada día en él como yo pienso, que no le llores de la forma que yo lo hago, y por eso te es más fácil olvidar.

—Pienso cada día en él y le lloro, pero él no ha sido la única pérdida de mi vida. Hay otras muertes que también me pesan, que lamento. Como tú sabes tengo muchos antepasados que fallecieron, por no decir que asesinaron, durante la Segunda Guerra. Además, están las desapariciones de mi hermano Ismael y de mi madre, que también me afectaron mucho, pero las superé. Recuerdo a Johannes como recuerdo a mi padre y a todos aquellos que he perdido y créeme, me duele tanto como a ti, pero quiero seguir aquí para los que todavía siguen vivos.

—Pero no fue lo mismo que con los otros, Johannes fue una víctima de la casualidad, del destino que se torció. No tenía que haber muerto. Mi padre y los tuyos murieron porque hubo una guerra o porque les llegó su día.

—Eso lo dices porque las otras muertes quedan allá en la lejanía y ya no duelen tanto, o porque no recordamos el pesar tan grande que nos invadió en ese entonces. No te olvides, Jürgen, que no todas las muertes las ocasionó la guerra, que hubo también víctimas de la casualidad, piensa en mi hermano Ismael o mi madre, que desaparecieron sin dejar rastro.

—No se puede comparar, a lo mejor están vivos.

—Ojalá, pero eso no quita que siga creyendo que no hay tantas diferencias entre todas estas muertes, estas pérdidas —contestaba Emma.

No, Johannes no fue la única víctima, son muchas las víctimas que la abuela puede contar en su familia. A algunas, como a sus abuelos, a sus tíos, a sus primos o a sus tíos abuelos alemanes, nunca las llegó a conocer, por eso fue quizás el pesar de esas pérdidas más leve, ya que los recuerdos de esos seres no eran más que fotos en blanco y negro y cartas, que su padre le había leído alguna vez bajo el cielo estrellado de Namibia. Mas había otros seres queridos con los que

mi abuela había tenido mucho contacto que desaparecieron de su vida y, cuya pérdida, Emma nunca llegó a olvidar o superar plenamente, como la de su hermano Ismael o la de su madre, aunque por las razones que fueran, Emma haya hablado poco de ellas.

En 1939, antes de que la Segunda Guerra Mundial estallara, muchos de los alemanes residentes en Namibia abandonaron el país. Mi bisabuela Esther, que nunca había sentido mucho apego hacia la tierra africana, decidió irse junto con su hijo Ismael que debía tener tres o cuatro años. Mi abuelo Noah, que había frenado una y otra vez esos deseos de abandonar el país para volver a Alemania, ante el eminente estallido de la guerra, consintió que ambos marcharan. No iban a volver a Alemania, sino viajar hasta Irlanda y allí coger un barco dirección a Toronto, donde algunos familiares de Esther, entre otros su hermano Rubén, habían emigrado en diciembre de 1938, inmediatamente después de la llamada Noche de los Cristales Rotos, en la que los negocios de los judíos fueron destrozados y saqueados en toda Alemania. La joyería del tatarabuelo Zackarias no había sido una excepción.

El plan era que Emma y Noah permanecieran unos meses en África hasta que Ismael y Esther se asentaran en Canadá, que ellos se pondrían en contacto en cuanto tuvieran una dirección fija. Noah, mientras tanto, habría hecho lo posible por vender la granja y con o sin venta saldría en cuanto le fuera posible con su hija Emma hacia Canadá.

Estos planes, sin embargo, se truncaron, y la reunificación de la familia en Toronto nunca llegó a término. Poco después de la partida de Esther e Ismael, Noah fue detenido y recluido por los ingleses en un campo de trabajo junto con los otros hombres alemanes que todavía residían en Namibia, porque no habían vuelto a Alemania ni después de la Primera Guerra Mundial ni al estallar la Segunda. Era un prisionero de guerra solo por el hecho de ser alemán. Noah permaneció recluido en ese campo de trabajo seis largos años, separado de su hija y sin noticias de su esposa o su hijo.

Mi abuela Emma, que tenía ocho años cuando estalló la guerra, vivió durante estos seis años en los que su padre estuvo encarcelado en granjas de diferentes familias inglesas que la fueron acogiendo. A diferencia de otros niños alemanes, que permanecieron con sus madres y hermanos tras el encarcelamiento de sus padres, mi abuela pasó esos seis años sin la compañía de su madre, de su padre o de su hermano. Esto, sin duda, debió fortalecer el carácter de Emma y la preparó para superar otras tragedias que le había deparado el destino.

Estos fueron años grises, en los que mi abuela aprendió a ver la luz donde no existía, a esperar que amainara el continuo temporal. Sé que asistió a un colegio para las familias británicas, en donde también iban unas cuantas niñas de procedencia alemana. En la escuela no se les permitía hablar alemán y, aunque hubiera sido posible, eso no hubiera facilitado el contacto con las otras niñas germanas, ya que Emma era judía. Apenas tenía amigas inglesas, ya que era alemana, y los británicos luchaban en el otro bando. No formaba parte de ningún grupo.

En 1945, con el final de la Guerra Mundial, Noah fue liberado y pudo reunirse con su hija Emma. Ambos habían sido desposeídos de la nacionalidad británica y volvían a ser alemanes. La granja, que había permanecido vacía por muchos años, se había vendido a colonos de lengua afrikáans, y era sombra de lo que fue, quedaba solo un edificio demacrado y herrumbroso con un campo árido y prácticamente estéril. Casi todas las reformas y mejoras que hizo Noah cuando vivieron allí se habían destruido o no funcionaban.

Antes de volver a Alemania, mi abuela y mi bisabuelo pasaron unos meses en Namibia, indagando el paradero de Ismael y Esther, de los que no habían recibido noticias desde que partieron en dirección a Toronto para reunirse con el hermano de Esther, Rubén. Esas pesquisas no trajeron los frutos esperados, no había rastro de Esther o de Ismael. Rubén, el hermano de Esther con el que habían logrado contactar, les constató que Esther e Ismael nunca llegaron a Toronto, así que decidieron no aplazar más el viaje.

En 1946 regresaron finalmente a Frankfurt, Alemania, donde Noah albergaba todavía la esperanza de encontrar algún superviviente de la familia Wasserman o localizar a su esposa e hijo, allí, en la ciudad de donde procedían. A lo mejor estaban con algún pariente de Esther, que no había perecido, mas no encontró ningún superviviente. Solo Rubén, que vivía en Toronto, había sobrevivido. Con él mantuvo una limitada pero continua correspondencia durante algún tiempo, que se terminó perdiendo.

Mi abuela tenía catorce o quince años cuando llegó a Frankfurt y hablaba mejor inglés que alemán. La ciudad del Meno, sus habitantes y su cultura, eran grandes desconocidos para ella. Debieron de nuevo ser años difíciles, en los que tenía que empezar de cero y buscar su lugar en una ciudad, en un colegio, en un barrio a los que no pertenecía. Debíó sentirse de nuevo forastera, sin un lugar en esa devastada urbe. La falta de luz, la ciudad en ruinas, el cielo gris y la lluvia debieron ahogarla, hundirla, pero fue capaz al cabo de algunos años de brotar con sabiduría de la oscuridad.

Su padre, que antes de la guerra había sido cariñoso y entrañable, se había convertido en una especie de espíritu gris, que buscaba sin éxito a su mujer y a su hijo, a su padre Zackarias, a su hermana Rosa, a sus hermanos Moses y Josef, a sus familiares perdidos. De muchos de ellos se había podido constatar su muerte, Rosa y sus padres habían muerto en Auschwitz, Josef y Moses en algún lugar entre Buchenwald y Dachau, pero no se habían podido recuperar sus cuerpos.

De Esther e Ismael se sabía poco. Noah logró constatar que habían llegado a Irlanda, pero allí se perdió su rastro. Todo lo que había eran especulaciones. No parecía que se hubieran embarcado en ningún transatlántico, y si lo hicieron fue con nombre falso, no había registro de su muerte. No se sabe si llegaron a Toronto, Nueva York o Montreal, o tal vez se embarcaron en dirección Suramérica. Puede que fallecieran durante la travesía y sus cuerpos fueran arrojados al mar, o nunca salieran de Irlanda y vivieran allí bajo identidad falsa, o que fueran arrestados y deportados en el mismo puerto de Cork.

No había noticia de sus muertes, por eso había al menos un resquicio de esperanza.

Un día, cuando entraba en la cafetería principal de la Universidad de Frankfurt para tomar un café antes de una de las clases vi, sentado en una de las mesas al lado de los enormes ventanales de la llamada Sala Roosevelt o rotonda, que es el punto de encuentro más común de la universidad, al señor Juan Trujillo que, como sabéis, fue mi profesor de español en el instituto de Nieder Eschbach. No lo había vuelto a ver desde que terminé la secundaria en 2012. Me acerqué a saludarlo. Esta vez le tuteé, recordando que me había pedido que le llamara de tú.

—Hola, Juan, ¿cómo tú por aquí?

—¡Hombre, Ismael! Pues es una larga historia, no sé si sabes que no me renovaron más el contrato en el instituto, como a otros tantos profesores que no tienen un reconocimiento completo o que les falta algún que otro crédito. Y aquí me tienes, haciendo las asignaturas que

me faltan para equiparar mi título con los de Alemania, y lo peor de todo es que tengo que hacerlo en el tan laureado Departamento de Español de la Universidad de Frankfurt; con otras palabras, aburriéndome como una ostra con los tremendos cuajos que tenemos como catedráticos, que dan las clases de literatura española en alemán, porque no tienen ni idea de español, no saben salirse de lo que dicen sus libros y no comprenden cualquier comentario que sea mínimamente creativo, pero qué remedio... ¿Y tú, Ismael? ¿Has empezado ya la novela que tenías en mente? —me preguntó.

—Todavía no —le contesté, y le expliqué que me sentía bastante indeciso, que en un principio había decidido recopilar información sobre Namibia, pero que luego, por una causa u otra, terminé aparcando el proyecto.

—Es una pena, ¿sabes? —me comentó—. Se escriben tantas novelas sobre temas triviales y tú que tienes un proyecto interesante en mano, una saga familiar, con el trasfondo histórico del África Colonial y de la Alemania de entreguerras y de la postguerra; personajes que han vivido en distintos países, en distintos continentes, pero que no terminan de pertenecer o de sentirse fuertemente enraizados en ningún país o cultura, como tú o yo, como muchísima gente en este mundo, no escribes.

—Bueno, Juan, no he dicho que haya desistido del proyecto, solo que lo he aparcado. La verdad es que, como en su día me dijiste, escribir una novela no es tan fácil y, además, con los estudios no tengo mucho tiempo. Después de diez semestres en la universidad, ya va siendo hora de que termine la carrera y empiece con las prácticas para el profesorado de instituto.

—¿Quieres de verdad ser profe?

—Sí, ¿por qué me preguntas?

—Es que te imaginaba haciendo algo más creativo, aunque te pega, con tu aurea natural y tu estilo rasta, seguro que cautivas al alumnado y entras en el grupo de los profes guais. Y serías más chulo aún si escribieras esa novelita.

—Te acabo de decir que no tengo tiempo.

—El tiempo se encuentra si uno quiere.

—No es solo eso. Me siento inseguro.

—Sí, comprendo. Pero eso no quita que siga siendo una pena que no te atrevas a meterle mano a esa novela, conforme empieces seguro que te sientes más seguro. Yo mismo lo haría, si no fuera tu historia, tu familia y sus memorias.

—No es que no me atreva. He recogido suficiente información sobre Namibia, los seminarios de la universidad me han dado algunas ideas de cómo abordar el tema del Holocausto y no se me ha olvidado tu consejo, explorar el pasado de la ciudad de Frankfurt, la *Atlántida* de mi antepasada Rosa Wasserman, aunque todavía no me he puesto en ello. Lo que pasa es que no sé por dónde empezar, me falta el tiempo y ... bueno, el último impulso.

—¡Ajá! La inspiración final, la “patada” que te impulse a escribir. Es un problema muy común.

—¡Me suenas un poco sarcástico!

—¿Sarcástico yo? Nunca. Mira, Ismael, si yo tuviera esa historia y el talento natural que tú tienes para escribir, sacaría el tiempo de donde fuera. Le daría la lata a mi padre, a mi madre, al que fuera, y me pondría manos a la obra. Ya sabes: el escribir y el rascar es solo empezar.

—Creo que el refrán no es así.

—Da igual. No te pareces al Ismael que recuerdo con inspiración y ganas de escribir, con la ilusión de ser un día uno de los tantos autores extranjeros que escriben literatura sobre Frankfurt.

—Tú mismo me dijiste que no era un proyecto para alguien tan joven como yo, que esperara.

—¿Cuándo dije eso? No lo recuerdo.

—Hace casi cinco años.

—Pues donde dije digo, digo Diego. Puede que seas todavía algo joven, pero, créeme, es cosa de ponerse, no más. Y si quieres yo echo un vistazo a lo que escribes y te digo luego lo que me parece. ¿Es un trato?

—Me sigue faltando el principio. Ya sabes lo importantes que son las primeras frases. Una cosa es empezar un relato corto, que es lo que hasta ahora he escrito, y otra una novela.

—Ya se te ocurrirá.

—Bueno, si tú lo dices.

—Sí, ya verás cómo un día encuentras el impulso que te falta, el comienzo, y entonces irá todo viento en popa —me animó Juan.

La verdad es que en el tiempo que había pasado desde que terminé mis estudios de secundaria, había desistido casi prácticamente de embarcarme en tal proyecto. Seguía asistiendo a seminarios sobre literatura africana o literatura sobre refugiados y sobre el Holocausto, sin estar seguro de por qué lo hacía, si era porque los temas me interesaban personalmente o porque el proyecto de la novela seguía de algún modo latente. Mi padre no me había preguntado hacía tiempo si pensaba hacer algo con las memorias de la familia, quizás había olvidado todo lo que en su momento hablamos, y yo, que me sentía cómodo en la universidad, tenía buenas amistades, era feliz y nada me preocupaba, no había vuelto a pensar en el material que había recopilado, en las páginas que había escrito sobre la vida de mi abuela en Namibia y sobre la muerte de mi tío Johannes. Quizás por eso no necesitaba escribir, porque me sentía dichoso e integrado en la ciudad de Frankfurt, porque no tenía ninguna pena, preocupación o inquietud que transmitir o, quizás, porque me faltaba tan solo el impulso, la patada final, como decía Juan. En estos pensamientos estaba cuando Juan me preguntó:

—E Isabela, ¿qué tal?

—¿Isabela? Bien, ahora está pasando un año en Southend, Inglaterra, para mejorar su inglés. Cuando vuelva quiere estudiar medicina. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, para cambiar de tema. Te veo demasiado pensativo. No he querido estropear la tarde insistiendo en que escribas, pero es que creo que tienes buen material entre manos y que es una pena que...

—No me has estropeado la tarde. Solo me has recordado que tengo un proyecto olvidado y me preguntaba a mí mismo por qué no me he puesto en ello o, mejor dicho, qué hace falta para que empiece, pero no he encontrado la respuesta —le comenté, y seguimos hablando por unos minutos de temas más nimios.

Estábamos por despedirnos cuando Juan dijo:

—Creo que te deberías apuntar a un último seminario en el Departamento de Inglés, antes de meterte a hacer la formación como profesor, a lo mejor allí encuentras el impulso que te falta, porque tú estudias inglés, ¿verdad?

—Sí, inglés y matemáticas. ¿Y cuál es, si se puede saber?

—Uno en el que se va a discutir un libro significativo en lo que al tema del Holocausto se refiere. ¿Has leído el libro de Anne Michael, *Piezas en Fuga*? —me preguntó.

—No.

—Pues matricúlate el próximo semestre en el seminario sobre filmografía y literatura del Holocausto que da el catedrático Simon Lloyd. Es muy bueno. Yo estoy haciendo con él uno sobre filmografía y literatura inglesa sobre la Guerra Civil Española, ya sabes, de esos

seminarios que están destinados a varias ramas de estudios. Aparte de eso, es muy buen profesor, mejor que cualquiera de los pasmos que tenemos en Hispánicas, con algunas excepciones de todas formas...

—Conozco al catedrático. Ya he hecho un par de cursos con él. Tendré en cuenta tu recomendación.

Me matriculé, tal y como Juan me había recomendado. Era mi último semestre en la universidad y aparte de este curso me quedaba solo por superar un par de pruebas orales. Parecía que iba a tener algo más de tiempo para dedicarle al proyecto y a lo mejor encontraba el impulso final que necesitaba para ponerme a escribir.

Este era el primer seminario que hacía en el que el Holocausto era el tema central, aunque ya había hecho otros en el que se había tratado el tema. Si os soy sincero, como a muchos otros jóvenes, lo que pasó en Alemania y Europa antes y durante la Segunda Guerra Mundial era un tema que me perturbaba, pero que al mismo tiempo sentía como algo ajeno a mí, a mi generación. La única persona que conocía que había sobrevivido el Holocausto era mi abuela Emma, y esto se debió a que vivía en África en ese tiempo. Mi padre había insistido siempre en que indagara, en que descubriera algo sobre esa parte de la familia que había residido en Frankfurt y que no sobrevivió la guerra. Me decía que era importante que transmitiera la historia, que no la dejara yacer en el olvido.

Así que allí estaba yo, matriculado en el último seminario, buscando respuestas, impulsos, intentando entender y conciliar lo que mi padre y Juan Trujillo querían que hiciera con esta historia.

Leímos el libro *Piezas en Fuga* de Anne Michael en último lugar. Un libro que a primeras no parecía demasiado complicado, pero que tocaba temas claves como la memoria histórica, la posibilidad o imposibilidad de escribir poéticamente sobre un tema tan terrible como el Holocausto, los paralelismos entre víctimas directas del Holocausto y aquellas víctimas indirectas que eran hijos o nietos de supervivientes, el si era posible o no, después de abandonar la que fue tu patria, encontrar como refugiado o expatriado un lugar donde sentirse “en casa”... Todo ello narrado con un claro proyecto literario, en el que la ficción se enhebraba con la realidad hasta tal punto que era muy difícil como lector decidir qué era cierto y qué no. Empezaba a entender por qué Juan Trujillo decía que quizás este libro podía ser para mí el impulso que me faltaba, y a comprender por qué mi padre me había insistido en la necesidad que contar la historia de mi familia. Me daba cuenta de que había que mantener viva la memoria de los que nos dejaron, ante todo porque han sido víctimas, y desaparecen para siempre la memoria de los que perecieron y las circunstancias de su muerte, los “verdugos” dejan de serlo, y eso era lo que mi padre intentaba explicarme con su parca manera de comunicarse.

Mi abuela era una buena entendedora de esa filosofía: revivir constantemente la memoria de las víctimas, para mantenerlas vivas. Una forma de actuar que intentó que mi abuelo aceptara, porque era el único modo de sobrevivir la tragedia del hijo perdido, el único modo de que en el futuro se resarciera el trauma, de que llegara un reconocimiento de culpa, de arrepentimiento, una sincera disculpa. Mi abuelo no pudo, desde el fatídico 3 de junio, el día en que Johannes

falleció, su fortaleza se vería mermada y nada ni nadie logró hacerle levantar cabeza hasta que falleció en el 2009.

Mi tío Johannes, el hermano de mi padre, vivía bastante cerca de Frankfurt, en Fulda para ser exactos. Era un soltero de oro, mucho más atractivo que mi padre, con un trabajo bien pagado como gerente en el departamento de ventas de no sé qué empresa, afincada no muy lejos de donde residía. Viajaba mucho porque lo requería su empleo, casi siempre dentro de Alemania, a veces también iba a Holanda o Francia. Según él las responsabilidades que tenía en su empresa, el tanto viajar y la falta de tiempo eran las razones por las que no había encontrado una pareja estable como mi padre, y por la que seguía, “a su pesar”, o al pesar del abuelo Jürgen, soltero.

Johannes era sin duda alguna el favorito de mis abuelos. El hijo que les visitaba con cierta frecuencia, que acudía en poco tiempo ante cualquier demanda, el que arreglaba cualquier problema burocrático, siempre tan amable, de presencia inmejorable, sin otros vicios aparte de su propio trabajo. Un hijo que nunca les había dado ni disgustos, ni quebraderos de cabeza, solo satisfacciones y que, como decía mi abuelo: «si no se había casado, era solo porque no había encontrado la mujer adecuada, ya que el listón estaba bien alto, y porque era tan sensato que, si lo hiciera, lo haría solo con una mujer que se lo mereciera...» Si recuerdo estas frases de mi abuelo es porque mi madre, que las tomaba como indirecta hacia ella y como una desaprobación implícita al matrimonio entre mi padre y ella, se las había grabado de tal forma en la cabeza, que se las echaba a mi padre en cara cada vez que había algún tipo de disputa conyugal. Mi madre no llegó a entenderse nunca con mi abuelo o, dicho de otro modo, mi abuelo apenas le dirigió la palabra en vida, aunque yo no sabría decir por qué; mi abuelo tenía, a parte de esa grave depresión tras la muerte de Johannes, un carácter iracundo y difícil. Mi madre, por su parte, apenas intercambiaba palabra con el abuelo, lo que no era raro porque el abuelo nunca fue amable con ella. Lo que nunca he comprendido totalmente es por qué mamá tampoco se comunicó demasiado con la abuela, aunque esta siempre hizo un gran esfuerzo por ser agradable con su nuera.

Bueno, como veis me he salido nuevamente del tema, volvamos a lo que os estaba contando. Mi tío, como os contaba, viajaba mucho y a menudo lo hacía en tren. Allí podía trabajar con el portátil y preparar sus cursos o presentaciones. Era, por lo general, más rápido que ir en avión, ya que normalmente viajaba en tren de alta velocidad, lo que acortaba el tiempo de viaje, y se ahorrraba el trayecto en coche o taxi hasta el aeropuerto de Frankfurt. Había otras razones para que fuera siempre en tren y no en avión, como el pánico que sentía a volar, fobia que también padecía mi abuelo y que, por fortuna, ni mi padre ni ninguno de nosotros hemos heredado, y el hecho de que su empresa siempre reservara los viajes de sus trabajadores en tren y no en otros medios de transporte.

El 3 de junio de 1998 se montó en uno de los últimos vagones de un tren de alta velocidad, destino a Hamburgo, que a cuarenta y cinco minutos de su destino final habría de descarrilar estrellándose contra el puente de Eschede. El furgón donde mi tío viajaba quedó completamente demolido tras el impacto, fueron contados los supervivientes de este vagón, si es que hubo alguno. Supongo, por los detalles que mi padre me ha contado, que Johannes debió morir casi de forma instantánea, quizás tuvo la certidumbre de que iba a fallecer por unos segundos, sin tiempo

de ver pasar por su mente los avatares, las pesadumbres o las alegrías de la vida una vez más, como dicen que ocurre cuando morimos.

Para mis abuelos y también para mi padre, que perdió su único hermano, esta tragedia fue un impacto lento y doloroso, que duró años, y que fue posiblemente la causa de que mi abuelo, que rara vez había sufrido una enfermedad, empezara a tener cada vez más achaques y a contraer múltiples enfermedades, algunas crónicas, que acabarían con su vida once años después de la tragedia.

Mis abuelos, que en 1998 llevaban unos cuatro o cinco años jubilados, supieron de la tragedia de Eschede a eso del mediodía por la televisión, no mucho más de una hora después del siniestro. Debieron observar absortos las primeras imágenes del accidente en la pantalla, un espectáculo dantesco, que no necesito describir aquí, las imágenes las he visto una y otra vez en YouTube y me puedo imaginar perfectamente cómo se sintieron los abuelos al ver esas escenas en los medios de comunicación, al conocer el nombre del tren y del trayecto que cubría (Múnich-Hamburgo). Conscientes de que Johannes se había montado en el tren, ya que unos días antes del siniestro les había comunicado a mis abuelos que se iba de viaje de negocios a Hamburgo, intentaron localizarle. Mi abuelo le llamó con insistencia a un móvil del que solo obtenía el contestador automático. Pasaron las horas sin poder conectar con su amado hijo, llamando a la empresa de trenes alemana, la Deutsche Bahn, que tampoco era capaz de dar una respuesta oficial, ya que no conocían el nombre los pasajeros que habían perecido, ni de los supervivientes, llamando a los hospitales de Hamburgo, Hannover y de las proximidades de Eschede, con la esperanza de que Johannes estuviera entre los heridos.

Mi padre supo del accidente fatídico un poco más tarde que mis abuelos y cogió el primer avión que pudo Madrid-Frankfurt. Llegó a Alemania el 4 de junio por la noche, un día y medio después del accidente, cuando no quedaban apenas esperanzas de encontrar supervivientes. Pasaron los días y con ellos se desvaneció cualquier esperanza, Johannes no estaba en ningún hospital entre los heridos graves, tampoco había sido identificado entre los muertos. Quedaban algunos cuerpos, seccionados, desfigurados, irreconocibles, sin objetos personales o documentos, que ayudaran a su identificación, solo una prueba de DNA haría posible su reconocimiento, entre ellos estaba Johannes.

El calvario no terminó aquí, sino que se prolongó a lo largo de los años. El trauma profundo que mi abuelo sufrió le sumió en una depresión que no mejoraría en el futuro. Mi abuela también sufrió una transformación: se buscaba ocupaciones donde no las había, tanto dentro como fuera de la casa. Intentó incluso escribir sus memorias de Namibia, de las que no quedan más que unas diez páginas manuscritas con muchos tachones, pero lo dejó. Lo mismo pasó con cualquier proyecto que empezó en esa época, terminó inconcluso, tal y como había quedado la vida de su hijo.

Mi abuelo parecía como si se hubiera deshinchado, y no solo en cuerpo, ya que había perdido como veinte kilos, sino también en alma, se sentía vacío, sin energía interior. Comenzó con mi abuela una terapia de grupo con otros familiares de las víctimas. Esta pareció redimir en gran parte a mi abuela, que encontraba consuelo al hablar con otros familiares de los fallecidos y que, en algún momento, encontró el modo de vivir con el trauma y aceptar la muerte de mi tío Johannes. En mi abuelo, sin embargo, no obró ningún efecto. El tiempo no le ayudó a superar su trauma, sino que abrió aún más las heridas.

Hace algún tiempo, mi padre se sentó conmigo a ver el álbum que mi abuela había hecho sobre el tío Johannes. Pasaba las páginas, me mostraba las fotos y me contaba algo sobre los años de infancia y juventud.

—Todavía me acuerdo a menudo de Johannes, Ismael, aunque viviéramos vidas tan diferentes, era mi hermano, y su muerte fue un duro golpe no solo para los abuelos, sino también para mí —me confesó.

—¿Estabais muy unidos? —le pregunté.

—La verdad es que no, pero eso precisamente fue y es todavía lo que hace que me sienta mal cuando pienso en su muerte, el hecho de que ni él ni yo llegáramos a conocernos, que fuéramos hermanos, pero no amigos, ni confidentes. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Creo que sí —le dije—. Te hubiera gustado conocerlo mejor, encontrar en él tu alma gemela y tu contrario al mismo tiempo, hubieras querido confiarle tus secretos y pelearle con él, algo así como Isabela y yo.

—Sí, algo así, pero era difícil. Cuando acepté la beca en Inglaterra, donde conocí a tu madre, lo hice por no estar más a la sombra de mi hermano. Era el más pequeño, pero tenía una aureola que yo nunca tuve, era el favorito, yo le ganaba solo en estatura y... —se quedó mirándose— y no sabía qué hacer para que mis padres me admiraran, ni mis notas en la universidad, ni mi mujer, que era y es una hermosura, parecían impresionarles. Yo no brillaba para ellos, porque el esplendor de Johannes les cegaba y no podían verme.

Es cierto, mi padre ha sido un personaje sin brillo, un príncipe, en verdad, pero de las sombras, pero ahora, con tales confesiones, pensaba que esta no había sido su carácter innato, que Johannes le había dejado, por no decir robado, su resplandor.

—... y bueno, pensé que lo mejor era alejarme de él, de los abuelos, para tener mi propia luz. Luego, Johannes y yo seguimos vidas tan diferentes, y con el tiempo mi hermano terminó convirtiéndose en un completo desconocido.

—A lo mejor podríamos hacer algo para conocerlo mejor, investigar, recobrar alguna memoria, que lo volviera a acercar a ti. Así te sentirías mejor —le dije.

—Gracias, Ismael, pero sabes que no se pueden rememorar momentos compartidos si nunca existieron, que no hay forma de crear una relación fraternal y sincera, porque nunca la tuvimos. Así que lo único que intento es entender por qué no hablé antes con él, antes de que pasara lo que pasó en Eschede, pero eso no me reconforta, porque Johannes no va a volver y porque yo nunca tendré la posibilidad de expresarle lo pequeño que me he sentido a su vera, y que, pese a todo, yo le quería y deseaba ser un hermano mayor que le guiara e impresionara y no lo que fui.

En el año 2000, uno de los supervivientes de la tragedia, Udo Bauch, construyó una capilla en recuerdo de las víctimas. Mi abuela comenzó a visitarla con regularidad, ya que no estaba muy lejos de Frankfurt, bastante próxima a la ciudad de Fulda, donde había vivido Johannes. Allí se encontraba con otros familiares o amigos de las víctimas, con gentes a las que les había impactado la tragedia por perder a alguien conocido o porque les había tocado en el corazón y que venían a rezar por todos aquellos que había perecido o sufrido con este accidente, o a conversar con el propio Udo Bauch, que había sobrevivido a la tragedia. Emma solía hablar con él de Johannes, le reconfortaba, Udo Bauch seguramente se había sentado en el mismo vagón que Johannes, a pocos metros de él, para ella en esos momentos Johannes volvía a estar vivo.

A mi abuelo este monumento dedicado a las víctimas nunca logró reconfortarle. Le costaba ir allí, la visita no le traía a la memoria los momentos entrañables que había pasado con su hijo, sino las imágenes del accidente, de la rueda defectuosa que lo produjo, de la revisión poco profesional de las ruedas que se hizo en Múnich desde donde el tren partió. La certeza de que había sido un accidente que se pudo evitar y la necesidad de que los culpables pagaran por ello, era lo único en lo que mi abuelo pensaba.

Lo que a mi abuelo le hubiera reconfortado, habría sido que se reconociera con un veredicto que tanto los ingenieros como la empresa ferroviaria eran culpables de la tragedia. Le hubiera aliviado que los jueces admitieran que los responsables del Deutsche Bahn tuvieron en su mano evitar la tragedia, pero no lo hicieron, porque no se probó exhaustivamente las ruedas del tren de alta velocidad, porque ignoraron los avisos de una empresa de tranvías que había informado a la Deutsche Bahn de que había que reemplazar el tipo de ruedas utilizado con frecuencia ya que el aro exterior se desgastaba y que, pese a todos los indicios y a que en una revisión la rueda que provocó el siniestro fue evaluada como defectuosa, no la reemplazaron. Sé que a mi abuelo le hubiera reconfortado también que se hubiera sentado el director o jefes de la empresa en el banquillo, como se hace en otros países, y que se le hubieran pedido responsabilidades, pero en Alemania las empresas no pueden ser juzgadas. Así que ni los ingenieros ni la empresa fueron hallados culpables, y tampoco se encontraron pruebas suficientes, o no se quisieron ver, de que se hubiera incurrido en una negligencia. No hubo condenados ni culpables, solo alguna que otra multa. El accidente se presentó como una acumulación de factores desafortunados, nada más.

A Juan Trujillo me lo he ido encontrando en la universidad con cierta asiduidad. Sin ir más lejos hace escasamente una semana me lo encontré otra vez en la inmensa cafetería de la universidad, que debe ser su lugar favorito. Esta vez fue él quien me vio y saludó.

—¡Hola, Ismael! ¿Qué tal todo? —me dijo.

—Bien, Juan. No me puedo quejar. Estoy un poco liado con los ensayos que me quedan por entregar, pero me alegra saber que ya me queda poco para terminar, solo un par de exámenes orales. Tengo que ir pensando en los temas para estas pruebas. Por lo demás, todo igual. Y tú ¿qué tal?

—No tan bien. Parece que nada de lo que hago últimamente me sale bien. Hice mis seminarios, algunos con buenas notas y conseguí el añorado reconocimiento para las asignaturas de español e historia. Con gran optimismo, me puse en la lista del Ministerio de Educación, pero no encontré trabajo, ni siquiera un contrato de sustitución. Ahora el ministerio me ha propuesto hacer un curso relámpago para dar clases de alemán a los hijos de los refugiados que están en edad de escolarizarse. Dicen que así tendría más posibilidades de encontrar un puesto de profesor, que hacen falta profesores para estos chicos y que tendría algún tipo de preferencia en la lista... y aquí me tienes otra vez, apalancado en la universidad, si sigo así me jubilaré siendo estudiante.

—Siento mucho que no hayas encontrado trabajo, pese al esfuerzo que estás poniendo en ello, pero no te lo tomes personalmente, piensa que hay muchos profesores de historia en Hesse y que no es fácil encontrar una plaza con esta materia a no ser que tu segunda asignatura sea una de las más buscadas como matemáticas, inglés o música. A lo mejor con la asignatura de alemán como

lengua extranjera, como te han sugerido, tienes más posibilidades. Me consta que ante la afluencia de refugiados hacen falta profesores.

—Por eso mismo estoy haciendo la formación. Aunque la verdad es que me cuesta verme enseñando este idioma que se me sigue atragantando y no termino de dominar, pese a llevar aquí casi veinte años.

—No sé qué decirte al respecto.

—No tienes que decirme nada. No me van a pagar el paro eternamente y necesito encontrar más tarde o más temprano un empleo estable. Estoy harto de andar siempre lampando, sin dinero, así que, si tengo que terminar enseñando alemán, en vez de español o historia, lo haré. Por muy absurdo que parezca.

—Pues la verdad es que algo absurdo es ¿y cómo es qué te han ofrecido a ti la formación si los profes alemanes lo podrían hacer mejor?

—Bueno, digamos que todos preferimos dar clases de las asignaturas que hemos estudiado, que nos gustan, en las materias en las que podemos sobresalir. Además, estos grupos de alumnos son muy heterogéneos y con frecuencia difíciles. No todos los chicos han ido regularmente a la escuela y vienen aquí con una base muy mala, algunos apenas pueden leer o escribir en su lengua de origen y, lo que hace aún más difícil la labor, llegan con traumas que se exteriorizan con un mal comportamiento, el poco respeto a las reglas y la agresividad. Vamos, peor de lo que se vivía en “nuestro instituto”.

—Comprendo.

—No es tan fácil de entender, Ismael. A mí me cuesta imaginar lo que esos niños han vivido. No se trata de un trauma causado por un accidente circunstancial, que a lo mejor no se hubiera podido evitar, o el fallecimiento de un ser querido, sino de uno provocado por la cara más negativa de la humanidad, ese lado oscuro que nos deshumaniza, que nos lleva a sentir enemistad u odio por un grupo determinado, que nos animaliza, que nos conduce a no respetar ni siquiera a la infancia, que nos lleva a la guerra, a la destrucción total. ¿Qué habrán visto esos chicos en sus países? No quiero ni pensarlo.

Parece que hemos sido incapaces de erradicar el “Holocausto” en nuestro planeta, pensé, por muchos homenajes que se hagan, por mucho que se intente mantener viva la memoria de los que perecieron. El caos y la falta de humanidad vuelve a emerger en otro país, en otro continente, se sigue ensañando contra los más débiles y el resto volvemos a hacer lo que se hizo en Alemania, cerrar los ojos, mirar para otro lado, dejar que la situación sea insostenible.

—Es poco lo que se puede hacer —continuó Juan— aparte de acoger a los que logran salir del infierno. El mundo es demasiado complicado, los intereses financieros priman sobre los humanitarios, incluso sobre los políticos, y es imposible saber quién toma las decisiones importantes —me dijo—. Así que, si después de esta formación me toca trabajar con esos pobres chicos y consigo, no solo que aprendan el alemán, sino también enderezar a alguno de ellos, podré decir que he hecho algo por cambiar el sino de los desafortunados.

Juan tenía razón, medité. Es poco lo que podemos cambiar personas como nosotros, aparte de ayudar a otras con menos fortuna.

—Seguro que serás un buen profesor para ellos —le comenté—. A lo mejor no hablas el alemán perfectamente, pero no creo que necesiten un erudito en la materia, sino alguien que se acerque a ellos y se pueda imaginar cómo se sienten.

—No, si yo ya me he hecho a la idea, solo espero poder encontrar trabajo, aunque sea temporal o con contrato de sustitución. Como ya no estoy en mi mocedad, ni he tenido la suerte de cursar

todos mis estudios en Alemania como tú, me toca esperar y conformarme con lo que me caiga del cielo... Así que, si conoces algún refugiado que no puede pronunciar la Ü alemana, haga igual las vocales cortas y largas y no sea capaz de diferenciar la pronunciación de la b y la w, ya sabes quién ha sido su maestro —dijo volviendo a su humor habitual, a esa cara algo superficial que también tiene.

Nos reímos, quizás por distender un poco la gravedad de la conversación. Él me dijo muy seriamente que no era para reírse, así que nos pusimos algo más serios y no nos reímos más. Le conté entonces, por variar el tema, que había empezado con la novela, entre otras cosas porque estaba muy preocupado por Isabela, mi hermana, ya que se había enamorado de un amigo de mi infancia, del que guardaba una mezcla de buenos y malos recuerdos. Le comenté que había recopilado lo que tenía escrito sobre Namibia, que había escrito un par de capítulos con este material y con algunos apuntes manuscritos que mi abuela había redactado tras la muerte de mi tío Johannes, que había conversado con mi padre sobre lo que él recordaba y que había redactado unas cuantas páginas más, que el relato comenzaba a tomar forma, aunque las historias no estaban muy bien cohesionadas y a veces se perdía el hilo por mis reflexiones.

—¡Ah, ya era hora! —me dijo.

—Bueno, pero no voy muy rápido. Escribir una novela con poca experiencia es difícil. Además, me gustaría que hubiera un proyecto literario, una tesis, como tú mismo me has recomendado, aunque debo reconocer que todavía no tengo ni lo uno ni lo otro.

—A lo mejor puedo ayudarte. A ver, ¿cómo empezaste? ¿Hubo algún tipo de impulso?

—Sí. La preocupación que siento por mi hermana Isabela y mi incapacidad de recordar qué pasó exactamente los últimos meses que pasé en Inglaterra —le respondí.

—Ya sabía yo que tu hermana era importante y que tus recuerdos de la infancia podían jugar un papel clave. Creo que debes indagar más en ese terreno.

—Pero mis vivencias tienen poco que ver con la historia que quiero escribir sobre mis antepasados en esta ciudad.

—Eso es lo que tú piensas. Solo hay que encontrar la conexión entre esas memorias tuyas y las de tu padre y abuela, algo que creo que no es muy difícil.

—Sí. Son muy difusas y con lagunas, como a un puzzle al que le faltan piezas.

—¿Podríamos decir que son memorias escurridizas, que se te escapan?

—Sí.

—Bueno, ya tienes tu proyecto, reconstruir unas memorias en continua fuga y encontrar o quizás inventar las piezas que faltan.

—Ese es precisamente mi mayor problema, que todo lo que escribo me parece desconectado, hay varias tramas que no sé cómo unir, son como piezas de un puzzle, piezas que tengo que relacionar, pero, antes de que lo haga, se evaden, como tú bien dices.

—No me extraña que te pase lo que me cuentas, Ismael, te enfrentas a algo nuevo para ti, escribir es un proceso complicado. No se trata de redactar las memorias de un antepasado que te han sido entregadas en forma de diario o cualquier otro tipo de documento más o menos ordenado o fidedigno, sino más bien de cazar al vuelo las pocas remembranzas que le quedan a tu abuela o lo que recuerda tu padre, porque a parte de ese librito de Rosa Wasserman y unas cuantas páginas redactadas por tu abuela no tienes nada concreto a lo que asirte. Me alegra saber, sin embargo, que hayas comenzado la novela. Por las lagunas no te preocupes y tampoco por las piezas que faltan o que parecen escapársete de las manos, tú tienes una gran fantasía y para eso está la imaginación, para unir unas piezas con otras que tú te inventes, para reinterpretar los

vacíos. Así que me atrevería a decir que tienes incluso un segundo proyecto literario: esa leve frontera que hay entre lo real y lo imaginario, entre lo cierto y lo incierto, que caracteriza al género de la novela. Pásame lo que llevas escrito, me lo leo y la próxima vez que nos veamos te comento más en detalle.

—Así lo haré, pero debes saber que no pude evitar mencionarte, comentar que fuiste mi profesor en los últimos cursos de bachillerato, así que apareces como personaje de la novela.

—Espero que no hayas contado nada malo de mí.

—No, todo lo contrario.

—¿Y cómo me has descrito?

—Más guapo de lo que eres.

—¿Es eso posible? —dijo riéndose.

—Bueno, tú dirás luego, cuando te leas lo que llevo redactado, pero no lo hagas teniendo grandes expectativas. No sé si lo que he escrito está bien o solo regular y tiendo a divagar demasiado —le comenté.

—Divagar es pensar, así que no puede ser tan malo.

—Pero puede ser bien aburrido...

—Pues si eres ese tipo de escritor pedante, que parece saberlo todo y que hastías al lector con tus reflexiones, tendrás que vivir con esa tara—me dijo volviendo a esa actitud tan típica de él de no tomarse las cosas en serio y que, aunque me haga reír, a veces me decepciona, sobre todo en momentos como este, en los que hubiera deseado seguir recibiendo los consejos de alguien como él que sabe un poco de todo—. Hay tíos como yo que nacen simpáticos y otros que te aburren solo con mirarlos —continuó.

—¿No lo dirás por mí? —le pregunté, ya que sabía que iba a seguir bromeando y era mejor seguirle la cuerda.

—¡Pues claro! ¡No me mires así, ya sabes que nunca bromeo! —me contestó con una gran carcajada—. Ahora, en serio, estoy muy orgulloso de ti, un tío tan joven que afronta un proyecto tan difícil —me miró—. No te tomes a mal mis bromas, ya sabes como soy —concluyó.

V. TIERRAS DE SILENCIO

En el otoño-invierno del 2015 participé en el seminario sobre la literatura y filmografía del Holocausto que me había recomendado Juan Trujillo. Vimos dos películas: *La lista de Schindler* y *El Hundimiento*; leímos tres libros: *El diario* de Anne Fran, *El lector* de Bernhard Schlinck y *Piezas en Fuga* de Anne Michaels. Era uno de esos seminarios en los que participan estudiantes de diferentes carreras porque trataba tanto de literatura como de estudios culturales, historia, memoria histórica, o lenguaje cinematográfico, incluso sociología y psicología. Pensé que quizás Juan tenía razón y que este seminario me podía dar el impulso que me faltaba para cumplir con lo que le había prometido a mi padre: reconstruir la historia de mis abuelos, bisabuelos y tatarabuelos y decidir de qué modo quería poner en papel estas memorias. De hecho, los dos últimos libros que leí, *El Lector* y *Piezas en Fuga* me ayudaron a contestar algunas de las preguntas que me hacía en lo relativo a mis raíces judías y a perfilar el modo en el que quería escribir mi novela.

Pese a las grandes diferencias que había entre la historia que se contaba en *El Lector* y la mía, me identifiqué casi desde el principio de la novela con su protagonista. Como yo, a este chico la guerra y el Holocausto le eran ajenos, pero se veía obligado a confrontar esa realidad, ese pasado, a intentar entender lo que pasó, aunque no desde el lado de las víctimas, sino del de los verdugos. Con la narración de Anne Michaels, autora de procedencia judía como mi abuela, comprendí lo que mi padre quería decir cada vez que me repetía que había que mantener la memoria de nuestros antepasados viva: «Olvidar es sucumbir, es pretender que lo que pasó nunca ha sucedido; sin embargo, si avivamos la memoria de nuestros antepasados, de los hechos importantes que fueron claves en sus vidas, aunque nunca hayamos sido testigos directos de esos acontecimientos, mantendremos vivas a esas personas, mantendremos su memoria presente y, para conseguirlo, no solo hay que recordar, sino también hablar, gritar, poner sobre papel lo que no se debe olvidar. Este es el único modo de evitar que el silencio se transforme en omisión, en un “esto nunca ha sucedido”.»

Esta, sin embargo, no era la única razón para matricularme en tal seminario.

El primer día, los catedráticos de la universidad nos preguntan siempre por qué hemos elegido su curso. Los alumnos fueron contestando uno por uno. Como en la descripción del seminario se citaba la famosa frase del filósofo alemán Theodor Adorno: «To write poetry after Auschwitz is barbaric» (escribir poesía después de lo que pasó en Auschwitz es un acto bárbaro), la respuesta más común de los estudiantes fue el saber si realmente era posible crear algo poético sobre este tema. Yo conocía al catedrático que impartía este cursillo sobre el Holocausto, había hecho con él otros dos coloquios: uno sobre Gurnah, el autor que mi madre conoció en persona en Inglaterra, y otro sobre literatura escrita por refugiados. Cuando me tocó, me miró y me preguntó:

—¿Y tú, Ismael, por qué quieres hacer este seminario? —dijo llamándome por mi nombre del que todavía se acordaba.

—Necesito comprender a los supervivientes del Holocausto y saber cuál es el mejor modo de transmitir sus memorias.

—¿Conoces algún superviviente del Holocausto? —me preguntó.

—Sí, mi abuela. Su familia, que es judía, procede de Frankfurt. Ella sobrevivió y también su padre.

En ese momento hubo un general murmullo en la clase seguido de un silencio y expresiones de sorpresa.

—¿Y tu abuela? —preguntó el catedrático con cierto tono de sorpresa—. ¿Vive todavía? ¿Te ha contado algo?

—Sí y no. Vive, pero me ha contado muy poco, por no decir nada. Ahora está enferma de alzhéimer y ya no recuerda. Ha sido mi padre quien me ha ido contando las cosas que recuerda haber oído narrar a la abuela. Fue él, el que me pidió hace un tiempo que reviviera esas memorias que se estaban perdiendo, que escribiera algo para que ella y otras víctimas recobraran la voz. Pensé que este seminario me podría ayudar a meterme en la piel de los supervivientes, comprender mejor sus sentimientos, su forma de comunicarse y sus silencios y, quizás, darme algunas claves de cómo aproximarme a un tema tan complejo, tan sensible para los descendientes de los que no perecieron.

—Si no recuerdo mal, hace unos semestres asististe a uno de mis cursos porque necesitabas profundizar en tus raíces africanas, querías investigar sobre Namibia, donde una abuela tuya había nacido, y comprender el periodo colonial y poscolonial, y ahora si lo he entendido bien quieres rescatar tus raíces judías y comprender a las víctimas del Holocausto.

—No, exactamente. No me siento judío, aunque parte de mi familia paterna lo sea y, más que rescatar esas raíces, lo que quiero es entender por lo que pasó mi abuela, por lo que pasaron otros supervivientes, reconstruir la memoria perdida de mi abuela, encontrar una forma de rememorar a todos aquellos antepasados que murieron por ser judíos y sentir empatía hacia ellos, solidarizarme con su tragedia. Así quizás también despertaría la cuarta parte de judía que tengo, aunque eso es secundario.

—¿Y crees de verdad que este seminario puede ayudarte? Aquí leemos libros, vemos películas y analizamos lo que hemos visto o leído. Normalmente lo hacemos desde el punto de vista literario, sociológico o histórico, aunque puede que de una forma u otra también indagemos en los sentimientos de los personajes que analizaremos.

—No lo sé, pero reflexionar sobre el tema creo que me ayudaría a entender lo que desconozco del pasado de mi familia, lo que desconozco sobre mí mismo.

—Espero que así sea, Ismael. Te conozco desde el 2013, has sido buen estudiante y siempre has encontrado algún tipo de respuestas a tus preguntas. Esta vez buscas una respuesta más personal, pero no creo que sea imposible encontrarla. Veremos que al tratar el tema del genocidio hay muchos tabúes, demasiadas cosas de las que no se debe hablar. Las víctimas callaron por mucho tiempo y precisamente ese mutismo fue el aliado de los verdugos, el que en cierto modo les redimía de su culpa, silencio que sigue estando presente hoy en día. Ya hablaremos de ello en el curso —dijo dirigiéndose a todos los asistentes.

En el 2013, cuatro años después de la muerte de mi abuelo y de que a mi abuela Emma le diagnosticaran su enfermedad, la Deutsche Bahn, que tenía un nuevo director, se disculpó públicamente por primera vez con las víctimas del accidente de Eschede y sus familiares. Unas disculpas que llegaban a los quince años del accidente, que parecían sinceras, pero en las que

faltaba el reconocimiento de culpa o de cualquier tipo de fallo o incompetencia por parte de la empresa alemana. Unas disculpas acompañadas de pocas explicaciones y de demasiados silencios.

El silencio había sido el habitual aliado de la Deutsche Bahn desde ese aciago 3 de junio de 1998. Tras la catástrofe de Eschede los ejecutivos de la empresa prohibieron a todos sus empleados hablar con la prensa o con cualquier otra persona sobre el accidente. Se tardó meses en conocer las causas reales del accidente, se subrayó que había sido una cadena de casualidades fatales la que había desencadenado el siniestro, se silenció cualquier crítica hacia la empresa ferroviaria, se negó cualquier responsabilidad...

En 1999, un año después de la tragedia, la Deutsche Bahn pagó treinta mil marcos alemanes (unos quince mil euros) a los familiares de los fallecidos en el accidente. Algo que enfureció tanto a mi abuelo como a los otros familiares de las víctimas, para muchos era un insulto hacia esas vidas inacabadas. El dinero llegó acompañado de silencios, sin un sincero pésame o palabras de condolencia o solidaridad hacia los que habían perdido un ser querido. «Este dinero intenta comprarnos, cerrarnos la boca. Necesitamos justicia, que se encuentren las causas verdaderas de esta tragedia que ha causado tantas víctimas. Necesitamos que los responsables paguen por ello», debió decir mi abuelo, que provenía de una familia con gran humanidad y sentido de la justicia, una familia que en tiempos de Hitler se había atrevido a alzar la voz contra el Régimen y que había pagado caro el no guardar silencio.

Las víctimas, así como los familiares de los fallecidos iniciaron un proceso judicial contra la Deutsche Bahn. Se investigaron las causas y se determinó que posiblemente las ruedas que se utilizaron en la construcción del tren de alta velocidad no eran las adecuadas porque sufrían mucho desgaste, que la compañía no las había cambiado con frecuencia, que el modo en que se habían inspeccionado no había sido ni profesional ni seguro, que no se habían realizado suficientes pruebas técnicas antes de optar por ellas y que, en el caso de la rueda que se rompió causando el accidente, se habían ignorado todos los indicios que apuntaban que esta estaba defectuosa.

Hubo protestas a las puertas de la sede del Deutsch Bahn en Berlín, demandando justicia. Hubo silencio por parte de los ejecutivos y los administradores de la empresa ferroviaria. Mutismo total hacia los medios de comunicación, reserva y omisión de datos hacia los supervivientes o los familiares de las víctimas. Ese tipo de silencio que intenta enterrar una culpa que no se quiere reconocer. Ese tipo de silencio tan repetido a lo largo de la historia...

La empresa, la Deutsche Bahn, nunca se sentó en el banquillo, ya que en Alemania no es posible juzgar a una empresa, nunca se reconoció ningún tipo de fallo por su parte, por parte de los encargados de seguridad o de sus ingenieros. La Deutsche Bahn se mantuvo en silencio con la esperanza de que el 3 de junio de 1998 no se mencionara más en la prensa y se borrara en algún momento de la memoria de los alemanes, como si nunca hubiera existido.

Udo Bauch, uno de los supervivientes del siniestro, con el deseo de combatir la amnesia general que la compañía de trenes venía fomentando desde el mismo día del accidente, construyó en la aurora del tercer milenio una capilla en el jardín de su casa en homenaje a las víctimas.

Unos años después, la Deutsche Bahn levantó un monumento junto al lugar del siniestro: un arco, una placa con el nombre de los fallecidos y ciento un cerezos.

El 4 de junio de 2015, aprovechando un puente, viajé con mi padre a Eschede para ver el lugar donde había fallecido mi tío Johannes. Era un día caluroso y soleado, como el día del accidente, recorrimos el lugar, buscamos el nombre de nuestro tío, Johannes Pauli, en la placa. Caminamos sin apenas intercambiar palabras entre los cerezos, oyendo el leve piar de los pájaros y el paso de los trenes por debajo del nuevo puente. En el montículo donde se erguía el monumento mi padre comenzó a hablar.

—Hace mucho que no vengo aquí, me cuesta. Cuando miro a los árboles, todos idénticos, no paro de preguntarme, cuál de estos cerezos se supone que es mi hermano, cómo se puede esperar que yo vea en esos árboles la continuidad de la vida de Johannes, de tantas vidas inacabadas, vidas dispares, tan distintas las unas de las otras... y luego el silencio de este lugar, un silencio que no sana, sino que te invade con sombras e interrogantes —me dijo.

Me mantuve callado, no sabía qué decir, Johannes murió cuando yo tenía cinco años, así que apenas me acordaba de él.

—Ismael, ¿sabes que es lo que mató realmente al abuelo? —me preguntó mi padre.

—¿La úlcera y el cáncer de colon? —le contesté dudando que esa fuera la respuesta acertada.

—No, Ismael, fue el silencio.

En el 2013, quince años después de la tragedia, cuando las primeras disculpas oficiales llegaron, Udo Bauch se pronunció del siguiente modo: «Las disculpas son insuficientes y llegan demasiado tarde para muchas víctimas y familiares que han sufrido mucho con tanto tiempo de silencio.»

Ese era precisamente el problema al que me enfrentaba: el silencio. Quería reconstruir las memorias familiares y chocaba una y otra vez con el silencio. Mi abuela con su enfermedad, que le había desposeído prácticamente de toda su memoria; mi abuelo, muerto; mi padre, que había nacido en 1962 y labrado su consciencia política en los años setenta y ochenta, un tiempo en el que la música pop alemana vivió su máximo esplendor con cantantes como Nena (la de los 99 globos), Herbert Grönemeyer, un cantautor que sigue hoy en día escribiendo buenas canciones y otros grupos, un tanto oportunistas, que vivieron entonces su época dorada, un tiempo en el que a los jóvenes no les interesaba indagar en esos años grises y silentes de la historia alemana, porque querían vivir el presente y disfrutar el futuro, y el futuro era viajar, conocer mundo, escuchar buena música y no dedicarse a rememorar los años más oscuros de su país, eso era pasado, y si había algo que hacer, política y moralmente, no era ocuparse de los fantasmas de la guerra sino reunificar Alemania. Como a casi todo joven (yo parezco ser una excepción) a mi padre seguramente poco le interesaron las historias de sus padres, aunque dudo que en ese entonces mis abuelos hubieran contado mucho. Tanto Emma como el abuelo Jürgen pertenecían a la generación alemana que había vivido el final de su niñez y el principio de su juventud en los años de la postguerra. Era una generación reservada de carácter y de pocas palabras, quizás porque habían sido demasiado jóvenes para comprender lo que en Alemania había pasado antes y durante la guerra, o quizás porque desde muy niños habían aprendido a no levantar la voz, a guardar silencio.

Así que me ponía manos a la obra sin más material que una maleta con algunas fotos, un libro de cuentos y el dibujo de un árbol genealógico, que mi abuela había hecho en sus años de lucidez, pero al que le faltaban más de la mitad de las ramas y dos personas que querían ayudarme en la labor.

Uno era mi padre, aunque no era mucho lo que me podía aportar, ya que nunca estaba totalmente seguro de quién era quién, o de qué había hecho esta persona y, cuando no podía continuar la historia o dudaba del nombre de su antepasado, se excusaba.

—A tu abuela Emma le gustaba hablar de sus antepasados, contarnos historias, tenía dotes narrativas como mi tía abuela Rosa, la que escribió ese libro de cuentos y poemas —me explicó mi padre—. Yo no soy un hombre de letras y, además, en mis años jóvenes, no me interesaron mucho las historias que los abuelos nos contaban. Mi generación quería mirar hacia delante, divertirse, no deseaba mirar hacia un pasado del que no habíamos sido partícipes, y yo quería hacer lo mismo. Fue más tarde, cuando murió Johannes, dejando ese vacío tan difícil de rellenar, cuando me di cuenta de que él no era el único hueco de mi existencia, que había demasiados vacíos, que muchos de mis antepasados eran también una especie de sombra silente, que yo no brillaba con luz propia y que de un modo u otro eran esos fantasmas del pasado los que me arrastraban hacia un lugar en tinieblas. No fui capaz de hacer algo al respecto, no sabía qué hacer para emerger, para que la luz volviera.

Asentí. Mi padre prosiguió.

—De Johannes me acuerdo muy bien. Él tenía un aura especial y a su lado yo quedaba siempre en la penumbra. Aun así, no me hago a la idea de haberlo perdido, y quisiera que se hiciera algo para que su vida continúe, para que se le recuerde. Por eso te pido que, tú que tienes un don especial para expresarte y escribir, me ayudes.

—Eso ya lo he comprendido, papá —le dije—. De un modo u otro, en la labor estoy, pero no es nada fácil.

—Lo sé. Me imagino que es difícil, porque hay tantas cosas de las que me he olvidado o que nunca supe de mi hermano Johannes o de mis otros parientes perdidos. Recuerdo bien algunos nombres como el de Jakob Wasserman o el de mi tía abuela, Rosa Wasserman, la que escribió el libro que encontraste en mi maleta. Sé dónde vivió tu tatarabuelo Zackarias y también dónde estaba su joyería. Te puedo ayudar a reconstruir una parte de la historia de nuestra familia, pero solo hasta cierto punto. De algunos antepasados solo sé el nombre y la fecha en la que vivieron aquí, en Frankfurt, desconozco dónde habitaron o a qué se dedicaron. Supongo que habrá que documentarse sobre la época e inventar lo que pasó, algo que yo no puedo hacer bien. Yo no fui el que heredé el talento de Rosa Wasserman para escribir, sino tú —mi padre se detuvo en este momento, me miró y al poco añadió—: Y hay algo más, Ismael. Ese pasado me pesa mucho, aunque haya sido consciente de ello tras la muerte de Johannes, y más aún después de la muerte del abuelo Jürgen y de la enfermedad de la abuela. Ese pasado me duele y me costará hablar de algunas cosas.

Le miré, parecía dudar, no se atrevía a continuar.

—... y debo avisarte —prosiguió— que hay oscuridad y sombra, mucha, y que puede que esas tinieblas te asolen, conforme más te metas en la labor.

—Comprendo, y creo que estoy preparado para internarme en esos pasajes oscuros de los que me hablas. Soy consciente de que por mi curiosidad he despertado a algunos de los fantasmas y quiero seguir, aunque no sé qué va a salir de ello.

—Eres un valiente, Ismael —concluyó mi padre.

La otra persona era Juan Trujillo que me llenaba la cabeza con nombres de filósofos, que me insistía en la necesidad de tener un proyecto literario... pero que sabía todavía menos que yo sobre la verdadera historia de mis antepasados, y que a veces se me iba por los cerros de Úbeda y lo que había empezado como una conversación seria, terminaba como una sin sentido. Creo que Juan también tenía sus sombras, sus pesares, y los esquivaba mostrándose trivial y despreocupado, aunque en realidad fuera una persona seria.

Así que, como veis, tenía que asumir que esas eran las únicas personas que por el momento me iban a ayudar a modelar mi narración y, del mismo modo que un pintor tiene un lienzo en blanco, el pincel y los colores para empezar una obra en la que el modelo está ausente, yo tenía el maletín lleno de reliquias de mi abuela, mi padre que no sabía demasiado sobre su propia familia, Juan que obraba como director artístico y muchos, muchos silencios.

No solo necesitaba dar color a esos múltiples silencios, sino elegir el tono, los colores adecuados, saber qué podía mezclar y qué no, dónde podía elaborar más, dónde se debía dejar solo un fondo difuso y dónde sería mejor dejar un trozo en blanco. Era mucho lo que me quedaba por indagar o investigar. No sabía mucho de la comunidad judía, de su historia, desconocía en gran parte la historia de Frankfurt. Debo admitir que nunca me había interesado mucho la historia, para mí no era más que una asignatura con cifras y datos que memorizar, donde se hablaba solo de los individuos que había hecho algo supuestamente grandioso para su nación y no de los que llevaban una vida normal y que con su esfuerzo habían logrado mejoras en sus ciudades o ayudado a gente con necesidades. Nunca me había gustado la historia, porque me aburría leer esos libros llenos de fechas y hechos, en donde se habla de la grandeza de los imperios o de las miserias de las guerras, donde los muertos eran una cifra y no unos rostros, donde, como dice mi madre, nunca se mostraba toda la verdad, sino la historia que quieren que conozcamos. Y ahora yo, aunque no me apeteciera, tenía que investigar, leer libros de historia, conocer mejor la ciudad de Frankfurt y fijarme cómo habían tratado la memoria histórica otros autores, que no eran historiadores, y que, como yo, no habían sido testigos directos de determinados acontecimientos. Este era el único modo de llenar los vacíos de la memoria, de encontrar el modo de dar algún tipo de color a ese lienzo en blanco... Tenía mucho trabajo por delante.

Visité el Museo Judío de Frankfurt un día de tormenta estival del verano de 2016. No buscaba respuestas, solo quería completar de algún modo esa historia familiar, esas memorias, llenas de vacíos, de silencios, esa historia que mi padre me había rogado rememorar y cuya petición yo había aceptado, asintiendo con la cabeza, sin omitir palabra, sin saber por qué me estaba comprometiendo, invadido por una sensación de vacío, en gran parte provocada por el tremendo desconocimiento que tenía de esa parte de mi familia. Nunca me había sentido identificado con mi padre o con su familia y mucho menos con la procedencia judía de mi abuela, ya os he dicho que en mis venas vibran con más fuerza mis raíces africanas. El resto de mis orígenes vive en mí en un estado de letargo o hibernación, del que no resulta fácil salir. Sin embargo, una promesa es una promesa y, como deseaba cumplirla, pensé que visitar el Museo Judío podía darme algunas ideas, inspirarme.

Entré en el museo con desgana, hastiado por el calor insoportable, la lluvia intensa y la humedad que hacía ese día que había elegido para la visita. La entrada me produjo el sentimiento de no pertenencia que yo ya bien conozco; el edificio, un sobrio palacete del siglo XVIII o XIX, no era tampoco lo que esperaba. Me gustan los museos amplios, con anchos corredores y raudales de luz, con exposiciones que son una explosión de color o de absurdos... El museo era parco en decoración, un tanto sombrío, sobrio y nebuloso, con una angosta escalera de caracol que conducía a las diferentes salas de exposiciones. No se escuchaba ni una voz, ni pasos, en el aire solo se respiraba el silencio.

Yo no era el tipo de visitante esperado, si es que con el tremendo aguacero se podía esperar alguna visita. Llevaba una mochila al hombro y una camiseta amarilla muy llamativa, mi pelo era largo y estaba trenzado al estilo rasta, mi color de piel no es el habitual en esos museos tan poco coloridos y serios y, además, me había mojado completamente con el chaparrón. Mi repentina entrada y mi aspecto debió sorprender a los guardias de seguridad. Yo también quedé un poco desconcertado. No esperaba que el museo tuviera un control de seguridad tan exhaustivo, y seguro que los guardias del museo no esperaban un visitante con mi pinta. Me pidieron con cierta sequedad que les abriera y enseñara qué había dentro de la mochila, buscaron y rebuscaron en su interior con un detenimiento que revelaba bastante desconfianza hacia mi persona y me repitieron con cierta insistencia que tenía que dejar la mochila en consigna. Pasé la seguridad, dejé mi mochila en consigna y compré el billete.

Era el único visitante ese día, lo que, para alguien como yo, acostumbrado a moverme entre multitudes estudiantiles, hacía que este museo me imprimiera una sensación molesta y claustrofóbica, con su estrecha escalera y su escasa iluminación, y que dicha sensación incrementara en mí los deseos de salir por donde había entrado y mandar el proyecto, que en realidad era idea de mi padre, aunque ya lo hubiera adoptado como si fuera mío y hubiera escrito algo, a la mismísima porra.

Miré por un ventanuco enrejado, llovía de tal forma que parecía que el diluvio universal venía a instalarse en Frankfurt. Me lo pensé, era mejor no salir de allí por el momento y esperar a que la lluvia cesase. Me resigné a la idea de hacer la visita. Había pagado seis euros, si me iba no solo me iba a calar el agua hasta los huesos, sino que me iba a cabrear por haberme gastado ese dinero para nada. Subí hasta el segundo piso, la planta estaba llena de reliquias, libros y manuscritos religiosos. Allí no se encontraba lo que había venido a buscar.

En el primer piso había una maqueta del primer gueto judío de Frankfurt, construido en los albores del siglo XV, una calle estrecha que estaba pegada a la muralla de la ciudad que fue pasto de las llamas en más de tres ocasiones, que fue reconstruida otras tantas y destruida definitivamente durante la Segunda Guerra Mundial. Allí había debido vivir Jakob Wasserman, el primer antepasado del que tengo certeza de su existencia. Al otro lado de la sala, también en el primer piso, había un mapa que mostraba los movimientos migratorios o, mejor dicho, las sucesivas expulsiones del pueblo judío desde la Edad Media. Observé el mapa y pensé en la vida de nuestra familia, desplazándose de un continente a otro como el pueblo hebreo.

En este piso se hallaba también una pequeña sala donde se proyectaba una película, un cortometraje que hablaba de cinco siglos de difícil convivencia de la raza semita con los alemanes en la ciudad de Frankfurt, de cómo la floreciente generación de judíos de los años veinte fue prácticamente aniquilada, y de los treinta mil judíos que vivían en Frankfurt a principios del siglo XX, antes de la gran contienda, cuando Frankfurt era una ciudad próspera,

conocida por su industria y por sus bancos, progresista, donde vivían escritores, filósofos y científicos de prestigio, apenas quedó un centenar después de la guerra.

Frankfurt vivió en el tiempo de entreguerras su segunda época dorada, la primera había sido en el tiempo de Goethe. Durante el renacimiento económico y cultural de los años veinte y treinta, muchos intelectuales, eminentemente científicos y filósofos, bastantes de procedencia judía, otros con orientaciones políticas marxistas, habían venido a Frankfurt, ya que la ciudad tenía fama de ser liberal y tolerante con las minorías. Además, muchos de los judíos acaudalados habían contribuido tanto económica como intelectualmente a transformar la ciudad, cambiando tanto su fachada como su espíritu.

En 1946, cuando terminó la guerra, Frankfurt era solo una ciudad en ruinas, donde reinaba el desconcierto y el silencio, una ciudad yerma, de libros quemados y esquirlas, sin voz, desierta y carente de espíritu. Eran pocos los judíos que habían sobrevivido los tiempos de Hitler. Entre ellos estaban mi bisabuelo Noa y Emma.

He comprendido, aunque no hace mucho tiempo, lo que me une con mis raíces judías, lo que une a mi entera familia, a mi padre, a mi hermana, a mi madre, a mi abuela con los distintos pueblos judíos del planeta... ese desplazarse de un país a otro, de uno a otro continente, siendo parte quizás de una pequeña comunidad, pero sin pertenecer a ningún lugar, a ninguna ciudad, a ningún país, a ningún continente.

Cuenta mi padre que nuestros primeros antepasados judíos debieron llegar a Frankfurt a mediados o finales del siglo XV. Desde el 1420 la comunidad judía de Frankfurt había crecido considerablemente, ya que en otras ciudades como Viena, Colonia, Augsburgo o Magdeburgo habían sido expulsados y muchos de ellos habían encontrado en Frankfurt una ciudad de refugio. La ciudad del Meno florecía, era famosa por sus ferias de ganado, de productos agrícolas y de pañuelos, era, ya en ese entonces, centro financiero y crecía no solo económicamente sino en población y superficie.

Es poco lo que sé de estos primeros antepasados. Mi padre supone que llegaron de Colonia atraídos por las numerosas ferias que se celebraban en Frankfurt, así como el efervescente comercio del que gozaba la ciudad del Meno, aunque pudiera ser que procedieran de Düsseldorf. Se debieron asentar, como la mayoría de los recién llegados, en el Callejón Judío (Jüdische Gasse, en alemán), que se construyó en 1462 fuera de los límites de la ciudad, al oeste de la muralla que cercaba Frankfurt. Esta callejuela fue el primer gueto judío en Europa. Era bastante angosta, estrecha y estaba sobrepoblada. En ella las casas se apiñaban una detrás de la otra, produciendo una sensación claustrofóbica a cualquiera que cruzara este primer gueto judío en Europa. Hacia el 1700, la población judía en Frankfurt se había triplicado o cuádruplicado, pero la de esta calle no se había ampliado ni alargado, ya que los distintos káiseres que habían regido la ciudad nunca habían autorizado ningún tipo de ensanche o prolongación de esta calle.

Como vivir en otros barrios de la ciudad resultaba imposible, por la prohibición expresa del Kaiser de que salieran de ese callejón, la única alternativa que le quedaba a la comunidad judía, ante el crecimiento de su población, era ampliar las casas ya existentes elevándolas dos o tres pisos, o construyendo viviendas adicionales en su parte trasera, por lo que la ya estrecha

callejuela se convirtió en un lugar aún más sombrío y asfixiante. La brisa del río apenas llegaba a esta calle exiliada a extramuros de la ciudad, el sol, tan escaso en Frankfurt, brillaba a lo sumo una hora en la callejuela. Ante tanta estrechez y la precariedad de las reformas chapuceras que se llevaban a cabo, los incendios fueron comunes. Durante el siglo XVIII hubo tres grandes incendios, en 1711, 1721 y 1796, que destruyeron el gueto completamente.

Famosos escritores alemanes de los siglos XVIII y XIX, como Goethe o Heine han descrito la suciedad, angostura y sensación claustrofóbica que esta calle producía, descripciones comparables con las de Patrick Süskind sobre las calles de París en su novela *El perfume*, calles llenas de gentes y ruidos, donde uno apenas se podía mover, algo que no era de extrañar, ya que esta callejuela de trescientos treinta metros de largo era en el siglo XVIII posiblemente el área más sobrepoblada del planeta tierra; los olores sofocantes de heces y basura producían náuseas a cualquiera que por allí caminara, las casas estaban mal mantenidas, construidas con tal precariedad que se habrían caído con el mínimo temblor de tierra.

A mediados del siglo XVIII, exactamente en 1749, el mismo año que nació Goethe, en algún lugar del Callejón Judío nació el primero de mis antepasados del que hay constancia de su nombre y apellidos, Jakob Wasserman. No se sabe muy bien a qué se dedicó en vida, si vivió toda su vida en ese inmundo callejón o si se trasladó a algún otro barrio de la ciudad a finales del XVIII o principios del XIX, después de que, tras el último incendio de 1796, y por decreto de las fuerzas napoleónicas que regían en ese momento la ciudad, se autorizó a los judíos a dejar su gueto y a vivir en donde quisieran.

La invasión francesa, que comenzó en 1796 y terminó en 1816, fue sin duda para los judíos también una revolución, el fin de su reclusión, el principio de una nueva era de florecimiento para la comunidad judía y para la ciudad de Frankfurt. Cuando en 1816 las tropas napoleónicas fueron expulsadas de la ciudad y se fundó la ciudad libre de Frankfurt, los judíos, aunque perdieron algunos de los derechos que les había otorgado Napoleón, estaban en una mejor posición, ya que al menos podían comerciar, desempeñar profesiones liberales y residir en cualquier barrio de la ciudad. Pese a estos cambios, la mayoría seguía viviendo en el Callejón Judío, eso sí, con otras perspectivas de futuro. Así que se puede decir que durante la época napoleónica la comunidad creció en miembros y en importancia.

Jakob Wasserman, que tendría en ese entonces entre cincuenta y cinco y sesenta años, disfrutaba de una vida algo más holgada que en su infancia y juventud. Se había mudado al oeste de la ciudad, donde regía un pequeño negocio de compraventa, de préstamos y empeños. Tenía un único hijo de unos treinta años, Ilias Wasserman, que al parecer fue un poco de todo, banquero, comerciante, hombre de negocios y poeta.

Lo comenzado ha de terminarse de algún modo, me digo a mí mismo, cuando no sé cómo llenar estas páginas, cuando me siento ante el ordenador y me enfrento a lo que empecé a escribir, pero no sé cómo terminar, soy como un poeta sin musa al que le faltan datos o ideas y le sobran papeles en blanco. No sé si lo que os cuento es verídico o pura invención de mi padre, aunque sé que él, como científico que es, siempre intenta hablarme de hechos reales. No sé tampoco por qué me he metido en esto, quizás sea por pura vanidad, por demostrarme a mí mismo que en mí hay un escritor, un fabulador o, simplemente, porque sé que alguien tiene que narrar las memorias de mi familia, explicar quiénes fueron, cómo y cuándo vivieron.

Hace unos días, deambulaba por la universidad preocupado por los exámenes, a la par que aturdido y poco convencido con lo que había escrito sobre la infancia de mi abuela en África y sobre mis primeros antepasados judíos en Frankfurt. Había impreso estas páginas para releérmelas al lado de uno de los grandes ventanales en la cafetería, y en eso estaba cuando escuché tras de mí.

—No me digas que ahora estás cursando un seminario de español y que los grandes dinosaurios de este departamento te permiten escribir en castellano.

No podía ser otro que Juan Trujillo.

—Te creía ya trabajando con los refugiados —le dije.

—Y con ellos trabajo —contestó—, pero no en un instituto, sino por la tarde noche. Me dedico a los chicos más mayores y a los adultos. Es más tranquilo que en el instituto, ya que hay algunos alumnos que no faltan a menudo, pero pagan menos que si trabajas en un centro escolar, vamos, bastante mal. En el Ministerio me han dicho que es cuestión de tiempo, que estoy en una buena posición en la lista. Mis antiguos colegas me han animado a que haga un par de cursos como pedagogo de teatro, que esto me puede dar más crédito, y es que el teatro puede ayudar a estos chicos a aprender la lengua y a liberarse de algún que otro trauma. Y a mí, que me encanta esta universidad y que no quiero perder los privilegios de ser estudiante, pues, bueno, aquí estoy de nuevo, haciendo dos o tres seminarios cada semestre. A lo mejor cuando termine me cuelo en algún instituto... Creo que ser profesor de teatro me pega, ¿no crees?

Yo asentí.

—... además no me viene mal matricularme, ando mal de pasta, así por lo menos tengo la tarjeta de transporte estudiantil y la comida subvencionada de la universidad.

—Así que te has convertido en uno de esos eternos universitarios que se siguen aprovechando en la edad madura de los beneficios que da estudiar en este país —le dije para provocarle.

—No queda otro remedio cuando se es un mileurista en Alemania —me contestó.

Nos reímos.

—¿Y qué es lo que lees? —me preguntó.

Le expliqué de lo que se trataba, que no me terminaba de convencer lo que había escrito y le pregunté si él se había leído los capítulos que yo le había mandado en archivo.

—Me he leído todo con gran interés, en especial el capítulo sobre Namibia, un país del que sé tan poco. Si te soy sincero, la historia de tu familia me parece bastante complicada, no solo porque se desarrolla en distintos continentes, sino por el destino trágico de muchos de tus antepasados. Hay mucho que decir. Me da la impresión de que tú quieres contar las cosas demasiado rápido y ceñirte a la verdad.

—Bueno, debo reconocer que esa era mi primera intención, pero ahora me estoy tomando más tiempo en elaborar las memorias de mi familia. Sin embargo, no me convence lo que escribo. No sé por qué tengo la impresión de que falta algo. Aquí está el nuevo capítulo. Todavía no te lo he mandado.

—¿Puedo leérmelo en papel?

—Aquí lo tienes. ¿Cuándo me dirás algo?

—En un par de días. Si quieres quedamos a la una para comer y te cuento.

Me encontré con Juan Trujillo a los dos días tal y como habíamos acordado en el comedor.

—Tu padre tiene que estar muy orgulloso al ver que en tu tiempo libre te dedicas a escribir sobre su familia.

—La verdad es que solo sabe que estoy en ello. Todavía no ha leído nada. Quiero tener la historia más avanzada antes de mostrársela.

—Seguro que le encanta.

—¿Y a ti?

—Te voy a ser algo crítico, porque creo que eso te ayudará a mejorar la novela, pero antes te quiero preguntar ¿es verdad todo lo que cuentas en el capítulo sobre el descarrilamiento del tren de alta velocidad?

—Supongo que sí. Mi tío Johannes fue una de las víctimas del accidente de Eschede. De eso incluso tengo vagos recuerdos de infancia.

—Y ese Jakob Wasserman que mencionas, ¿tienes certeza de que ha vivido en Frankfurt?

—Supongo que existió. Mi padre dice que es el primer antepasado del que ha oído hablar, del que se conoce incluso la fecha de nacimiento. Hay otros nombres de los que me ha hablado, aunque ni él mismo sabe mucho de ellos, aparte de que vivieron en Frankfurt en una época determinada.

—Es normal, Ismael. Yo tampoco sé mucho de mis antepasados. Mi familia es mestiza y conozco los nombres de algunos de los ancestros españoles, pero no sé casi nada de los indios, faltan documentos escritos. Tú por lo menos has podido reconstruir en parte un árbol genealógico que te lleva hasta el siglo XVII, la primera Edad de Oro en Frankfurt. ¿Sabes? A lo mejor tus antepasados conocían a los grandes escritores de la época, a Goethe, a Brentano.

—No lo sé, Juan —le dije.

—Sería interesante que se hubieran codeado con personajes importantes de la época, no solo con escritores, sino también con políticos o con la familia de banqueros Rothschild, que tanto hicieron por la ciudad y que, por cierto, eran judíos.

—Todo lo que me dices me parece muy bien, pero sigue sin solucionarme el problema al que me enfrente desde que he empezado: hay muchos vacíos, demasiados silencios.

—Tendrás que vivir aceptando esa incertidumbre, ya que asumo que nunca vas a conocer la historia completa de tu saga. Y perdona que te critique, pero me da la impresión de que quieres escribir una cronología, cuando lo que en realidad estás creando es obra de ficción, en la que cabe inventar personajes que no existieron e imaginar lo que les pasó. Eso no quita que haya un trasfondo histórico y que dialoguen con Goethe o con cualquier otro personaje histórico de la obra. Creo que en cuanto desistas de esa especie de empecinamiento que tienes en que las memorias de tu familia se basen en la realidad tu narración será más personal y más fluida.

Seguimos discutiendo un rato sobre los límites entre lo real y lo ficticio, lo cierto y lo incierto, y Juan me recomendó que narrara los diferentes acontecimientos como yo los percibía y no como mi padre o cualquier otro lo hacía.

—No te olvides que una cosa es la historia y otra la memoria —me dijo—. Y en la novela que tú estás escribiendo, me parece que la memoria prima sobre la historia. Si quieres que tu narración fluya realmente, tienes que dejar de encorsetar a la memoria dentro del marco histórico y dejarla que flote por sí misma, que se pasee por el pasado. No puedes hacer de unos retazos de recuerdos una novela histórica. Tú mismo me has dicho en más de una ocasión que no te interesa la historia. ¿Por qué no te concentras entonces en darle una vida a los pocos personajes que sabes que existieron, en crear un par que te convengan para la narración y lograr que, con su presencia en tu novela, tengan una existencia real? Otra posibilidad es que intentes narrar acontecimientos

que te tocan personalmente, de que has sido de algún modo testigo. Seguro que recuerdas algo sobre tu abuela o algo relacionado con tu familia.

—Un poco. Me acuerdo de las historias que la abuela nos contaba cuando éramos chiquillos, sobre África y sus dioses, de cómo habían creado estos a los hombres, la tierra, también me acuerdo de algunas leyendas sobre los demonios y los malos espíritus, y de las desgracias que habían traído a los pueblos de África o a determinadas personas que la abuela había conocido cuando vivía en Namibia. Esas historias le daban mucho miedo a Isabela, porque era muy pequeña, a mí, sin embargo, me encantaban.

—Ves, tu abuela no se dedicó a contarte en qué año llegaron a África, ni qué año hubo buena o mala cosecha, como tú has hecho. Tu abuela te contaba las historias de la gente y de cómo los dioses y demonios obraban para ayudarlos o para hacerles la vida imposible, tu abuela quería revivir la memoria y no la historia. A veces se debe dejar un poco de lado la realidad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es muy simple. Creo que deberías olvidarte de ser tan riguroso y de pensar que solo debes escribir sobre lo que estás casi seguro que paso, como haría tu padre. Hay, como tú dices, demasiados vacíos en vuestra saga familiar y estos no los puedes rellenar exclusivamente leyendo libros de historia o investigando en Internet. Veo, por lo que me has enseñado, que has informado tanto sobre Namibia, como sobre Frankfurt, está bien, hace falta el trasfondo histórico, pero necesitas hablar de algo más, liberar también a tu memoria y ver a dónde te lleva.

—¿Crees que debería hablar de los dioses y los demonios africanos?

—No sería mala idea, Ismael, pero yo no soy el escritor, a lo mejor deberías hablar también de ellos, a lo mejor son esos dioses traviesos, que traen la felicidad de vez en cuando y otras veces lo estropean todo, los que te pueden dar las respuestas que necesitas o el impulso para escribir sin ataduras.

—Creo que te entiendo —le contesté—. La memoria y la historia no son lo mismo, aunque a veces se sobrepongan, y no voy a llegar muy lejos con el proyecto si me cierno a la historia. Si dejo que la memoria me guíe puede que no dé con la realidad, pero que se me haga más fácil narrar y que lo que escriba parezca más verídico.

—Sí, eso es. Estás utilizando las memorias de tu abuela, las de tu padre, pero no las tuyas; además, te has olvidado de que las memorias se pueden transformar con el tiempo o se pueden percibir de forma distinta con el pasar de los años. Créeme, no importa que una parte de lo que relatas o que todo sea incierto, si dejas que la memoria se expanda y crezca en ti, encontrarás el impulso que te falta.

—Entiendo, mas no es tan fácil, sigo queriendo contar la historia de mi familia, una historia que sea veraz —le expliqué.

—¿Veraz? Ismael, me sorprende oír esa palabra de tu boca. Como alumno te gustaba cuestionar continuamente la veracidad de los libros de historia. Tú mismo me has dicho en repetidas ocasiones que la historia no es una ciencia y que por eso no hay una sola historia, sino tantas como puntos de vista.

—¿Crees que debería reinventar la historia de mi abuela, con las memorias que tengo de las leyendas que nos contaba sobre África?

—Sí.

—¿No quedará demasiado pobre sin datos, acontecimientos o fechas precisas?

—Parece que hoy solo sabemos darle vueltas al mismo asunto, volviendo siempre al punto de partida. Te lo repetiré por última vez: olvídate de los datos y de la verdad, o lo que suponemos

que es verídico por un momento, y concéntrate en rememorar a las personas tal y como tú las recuerdas, en hacer que tus parientes vivan de nuevo a través de tus palabras. Usa tu memoria, recuerda desde tu propia subjetividad las anécdotas y las personas que te han marcado de algún modo, e intenta reinterpretar los hechos a través de tus evocaciones, trata de darle a tu narración un cariz más personal, más humano, en donde no se hable solo de fechas y datos sino también de sentimientos.

—Entendido, jefe —le contesté—. Es un buen consejo y haré todo lo posible por seguirlo.

—De nada, para eso estamos.

—Me gustaría pedirte un último consejo, Juan. A mí me gustaría hablar también de mis antepasados judíos en Frankfurt, de hecho, ya he narrado algo, pero de ellos sí que no tengo ningún recuerdo personal.

—Está ese librito de Rosa Wasserman, del que creo que podrías sacar buen partido si lo lees con detenimiento, y ya te he dicho que te tomes las licencias necesarias para revivir a tus ancestros.

—Claro. Lo que me preocupa es que el periodo es demasiado amplio. Los primeros antepasados llegaron en el siglo XVI.

—¿Hay algún periodo o época que te interese en especial? —me preguntó Juan.

—He pensado en ello. Definitivamente no quiero hablar de la muerte y la destrucción que produjo el Holocausto. Ya se han escrito suficientes libros y se han filmado suficientes películas en las que se ve ese pasado tan gris, tan deprimente... Soy un optimista por naturaleza y no puedo hablar de algo así, va contra natura. Me gustaría retratar las dos épocas doradas de la ciudad de Frankfurt: el periodo en el que vivió Goethe y comienzos del siglo XX, cuando Rosa Wasserman iba a la universidad. También querría relacionar y contrastar diferentes épocas, encontrar conexiones y diferencias entre el pasado de esta ciudad y su presente, evitando hablar de la muerte, buscando algo positivo...

—Me parece que tus ideas son estupendas, incluso ambiciosas; sin embargo, no creo que puedas evitar enfrentarte con la muerte, ya te la has topado cuando narraste lo que le pasó a tu tío Johannes. Nos es innata, Ismael. Lo que puedes evitar es describirla, especialmente si es truculenta, o si lo hicieras, no seas directo, hazlo de forma poética.

—Yo no soy un buen poeta.

—Pues te tocará serlo. No vas a evitar mencionar lo que pasó en este país y si eres demasiado explícito puedes herir a una u otra víctima, lo mejor es echarle mano a la poesía, usar metáforas.

—Comprendo lo que me dices y es precisamente en este aspecto donde tengo cierto reparo. Cuando hable de las víctimas no sé si mi forma de narrar, de contar algunas cosas y otras no, pudiera provocar críticas, en el caso de que estas memorias llegaran a leerse en un círculo amplio. Sabes que el tema de los judíos en Alemania, antes, durante y después la guerra, es delicado. Tratar esta materia es como andar sobre hielo sin saber si donde pisas está suficiente gordo o demasiado fino.

—Dudo que se ofenda alguien si relacionas el pasado, el presente y el futuro como quieres hacer y te concentras en las dos épocas doradas de esta ciudad. En cuanto a las víctimas, a la comunidad judía, ya se sabe que hay que andarse con pies de plomo, después de lo que pasó no es raro que sean demasiado susceptibles. Sé lo que quieres decir, pero creo que tendrás que correr el riesgo de que a alguien no le guste como has abordado el tema.

Juan Trujillo tenía razón, yo era el que escribía y yo tenía que decidir qué mensaje quería dar, y me gustara o no tenía que tratar el tema del Holocausto y hablar de la muerte, era inevitable. Sin embargo, me daba algo de reparo abordarlo. Había leído e investigado sobre el tema, sabía que en la Alemania de la postguerra había reinado por mucho tiempo un silencio absoluto sobre el Holocausto, un silencio roto realmente por primera vez con el proceso Frankfurt-Auschwitz en 1965, en el que por primera vez se había encarado la terrible realidad, se habían buscado a los responsables del genocidio, a los que estaban en la cúpula y daban las órdenes y no a los que las ejecutaban. Durante el primer gran juicio que hubo, que fue el de Núremberg de 1945 y 1946, no se habían procesado a muchos de los grandes criminales, que vivían en Alemania desempeñando una buena profesión o se habían ido a vivir a Suramérica y gozaban de una magnífica situación económica. En Núremberg se juzgó a los que habían ejecutado las órdenes, no se mencionó Auschwitz u otros campos de concentración y, una vez concluyeron todos los procesos, se dio por zanjado el tema por muchos años y un silencio casi cómplice entre los verdugos y los alemanes que se habían acostumbrado a callar invadió el país por un amplio periodo de tiempo.

Los juicios que se celebraron en Frankfurt, aunque tuvieron menos resonancia internacional que en Núremberg y no se juzgaron a tantos nazis, sí afrontaron el horror que se vivió en los campos de concentración y sí se buscó a los que dirigían o daban órdenes. Muchos intelectuales y escritores de la época siguieron el proceso de Frankfurt, que significó hablar, después de casi dos décadas de omisión, sobre lo ocurrido en Auschwitz.

Un escritor que había seguido el proceso de Frankfurt era Martin Walser. Yo había tenido que leer uno de sus libros en los últimos años de secundaria, novelas que narraban historias de parejas cuarentonas de clase media acomodada, bien escritas sí, pero con temas superficiales, ya que retrataba a gente que no tenía otros problemas aparte de sus propias crisis sentimentales. A lo mejor mi madre o mi padre, que rondaban en ese entonces los cuarenta, las habrían encontrado entretenidas, pero no eran el tipo de novelas que a unos chavales de diecisiete o dieciocho años les interesaban... Bueno, lo que quiero contar es que en noviembre de 1998, con motivo de la recogida de un premio, Martin Walser dio un discurso en Frankfurt en el que hablaba sobre la problemática del pasado alemán, específicamente del Holocausto y de las dos posturas más comunes de los alemanes: el silencio o el recuerdo. Martín Walser creía que cada uno, y según su conciencia, debía decidir si quería recordar el pasado y rememorar a las víctimas, o simplemente seguir con su vida y pasar página. Las réplicas de la comunidad judía no tardaron, en especial las de Ignas Bubis que acusó a Walser de querer depurar de toda responsabilidad a los alemanes, de fomentar el silencio, la amnesia histórica y la no responsabilidad que se había asentado en Alemania después de la Guerra Mundial y que no se había roto hasta mediados de los sesenta. Este debate sobre olvido y recuerdo no hacía más que reflejar lo difícil que era hablar del tema del Holocausto, de expresarse sobre él sin herir la sensibilidad de las víctimas y los supervivientes. El silencio enfurecía, pero no guardar silencio y pronunciarse, tomar una postura, podía ser también motivo de crítica.

Incluso el libro *El Lector*, que yo había leído en un seminario de la universidad, provocó críticas por parte de la comunidad judía cuando se publicó, porque no se trataba el tema con la profundidad debida. El protagonista era solo observador del proceso de Núremberg, en donde una mujer con la que había mantenido una relación amorosa era juzgada. Él se enfrentaba al tema del Holocausto con una postura distante, como observador: era un chiquillo en tiempos de guerra y no se sentía responsable de lo que había pasado. Más intolerable aún era para los críticos que en esta novela se intentara encontrar un motivo, una explicación por la cual la antigua amante del

protagonista había cometido atrocidades durante el tiempo que fue guardiana de un campo de concentración, que el autor diera un motivo que redimiera a alguien culpable de feroces crímenes de guerra. Debo admitir que cuando leí la novela no pensé en que el tema se había abordado de esta forma tan superficial o tan insultante para la comunidad judía, me gustó simplemente el estilo del autor, me gustó la historia y me pareció que la mujer no había sido otra cosa que una cabeza de turco. Fue después, cuando analizamos el libro en la clase, cuando me di cuenta de que el libro se podía interpretar como un intento de explicar crímenes imperdonables. Bernard Schlink no había guardado silencio, ni había exigido el derecho a guardarlo como Martin Walser, pero su forma de recordar el tema no había complacido a todos.

La película *La lista de Schindler*, que muchos de vosotros habréis visto, tampoco había sido del agrado de todos los miembros de la comunidad judía, aunque retratara claramente la crueldad y no justificara en ninguna medida a los alemanes. Era demasiado clara en ocasiones y mostraba barbaridades que no era necesario ver de forma explícita.

Siento mucho volveros a llenar la cabeza con mis reflexiones sobre libros o personas que no conocéis, pero creo que es necesario que conozcáis este par de ejemplos para que comprendáis por qué hasta ahora no me he atrevido a dar más colorido a lo que he escrito, a abordar el tema en el que me he metido de una forma más literaria y menos histórica. Tengo miedo de que alguien se sienta ofendido y me califique de superficial, tengo miedo de que no sepa encontrar el correcto equilibrio entre el silencio y el recuerdo, porque hay cosas que no puedo o no quiero recordar y hay otras cosas en las que no me queda más remedio que callar.

¿Recordar u olvidar? Creo que es, en cierto modo, como Walser ya lo intentó expresar, que es una decisión personal, pero también creo que no hay solo blanco y negro en estas dos posturas, sino diferentes tonalidades, que tanto guardar silencio como recordar podría ser positivo, negativo o quizás ambas cosas a la vez.

Ahora ha llegado el momento de que os hable de nuevo de mi abuela y de Namibia como ella lo habría hecho, y de que dé mi versión sobre el pasado y presente de Frankfurt, recordando lo que quiero recordar y guardando silencio donde me parece que es necesario.

Un poco más tarde os hablaré sobre las épocas doradas de Frankfurt y de la etapa más oscura de esta ciudad.

VI. LAS VOCES PERDIDAS

Mi abuela Emma había tenido una intensa relación con Nyah Sia, la africana que había asistido a su madre en el parto y que prácticamente había salvado la vida de ambas, una relación en la que amistad, complicidad y fidelidad se mezclaban. Nyah era para mi abuela la madre ideal, la madre que habría querido tener, y la hechicera debía sentir un cierto apego maternal hacia mi abuela, después de todo ella era la que de una forma circunstancial le había concedido la vida. No creo que a mi bisabuela le complaciera esta relación entre la curandera y su hija y me consta, según lo que recuerdo haber oído contar a mi abuela, que Esther intentó en repetidas ocasiones librarse de Nyah Sia, a lo que mi bisabuelo Noah se opuso. No se podía ser ingrato con quien había salvado dos vidas o más, ya que Nyah, dada la lejanía del médico más cercano, asistía, preparando sus pócimas curativas y conjurando a los buenos espíritus, a cualquiera que caía enfermo en la granja.

Mi abuela creció y se educó con al menos tres modos distintos de entender la vida. Por un lado, el de mi bisabuela Esther, que deseaba la mejor educación posible para su hija y que pensaba que la rigidez, la intransigencia y la mano dura eran el mejor modo de labrar el futuro de sus hijos, de hacer de ellos un hombre y una mujer de provecho; mi bisabuela creía en todo lo tangible y racional y, por supuesto, en el orden. Por otro lado, estaba el mundo incierto de Nyah Sia que siempre había fascinado a mi abuela, con sus espíritus malignos, dioses traviesos y criaturas con poderes sobrenaturales que protegían a todos aquellos que les conjuraban y creían en ellos. Nyah Sia tenía ese carácter tan típico de los africanos: era una persona amable y relajada, que no se dejaba alterar o sulfurar fácilmente, que intentaba ser feliz con lo que poseía y sabía gozar de las dichas que le ofrecía la vida.

Noah, por su parte, aunque siempre rechazó que existiera cualquier tipo de poder mágico o brujería, pensaba que no estaba mal que Emma conociera los mitos y creencias de los africanos, después de todo vivían en Namibia y esas leyendas no se diferenciaban en el fondo demasiado de la mitología griega o romana, donde había dioses malos y buenos, monstruos con múltiples cabezas, masacres y venganzas. Y es que mi bisabuelo no era tan estricto como Esther, porque, aunque quería que sus hijos estudiaran y tuvieran disciplina, defendía también que soñaran e imaginaran y que jugaran al aire libre con otros chicos de su edad, sin importarle demasiado su procedencia o color y que vivieran disfrutando de la vida, no solo anhelando rodearse de bienes materiales.

Mi abuela adquirió con gran sabiduría las distintas enseñanzas de cada uno y las aplicó en su vida según le fue conveniente.

Contaba Nyah Sia que los bosques están llenos de kishis (espíritus), que se apoderan de los cuerpos de los humanos, pero dejan sus almas transitando por la tierra, almas desposeídas de voz, que nadie ve ni escucha, almas a las que se puede conjurar para que recobren lo que han perdido y regresen por unos momentos a contar su historia. Los kishis eran a veces invisibles, otras veces adoptaban formas de animales (serpientes, hienas, murciélagos gigantes...) o humanas (enanos de suave voz y atractivas facciones, mujeres de hermosos cuerpos, guerreros con torsos al descubierto...).

Mi abuela nos había contado estas historias sobre espíritus y criaturas malignas cuando éramos pequeños. A mí, que era un chico cinco años mayor que Isabela, me encantaban estos mitos un tanto tenebrosos, sobre todo la leyenda del Eloko, una criatura maligna con apariencia de hombre que, con su dulce voz, atraía a sus víctimas a su guarida en medio del bosque. Una vez que los desafortunados humanos entraban en su hogar, el Eloko les encerraba y devoraba, dejando sus almas perdidas flotando hasta la eternidad o hasta que alguien las convocara. Isabela se moría de miedo, rompía en lágrimas y por la noche era asolada por pesadillas. El insomnio hacía mella en su mente infantil, porque cuando se despertaba recordaba con horror las narraciones llenas de monstruos y perversos espíritus de la abuela, y ya no se podía dormir más. Esto le ocurría casi siempre que a la abuela le daba por contar esas historias truculentas al atardecer, poco antes de que nos fuéramos a la cama. Yo, sin embargo, fantaseaba, con estos espíritus y criaturas, pintaba sus cuerpos deformes y sus caras de expresión malvada. Me encantaba dibujar las bestias descritas por mi abuela: serpientes de cuatro o cinco cabezas con una víctima en cada una de sus fauces, enanos deformes, hechiceros malvados con cara diabólica, insectos gigantes con fauces enormes.... Si mi madre veía estos dibujos entonces había bronca segura con papá, que tenía que haber prohibido a la abuela que nos contara tales relatos que aterrorizaban a la pobre Isabela. Además, para mi madre, una mujer como Emma, que no era africana, no entendía nada sobre la mitología africana y debía abstenerse de contar tales historias, que cualquier persona con dos dedos de frente sabía no eran apropiadas para mí y mucho menos para la pequeña Isabela. Así que yo me cuidaba de que mamá no me pillara dibujando y de que Isabela se fuera a jugar con sus muñecas cuando la abuela contaba los cuentos de miedo, o que, en el caso de que se quedara escuchando, yo le tapaba las dos orejas para que no oyera las partes truculentas. Como sabía que mi hermanita me admiraba, la convencía para que no les hablara a mis padres de esas historias. Para mí esos cuentos eran lo único emocionante de mis estancias en Frankfurt.

Por fin decidí entregar a mi padre las cerca de cien páginas que llevaba escritas.

—No es todo —le comenté—. Me queda bastante por escribir.

—Pero bueno es saber que has empezado...

—Sí, me costó —le expliqué—. Y me sigue costando. Hay tantos vacíos que es casi labor imposible ceñirse a la realidad. ¿Tú estás seguro de que me has contado todo lo que recuerdas?

—Supongo que sí...

—Y yo supongo que voy a tener que inventarme lo que falta de la historia.

—¿Inventarte?

Le hablé a mi padre sobre Juan Trujillo, sobre nuestros encuentros en la universidad y sobre los consejos que me había dado para continuar con la historia. Le dije que había comenzado a escribir, pero que no sabía cómo iba a ser el resultado final. Añadía que esperaba que no le decepcionara el hecho de que hubiera decidido imaginarme acontecimientos que no habían ocurrido o personajes que no habían existido.

—¿Cómo va a decepcionarme? Yo no podría hacer lo que tú estás haciendo... —me dijo, y se quedó algo pensativo—. ¿Te acuerdas de los tres amuletos que encontraste en la maleta?

—Sí. Me gustaron y me quise quedar con uno, pero tú no me lo quisiste dar, porque querías que conociera la historia detrás de esos amuletos.

—Creo que ha llegado el momento de que te quedes con uno de ellos. Recuerdo que tu abuela me contó que simbolizaban a un Dios africano y que se los regaló Nyah Sia a la familia para que los protegiera de los peligros que les aguardaban. El de tu tío abuelo Ismael falta, cuando desapareció debía llevarlo consigo. A lo mejor puedes encontrar algo más sobre estos amuletos entre los papeles de la abuela o se te ocurre algo con lo poco que te he contado. Yo te voy a narrar lo que recuerdo haber oído sobre ellos.

Durante un magnífico atardecer en la primavera del año 1939, cuando una mezcla de tonos cobrizos, rosados y púrpura invadía el horizonte y las aves, como era habitual a esas horas de la tarde, planeaban en la lejanía, invadiendo el silencio del ocaso con sus graznidos, mi bisabuelo Noah, que estaba bebiendo un vaso de agua, reclinado ligeramente sobre el balaustre que antecedió a la entrada de la vivienda, vio cómo Nyah Sia se aproximaba, encorvada, pero con paso firme ayudada de su bastón, con un cierto aire de preocupación.

—¿Qué ocurre, Nyah Sia? —preguntó mi bisabuelo.

—Míster Wasserman —contestó la hechicera—. Toda su familia se encuentra bajo la influencia de espíritus malignos que les harán tomar malas decisiones y traerán solo muertes y desgracias.

—Nyah Sia, la humanidad entera está en peligro bajo la influencia de un tremendo maleficio que tiene nombre, Hitler, y que solo va a traer desgracias, no solo a mi familia. Una guerra parece estar a punto de estallar en mi país de origen, los espíritus malignos deben encontrarse en Alemania bien a gusto, por lo que me cuenta mi familia el país está sumido en tiempos turbulentos donde la demencia y la crueldad son el pan nuestro de cada día. Tienes toda la razón de preocuparte, pero son los hombres y no los dioses o los espíritus los que nos van a causar desgracias, y contra ellos poco pueden hacer tus poderes —le replicó mi bisabuelo intentando dar una interpretación lógica a las preocupaciones de la hechicera, que después de todo tenían un fundamento real.

—Míster Wasserman. No hablo de su familia en Alemania, sino de usted, de su mujer, de Emma, de Ismael, todos corren grave peligro, peligro eminente. Necesitan protección —dijo Nyah Sia entregando a mi bisabuelo cuatro amuletos de madera en los que se veía la figura de una serpiente—. Es Nyami Nyami, espíritu de serpiente que protege —añadió al entregárselos—. Protege, ayuda a tomar buenas decisiones. Míster, usted y su familia tienen que llevar a Nyami Nyami siempre consigo, para saber qué se debe hacer.

—Bien —dijo mi abuelo poniéndoselo—. A Emma y a Ismael les encantará, no hay duda, pero dudo que Esther se lo ponga...

—Insiste, míster Wasserman, o el malvado Eloko irá a buscar a su esposa allá donde vaya y desaparecerá, se esfumará.

—No me asustes, Nyah Sia. Esther no va a ir a ningún sitio. Y yo no voy a dejar a ningún Eloko que se acerque a ella. Todos nos quedaremos aquí hasta que los vientos malignos que soplan en Europa cesen. No nos va a pasar nada.

—Bien —contestó alejándose.

Nyah se alejó silenciosamente. El cielo ya no tenía colores plomizos sino rojizos sobre un fondo cada vez más negro. «Corren verdaderamente malos vientos—, pensó mi bisabuelo—. Si las cosas siguen así, ni siquiera aquí, en el fin del mundo, estaremos a salvo.» Miró las tallas de

madera, la serpiente con la boca abierta podría inspirar cierto miedo a un niño pequeño como Ismael. No era supersticioso, ni creía del todo en los remedios de Nyah Sia, pero llevar colgado el amuleto no iba a hacerle daño a nadie. Se lo puso. «Seguro que a los niños les encanta —pensó—, a Esther no creo que le diga nada, no llevaría tal amuleto, aunque fuera de oro.» Y se metió las tres figurillas en el bolsillo. Había anochecido, en el cielo negro no se veía ni la luna ni las estrellas.

Aquella misma noche. Esther anunció a Noah que iba a irse de Namibia. No aguantaba más. Su hermano Rubén, ante el eminente conflicto en Europa, se había ido a Canadá. Y allí quería irse ella. Se llevaría a los dos niños. Noah acarició el amuleto que llevaba debajo de la camisa.

—Ya lo hemos discutido muchas veces, Esther, ahora no nos podemos ir. No es buen momento para vender la granja y es demasiado peligroso viajar.

—No iremos a Alemania, sino a Toronto, Canadá, allí nos reuniremos con mi hermano. Estaremos más seguros que aquí —contestó Esther.

—Pero desde aquí tenéis que ir primero a Europa en barco y partir desde Inglaterra o Irlanda hacia Canadá. Son dos travesías largas. El viaje dura demasiado y es peligroso. De aquí hasta que lleguéis a Europa puede que la guerra haya estallado y que ni Irlanda ni Inglaterra sean países seguros. No puedo permitirlo —afirmó Noah con decisión mientras acariciaba de nuevo el amuleto.

Esther se echó a llorar, llevaba años afectada de una depresión que no llegaba nunca a sanarse.

—No puedo aguantar más aquí. No puedo —sollozó—. Tienes que dejar que me vaya con los niños. No pasará nada. No nos acercaremos a Alemania. Haremos la travesía y nos instalaremos en Canadá con mi hermano. Te esperaremos allí. Aquí solo deseo morirme.

Si había algo que mi bisabuelo de verdad temía era que su mujer se quitara la vida. En los momentos en que la depresión la había hundido por completo, Noah no se apartaba de ella o la dejaba en compañía de Nyah Sia o cualquier mujer de su confianza. En los últimos meses había tenido que prescindir de algunos de sus trabajadores, tenía que dedicar mucho más tiempo a la granja y temía que no pudiera tener a su mujer vigilada las veinticuatro horas del día. Estas circunstancias, y quizás alguna que otra razón de peso, hicieron que Noah accediera esta vez a que Esther partiera para Canadá.

—Bien, te puedes ir, pero sin los niños —dijo acariciando de nuevo el amuleto—. Emma e Ismael se quedan aquí conmigo.

—¿Sigues creyendo, de verdad, que este es un lugar para que los niños crezcan y se eduquen? —preguntó Esther—. Tú bien sabes que estarán mejor en Canadá y que sin ellos tú podrás concentrarte en la granja, venderla lo más rápido posible y reunirte con nosotros.

Había cierta verdad en los argumentos de Esther, Noah, sin embargo, quería que sus hijos se quedaran allí, donde él pensaba que eran felices. Hubo un tira y afloja entre ellos que duró horas y del que ninguno salió completamente victorioso. Emma se quedaría con su padre en la granja. Ismael partiría con su madre destino a Irlanda en una semana y de allí se embarcarían hacia Canadá. Rubén, el hermano de Esther, les esperaría en Toronto. Enviarían una carta cuando llegaran.

Antes de partir, Noah le entregó a Ismael el amuleto que Nyah Sia le había regalado y le pidió que nunca se separara de él. Grabó en el reverso el nombre del chiquillo, Ismael Wasserman, así

como su fecha de nacimiento y el lugar donde había nacido.

—Estas son tus señas de identidad, no te olvides —le dijo Noah—. Si alguna vez te pierdes, aquí está todo lo que necesitas para encontrarnos, para encontrarte a ti mismo.

Ismael, que era demasiado joven para comprender estas palabras, se quedó mirando a su padre, interrogante.

—Vas a partir con tu madre —le aclaró Noah—. Será un viaje largo. Llegarás a una ciudad grande, con un río que serpentea de oeste a este, con casas tan altas como el cielo, en las cuales se refleja el sol. Será bonito, ya verás.

—¿Y Emma? —acertó a preguntar el chiquillo que tendría poco más de tres años—. Yo quiero irme con Emma.

—Emma y yo iremos pronto y jugaremos contigo.

La reunificación de Esther e Ismael con Noah y Emma fue, como os he contado, imposible. El barco en el que partieron llegó a Irlanda, los nombres de Esther e Ismael Wasserman aparecían entre los pasajeros, lo que hace suponer que desembarcaron. Mi bisabuelo intentó en repetidas ocasiones descubrir si se volvieron a embarcar, sin éxito. Rubén tampoco pudo ayudarles a localizar a Esther o Ismael, porque no llegaron a Toronto en el barco que debían, porque no recibió ninguna carta de su hermana informándole que estaban en otro país. Mi bisabuelo nunca pudo dar con ellos y terminó por darles a ambos por muertos.

Es difícil imaginar qué ocurrió con Esther e Ismael, por qué solo hay constancia de que se embarcaron en un barco en dirección a Cork, Irlanda, por qué se pierde su rastro y en ningún registro migratorio en Irlanda, en Canadá o Norte América hay constancia de su llegada. Es posible que los listados que se hacían en esa época eran manuscritos y algunos se perdieron durante la guerra. Eso explicaría que no aparecieran en ningún censo, pero no el hecho de que Esther jamás contactó con su esposo Noah o su hermano Rubén. A mí me gusta fantasear con la idea de que Ismael no pereció, que se salvó, que a su madre le ocurrió algo durante la travesía: una enfermedad que la mató, un accidente, que por eso jamás llegaron las misivas esperadas por Noah o Rubén; que el chiquillo, que debía tener poco más de tres años, fue adoptado o acogido por alguna familia y que como era tan joven olvidó sus raíces, su identidad.

Cuando en 1946 Noah salió del campo de trabajo en el que había estado recluido y se reunió con su hija Emma, fue a su granja, pero no encontró carta alguna o rastro alguno de su mujer y su hijo. Preguntó a las autoridades de Namibia, que le entregaron algunas misivas y documentos a su nombre, todos sin noticias de Esther e Ismael. Durante años escribió a la dirección de Toronto que Esther le había dejado, donde vivía su cuñado Rubén, así como a las autoridades canadienses, ninguno supo darle nuevas sobre su mujer o su hijo. Mandó cartas incluso a los Estados Unidos, a Perú, a Venezuela... Nunca recibió ninguna respuesta positiva sobre el paradero de Esther o de Ismael. Tampoco el hermano de Esther, Rubén, pudo encontrar a su hermana o a su sobrino.

—Fueron los espíritus —le dijo Nyah Sia a mi abuela, antes de su partida a Alemania—. Los kishis se llevaron a tu madre, muy lejos, tanto que ni siquiera yo puedo recobrar su voz perdida. Por eso no la habéis encontrado.

—¿E Ismael? —preguntó Emma.

—Ismael está vivo. Nyami Nyami le ha protegido, pero los espíritus le han dejado sin memoria, para que ande perdido toda su vida, en una ciudad en la que las casas ocultan el cielo y el pasado parece no existir, en una ciudad en donde muchos murieron de forma injusta hace mucho tiempo, una ciudad en la costa, donde hay un río, donde el invierno es frío. Allí está Ismael, caminando junto a un caballero que le trata como un hijo, pero sin recuerdos, condenado a no conocer sus verdaderas raíces.

En mayo o junio de 1939 Esther se embarcó con su hijo Ismael, que acababa de cumplir los tres años en el buque llamado “Cape of Finisterre”, que zarpaba rumbo a Cork, Irlanda, haciendo diferentes escalas, una de ellas en Galicia. La travesía hasta tierras gallegas discurrió con relativa calma. La mar estuvo serena prácticamente todo el viaje y las únicas tormentas que los acompañaron fueron los aguaceros propios del tiempo estival.

Galicia les recibió con el triste semblante de un cielo encapotado de nubes negras y grises. El buque ancló en Pontevedra, como estaba previsto, durante seis horas. Esther quiso salir con Ismael para pisar, aunque fuera por un par de horas, tierra firme y aprovisionarse con algo de fruta fresca. Lo había estado haciendo en casi todas las escalas, acompañada siempre del pintoresco señor Hampton, un simpático hombre un tanto corpulento de origen inglés, que conocía algunas de las lenguas indígenas y que siempre había ayudado a Esther a aprovisionarse de algunos alimentos frescos. Desafortunadamente, esta vez no podía ir con ellos porque un esguince de tobillo, sufrido hacía un par de días, había limitado un tanto su movilidad.

—No deberías bajar a tierra firme esta vez —le aconsejó Mr. Hampton—. No es solo que yo no te pueda acompañar, sino que puede ser peligroso. España acaba de salir de una Guerra Civil, hay mucha pobreza, va a ser deprimente ver el estado de la ciudad y de sus habitantes y, además, no creo que puedas hacerte de los alimentos que quieres.

—Uno de los grumetes se ha ofrecido a venir conmigo. Dice que habla algo de castellano, que conoce bien la ciudad y que sabe dónde se puede encontrar alimentos frescos —le explicó Esther.

—Esther, aunque sea verdad, te pido que te quedes esta vez conmigo e Ismael. Tengo un mal presentimiento —insistió.

—¡No me venga con supersticiones, señor Hampton! Me he pasado casi un par de lustros viviendo en un país lleno de ellas y nunca me ha pasado nada. Es irracional creer en ellas. No nos ocurrirá nada, estaremos a lo sumo una hora.

—Al menos deja al niño conmigo.

—Ismael se puede quedar con usted. Va a ser rápido, solo bajaremos, miraremos si se puede comprar algo y subiremos.

—Sigue sin gustarme la idea, deberías pensártelo. ¿Quién va a acompañarte? —le preguntó el señor Hampton.

—Wilhem Henning —contestó Esther.

—Parece buen chico, pero es alemán. Yo no me fiaría. Estamos ante el eminente estallido de una guerra, de la que Alemania es y será artífice. En España se ha instaurado una dictadura, y fue precisamente Hitler quien apoyó a Franco y a su cuadrilla. ¡Quédate a bordo! En menos de una

semana estaremos en Irlanda. Allí yo podré andar y comunicarme a mis anchas y compraremos alimentos frescos o lo que tú quieras...

Para Esther, que era una persona a la que, entre otras cosas, nunca le había gustado navegar, era el echar amarras y el poner los pies en tierra firme por unos momentos algo tan deseado que ningún argumento, por muy lógico, coherente o sabio que fuera, la hubiera podido convencer de hacer lo contrario y desistir de esos ansiados instantes en los que paseaba por las cercanías del puerto, o se adentraba en los barrios adyacentes a la zona portuaria y compraba algún alimento fresco.

Dejó a Ismael con Mr. Hampton y salió a reunirse con el grumete.

Esther y el tal Wilhem Henning abandonaron el barco al mediodía, pero nunca volvieron a subir en él. Mr. Hampton hizo lo que pudo para que el barco no zarpara. Consiguió que el capitán retrasara la salida del barco y mandara a algunos de su tripulación en su búsqueda. Nadie los vio o descubrió rastro alguno de ellos, así que, al final, tras retrasar la travesía un día, el capitán decidió zarpar sin Esther y Wilhem Henning.

—No te preocupes, Ismael, yo estoy contigo. Iremos a Irlanda y esperaremos allí a que venga el próximo barco desde Galicia. Seguro que tu madre viene en él —le decía el señor Hampton a un niño que se debatía entre el desconsuelo y el desconcierto y que no terminaba de comprender lo que había pasado, ni por qué su madre no estaba con él—. No te preocupes, yo estoy contigo, tengo amigos en Irlanda y nos quedaremos allí hasta que tu madre aparezca. Seguro que viene pronto y los tres nos pondremos en camino hacia una vida mejor, hacia un país lejano en el que seamos bienvenidos y la tolerancia y convivencia sean ejemplares. Iremos a una ciudad a la orilla del mar, una ciudad en la que viven gentes de diferentes orígenes. Ya verás cómo te gusta —le animaba.

Son muchos los que se ponen en camino buscando un lugar mejor donde vivir, una ciudad, un país, en donde la vida no se vea continuamente amenazada, en donde no haya guerra, violencia, en donde la muerte no sea el pan nuestro de cada día, en donde se pueda encontrar un sucedáneo del hogar perdido o destruido, en donde haya más oportunidades. No es nuevo, quizás los primeros Wasserman que llegaron a Frankfurt buscaban también un “hogar”. Esther partió hacia Canadá con la esperanza de vivir en un lugar que le ofreciera el estilo de vida que deseaba y en el que se sintiera enraizada, y ese fue igualmente uno de los motivos que movió a Noah a regresar a Alemania después de la guerra.

Entre el antes y el ahora, los motivos por los que miles o millones de personas dejan su lugar habitual de residencia poco han cambiado, lo que ha cambiado es la cartografía, la división de los países, los mapas con las líneas cada vez más marcadas y la creencia de algunos, tal vez de muchos, de que esas líneas te definen, forman tu persona y tu carácter y que es así, que siempre ha sido así, que esas fronteras se tienen que aceptar y asumir, que cada uno tiene un color distinto, como los países en los mapas. Solo ha cambiado la cartografía, los mapas con sus fronteras alteradas con el paso de la historia.

Dublín, Londres, Nueva York, Toronto, Sao Paulo, Lima o Caracas, allá donde fuera a parar Ismael y tal vez mi bisabuela (porque esa es la historia que quiero creer, la no teñida de muertes),

una ciudad en donde los grandes edificios tapan el sol y donde nadie habla del pasado, porque todos quieren olvidar el suyo propio e inventar una nueva identidad. Ciudades que al principio son completas extrañas, hurañas y desconocidas, que han de conquistarse lentamente, descubriendo sus raíces escondidas, sumergidas o enterradas, para sentirse parte de ellas. Me imagino al niño Ismael caminando por cualquiera de esas ciudades, haciéndose a ellas, descubriéndolas, desenterrando su pasado... (como yo hago en Frankfurt), conquistando la ciudad, siendo parte de ella...

Quizás Ismael nos esté también buscando y se encuentre con los mismos problemas que mi bisabuelo tuvo, que el rastro de la familia se pierde en algún momento. Quizás haya leído los mismos libros que yo, *Waiting*, *Piezas en fuga*, *Cities of Refuge*, y se haya hecho o se esté haciendo en este momento las mismas preguntas que yo me hago: cómo puede rastrear en el pasado de sus ancestros y conocer su genealogía si le faltan tantos datos, posiblemente más que a mí; qué puede hacer para honrar la memoria de los que se perdieron o perecieron; cuál es su identidad, qué define su carácter, lo que conoce o lo que desconoce de él y de sus antepasados; y si se puede encontrar en una ciudad multicultural como Frankfurt, Nueva York, Toronto o Londres, un sucedáneo de hogar, de patria.

Sigo escribiendo en total oscuridad, escarbando en unos recuerdos fugaces en los que solo cabe imaginar o interpretar. Os he contado la historia como mi abuela la solía recordar y ahora me encuentro ante un gran agujero del que pocas memorias puedo extraer o sacar: unos cuantos nombres y remembranzas que tiene mi padre, un libro de poemas y cuentos de cuya autora poco sé, unas placas doradas en una calle de Frankfurt, que constatan que mis ancestros murieron... Juan Trujillo dice que debo continuar la historia tal y como a mí me gustaría contarla, que me olvide de los libros de historia, que nos dan los hechos que quieren que conozcamos y nos ocultan otros, que me concentre en los retazos de memoria, aunque esta sea efímera, fugaz y traicionera, que debo transformar estos recuerdos, reinventarlos, darles vida.

A veces tecleo en los buscadores de Internet, Ismael Wasserman. Siempre aparece algo. Ismael Wasserman, C/ General Pinto 23, Buenos Aires, Argentina, cuarenta y nueve años. «¿Será este Ismael el hijo de mi tío abuelo?», me pregunto. Y le mando un mensaje resumiendo la historia del Ismael que se perdió, preguntándole si su padre se llamaba como él y pudiera ser ese chiquillo que desapareció con su madre camino de las Américas. Lo he intentado varias veces, con varios Ismael Wasserman. Hasta ahora sin la respuesta que esperaba, pero a lo mejor mi tío abuelo no se llama más Wasserman, sino Hampton, Smith, Peterson o Paulson.

¿Habrá cambiado de nombre y así habrá olvidado su identidad, sus raíces, o nos estará también buscando?

VII. ATLÁNTIDA

Ilias Wasserman tenía cuarenta y cinco años el día que desapareció, sin dejar más rastro que un testamento manuscrito sobre su escritorio, en el que dejaba una pequeña fortuna en oro y piedras preciosas a su primogénito Karl que se dedicaría toda su vida al comercio de estos metales y piedras y que fundaría con el transcurrir de los años la primera joyería de la familia Wasserman. A su segundo hijo, Friedrich, le legaba las bases de una pequeña empresa dedicada a producir materiales de construcción, que habría de florecer a finales del siglo XIX y principios del XX, con la expansión de la ciudad de Frankfurt al sur del río Meno y al oeste, y haría de sus descendientes unos de los hombres más ricos de Frankfurt.

En su testamento hacía también hincapié en el valor del arte y la cultura y pedía a sus sucesores que invirtieran siempre parte de sus ganancias en las humanidades y las artes. La biblioteca y la modesta colección de cuadros y obras de arte que había adquirido en vida debían permanecer en la casa familiar y emplearse en el futuro como parte de la dote de su hija Dorothea Wasserman. A su mujer le quedaba la casa y una pequeña fortuna, que sería administrada los años que le restaran de vida por Karl.

Sobre la vida de Ilias Wasserman se sabe casi tan poco como sobre su incierta defunción o misteriosa desaparición en septiembre de 1845, unos días después de que recibiera una carta anónima amenazándole de muerte, lo que tanto angustió a su mujer, pero que no pareció impresionar a Ilias, quien incluso se rio tras leer la carta.

—No debemos tomar en serio tales amenazas, no soy el único que las recibo, cualquier judío que se ha enriquecido antes o después de la guerra con Napoleón ha recibido alguna que otra vez estas cartas—dijo arrugando el papel y arrojándolo a la hoguera—. Tales escritos no merecen más que esta atención —añadió.

—¿Y si va en serio?

—No lo creo y, si va en serio, es poco lo que puedo hacer al respecto. Ahora toca esperar.

—Podríamos irnos a vivir a Offenbach o a Heidelberg o a cualquier otra ciudad...

—No creo que haga falta. Solo me quieren asustar para que deje de comerciar con el señor Rothschild, al que también han amenazado de muerte, para que me vaya y venda mis negocios por una cuarta parte de lo que valen. No te preocupes, si hubiera razón para temer algo yo sería el primero que pondría tierra de por medio —le dijo para tranquilizarla.

Cinco días después de esta conversación, Ilias Wasserman desapareció. Su testamento, que había colocado en el centro de su escritorio para que estuviera bien visible, era la prueba de que verdaderamente temía por su vida. Como nunca se encontró rastro alguno de él, se le terminó dando por muerto.

Ilias Wasserman había nacido en Frankfurt en 1800, cuando se abrían nuevas perspectivas para la comunidad judía. El periodo napoleónico había traído a la ciudad la libertad religiosa y el respeto hacia las diferentes comunidades. Tras la guerra contra Napoleón y la fundación de la “Ciudad Libre de Frankfurt”, la comunidad judía de esta urbe pudo mantener casi todos los privilegios que la “revolución napoleónica” les había otorgado; entre otros, el poder vivir en cualquier barrio y no solo en el Callejón Judío. En Frankfurt comenzaba una era dorada y

próspera no solo para los judíos sino para todos los demás habitantes. La ciudad crecía en tamaño, se expandía más allá de los límites implantados por la muralla, los muros que la habían comprimido caían, nuevos espacios abiertos y parques la dotaban con aires de modernidad y transformaban la imagen y la personalidad de la ciudad, la literatura y la filosofía florecía, a la par que la industria y los negocios bancarios.

Durante su juventud y madurez, Ilias se había granjeado la amistad de familias judías de gran influencia como la familia de banqueros Rothschild y había trabado amistad con el banquero, coleccionista de arte y fundador de uno de los museos más representativos de la ciudad del Meno, Johann Städel, que también tenía procedencia judía. Como amante de la literatura y de la filosofía que era, conoció en vida al escritor Clemens Brentano, nieto de Sophie de la Roche, una de las primeras novelistas germanas, que dirigió y publicó la primera revista destinada a mujeres en Alemania, puede que incluso conociera al mismo Goethe.

Ilias se dedicó en vida no solo a los negocios, para los que tenía un gran olfato, sino también a las letras y a las artes, para las que tenía cierto talento y bastante intuición. Su no escasa colección de cuadros y su amplia biblioteca fueron prueba de su interés por las humanidades. Su amistad con Clemens Brentano y con Johann Städel mostraban que el enriquecimiento de mi antepasado no solo fue económico sino también cultural. Llegó a adquirir unos trescientos libros y más de cuarenta cuadros de artistas europeos, casi nada en comparación con la colección de Städel, que superaba las quinientas obras de arte y que fueron la base para la fundación y apertura del museo más antiguo de la ciudad de Frankfurt, el que lleva su nombre, situado en la orilla sur del río Meno.

La historia es como las olas. Siempre se repite. A veces son gentiles y acarician suavemente la orilla, conquistan la playa con dulzura, sin estruendo y se retiran casi silenciosas, sin presumir de su conquista, dejando las arenas limpias y húmedas. A veces las olas vencen cualquier impedimento físico, los diques contruidos por los hombres de buen saber, los muros de contención, los espigones, y anegan y sepultan miles de hogares, empobrecen las tierras con su salitre, se llevan las memorias personales, acaban con los sueños... A veces el tamaño de las olas es tal que tienen el efecto devastador de un tsunami, y ciudades, pueblos, civilizaciones enteras quedan sepultados, devastados, con un único golpe, con una sola ola.

La historia es un ir y venir, como las olas.

El 23 de marzo de 1909 fue uno de esos días de primavera en el que el sol brillaba radiante y aunque la temperatura fuera todavía un tanto fresca se podía caminar con una chaqueta de paño y una camisa. A la hora de la sobremesa, el empresario, político y filántropo, Wilhem Merton, se reunía con el entonces alcalde de Frankfurt, Franz Adickes y el joyero y también empresario, mi tatarabuelo Zackarias Wasserman, bisnieto o tataranieto del desaparecido Ilias Wasserman. Los tres, que tenían en común su interés por la política y por la cultura y que habían coincidido en más de una ocasión en algún acto formal o cultural, habían desarrollado una gran amistad con el transcurrir de los años. Este encuentro podía haber sido uno de los otros tantos en el jardín de la casa de Franz Adickes, si no vagara tanto en la mente de mi tatarabuelo, como en la del

empresario Wilhem Merton el recuerdo de Louise von Rothschild, que había fallecido en un 23 de marzo, pero hacía diecisiete años.

Mi tatarabuelo, aunque era muy joven cuando Louise von Rothschild murió, tendría unos diecinueve años, había estado en su funeral y la recordaba perfectamente, sin duda alguna, debido a la profunda amistad que unía a mi familia con la familia de los banqueros Rothschild desde hacía más de un siglo, ya que uno de mis antepasados, Ilias Wasserman, había sido gran amigo de Mayer Amschel Rothschild, el fundador de la dinastía de estos banqueros. No sé a ciencia cierta cuándo o cómo Wilhem Merton, que también era de procedencia judía, desarrolló su amistad con la familia Rothschild, ni siquiera estoy seguro de que hubiera una gran amistad entre los Mertons y los Rothschilds, pero supongo que no había persona con un mínimo de ilustración y riqueza en el Frankfurt de principios del siglo XX que no conociera a una familia de tanta alcurnia, con tantas riquezas, tan influyente y que tanto había hecho por la ciudad de Frankfurt como los Rothschild.

Louise von Rothschild no era conocida por el negocio bancario o industrial, sino por su obra filantrópica y cultural. Después de enviudar había utilizado parte de la fortuna familiar para apoyar y patrocinar obras culturales. Había donado más de noventa y dos mil libros a la biblioteca de Frankfurt y fundado, financiándolo ella misma, el llamado “Carolinum”, que fue el cimiento de la Universidad de Medicina de la ciudad del Meno. Mi tatarabuelo debía estar recordando la filantrópica dedicación de esta dama cuando dijo:

—Creo que en un día como este se debería pensar en cómo continuar con la obra de Louise von Rothschild.

—¡Qué casualidad! —continuó Wilhem Merton—. Yo también estaba pensado en ella, en que hay que seguir con su legado, no dejar que su idea de que la ciudad sea cabecera en las humanidades y las ciencias muera. Frankfurt se ha modernizado y ha crecido en los últimos treinta años. La industria florece y la ciudad se enriquece y esa riqueza no debería solo ser material, sino cultural. ¿Qué tipo de persona es la que posee mucho dinero, pero carece de educación? ¿Qué tipo de ciudad es la que se llena de industrias y bancos, pero no cultiva las ciencias o las artes? —opinó el señor Merton.

—Hace algunos años —añadió Franz Adickes—. Me hice cargo del gobierno de la ciudad de Frankfurt y prometí continuar con la obra de mi antecesor, Johannes von Miquel, que había modernizado y había expandido la ciudad, construido el puerto y otros tantos edificios... He hecho todo lo posible por seguir con lo que mi predecesor había empezado y he continuado modernizando la ciudad, pero mi objetivo final siempre ha sido levantar una ciudad que no solo sea rica materialmente, sino rica en espíritu. Me alegra que los dos estéis pensando en Louise von Rothschild y en su obra desafortunadamente inacabada, una gran biblioteca y un edificio destinado al estudio de la medicina es poco para una ciudad que ha crecido tanto en medio siglo, que se ha multiplicado por dos... Necesitamos una Universidad, una gran y ambiciosa Universidad que refleje el espíritu y personalidad de esta ciudad tan moderna y liberal.

—¿Y cómo y dónde vamos a construirla? —preguntó Wilhem Merton—. Hará falta mucho dinero para ello.

—La construiremos al oeste de la ciudad —afirmó Franz Adickes— pero para ello necesitaremos reunir fondos, no es suficiente con el dinero de los impuestos. Necesitaremos benefactores que apoyen el proyecto, para los que la cultura no tenga precio. ¿Puedo contar con ustedes?

—Sí, yo pienso contribuir con parte de mi fortuna personal a la construcción y fundación de la

Universidad de Frankfurt — dijo Wilhem Merton.

—Yo también aportaré lo que pueda— añadió Zackarias Wasserman.

—Gracias, mis buenos y preciados amigos —dijo Franz Adickes—. Su predisposición es un buen comienzo.

—Pero con nuestras contribuciones no será suficiente, necesitaremos más ayuda, más donaciones —opinó Wilhem Merton.

—¡... y las conseguiremos! —exclamó Franz Adickes. Pediremos la colaboración voluntaria de todos los empresarios y banqueros de Frankfurt.

—... y también la de sus viudas —comentó Wilhem Merton—. Me consta que la viuda de Speyer, la señora Franziska Speyer, se ha ido labrando la buena fama de mujer generosa. Creo que se le debe pedir su colaboración.

—Seguramente Christian Jügels participará también en el proyecto, es también conocido por su generosidad en nuestra comunidad —sugirió mi tatarabuelo Zackarias Wasserman.

—Sabéis —exclamó Franz Adickes—. Vamos a hacer historia, vamos a convertir a la ciudad de Frankfurt en una de las más prósperas y ricas en cultura. Y lo vamos a hacer todos juntos, la comunidad cristiana y judía. Vamos a marcar la diferencia, a mostrar cómo unidos se consigue más que separados. Mi antecesor Johannes de Miquel ya modernizó y modificó la estructura de la ciudad. Nosotros iremos más allá, cambiaremos el alma de la ciudad y la de sus habitantes. Mejoraremos la convivencia y creceremos a la par que la ciudad. Sí, haremos historia.

Había empezado a refrescar en ese soleado día primaveral. Los tres decidieron entrar en la casa de Franz Adickes y continuar con los planes de fundación de la universidad en la biblioteca al calor del fuego, con algo que beber.

La historia es como un tren, siempre avanza, aunque a veces se detenga largo tiempo en las estaciones, o no vaya por la vía más rápida. Nuestra historia personal es como un tren, nos saca del lugar en el que creímos haber echado raíces, nos lleva a otros lugares en los que no somos más que visitantes, extranjeros, incapaces de comunicarnos, en el que no somos más que alguien detenido en la terminal, esperando que llegue el tren deseado, pero sin saber cómo es o cuándo va a venir.

Veo los trenes pasar por mi mente, el tren que nos trajo del aeropuerto de Frankfurt hasta nuestro nuevo hogar en el barrio de Eschersheim, el tren que mi hermana tomó desde Londres a Southend, donde habría de conocer a Tim, el tren donde Johannes viajaba, que partió de Fulda a Hamburgo para terminar su recorrido de forma abrupta en Eschede, los trenes llenos de refugiados sirios y de otras nacionalidades llegando a la estación de Frankfurt entre aplausos y carteles de bienvenida, los trenes atestados de judíos que salieron de esta misma estación, de otras estaciones de Alemania en 1939, 1940, 1941...

La historia es como un tren, siempre yendo a alguna parte, aunque a veces el viaje termine en la muerte.

A finales del siglo XIX, bajo la alcaldía de Johannes Miquel, comenzó en la ciudad de Frankfurt un proceso de transformación y modernización, que sería el principio y la base de la Frankfurt actual, ciudad que es centro industrial de Alemania y financiero de Europa. Se

construyeron las primeras grandes avenidas, se dotó a la ciudad de suficientes parques y espacios verdes, se derribaron casas y barrios insalubres, de calles estrechas y estructura medieval, se construyó el gran puerto al este de la ciudad, donde el comercio habría de florecer, se alzó la torre de Goethe al sur de la metrópolis, desde donde se podía admirar en panorámica el río, las grandes avenidas y los parques del centro de la ciudad. Se derribó el antiguo mercado de abastos, reemplazando este por uno nuevo de mayor envergadura. Se iniciaron las obras de construcción del pabellón para las ferias, se construyeron nuevas casas en calles amplias, con aceras anchas, se mejoró el sistema de canalización y de alumbrado... Frankfurt dejó de ser una ciudad anclada en la Edad Media, se hicieron desaparecer las calles estrechas, los mercados oscuros, los puertos pequeños con olor a pescado poco fresco y aceite industrial. El gueto judío se destruyó definitivamente y los nuevos aires de modernidad vinieron acompañados de bonanza económica y una cierta fraternidad entre todos los habitantes.

Cuando Franz Adickes asumió la alcaldía se encontró una ciudad de saneadas finanzas, en proceso de transformación, una ciudad enriquecida, que crecía, una ciudad cuyos habitantes se sentían parte de ella y querían contribuir a mejorarla, a hacer que floreciera no solo económicamente. Su gran proyecto, una ciudad rica a la par en industria y cultura, fue solo posible con el trabajo conjunto y las donaciones de los hombres y mujeres más pudientes. En la creación y fundación de la Universidad fueron muchos los judíos que colaboraron, no solo con su dinero, sino con su ciencia y saber. Un considerable número de los catedráticos de reputación, que impartieron clases en la joven universidad, era también de procedencia judía.

Zackarias Wasserman nació en 1870 en Frankfurt. Procedía de una familia que llevaba generaciones viviendo en la ciudad del río Meno. Era un hombre más bien pequeño, con bigote, de semblante bastante serio, tocado por un halo de tristeza, iba siempre enchaquetado, como correspondía a un hombre de negocios y usaba siempre sombrero. Su mujer se llamaba Rosa, sus hijos, Moses, Josef, Rosa y Noah, mi bisabuelo, que era el menor de los varones. Su única hija era la más joven de todos los hermanos con diferencia, una hija nacida cuando mis tatarabuelos andaban por los cuarenta años...

Zackarias era propietario de una joyería que había heredado de su padre y este a su vez del suyo. La joyería se encontraba ubicada en el Zeil, una calle que fue y que es la arteria comercial de la ciudad. La joyería tenía dos plantas: una donde se atendía al público y, otra, donde se trabajaban los metales y piedras preciosas. En comparación con otros negocios como los grandes almacenes de las familias Tillmann y Wolkers, que eran también de procedencia judía, el negocio de mi tatarabuelo era relativamente modesto, aunque eso no quitara que perteneciera a la clase burguesa y adinerada de la ciudad.

Y así precisamente debió de ser la vida de la familia Wasserman, modesta pero aburguesada, sin grandes gastos o lujos, aparte de la adquisición de libros para la biblioteca familiar, y alguna que otra obra de arte. Mi tatarabuelo pasaba una considerable parte del día dedicado a su negocio. Le gustaba atender directamente a los clientes, aconsejarles sobre qué joyas comprar, subir al taller para observar cómo se tallaban de los diamantes o se forjaban anillos o pendientes. Zackarias disfrutaba con los placeres más simples que brinda la vida como pasearse por las anchas avenidas de Frankfurt al mediodía, comer en familia, ir al trabajo y ver que todo funcionaba y que el negocio florecía, leer el periódico o algún libro por la tarde. A veces se

reunía con Franz Adickes, Wilhem Merton u otros conocidos como Matthias Ackermann o Thomas de la Roche, hombres ilustres de la época. Esas tardes, que normalmente se prolongaban hasta bien entrada la medianoche, eran como un aire de aventura y modernidad en la vida de Zackarias Wasserman, que al día siguiente se imaginaba que en el futuro pasaría a formar parte de los personajes ilustres de su ciudad.

—Vamos a hacer historia —volvió a exclamar Franz Adickes en otra de las reuniones que solía tener con mi tatarabuelo, con Wilhelm Merton y otros caballeros interesados y volcados de forma altruista en la ciudad del río Meno—. Vamos a fundar la Universidad más progresista de Alemania y también vamos a hacer de Frankfurt la ciudad más moderna, liberal e innovadora de todo el país. Frankfurt será conocido no solo por su riqueza, su comercio, su industria o sus buenas infraestructuras, sino también por ser capital cultural de Alemania, con una universidad en la que la diversidad será su estandarte, en donde se buscará calidad en la educación y libertad de expresión y culto. ¡Sí, vamos a hacer historia!

—¿Está ya tan avanzado el proyecto? —preguntó mi tatarabuelo.

—¡Pregunte al señor Merton! —exclamó el alcalde.

—Bueno, yo estoy recaudando fondos para la apertura de una Academia de Industria, que podría ser uno de los cimientos para la futura universidad —contestó Wilhelm Merton— y la viuda de Speyer me ha prometido destinar parte de su herencia para que se abra un laboratorio en el que se investiguen las enfermedades infecciosas, esto podría ser, junto al “Carolinum” otro pilar más para la Facultad de Medicina. Así que tendríamos una buena base científica y comercial, pero nos faltan todavía las humanidades. Nos queda todavía camino por recorrer y se necesitan más dinero y más donaciones.

—Los habrá —añadió Franz Adickes—, supongo que ustedes, mis queridos amigos, aportarán para el proyecto y buscarán a otras personas que se entusiasmen con la idea de que Frankfurt tenga una universidad puntera, vital para el desarrollo intelectual de nuestra ciudad.

—Sí lo haremos —asintió mi tatarabuelo.

El resto de los presentes asintió también.

Cuando empecé mis estudios en la Universidad de Frankfurt no conocía su historia, no sabía ni cuándo, ni cómo había sido fundada y mucho menos quiénes fueron las personas que contribuyeron a su construcción. Tampoco sabía que en el año de su fundación casi una quinta parte de los estudiantes matriculados eran mujeres, algo que hoy en día nos puede parecer una proporción ridícula, pero que en el año de su inauguración, 1914, era todo un récord. Tampoco me imaginaba que uno de mis antepasados, si bien de forma muy indirecta y con una aportación humilde, en comparación con la de los grandes patrocinadores, había estado involucrado en lo que entonces fue un gran proyecto para la ciudad de Frankfurt, un proyecto en gran medida altruista, al que la comunidad judía contribuyó en gran medida.

Cuando comencé, por petición de mi padre, a escribir sobre mi familia, no dejé de toparme con nombres de judíos célebres que vivieron o nacieron en Frankfurt, y no dejó de asombrarme su personalidad filantrópica y su vuelco en proyectos como la construcción de la Universidad de Frankfurt, la fundación de museos o el primer gran hospital de la ciudad a orillas del Meno, las

innumerables donaciones de objetos de arte que hicieron estos personajes, así como la importante contribución intelectual tanto en las humanidades como en la ciencia. La ciudad debió ser a finales del siglo XIX y principios del siglo XX una sociedad ejemplar en la que todos los cultos, todas las filosofías y todas las razas tenían cabida, en donde la ciudadanía trabajaba en conjunto para hacer de esa ciudad, que sin duda amaban, un lugar mejor para todos sus habitantes.

La Universidad de Frankfurt se inauguró en 1914, con la Primera Guerra Mundial a punto de estallar como telón de fondo. Pese a estos malos augurios y a que los primeros años de esta joven universidad fueron difíciles, la institución fue capaz de ganarse de forma muy rápida fama de buena universidad, entre otras cosas porque en ella ejercieron grandes pensadores y científicos como docentes. Era una universidad destacada en las letras, la filosofía y las ciencias, especialmente la medicina, con cátedras ocupadas por grandes pensadores y científicos de la época, muchos de ellos judíos, como los filósofos Martin Buber y Franz Rosenzweig, o destacados pensadores de orientación marxista como el germano Theodor Adorno.

La universidad mantuvo unos niveles altísimos de educación, mas tenía una doble reputación: ser una de las mejores universidades alemanas y ser una universidad judía y marxista, ya que muchos de sus catedráticos eran de procedencia judía, como fue la mayoría de sus fundadores, o tenían una orientación política izquierdista.

En 1933, tras la llegada de Hitler al poder y ante la amenaza de que la universidad se cerrara, el rector y otros catedráticos decidieron la expulsión de la universidad de todo aquel profesor o alumno con procedencia judía o con ideología izquierdista, también se quemó una gran parte de los libros de su biblioteca.

La gran civilización de la Atlántida fue, según la leyenda, sepultada por una ola gigante y nadie pudo nunca encontrar donde se hallaba. Pero no solo las olas o la violencia del mar son capaces de sepultar una gran civilización, enterrar en poco espacio de tiempo lo levantado a lo largo de los siglos. El odio, la intolerancia, la mezquindad y la idiotez pueden tener el mismo tipo de efecto devastador, y una vez que prácticamente todo está destruido, es difícil y se tardan décadas recuperar, aunque solo sea en parte, lo devastado, lo perdido.

Mi tatarabuelo y su familia vivían en una casa en la calle Schumann, ubicada en el barrio aburguesado de Westend, donde hoy vive la gente de las clases más acomodadas de Frankfurt. Mis antepasados debieron tener una vida cómoda y holgada, sin apreturas o vicisitudes, seguro que se permitieron algún que otro lujo en vida y que disfrutaban de la estima de sus amigos y conocidos. Todo esto cambió con la llegada al poder de Hitler.

En el albor del siglo XX tuvo lugar la llamada emancipación de los judíos de Frankfurt. La comunidad judía tenía por primera vez en la historia su propia voz y era reconocida y apreciada en los círculos políticos y culturales de la ciudad. Este colectivo, que durante tanto tiempo había vivido recluido en un gueto, el llamado Callejón Judío, en el extrarradio de la ciudad, había emergido y, junto con otros personajes destacados de Frankfurt, había contribuido al renacimiento de la ciudad del Meno, que ganaba a otras ciudades alemanas en modernidad, progreso, riqueza, libertad y tolerancia. Junto a comerciantes de éxito como Herman Tillman o Wolkers, que destinaban una parte de sus beneficios en donaciones para nuevos proyectos de la

ciudad, había banqueros como los Rothschild y mecenas como Städel, que amaban el arte y que apoyaban proyectos culturales, al igual que hacían otros artistas o políticos destacados de una u otra comunidad. Este renacimiento del pueblo judío se vería muy pronto enturbiado.

A mediados de los años treinta la enemistad hacia la minoría judía de Frankfurt fue en aumento. Se boicotearon sus tiendas, se les caricaturizaba en los periódicos, muchos alemanes les retiraron el saludo y los comenzaron a mirar con odio y desprecio. En 1938, en la llamada “Noche de los Cristales Rotos”, se asaltaron los negocios judíos de la ciudad, rompiendo sus escaparates y saqueando cualquier objeto de valor que allí se encontrara. La joyería de mi tatarabuelo fue también arrasada. Después de esos acontecimientos, fueron muchos los judíos que decidieron partir a otros países de Europa o a las Américas. Zackarias era viejo, le tenía apego a la ciudad donde había nacido, en la que había invertido tanto amor y dinero y no quería irse, no quería empezar de cero. Su primogénito Moses, junto con su mujer y sus hijos se quedaron con él. Josef, el segundo vástago, y su familia consideraron abandonar el país para dirigirse a Nueva York, las circunstancias que les hicieron cambiar de opinión o no poder realizar el viaje las desconozco, solo sé que se quedaron en Frankfurt. El destino de aquellos que se quedaron en la ciudad lo podéis imaginar: fueron denunciados y traicionados por amigos y vecinos, les obligaron a recluirse en un gueto y terminaron siendo enviados a un campo de concentración, dejaron de ser ciudadanos en la ciudad donde habían nacido, no pertenecían más al país.

Hojeo el librito que Rosa Wasserman escribió, *Atlántida*. Poco más de cien páginas, en las que unos cuantos poemas se alternan con narraciones cortas. Releo uno de sus poemas, el que da comienzo al libro. Me gusta bastante, por eso lo he leído en más de una ocasión, a veces lo traduzco y me imagino cómo sonaría en español.

Hoy hablamos, conversamos,
y llenamos con palabras los abismos,
construimos con promesas las ciudades,
y crecemos en el aire, sin hundirnos.
Un milagro.

Hace tiempo fuimos uno.
No nos dimos casi cuenta.
Fue tan breve,
tan difuso nuestro encuentro.
Nos perdimos sin saberlo.

Tantos años,
tantos siglos y milenios han pasado
sin un puente que nos una,
con murallas de silencio
en nuestras manos,
tan distantes y cercanos.

Y ahora llegas desde lejos,

tu voz ronca y persistente como el agua
me arrebató y tranquiliza
por momentos.
Y traduzco tus palabras en mi mente.
Y te acercas y me arrullas.
Y te entiendo.

Somos uno nuevamente.

La primera vez que leí este poemilla, pensé que era una poesía de amor, un amor separado por una serie de barreras, una relación que parece imposible, dos entes que terminan uniéndose tras años de separación, en realidad pensé que casi todo el libro trataba sobre el amor. Fue Juan Trujillo el que me hizo ver que me equivocaba.

—¿Sabes una cosa? —me dijo—. Ese librito de tu tía bisabuela no trata de amor, sino de la historia de la comunidad judía en Alemania, una historia marcada por la separación, la incompreensión, el odio y la muerte, pero también por el renacimiento, la ilustración y la posibilidad de construir un futuro mejor en conjunto, aunque esta posibilidad se concretara solo brevemente en el albor del siglo XX.

—Interesante...

—Ese interesante suena a no me lo creo o ya está este pesado ilustrándome con sus pedanterías. Permite que te cuente algo, Ismael —prosiguió Juan Trujillo—. Este edificio de la Universidad, en el que ahora nos sentamos a tomar un cafelito y a charlar, existe por el esfuerzo conjunto de la comunidad judía de Frankfurt y de los alemanes influyentes, tolerantes e ilustrados de principios del siglo XX y.... bueno, no te voy a aburrir más con mis divagaciones. Lo que quería decirte es que Rosa Wasserman refleja en su libro esos años dorados de Frankfurt cuando la comunidad judía era una parte importante de la vida social y cultural de esta ciudad, cuando grandes pensadores de procedencia judía como Martin Buber o Rosenzweig tenían su cátedra en esta universidad y trabajaban codo con codo con filósofos como Theodor Adorno de orientación liberal, por no decir comunista, y todos ellos, sin menosprecio por su origen, ideología o religión, se apoyaban unos a otros y eran celebrados y aplaudidos en todo el mundo.

—Yo no sabía que la comunidad judía tuvo tanto que ver con la construcción de la Universidad —le dije.

—Casi ningún estudiante que se pasea por estos pasillos lo sabe. Los ecos de ese tiempo dorado apenas son nombrados en los libros de historia, casi nadie sabe que muchos de los edificios emblemáticos del Frankfurt de principios del siglo XX o los parques de los que tan orgullosa está la ciudad fueron construidos y subvencionados por la comunidad judía. Tampoco la historia dedica demasiadas páginas a los pensadores de ese tiempo, judíos o no, que dieron ejemplo de tolerancia y sentaron buenas bases para la convivencia. ¿Sabes, por ejemplo, cómo se llama la Plaza que hay a la salida de la Universidad?

—No, la verdad.

—Theodor Adorno, un hombre emblemático, que debería dar nombre no solo a una plaza, sino a un instituto o a una institución cultural en Frankfurt. Enseñó en la Universidad de Frankfurt cuando esta estaba en la cumbre y era una de las mejores universidades de Europa... y, bueno, aquí lo vamos a dejar. No quiero aburrirte.

—No me estás aburriendo —le contesté.

—Lo dices porque eres un diplomático por naturaleza.

—No, Juan, tú bien sabes que soy más bien directo. Si te soy sincero me gusta y me interesa mucho todo lo que me cuentas sobre Frankfurt y, además, no deja de sorprenderme que sepas tanto.

—Bueno, recuerda que antes de profe fui periodista y antes de ser periodista estudié filosofía. Aparte de eso, soy un comunista convencido, por eso me fascina tanto que una ciudad como Frankfurt, a veces conservadora, a veces liberal, pudiera, hace aproximadamente un siglo, tener la universidad más revolucionaria y tolerante de toda Europa. Me imagino a tu antepasada, Rosa Wasserman, paseando en los mismos pasillos que nosotros, sentándose en esta misma cafetería y asistiendo a las clases magistrales de Adorno, Buber, Rosenzweig o, si es que tu antepasada estudió medicina, de Emmy Klieneberger, renombrada mujer que nació en Frankfurt y que fue la primera mujer catedrática de esta universidad, posiblemente la primera mujer judía que accedió a una cátedra en este país. Tu tía bisabuela debió vivir intensamente esos años, que la colmaron de tal esperanza, como se ve en el libro que escribió, tan optimista, sobre una ciudad que en ese momento era la “Atlántida alemana”.—Juan hizo una pausa y me miró, le debía estar observando con una mezcla de admiración y sorpresa, pasaron un par de minutos, sin que nadie pronunciara palabra alguna—. Pareces como aborto —me indicó—. ¿En qué estás pensando? —me preguntó.

—En que no me puedo creer que a alguien tan preparado como tú, primero lo echaran de ese instituto en el que eras con diferencia el mejor profesor y que, ahora, después de convalidar tus diplomas y estudios, no puedas tener el trabajo que te mereces y andes enseñando alemán a los refugiados...

—... y español a los alemanes, pero también por la tarde-noche.

—Sí, también eso.

—Bueno, parece que a ti te molesta más que a mí la situación laboral precaria en que me encuentro, pero te diré que a mí no me preocupa tanto, tengo asumido que no estoy en mi país y que me toca aguantarme con lo que me den. No pierdo la esperanza de que un día me den una plaza en un instituto que es lo mío, y si no lo logro siempre me queda como consuelo pensar que en mi país estaría peor que aquí y que, aquí, por lo menos, cuando se me cierra una puerta se me abre otra.

—Me sorprende que te tomes las cosas tan bien.

—Y a mí me apasiona tu historia o, mejor dicho, la historia de tu familia, en especial ese librito de Rosa Wasserman. Yo que tú me iría con ese librito a las editoriales alemanas e intentaría que se volviera a publicar.

—Me dices eso para cambiar de tema.

—¡Qué va! Te lo digo porque el librito tiene el espíritu de ese tiempo dorado de Frankfurt, un tanto inocente, al pensar en que el futuro solo podía ser mejor, lleno de tolerancia y, para mi gusto, con un toque filosófico marxista.

—Por eso te gusta.

—No, no solo por eso. Me gusta porque yo soy también un optimista por naturaleza, porque creo en la bondad interior del ser humano y estoy seguro de que, si la tolerancia y la comprensión fueran cualidades comunes en todos los hombres y mujeres, si encontráramos puntos en común con personas que creemos diferentes a nosotros, si sintiéramos empatía ante las desgracias de otros y compartiéramos más, este mundo sería un paraíso, una “Atlántida”.

—Eres demasiado idealista, un altruista.

—Te equivocas, soy consciente de que eso nunca va a pasar. Hay demasiada avaricia, demasiado egoísmo, demasiado odio irracional, pero creo que puede haber paraísos puntuales, ciudades o países en los que la riqueza se reparta mejor y la tolerancia mejore la convivencia y el entendimiento, como lo fue el Frankfurt que Rosa Wasserman refleja en su libro, una verdadera Atlántida. Rosa debió ser una joven muy interesante.

—No sé, Juan. No es más que un pequeño poemario, con un par de relatos breves... Creo que tus interpretaciones van más allá de lo que se puede interpretar. Además, no sé mucho de Rosa Wasserman.

—Pues indaguemos.

Rosa Wasserman había sido la hija tardía de Zackarias y su esposa Rosa. Había nacido en 1911, cuando su padre rondaba los cuarenta y cinco años y su madre acababa de cumplir los treinta y siete. Sus tres hermanos, que le sacaban once, trece y quince años, siempre la trataron de forma protectora, adoptando hacia ella una actitud casi paternal, le leían cuentos, le enseñaban a calcular, incluso le hablaron y mostraron ilustraciones sobre animales o sobre el cuerpo humano. En la casa había una modesta pero variada biblioteca y algunas obras de arte, que Zackarias había adquirido en su afán de entender mejor el arte y la pintura y de apoyar a nuevos artistas, aunque pensaba que era una forma de inversión y que algún día esos cuadros valdrían una fortuna. Rosa creció absorbiendo arte y literatura, destacó en la escuela no sólo por su forma de escribir y pintar, sino también por su entendimiento y conocimiento de las ciencias.

Cuando Rosa Wasserman ingresó por primera vez, a finales de septiembre de 1930, en la Universidad de Frankfurt, donde comenzaría a cursar sus estudios de Filosofía y Filología, quedó impresionada por múltiples razones. El edificio estaba rodeado de parques, era enorme, y lucía esplendoroso, con su color entre beige y dorado en el centro del parque. Por dentro era amplio y luminoso, con extensos y anchos corredores, enormes ventanales desde los que se divisaba el centro de la ciudad y las montañas del Taunus, las aulas eran también amplias y cómodas y tenían, en lo que al mobiliario y disposición de estas se refiere, una nota de modernidad. En estos años era, sin lugar a duda, la universidad más moderna y progresista de toda Alemania y eso se respiraba no solo en las paredes, pasillos, corredores, aulas y diversas dependencias de la universidad, sino también en el alumnado y el profesorado. Rosa no se sentía allí como minoría por el hecho de ser mujer o de ser judía; una gran parte del profesorado era de procedencia judía y casi una cuarta parte del alumnado eran mujeres.

Pero para que voy a seguir describiendo con mis palabras lo que ella misma describió en un relato de su libro *Atlántida*, llamado *El Castillo del saber*, del que a continuación os traduzco un fragmento:

Después de meses, quizás años de peregrinación, llegué a las puertas del castillo. Estaba cansada y sedienta, así que me senté a pocos metros de su puente levadizo para recuperar el aliento perdido y apurar el último trago de agua que me quedaba. Era tal y como me lo había imaginado enorme y dorado, alzándose en el centro de la ciudad. Lo contemplé por unos momentos, el sol intenso de un día tardío de verano se estrellaba contra sus muros, trepando por sus paredes e iluminándolas. La brisa cálida de un día de verano tardío se colaba por sus ventanas abiertas entrelazada con los rayos de sol.

Me preguntaba cómo podía entrar y, en caso de que lo lograra, si encontraría en su interior lo que había venido a buscar. Yo no era más que una pequeña criatura, él, en comparación conmigo, era un ente gigantesco, en el que podría perderme y no encontrar más el camino de retorno. Apuré el agua que me

quedaba y me dirigí hacia la puerta. Me encontraba a poco más de diez o veinte metros cuando la puerta se abrió. Tras dudarle un momento y hacer acopio de las fuerzas que me quedaban, entré. La puerta se cerró tras de mí.

Tras un primer momento de parálisis o miedo, me tranquilicé. Miré a mi alrededor. No estaba sola. Había mucha más gente en el interior del castillo, algunos similares a mí en tamaño y complexión, otros bien diferentes, tanto que me parecieron intimidantes. Las voces, también distintas, se mezclaban entre sí, y el tono parecía elevarse a cada paso que daba. Aturdida por la muchedumbre, que me iba cercando y aplastando con sus voces, me tapé los oídos, me volvió a invadir el pánico; me di la vuelta y me dispuse a salir por donde había entrado.

—No te vayas tan pronto —me dijo uno de los más jóvenes—. Asusta al principio ver tanta gente tan diferente y escuchar tantas voces diversas. Yo también pensaba que esto no era más que una torre de Babel, en la que nadie se entendería. Si te quedas un poco más verás cómo, y a pesar de nuestras grandes diferencias, nos entendemos perfectamente.

Fue nuevamente Juan Trujillo el que me clarificó el significado de este pasaje y de todo el relato.

—El Castillo del Saber, no es otra cosa que la Universidad de Frankfurt a finales de los años veinte o principios de los treinta, cuando Rosa empezó la universidad. En ese tiempo tenían cabida en ella todas las tendencias políticas y había todo tipo de alumnado y profesorado, entre otras cosas porque los que habían promovido financieramente la creación y apertura de la universidad, podían participar en su desarrollo y tenían su propia voz a la hora de contratar a los docentes.

—Me estás diciendo —contesté— que el hecho de que hubiera en ese entonces profesorado un tanto alternativo se debía a que era una universidad creada con el esfuerzo conjunto de alemanes liberales en sus ideas o de la sociedad judía.

—Efectivamente, y esto provocó, por desgracia, que la universidad sufriera una terrible campaña de desprestigio con la llegada al poder del gran dictador. Sus mejores profesores tuvieron que abandonar sus cátedras, cualquier alumno con ideas marxistas o de procedencia judía fue obligado a interrumpir sus estudios. Y ese fue el comienzo de la destrucción paulatina de la ciudad de Frankfurt, de su sociedad tolerante, de su arquitectura innovadora, de su alma... bueno, ya sabes que la ciudad quedó en ruinas tras la guerra. Tras la Guerra Mundial se empezaron labores de reconstrucción que todavía duran hoy en día, pero esos supervivientes perdieron el espíritu de la sociedad de principios del siglo XX, y el ánimo y entusiasmo que tenían los habitantes de ese entonces nunca se han llegado a recobrar, aunque se hayan vivido momentos como los años ochenta o, sin ir más lejos, la actualidad, en los que la sociedad se ha acercado a los niveles de tolerancia y convivencia que tuvo. Por ponerte un ejemplo, en estos momentos también la universidad ha mejorado, ahora mismo está entre las cien mejores universidades de Europa en el puesto noventa y ocho o noventa y nueve, en los años veinte estaba probablemente entre las diez mejores universidades europeas.

—Me dibujas Frankfurt como una ciudad modelo y la universidad como un cimiento no solo del saber, sino como si fuera el corazón de Frankfurt.

—Corazón, no sé, pero sí que fue el proyecto cumbre del mejor alcalde de Frankfurt, Franz Adickes: hacer que Frankfurt no solo fuera ejemplo de progreso en lo que a la industria y finanzas se refiere, sino que también fuera capital del saber...

—¿...y?

—Y... bueno, siempre me ha gustado pensar que esta universidad es el centro neurálgico de Frankfurt; de hecho, el edificio no fue destruido durante la guerra. Fue como si la “fortaleza” o, como la llama Rosa, el Saber, no pudiera ser aniquilado —opinó.

—Sin embargo, estuvo cerrada algunos años, ya que la reconstrucción de la ciudad fue la primera prioridad tras la guerra —le apunté porque yo ya había investigado sobre la universidad.

—Tienes razón y creo que por un tiempo el edificio en el que ahora nos hallamos no fue usado como universidad sino como cuartel general de los americanos, que estuvieron muchos años en Alemania para garantizar la paz, aunque de eso no estoy totalmente seguro. En los sesenta, cuando se construyó el Campus de Bockenheim, este edificio donde estamos no se utilizaba como universidad, sino como oficinas de los altos cargos militares, y los estudiantes se repartían entre el nuevo Campus en Bockenheim y la Facultad de Medicina al sur de la ciudad. Más tarde, ante una mayor afluencia de estudiantes que coincidió con la marcha de gran parte de la comunidad americana, hizo falta volver a ocupar las dependencias originales de la universidad, y la institución volvió a crecer en prestigio lentamente, aunque nunca volvió a tener los estándares de su época dorada, ni ha logrado, hasta el momento, atraer a los genios que en su tiempo atrajo. ¿Me sigues?

—No estoy muy seguro.

—No tienes por qué estarlo. Soy muy particular. Lo que quiero decir es que después de la Gran Guerra la ciudad empezó en todos los ámbitos de cero. Hubo que poner prioridades y la universidad no fue una de ellas, aunque nunca fue dejada totalmente de lado.

—Eso lo sabe cualquiera. Frankfurt estaba en ruinas después de la guerra y había que empezar por las necesidades más básicas.

—... y se fue alzando sobre ellas y, en algún momento, la ciudad empezó a preocuparse por sus instituciones culturales. Mas el nivel intelectual y liberal que alcanzó en esos tiempos dorados no lo ha alcanzado todavía.

—Ya, pero hablas de un tiempo de grandes filósofos y hoy la filosofía...

—Desafortunadamente tienes razón, los grandes pensadores y sus ideas parecen interesar a poca gente hoy en día, lo mismo que la poesía. Nos estamos volviendo superficiales, desdeñando los pensamientos y los sentimientos, olvidando que estos nos unen. Tal vez exagero —dijo tras una leve pausa—, posiblemente no todos, hay unos cuantos tontos como yo a los que todavía les sigue gustando sentarse a hablar en un café sobre historia, poesía o filosofía, en vez de colgar un par de selfis en mi cuenta de Facebook, pero esto no era lo que en realidad quería decir. Te estaba hablando de la ciudad de Frankfurt hoy en día, de esta urbe que podría ser una especie de “Atlántida”, de “Ciudad Santuario” y que lo es hasta cierto punto cuando observamos su carácter multicultural, pero falta la voluntad de una gran parte de la población de encontrar lo que nos une a todos los que vivimos aquí. Y no lo digo por ti o por mí. Seguro que a ti se te ocurre algo que nos une a los habitantes de Frankfurt.

—Pues así, sin pensarlo mucho, te diría que la gran mayoría procede de otro país, de otra ciudad, o tiene antepasados que no son de Frankfurt; vamos, que es una ciudad de “desarraigados” como Londres o Madrid.

—Lo ves. Tú sabes de inmediato qué nos une a todos; sin embargo, algunos se recluyen en su pequeño grupo o comunidad y no se relacionan con los otros. No ven lo que nos une, solo lo que nos separa y eso produce división, una división que no se ve a simple vista, pero que está latente, que se respira.

—Me confundes un poco, Juan. Pensaba que esta metrópolis podría ser esa “Atlántida” de la

que siempre me hablas en cuestión de poco tiempo y ahora me la pintas como una ciudad fraccionada en grupos.

—No es tan sencillo, lo sé, y no es ni lo uno ni lo otro. Lo que quiero decir es que Frankfurt es una ciudad que ofrece grandes posibilidades a todos los que aquí vivimos; sin embargo, es todavía una ciudad dividida, incapaz de encontrar el equilibrio perdido. Te voy a poner un ejemplo. Mira a tu alrededor y dime lo que ves.

Estábamos en nuestro lugar habitual, la enorme sala semicircular llamada rotonda, donde se halla la cafetería de la universidad.

—Veo lo que habitualmente hay aquí, estudiantes charlando, tomando café o trabajando con sus ordenadores —le dije.

—Voy a ser más preciso, ya que no me has entendido. ¿Cuántos estudiantes crees que pueden venir de ese “Instituto-Gueto” en donde yo era profesor y tú estudiante?

—Supongo que tú y yo, y quizás esas cuatro dos mesas más allá.

—¿Y cuántos pudieran ser del instituto en el que estuvo tu hermana?

—Ni idea, Isabela lo pasó mal y tuvo pocos amigos. La verdad es que no reconozco a ninguno de sus amigos y, además, sigo sin comprender la pregunta.

—Si te digo la verdad no me extraña que lo pasara mal, era, después de todo, demasiado “exótica” para su instituto, y como veo que sigues sin entenderme te lo preguntaré de otro modo. Echa un vistazo a los estudiantes y dime del foro total, cuántos podrían haber estudiado en el insti donde estuvo Isabela y cuántos en el nuestro.

—Bien, creo que te comprendo ahora.

—¡Ya era hora!

Observé el aforo, habría unos cincuenta o sesenta estudiantes sentados o pasando por la amplia sala.

—Pues en nuestro instituto habríamos estudiado nosotros, los cuatro que te he mencionado, ese grupo de chicas, los tres estudiantes con pinta de turcos en el otro extremo de la sala y quizás ese chico que gesticula tanto que parece italiano.

—¿Por qué has elegido a estos?

—Porque son extranjeros, como la mayoría en nuestro instituto.

—Si no me equivoco son solamente unos doce estudiantes y aquí habré calculado aproximadamente cincuenta o sesenta, o sea un veinte o veinticinco por ciento. ¿Sabes cuál es el porcentaje de población extranjera o de procedencia extranjera en Frankfurt?

—Un cuarenta por ciento.

—Sin embargo, aquí en la universidad, no hay un cuarenta por ciento de estudiantes extranjeros.

—Es cierto.

—Y eso es porque en el sistema educativo de esta ciudad hay una política elitista. Los buenos institutos son los que están en el centro de la ciudad o en barrios buenos como Eschersheim y, allí, con alguna que otra excepción, van alumnos de procedencia alemana. Los institutos con peor fama tienen como un sesenta o setenta por ciento de alumnado extranjero o de procedencia extranjera. Y esta política divide y crea institutos “gueto”, como al que tú fuiste.

—A mí me parece, sin embargo, que en Frankfurt la política de los últimos años respecto a integración y oportunidades es buena. Yo pude colarme en la universidad y que haya casi un veinticinco por ciento de alumnos de procedencia extranjera en la Universidad de Frankfurt no me parece tan poco. Hace unas décadas eran muchos menos los extranjeros que cursaban

estudios universitarios y en la universidad no se nota la división ni el elitismo del que tú me hablas.

—Yo también lo creo. La ciudad, y la región en general, va por buen camino. Si se piensa en los años sesenta y en los hijos de los primeros emigrantes, que mayoritariamente hicieron algún tipo de formación profesional, y no creo que mucho más de un diez por ciento llegara a la universidad. Este veinte o veinticinco por ciento de estudiantes extranjeros, muestra claramente que la tendencia está cambiando. Y hay que dar la enhorabuena a la ciudad, estamos como poco en el nivel de tolerancia de los años treinta, después de más de sesenta años de reconstrucción de la ciudad y de la sociedad, pero hay algo que ni antes ni ahora ha cambiado.

—¿Qué? —le pregunté.

—La ciudad no ha dejado nunca de estar dividida. En aquel entonces bastante gente veía con malos ojos la universidad, por su fama de comunista y judía. Hoy en día no ocurre eso, pero los institutos tienen o bien una abrumadora mayoría de extranjeros o bien de alemanes, como ya te he indicado, y lo mismo ocurre con barrios como Westend, en los que, si tú y yo nos paseáramos mal vestidos, nos mirarían de arriba a abajo, porque no entonaríamos con el alemán de clase media alta que reside allí, y barrios como Gallus, que parece más Turquía que Alemania.

—Juan, creo que estas diferencias las encontrarás en cualquier ciudad de este planeta, y aquí por lo menos, usando tus palabras, hay buenas oportunidades para todos.

—Quizás tengas razón, pero como sabes soy medio comunista y querría más igualdad y más posibilidades para los que nacen en ambientes poco favorables —me explicó.

—Eso no es comunismo, sino altruismo.

Mi abuela Emma llegó a Frankfurt con su padre Noah en 1946, año en el que los escasos supervivientes del Holocausto homenajearon a sus víctimas, año en el que el primer alcalde de Frankfurt tras la guerra, Walter Kolb, que es conocido hoy en día por ser el regidor que intentó que la ciudad del Meno fuera la capital de Alemania, comenzó la reconstrucción de la ciudad.

En 1946 Frankfurt era una ciudad en ruinas. Del centro histórico de la ciudad no quedaba más que la torre de la catedral y las fachadas de un par de edificios, a su alrededor solo había escombros y desolación. El barrio burgués de Westend, donde mis tatarabuelos habían residido, era también un amasijo de cascotes y esquirlas. Mi bisabuelo Noah participó activamente en las labores de reconstrucción. En Namibia había remodelado y ampliado la granja que heredó; así que, con tales habilidades, no le fue difícil encontrar trabajo como albañil o aparejador y poder ofrecerle un digno futuro a Emma, que en ese entonces tendría dieciséis años.

Emma no se sentía bien en Frankfurt, como ella misma relató en ocasiones a mi padre. La ciudad del Meno era en ese tiempo inhóspita, teñida a menudo de hosclos colores grises en cielo y suelo. Sus ciudadanos, plomizos y sombríos, acrecentaban su añoranza por el continente africano. Pasaría algún tiempo hasta que mi bisabuela lograra habituarse a esta urbe de escaso colorido, una metrópolis cuyo alcalde aspiraba a que fuera la capital de Alemania, pero que en los años cuarenta no tenía el cariz cosmopolita necesario para ello.

Emma hubiera deseado quedarse allá donde nació, pero no era posible. La mayoría de los alemanes habían sido obligados a abandonar Namibia en 1946 tras ser liberados. La granja que les perteneció era ahora propiedad de una familia africana, como otras muchas propiedades europeas que fueron expropiadas a los europeos y devueltas a los nativos después de la guerra.

Habían perdido todo, la casa, el terreno, los enseres y otras propiedades, sus raíces. El regreso a Alemania era la única alternativa, la única posibilidad de encontrar de nuevo un lugar que pudiera llamarse hogar.

Sesenta y cuatro años después, en 2010, yo llegué a Alemania. Las circunstancias no eran trágicas, como en el caso de la abuela Emma, pero en el fondo había algo que teníamos en común: teníamos que hacer de una ciudad que se nos hacía inhóspita nuestro hogar, teníamos que encontrar nuestras raíces en una ciudad que parecía carecer de ellas, encontrar un sucedáneo de hogar y, de forma directa o indirecta, indagar sobre el pasado de nuestra familia, descubrir qué había pasado con nuestros antepasados.

También Jacob Beer y Ben, los protagonistas del libro *Piezas en Fuga* intentaron hacerse a una ciudad, Toronto, que no era la suya, tuvieron que indagar y entender un pasado del que no habían sido testigos, del que no les quedaba memoria, porque no había nadie que les pudiera narrar el pasado de forma verídica.

Así me encuentro yo, intentando sacar a la luz unas memorias de las que tengo poca certidumbre, de las que no he sido testigo.

Me pregunto si el Frankfurt de los años veinte y parte de los treinta fue de verdad la Atlántida que Rosa presenta en su libro, una ciudad ejemplar, el corazón intelectual de Alemania, un modelo de progreso y tolerancia para Europa. Mi amigo Juan es a veces un poco exagerado y también optimista en exceso.

Me pregunto si Frankfurt volverá a ser la Atlántida que fue, si evolucionará de verdad en esa dirección, si se superarán las diferencias existentes hoy en día, la división que persiste entre los barrios ricos y los desfavorecidos, entre las diferentes nacionalidades, culturas, religiones. Juan piensa que sí, que llegará de nuevo el día en que esta ciudad sea una Atlántida. Yo, francamente, tengo mis dudas.

VIII. UNA CIUDAD ENTRE DOS RÍOS

Frankfurt es una ciudad huidiza y esquiva, receptiva y afable, adusta y retraída; te acoge y te hace sentir parte de ella, te muestra su fachada de cristal impenetrable, su mundo material y de finanzas; es gris y seria, pero esconde un halo de luz y una sonrisa; es hogar para los que nunca poseyeron uno, es tierra de nadie. Es una ciudad sin raíces, arraigada en el mismo centro de Europa, entre dos ríos, entre cinco autopistas, con un puerto que ha ido a menos, con un gran aeropuerto y con otros dos aeródromos que ya no existen.

Son de muchos y de variados orígenes las gentes que allí residen. Algunos viven en ella lustros, aunque digan que solo están de paso, pero se quedan aquí y aquí perecen. Otros llegan buscando cambiar su hado cenizo, arrojados por el cielo plomizo, compañero habitual de la capital financiera europea y, si el sino no cambia, solo queda desear que el porvenir se altere con el tiempo, con el esfuerzo, y esto hace que muchos se vayan quedando, esperando que, si no ellos, quizás sus hijos, sus nietos, lleguen a ser o a alcanzar lo que ellos desearon. Y se asientan en Frankfurt, permanecen mucho más tiempo del planeado, en aquella ciudad, que al principio no era más que extraña e hirsuta, en aquella ciudad que se va transformando, que va convirtiendo con el tiempo sus fachadas hostiles en portales abiertos, y les atrapa, se encaprichan con ella y no quieren o no pueden marcharse.

El otoño-invierno de 2010-2011, el primero que pasé en Frankfurt, se me hizo eterno. Venía de Madrid, una ciudad de clima seco, a veces frío, pero infinitamente más luminosa y acogedora. En Madrid el sol tenía una propiedad casi curativa, te transformaba el humor, hacía que te sintieras bien incluso en los días más gélidos. En Frankfurt la falta de luz te robaba el carácter afable y te quitaba las ganas de reír o sonreír, regalándote una dosis de mal humor. En Madrid se vivía en la calle prácticamente todo el año, solo durante los meses estivales parecía dormirse algo el espíritu dicharachero de la ciudad, el resto del año se vivía en la calle, en donde se compartían alegrías y tristezas, donde siempre había mucho ruido y se hablaba bien alto.

Frankfurt, por el contrario, se me hacía una ciudad vacía, casi fantasma, las calles carecían del bullicio al que yo me había acostumbrado, las terrazas de los bares cerraban, en lo mejor del verano, a las diez de la noche, momento en los que sus clientes se ocultaban en el interior del local para no trastocar el sueño de los vecinos. En Madrid el verano se podía prologar hasta octubre, incluso algunos días de invierno te ofrecían una luminosidad propia de julio o agosto. En Frankfurt, especialmente para un recién llegado, era difícil descubrir su fachada soleada, el verano desaparecía repentinamente en septiembre, a veces incluso a finales de agosto; tras dos o tres días soleados de temperatura estival, las nubes, que habían estado acechando la ciudad, la sitiaban, la temperatura bajaba súbitamente unos diez grados y el cielo cenizo se atrinchera en ella, con solo breves interrupciones, hasta marzo o abril.

Para una familia de alma madrileña, la huida brusca del verano y su mutación en ventisca y aguacero no podía producir otra reacción que el deseo de no haber venido nunca aquí, el anhelo de escapar en cuanto nos fuera posible. Mi madre se alegraba con cada viaje de negocios, mi padre, que se había hecho al modo de vida madrileño, se me hacía más taciturno que de costumbre, Isabela se encerraba a menudo en su cuarto, hablaba poco y, cuando lo hacía, era para

preguntar cuándo volveríamos a Madrid, para recordarnos cuántas y qué buenas amigas tenía allí y señalar qué secas, frías y desabridas eran sus nuevas compañeras de clase, y yo, que siempre busco una forma de sobrevivir al mal tiempo, me eché una novia en cuanto el cielo se nubló, para esconderme con ella en los días cenizos y pretender que no existieran.

Hoy, casi ocho años más tarde, el deseo de huir se ha aplacado, dejando paso a una cierta satisfacción de vivir aquí, en Frankfurt, una ciudad con más historia de la que su fachada moderna, su imagen de imperio financiero, permite imaginar a sus visitantes, a sus habitantes.

La historia de esta ciudad es, en cierto modo, como la historia de nuestra familia, multicultural, un eterno ir y venir, con un pasado algo incierto. La moderna metrópolis ha ocultado de una u otra forma la historia real de la ciudad, que pasa a primera vista desapercibida tanto al visitante como al ciudadano de Frankfurt, pero está allí, en el corazón mismo de la ciudad. La plaza de Theodor Adorno, el filósofo marxista, es la antesala de la universidad. La gran y moderna avenida de Miquel Adickes cruza la ciudad de este a oeste, como si nos quisiera recordar quiénes fueron los dos alcaldes que concibieron la moderna ciudad de Frankfurt con sus bancos, su industria, pero también su cultura. El instituto que lleva el nombre de la carismática y generosa Louise Rothschild se yergue en uno de los barrios más fascinantes de la ciudad, por conservar bastantes edificios de principios del siglo veinte, por sus restaurantes y bares y por su ambiente multicultural, Bornheim. El Museo Städel, en honor a su generoso fundador, se asienta a la orilla del Meno, observando soberanamente la otra orilla, la parte más antigua de la ciudad, en donde se encuentra la catedral y la plaza del ayuntamiento, así como el Palacete, en donde ahora se encuentra el Museo Judío. En el sur de la ciudad se encuentra el instituto Goethe, que hace honor al escritor más famoso de Frankfurt y de Alemania, así como la torre de madera que lleva el nombre de este emérito autor. En el norte está el instituto Ziehen, que lleva el nombre de un ilustre pedagogo y reformista, también nacido en Frankfurt, que trabajó en la universidad también en su era dorada y que tuvo que abandonar la enseñanza con la llegada al poder de Hitler. Todas estas instituciones nos recuerdan que Frankfurt no es solo cuna de hombres de negocios, sino de grandes poetas, escritores, políticos, pensadores y filósofos.

Cada esquina de Frankfurt esconde un pedacito de historia o de memoria, un trozo de identidad o, mejor dicho, un crisol de identidades, solo hay que descubrirlos.

Recuerdo que en octubre o noviembre del 2010, al terminar la clase, el señor Trujillo se dirigió a mí.

—Ismael, ¿puedes quedarte un momentito? Querría preguntarte algo.

Recogí mis cosas con cierta parsimonia. Disimulé tener que revisar algo. Salieron todos los alumnos y me quedé con mi profesor.

—¿De qué país provienes, Ismael? —me preguntó.

—De España o de Alemania o de Guinea Ecuatorial, según se mire —contesté—. Incluso de Inglaterra —añadí sin convicción.

—Guinea Ecuatorial, bien. ¿Tu madre es de allá?

—Sí, ¿por qué?

—En enero o febrero cada año se celebra un festival cultural africano en Frankfurt, “Africa alive”. Se proyectan películas, se presentan libros, hay exposiciones, conciertos, coloquios. En el festival colaboran diferentes museos, salas de fiestas, bibliotecas, cines y también nuestro instituto, en donde se prepara un día africano de puertas abiertas.

—No lo sabía. Intentaré asistir con mi familia. Seguro que a mi madre le encanta —le dije despidiéndome.

—¡Espera, Ismael! Hay algo más que te quería preguntar. Puede que sea un poco tarde, está todo organizado desde el curso pasado, pero pensé que, como no se te da mal la pintura y hay siempre una exposición de los alumnos en la entrada, podrías preparar un mural sobre el país de procedencia de tu madre.

—Bien, lo pensaré...

—No tenemos nada sobre Guinea Ecuatorial, sería bien interesante, también para ti. Seguro que descubrirías cosas que no sabes de tu país.

—Está bien, prepararé algo —creo recordar que le dije con ganas de que dejara de insistirme—. ¿Me puedo ir ahora al recreo? —le pregunté.

—No, espera, me gustaría saber si hay algo más que puedas hacer para mostrar la cultura de tu país —me demandó Juan Trujillo, sin dar respuesta alguna a mi pregunta—. A los alemanes les encanta la música y los bailes africanos, ¿sabes bailar o tocar algún instrumento? Hay diversas actuaciones sobre el escenario, algunos alumnos participan presentando el país de origen de sus padres y tu país no está presente.

—No soy mucho de bailar, pero mi madre y mi hermana sí y, además, saben bailes regionales. Les podría preguntar.

—¡Fenomenal! Hablaré con los coordinadores, a lo mejor es posible incluirlas en el programa, aquí ya me conocen y saben que soy un excéntrico y que improviso y preparo todo en el último minuto. Pero ¿tú crees que querrán?

—Mi madre querrá si no está de viaje. Le gusta figurar. Mi hermana no sé, pero si mi madre le insiste, no sabe decir que no.

—Perfecto, pregúntales.

Frankfurt es la ciudad de los festivales y eventos multiculturales. En febrero se puede saber un poco más de la cultura, literatura o música africana en el “Africa Alive”. En marzo la ciudad acoge a compañías teatrales de todos los continentes, que nos deleitan con un festival internacional de teatro para niños y adolescentes, en donde se ponen en escena obras vanguardistas, piezas con mucha música, con pocos diálogos, en las que expresarse en una lengua diferente al alemán no supone una barrera para el entendimiento. En abril se celebra una carrera para recordar a sus habitantes que son muchas las lenguas que se hablan en la ciudad, que hay que promoverlas y que se llama “Corre por el multilingüismo”. Las guarderías, colegios o instituciones que fomentan la educación plurilingüe tienen casetas informativas, los niños corren, los adultos corren, se oye a la gente hablar en su lengua de origen, pero también en alemán... En junio tiene lugar la llamada “Procesión de las culturas”, que es una feria con diferentes puestos y quioscos, con especialidades culinarias de diferentes países, hay actuaciones musicales y folclóricas y una cabalgata en la que las diferentes asociaciones (la turca, la española, la egipcia, la india, la griega...) pasean en sus trajes regionales, bailando o tocando música. En junio hay un

Festival Africano, con comida, acróbatas, con talleres para que los niños aprendan a tocar los tambores, a confeccionar pulseritas o a hacer figuritas con motivos africanos, también actúan malabaristas y grupos africanos. En agosto se festeja por doble con un Festival de África y el Caribe y la reina de las fiestas en Frankfurt, la Feria de Río Meno, ambos festivales hacen alarde del carácter multicultural típico de esta ciudad. En septiembre tienen lugar las Semanas Culturales Judías, en donde hay conciertos, presentaciones de libros, exposiciones itinerantes en los museos, conferencias y charlas. A finales de noviembre se inaugura el mercado de Navidad de Frankfurt, que verdaderamente tiene carácter alemán, pero que atrae a muchos turistas.

Tras descubrir y participar en estas fiestas, especialmente durante los primeros años de carrera, la percepción de ciudad huraña y materialista que tenía al principio fue esfumándose y sobre el retrato gris, que mi mente se había hecho de Frankfurt, empezaron a brotar los colores...

Prefiero por eso pensar que la ciudad de los festivales es la verdadera Frankfurt, y no la capital financiera europea que todos conocen, cuna del banco Central Europeo y de la Bolsa, que Frankfurt no es solo la ciudad de los rascacielos, también conocida como el “Mainhattan europeo” (una mezcla de unir el nombre del río Main con Manhattan), sino un verdadero crisol racial, una ciudad donde se vive la fiesta. No, la fría capital financiera europea no es la metrópolis que yo he elegido para vivir y ser parte de ella, sino la ciudad de la cultura y el multilingüismo, la ciudad que muestra otros colores durante sus festivales, la ciudad de la diversidad, de la tolerancia.

Prefiero pensar que la ciudad no tuvo un pasado... que solo tiene futuro.

Existe otra cara de Frankfurt, una que la mayoría de sus habitantes desconoce, porque no se puede ver, ni siquiera intuir, hay que descubrirla. Es lo que Juan Trujillo llama la Frankfurt invisible: los crímenes cometidos en un determinado edificio hace siglos, la prisión que había en una de las más sofisticadas cafeterías de hoy en día, el lugar donde estaba el Callejón Judío, los nombres de tantas calles y plazas... Mi padre, a su manera, también me ha ido descubriendo esa fachada de la ciudad que se nos escapa: las plaquitas doradas incrustadas en las aceras que recuerdan cuántos judíos de Frankfurt fueron llevados a un campo de concentración donde perecieron, los parques que fueron obra de la familia judía más influyente en la urbe, los Rothschild, los dos aeropuertos desaparecidos, que se utilizaron como bases militares, el hecho de que haya habido un campo de concentración en el mismo corazón de Frankfurt y que prácticamente ninguno de sus habitantes lo sepa.

Los encuentros fortuitos en la universidad con Juan Trujillo, las conversaciones en la cafetería, sus consejos útiles y su buen humor, fueron forjando, en lo que en principio solo fue una buena relación entre discípulo y alumno, camaradería y amistad. Empezamos a juntarnos después de las clases a tomar una cervecita. Discutíamos sobre la universidad, sobre sus cosas buenas y sus cosas malas, sobre cómo debía ser nuestro Frankfurt ideal, cómo debíamos trabajar todos juntos, a Juan le gustaba hablar de política, siempre de una forma tan altruista e idealista, que poco tenía que ver con la realidad, y a mí me gustaba llevarle por otros derroteros, para que me contara todo lo que sabía sobre Frankfurt.

—Creo que un día deberías darte un paseo conmigo por la ciudad y dejar que te descubra lo que los catedráticos de la “uni” llamarían la historia invisible —me dijo hace un par de días.

—Perdona, Juan —le contesté—. Todo esto me suena un tanto aburrido. Yo quiero salir para divertirme y no para tener una clase sobre memoria histórica o historia invisible, como tú lo llamas. Eso está bien para cuando hablamos sobre mi proyecto, pero no para una salida. Así que, esta vez, a no ser que haya algo de aventura en la salida, voy a pasar de tu propuesta.

—Bueno, pues tú te lo pierdes —me contestó con una sonrisa—. Yo no te pensaba llevar a los sitios por todos conocidos, sino a los desconocidos, en los que de verdad pasaron acontecimientos truculentos, tomar unas tapas después, beber algo y terminar la noche bailando salsa en el “Changó”, a ver si yendo con un mozo tan atractivo como tú me ayuda a ligar o, mejor dicho, a echar una cana al aire, ya que, por desgracia, no tengo veintitantos, como tú, sino cuarenta y muchos...

—Sí es así, cuenta conmigo.

Nos encontramos unos días más tarde, en la Hauptwache, que es el centro de Frankfurt, y allí mismo empezó nuestro *tour*.

—¿Qué te parece si empezamos con un cafelito y un poco de historia?

—Siempre que la cosa vaya a mejor, por qué no.

Nos sentamos en una de las cafeterías más emblemáticas de Frankfurt, un edificio de solo una planta, en el centro mismo de la plaza, llamada Hauptwache. La clientela era un tanto pija, los precios algo por encima de los presupuestos de un estudiante, pero el local tenía estilo. Pedí un café solo, ya que era lo más barato de la carta, Juan hizo lo mismo que yo.

—Esta cafetería —comenzó Juan, una vez el camarero se hubo ido— fue durante mucho tiempo una prisión. Aquí traían a presos políticos, personas que por tener opiniones diferentes debían ser encarceladas.

—Nunca lo hubiera pensado —le comenté—. Es elegante y con estilo, parece más bien un palacete.

—Bueno, es que aquí solo traían a presos nobles, a personas adineradas, con títulos nobiliarios, a hijos de personajes influyentes de la ciudad, era una cárcel de lujo que tenía la misión de mantener apartados a todos aquellos que pensaran de forma diferente al Kaiser. Los que no tenían dinero corrían otra suerte. Muchos eran condenados a muerte por delitos que hoy supondrían a lo sumo un par de años de cárcel y eran ahorcados en la plaza Roßmark, a unos doscientos metros de este edificio, sus cuerpos se exhibían públicamente por días, por semanas, el olor por esos derroteros de la ciudad debía ser sofocante, insoportable...

El camarero nos trajo los cafés y nos preguntó si no habíamos echado un vistazo a la carta de dulces y pasteles.

—No, gracias —contestó Juan—. Los dos estamos a dieta —le explicó en alemán.

El camarero nos miró con cierta sorpresa, ya que Juan estaba casi en los huesos y a mí tampoco me sobraban los kilos.

—Siempre pensé que, en esa época, Frankfurt estaba viviendo un renacimiento cultural, que la sociedad era más tolerante y que...

—Te estoy hablado —me interrumpió Juan— de los siglos XVII o XVIII, en los que Frankfurt era una ciudad anclada en las costumbres bárbaras de la Edad Media, pugnando con algunas ideas liberales, aunque se pudiera hablar de cierta Ilustración a finales del XVIII, pero...

—¿Pero?

—... pero en general Frankfurt era una ciudad anclada todavía en la Edad Media. Por supuesto

que en los siglos XVII y XVIII hubo algunos cambios, y se me puede discutir si la sociedad conservaba o no su estructura medieval, aunque un especialista echaría sin duda mis opiniones por tierra, para mí Frankfurt era, en ese entonces, una ciudad de costumbres bárbaras. La sociedad de esa época era conservadora in extremis y estaba totalmente dividida, con un gueto judío, a unos pocos cientos de metros de donde nos estamos tomando este café. Era una ciudad en la que la condena a muerte era norma común, a veces por delitos menores, un lugar en el que las leyes favorecían a la mayoría cristiana, y en la que había continuos ataques contra la comunidad judía...

—¿Y Goethe, Schiller, Brentano...? ¿No vivieron en el XVIII en Frankfurt? ¿No protagonizaron el Renacimiento cultural no solo de la ciudad sino de la nación?

—Sí, un renacimiento cultural, pero no social. El cambio verdadero llegaría a finales del XVIII, principios del XIX, con dos hechos históricos imprescindibles para el cambio de la ciudad: la abolición por decreto napoleónico del gueto judío ubicado en el llamado Callejón Judío, a extramuros de la ciudad, y la proclamación de Frankfurt como ciudad independiente y libre, cuyo protagonista fue Freiherr von Stein, que te debe sonar por el instituto que lleva su nombre. A partir de aquí, la ciudad no solo continuó con su renacimiento cultural, sino que también se modernizó, se expandió y comenzó la llamada emancipación de la comunidad judía.

Pasó casi una hora mientras nos tomamos el café, y Juan Trujillo me ilustró sobre la historia de Frankfurt. Me gusta escucharle cuando saca a relucir todo este saber. El camarero, entre tanto, nos había preguntado en repetidas ocasiones si queríamos otra consumición, pero no pensábamos pedir más, no con los precios que tenían.

—Ahora, deberíamos tomarnos unas tapitas en El Centro Gallego, supongo que lo conoces.

—Por supuesto — le contesté—. ¿Qué español no lo conoce?

—Como hoy juega el Real Madrid, seguro que está hasta los topes, pero da igual. Así pasaremos en pocos metros de estar en un café con clientela alemana en el que nadie, a parte de nosotros, sube la voz (ya ves cómo nos miran todos), a un bar en el que todos hablan alto y en el que pasaremos desapercibidos.

—¿De veras nos han estado mirando? —le pregunté.

—Sí, sobre todo, la señora “culiapretada” a tu espalda, cada vez que nos reímos nos echaba una mirada de esas que dicen qué hacen ese par de energúmenos aquí... Pensé que en cualquier momento se iba a levantar y pedir que nos fuéramos, que no pintábamos nada en este local, que volviéramos al país de donde procedíamos.

—Creo que exageras —opiné.

—No te creas. A mí ya me ha dicho más de una vez que por qué no me vuelvo a mi país, pero no me quiero meter a hablar del tema, seguro que nos agua la tarde si lo hago. Lo mejor es que nos dirijamos a El Centro Gallego, en donde habrá tal follón que nadie se dará cuenta de que hemos entrado.

De camino a El Centro Gallego paramos en la Plaza del Ayuntamiento, que se llama Römer. Es el lugar más turístico de la ciudad y sin duda la plaza más hermosa y con más carácter de Frankfurt. Es el único sitio de la ciudad en donde se restauraron las casas en su totalidad y esplendor, respetando incluso los colores originales de las fachadas (dorados, azules y verdes) que dan a la plaza un aire de elegancia. No es de extrañar que sea la atracción más visitada tanto

por turistas como por los habitantes de la ciudad. El Ayuntamiento es uno de los edificios mejor restaurados y es el preferido por los ciudadanos de Frankfurt para casarse, pero también es el sitio que eligen los ciudadanos para manifestarse por más calidad en la educación, por una subida de salario, por cualquier causa que demande más justicia.

—¿Sabes que esta plaza lleva siglos siendo lugar de reunión para protestas de todo tipo? —me preguntó Juan.

—Sé que ahora muchas de las manifestaciones terminan aquí, en Römer, pero no sé cuánto tiempo lleva ocurriendo eso.

—Bueno, muchísimo, ya en el XVII hubo en este lugar protestas muy sonadas como las del pastelero Vinzent Fettmilch, que en 1612 organizó un grupo bastante grande de artesanos y pequeños comerciantes que, hartos de las malas finanzas de la ciudad, así como del reparto desigual de la riqueza, pidieron una mayor transparencia en la administración del dinero público, así como una subida de impuestos a las clases más privilegiadas. En 1614, después de no haber conseguido más que promesas vanas por parte del Kaiser, que jamás se cumplieron, se congregaron aquí mismo, en lo que sería la primera gran manifestación de la historia de Frankfurt.

—Vamos, que ese tal Vinzent fue un altruista como tú.

—Realmente no, mejor dicho, la historia no lo pinta así. Quizás fue un altruista que quería un mejor reparto de la riqueza, que no estaba conforme con que la clase pudiente se quedara por medio de trapicheos con el dinero del pueblo, vamos, el Robin Hood de Frankfurt, o quizá, como la historia nos deja entender, fue un agitador, un alborotador que reivindicaba una subida desorbitante de los impuestos sobre todo los que pagaban la comunidad judía y que solo buscaba el perjuicio de esta.

Juan siguió narrando sobre este personaje un tanto oscuro, mientras nos dirigíamos hacia El Centro Gallego.

En el 1615, el pastelero Vinzent Fettmilch fue ahorcado, junto con otros siete hombres, en la plaza Roßmark acusado de sublevarse contra el káiser Matthias que regía la ciudad del Meno hacía tres años.

El Frankfurt de los albores del siglo XVII, aunque florecían los bancos y el comercio, era una ciudad de tremendas desigualdades con una gran parte de sus habitantes llevando una paupérrima existencia. El dinero de los impuestos, que se habían subido tanto a los comerciantes y banqueros judíos como a los cristianos, no llegaba a las arcas públicas porque desaparecía a manos de los funcionarios patricios que administraban la ciudad. La ciudad estaba tremendamente endeudada y el descontento social crecía.

En 1612, el pastelero Vinzent Fettmilch organizó con un grupo considerable de artesanos y pequeños comerciantes una protesta que se le daría el nombre de la Insurrección de Fettmilch. Este grupo demandaba que se volvieran a subir los impuestos a los judíos, que el ayuntamiento no gastara más dinero del que recibía con la recaudación y que hubiera un mayor control en las finanzas públicas para que los fondos no se desviaran y desaparecieran. Se organizaron protestas regulares en la Plaza del Ayuntamiento. El Kaiser prometió un mayor control de las finanzas públicas, pero nada cambió.

En 1614, el movimiento encabezado por Fettmilch, que había buscado en un principio una mejora de la justicia y de la administración de los bienes públicos, se tornó en insurrección. Los comerciantes reunidos en la Plaza del Ayuntamiento, al no sentirse escuchados por el Kaiser, emprendieron una marcha hacia el barrio judío. Cruzaron los muros de la ciudad y entraron en el Callejón Judío saqueando casas y comercios, amenazando a sus habitantes, increpándoles que se marcharan. Hubo algunos muertos durante el saqueo, la mayoría de los judíos que allí vivían huyeron en barcos a las ciudades de Höchst, Offenbach o Aschafenburg. Fettmilch, que siempre negó haberse visto envuelto en el saqueo, fue arrestado junto con un centenar de seguidores y, tras un año de juicio, condenado a muerte, imputándosele, no el asalto a la comunidad judía y las muertes causadas, sino insurrección contra el Kaiser.

Nos encaminamos a El Centro Gallego siguiendo posiblemente el mismo camino de los seguidores de Vinzent Fettmilch en 1614. Abandonamos la plaza y bajamos por la calle donde se celebraban los mercados en tiempos de este agitador, una calle que fue y es angosta hoy en día. Observé las casas de la izquierda, réplicas de las bombardeadas durante la Gran Contienda, quizás mi bisabuelo Noah participó en la reconstrucción de alguna de ellas. Miré a la derecha, siempre que paseo por las inmediaciones de Römer lo hago, y observé las Ruinas Romanas que dan el nombre actual a la Plaza del Ayuntamiento (Römer, Romanos); por la noche, con su tenue iluminación, tienen un encanto especial, aunque parezcan sitiadas por los edificios adyacentes: las casas reconstruidas tras la Segunda Guerra Mundial, pegadas las unas a la otras proyectando sus sombras sobre las ruinas y el Museo Schirn, un edificio moderno construido en los años ochenta eminentemente con cristal, llamado así por la cúpula de cristal que lo corona que tiene forma de paraguas. A estas horas de la noche tanto el restaurante del museo como otros locales, ubicados al otro lado de las ruinas, estaban abiertos y en sus terrazas la gente conversaba con amenidad, pero civilizadamente, en voz baja. Continuamos nuestro rumbo, pasamos por la catedral y llegamos hasta la Fahrgasse, una calle que debió ser señorial en su tiempo, pero que no se reconstruyó como se hizo con la plaza de la Catedral, en la que hoy en día hay sobre todo viviendas de protección oficial. Nos cruzamos con un vagabundo barbudo y melenudo que hablaba de forma casi incomprensible, a toda voz, en medio de la calle, despotricando contra políticos y viandantes. Unos veinte metros más arriba había un par de hombres, que tendrían entre sesenta y setenta años, bebiendo unas cervezas en los soportales de una casa, con no mucha mejor pinta que el anterior. Caminamos unos trecientos metros más, sin toparnos con ningún personaje más pintoresco que nosotros mismos hasta encontrarnos con los restos de la muralla de la antigua ciudad de Frankfurt. La atravesamos y divisamos El Centro Gallego.

—Este local lleva aquí más de cincuenta años —me comentó Juan—. Es el único restaurante español que ha sobrevivido tanto tiempo... y hacen el mejor pulpo a la gallega de toda Alemania. ¿Qué te parece si encargamos un par de raciones variadas acompañadas de unas cervezas?

—Me parece estupendo. La verdad es que tengo hambre —le contesté.

El Centro Gallego es el restaurante español más antiguo de Frankfurt. Es un local ruidoso, con la tele a toda pastilla empotrada en el centro del bar y con un salón comedor en el primer piso, una sala amplia que no es mucho menos ruidosa que el bar. Está muy cerca del muro o, mejor

dicho, de los restos de la muralla que cercaban, en su tiempo, la ciudad de Frankfurt, así que está situado en lo que en su momento fue el Callejón Judío, aunque hoy en día no queda rastro alguno de lo que fue esa calleja y hay solo viviendas construidas en los años cincuenta.

El local estaba abarrotado, no es de extrañar ya que el Real Madrid estaba jugando. El dueño, que no es español, sino griego, echaba un vistazo al partido cada vez que podía. El Madrid se jugaba el paso a semifinales de la Champion con el Wolfsburg, pero no le fue muy bien en el partido de ida y esa noche perdió, lo que produjo algunas expresiones de decepción.

—Parece que les han aguado a los merengues la noche —dijo Juan—. Espero que a ti no te haya afectado. En fin, queda el partido de vuelta y a lo mejor ganan. ¿Qué te pasa? —insistió—. Te veo un poco serio.

—No tiene nada que ver con el fútbol. Yo fui siempre del Atlético, me da igual si los galácticos ganan o pierden. Estoy pensando en mi hermana y en Tim, no sé por qué, pero creo que tengo que ir a Southend en persona para hablar con él, a lo más tardar en la primavera, en cuanto termine este semestre. Toda esta indagación sobre el pasado de mi familia o el de esta ciudad no hubiera comenzado, si Isabela no se hubiera topado con el primer fantasma de mi pasado, Tim. Si yo no sintiera la necesidad de escarbar en los recuerdos, de saber qué ocurrió.

—¿Fantasmas, dices? En el pasado no hay fantasmas, solo historia y memoria. La historia es lo que, los que manejan el cotarro, quieren que todos conozcamos y aceptemos como verdad y la memoria es lo que hace que revivamos a quienes nos han dejado o, en el caso de Tim, a los que creíamos haber olvidado y esa memoria es muy importante, porque sin ella jamás se cuestionaría la historia escrita, o se pediría a los países cuentas sobre los pasajes oscuros de sus crónicas, sin la memoria se olvidarían genocidios atroces y se perdonarían los crímenes de determinadas personas....

—Me parece que ya hemos hablado de ese tema y sabes que no me convence la historia, pero tú vas demasiado lejos, defendiendo la memoria y anteponiéndola a la historia. Esta última se basa en datos y es por lo tanto relativamente objetiva. La memoria, sin embargo, se basa en recuerdos que podemos haber alterado sin darnos cuenta.

—En eso tienes razón, pero solo relativamente... —especificó.

—¿Podríamos hablar ahora de algo un poco más banal, Juan? —le dije a Juan, ya que no me apetecía ponerme a discutir una materia de la que ya habíamos hablado—. Me gustaría disfrutar de estas cervecitas mientras me cuentas algo sobre tus batallitas con las mujeres o sobre tu peregrinar por los continentes o sobre cualquier otro tema que no tenga que ver con la historia y la memoria, que a estas horas de la noche no me apetece discutir.

—¿Sabes que tienes razón? Creo que te he dado demasiado la vara con la historia y la memoria, así que te propongo que nos olvidemos un poco de todo, nos contemos unos cuantos chistes mientras terminamos nuestras cervecitas y nos vayamos a Changó a mover el esqueleto a ritmo de salsa. A lo mejor, hasta ligamos, mejor dicho, seguro que tú con tu presencia atlética, tu piel morenita y esa melena, ligas, y yo, quizás de rebote también.

—¿Qué me dices! ¡Si eres un don Juan!

—Quizás lo era, ahora voy de culo cuesta abajo y sin frenos...

Frankfurt es una ciudad hecha de retazos, a modo de collage improvisado. Los restos o ruinas de la antigua ciudad, las pocas casas que no fueron destruidas o que se reconstruyeron, se

alternan con viviendas de protección oficial de fachadas plomizas, rascacielos de cristal frío, modernos centros comerciales, parques, edificios de viviendas modernos que se han ido construyendo en los últimos tiempos. Ante el fuerte crecimiento de la ciudad, en cualquier hueco que queda libre, zonas verdes, bares de diseño, tugurios malolientes, el Banco Central Europeo, los sin techo durmiendo en la Estación Central, la Plaza con el monumento dedicado al Euro, siempre impoluta, esquinas repletas de basura, palacetes a un par de cientos de metros de viviendas sociales, dos ríos ...

Su paisaje urbano, aunque haya sido planeado, parece completamente improvisado. Sus habitantes son como la ciudad: tan diferentes los unos de los otros en sus lenguas, en sus orígenes, en su modo de vida, en su raza o religión, en su clase social o sus intereses, en su forma de pensar, en su educación...

Frankfurt no se parece hoy a la Atlántida, sino más bien a cientos de torres de Babel.

Changó se encuentra en pleno centro de Frankfurt a pocos metros de la Estación Central, en el barrio más ruidoso y de más dudosa reputación de toda la ciudad, ya que allí se ubican casi todas las casas de alterne de la ciudad y por sus calles pululan tipos tan grotescos que serían dignos de una novela de Eduardo Mendoza. La Estación Central es punto de encuentro de una variopinta gama de ciudadanos, desde los ejecutivos sofisticados y bien vestidos, hasta vagabundos o mendigos y gente de dudoso linaje, pasando por estudiantes y pseudointelectuales, pasotas y drogatas. Con la noche bien entrada, la mayoría de las personas corrientes desaparecen de la estación y sus inmediaciones, y si por el día se respira cierto halo de normalidad, de negocios decentes, por la noche solo quedan los colores rojizos de sus locales “eróticos”, la ebriedad de los viandantes y un montón de tipejos raros, que pululan por sus inmediaciones sin un destino determinado.

—Pasearme por la estación a estas horas me hace sentir el tipo más normal y honorable del mundo. Tengo que confesarte que en el instituto me sentí siempre como si fuera de otro mundo, un marciano que ni sabía hablar bien el alemán, ni podía comportarse según las normas dictadas por los profes que manejaban todo el cotarro —me confesó Juan Trujillo.

—Yo también me sentía así —le confesé—. Fue en realidad un año difícil para mí, con mi alemán de andar por casa y mi carácter español. Era como tú, un bicho raro. No sabía si iba a lograr en tan poco tiempo tener el nivel de alemán que necesitaba para ir a la “uni”, había profes que me animaban como tú, otros, sin embargo... Pero pronto me di cuenta de que yo no era el único, que unos cuantos alumnos estaban en la misma liga que yo, y.... bueno, me salí con la mía y ahora estoy en la universidad —añadí para zanjar el tema—. ¡Entremos en la discoteca!

En la universidad algunos estudiantes le habían dado a Changó el mote “The big Sleazy” (El gran antro), aunque este mote se debe más al ambiente que hay, al “ligoteo” y a la forma de vestirse de la clientela que al hecho de estar ubicado al lado de la Estación Central.

En fin, allí nos encontrábamos, un tanto ebrios, algo tocados por las reflexiones históricas y filosóficas que nos habían acompañado, por el paseíto que nos habíamos dado recordando que Frankfurt está más dividido que unido, que su historia es más brutal que fraternal y que en su crónica hay más muertes que buenaventuras. Necesitábamos un par de bailes triviales para sacudirnos así la racha transcendental que había tintado de demasiada seriedad nuestra primera salida.

Entramos en el “antro” y nos pusimos manos a la obra, a bailar. Juan Trujillo era mejor bailarín de lo que esperaba, se sabía los pasos y, a pesar de su tamaño que estaba por debajo de la media alemana, se las apañaba bien para guiar a sus compañeras de baile, que en algunos casos le sobrepasaban ligeramente en estatura. Yo me movía por pura intuición y, por lo general, me dejaba guiar por mi pareja de baile.

Estuvimos como una hora cambiando de parejas hasta que encontramos casi al mismo tiempo una que nos iba bien y con ellas seguimos bailando por casi otra hora hasta que, transidos, decidimos sentarnos a descansar en la zona del local más apartada de la pista.

—¡Mira, Juan, esta es Liliana! Es colombiana y lleva viviendo aquí casi doce años.

—¡Y esta es Regina, la reina del local! —dijo Juan—. Y, la verdad, no sé de dónde es porque no le he preguntado.

—Me gusta decir que soy de Frankfurt o Hesse, aunque en realidad soy bávara, nací en Aschafenburg, a menos de una hora de aquí, que pertenece a la región de Baviera. Pero como estudié en Hesse y llevo viviendo en Frankfurt más de ocho años, me gusta decir que soy de aquí —nos explicó Regina en un español con un ligero acento alemán, pero asombrosamente correcto.

—¿Os conocéis las dos? —preguntó Juan.

—Sí —dijo Liliana—. Somos casi vecinas.

—No exactamente —corrigió Regina—. Liliana tiene su peluquería al lado del portal de mi casa, y yo soy una de sus mejores clientas. Aparezco por allí un par de veces al mes para mejorar mi presencia y mi español —comentó sonriéndose—. Y hoy, no sé por qué, decidimos darnos un garbeo por el Changó. ¿Y vosotros de qué os conocéis? —nos preguntó.

—Yo también soy peluquero —dijo Juan intentando hacerse el gracioso—. Y me paso tanto tiempo peinando la melena del aquí presente que por puro aburrimiento también le propuse, ya que es el mejor cliente de mi peluquería, echarnos unos bailecitos en el Changó y aquí nos tenéis.

—Pues, tú pinta de peluquero no tienes —señaló Liliana—, tendrás los pelos largos, pero tan mal cuidados que yo no me pondría en tus manos, aunque me pagaran. Creo que te estás quedando con nosotras.

—¿Y....? —nos interrogó Regina—. ¿De qué os conocéis realmente?

—Él fue mi profe en el instituto y ahora hemos coincidido en la universidad.

—Así que enseñas en la universidad —dijo Liliana—. ¿Y qué enseñas, peluquería? —preguntó con retintín.

—¡Qué más quisiera! Ya veis, a mis años soy también un alumno más como Ismael. Con estos pelos nadie me ofrecería un contrato en la universidad y menos en el Departamento de Español, donde lo normal es ser calvo y no hablar castellano, sino alemán.

—Me temo que le habéis tocado un tema que es mejor evitar, la universidad y el Departamento de Español —comenté.

—Sí, ya veis, después de años de experiencia en la enseñanza, me despidieron y me tocó ponerme a estudiar español, porque no me reconocieron los estudios que hice en Ecuador.

—¡Pobre! —opinó Liliana.

—¡Menos mal que hay alguien que siente empatía hacia mis exiguas desgracias! —le contestó Juan—. Supongo que si hubiera nacido en el viejo continente otro gallo me cantaría y ahora estaría impartiendo clases de castellano y filosofía en cualquier renombrado instituto del centro de Frankfurt.

—Pues no sé qué decirte —opinó Regina—, mi hermana es profesora y el instituto que te toque es una cuestión de buena o mala suerte. Siento como Liliana que no te hayan reconocido tus

títulos, pero es que en este país hay estándares y, aunque puede que Ecuador los cumpla, hay muchísimos países con un bajísimo nivel en todos los ciclos, incluidos la universidad.

—Lo lamento, Juan, pero es que no has nacido en Europa sino en una república bananera —le provoqué.

—¡No me hables de repúblicas bananeras, Ismael!, porque todos los países tienen un poco o un mucho de república bananera y, después de todo lo que pasa en nuestros países, no es otra cosa que la mala herencia que nos dejaron los conquistadores españoles. ¡Así que mejor dejémoslo aquí...! —me contestó bastante enfadado y desafiante.

—Ya me sales con el mismo cuento que mi madre, que achaca todas las penas y males del continente africano a los colonos europeos. No pienso entrar en la discusión. Si intentas provocarme vas desencaminado, ya sabes que yo no soy más que un español accidental. Mis padres son de Alemania y de Guinea Ecuatorial y reconozco que Guinea es una de las tantas repúblicas bananeras del planeta, pero no creo que ese estado se deba exclusivamente a la herencia española. A estas horas de la noche no me voy a poner a discutir sobre estos temas, además, no vivimos allí, sino aquí, en Frankfurt, en Alemania —le dije con la intención de zanjar la controversia en la que parecíamos haber entrado.

—¿Y tú piensas que en Alemania no hay enjuagues? —me contestó Juan—. ¡No te imaginaba tan inocente!

Iba a intervenir cuando Regina me hizo un ademán para que no lo hiciera.

—Creo que estáis desvariando un poco y metiéndoos en temas que no se discuten a estas horas de la noche, después de unos buenos bailes. Deberíamos salir a la calle, al aire libre y charlar de algo más banal.

—Regina tiene razón —le contesté—, tú y yo nos lo hemos pasado genial con estas preciosidades, no estropeemos la noche por ponernos a discutir de política o de temas filosóficos.

—¿Me estás insinuando que me calle?

—Más que insinuando, estoy diciéndotelo claramente, es hora de dejar la política, la historia, la filosofía y el afán de salvar al mundo y darle a la noche la oportunidad de que nos atrape y nos lleve a otros mundos menos serios, más banales —le reafirmé.

—Ya veis el respeto que tienen hoy los alumnos por sus profesores —comentó Juan—, pero, en fin, esta vez el discípulo tiene razón y el maestro intentará callarse.

Salimos del local. Eran las primeras horas de la madrugada. Nos despedimos sin demasiada convicción, Juan mirando a Regina y yo a Liliana. Una aureola de luces azules ronroneaba por el cielo.

—¡Más vale que caminemos hasta la Hauptwache para coger el tren! —dijo Regina—. La policía ha invadido la estación como es regla común en estos tiempos.

—Sí, deben estar llegando unos cuantos trenes con refugiados —añadí yo— y cuando esto ocurre aparece tanta policía que parece que viniera un jefe de estado.

Regina me miró por el rabillo del ojo. Me dio la impresión de que era de las alemanas que no le hacía mucha gracia la decisión de Angela Merkel de abrir las fronteras de Alemania. Iba a decir algo para evitar tratar el tema de los refugiados, cuando Juan, el que se iba a callar, opinó.

—Es curioso, en esta estación hace no mucho tiempo salían trenes que llevaban a gente a la muerte casi segura. Hoy traen a gente llena de esperanzas, de deseos de echar raíces, de empezar aquí una nueva vida... Me alegra que la historia haya dado un vuelco de tal modo que Alemania se abra de esta forma, que se muestre humanitaria...

—Alemania lleva muchos años acogiendo e indemnizando por la guerra —contestó Regina con

cierto aire de desaprobación en su voz—. No sé cuánto tiempo mi generación, la generación de mis padres o las generaciones venideras tendremos que pagar por lo que originaron otras generaciones en nuestro país, unas personas que están en su mayor parte criando malvas.

—Acoger a los refugiados no es una forma de compensar por el daño originado —repuso Juan— sino un acto de humanidad ante la tragedia que vive esa pobre gente. Si me he expresado poco claro...

—Has sido bien claro, y clara voy a ser yo también. Esa gente no viene aquí con deseos de adaptarse, ni de empezar una nueva vida. Aquí seguirán con su modo de vida, no aprenderán nuestra lengua, ni se adaptarán a nuestras costumbres y serán un lastre más para los que pagamos impuestos. Y no digo más para que no me tachen de racista o de tener islamofobia, o de afiliada del Partido Alternativa para Alemania, que no lo soy.

Juan intentó decir algo más. Yo le di un pisotón para que se callara. Regina se dio media vuelta y se fue sin despedirse de nadie. Liliana cruzó una mirada fugaz con nosotros y la siguió, después de dedicarnos una leve sonrisa.

—¡Creo que la he jodido! —comentó Juan—. He fastidiado el plan de los dos. Me tenía que haber callado tal y como tú me dijiste.

—Por mí no te preocupes. No estoy tan desesperado por ligar como tú —le dije—. Me quedan por lo menos quince años buenos. Y cuando las cosas no estén tan bien cerraré la boca y no me pondré a hablar de temas políticos o humanitarios con el posible ligue, aunque no sé si con esas ideas que tiene Regina hubiera resultado algo entre vosotros dos.

—Gracias por intentar consolarme, haces que me sienta como la zorra que se quería comer las uvas, diciendo, al no poder alcanzarlas, que estaban verdes. Eso no quita que me hubiera gustado atracarme de ellas, aunque después me hubiera dado un cólico.

—¡Ahora es mejor que nos vayamos a dormir!

Nos estábamos poniendo en camino hacia la estación más cercana de metro cuando vimos cómo Liliana, que se había despedido de Regina, se dirigía de nuevo hacia nosotros.

—Parece que Liliana vuelve, a lo mejor a uno de nosotros no se le ha estropeado el plan —exclamó Juan.

Liliana llegó hasta donde estábamos con esa sonrisa que parecía ser característica de su persona y que resaltaba una boca de labios un tanto gruesos y bastante sensual.

—¡Disculpad a Regina! —nos dijo—. Habíamos salido a bailar porque estaba bastante estresada en el trabajo, venía ya bastante cargada con la tensión que atraviesa últimamente tanto laboral como personalmente y hablar de estos temas le ha hecho explotar.

—Ya lo hemos visto —comenté— y nos ha dejado algo helados.

—Después de la buena onda que hubo mientras bailábamos juntos, no me hubiera esperado de ella esos comentarios —añadió Juan— pero también es culpa mía por tratar esos temas a estas horas de la noche.

—Ella no es racista, de veras —nos dijo Liliana—. Le encanta todo lo que tenga que ver con el español y la música latina, ya habéis visto cómo habla y cómo baila, pero ha tenido malas experiencias personales con un hombre que había venido aquí precisamente como refugiado y.... bueno, mejor me callo ahora para no pecar de imprudente —nos explicó Liliana echándome una miradita que dejaba claro por quién se había decidido al darse la vuelta y dejar que su amiga regresara sola a casa.

—Me alegra que hayas venido a despedirte de nosotros —le dije—. Si quieres te podemos acompañar a tu casa.

—Yo no puedo —se apresuró a decir Juan, que se había percatado de que las miradas de Liliana se dirigían a mí. — Un anciano como yo se tiene que meter en la cama ya, así que me voy. No quiero perder mi autobús que sale en cinco minutos. Ha sido un placer conocer a dos hermosísimas mujeres, aunque solo pueda despedirme de una —añadió.

—Si quieres te acompaño —repetí mi oferta, y ella asintió.

—No vivo muy lejos de aquí, en la calle Schumann. ¿Estás seguro de que te viene bien ir en esa dirección?

—¡Por supuesto!

Caminamos en relativo silencio hacia su casa. No quería pecar de bocazas y terminar discutiendo temas que no eran oportunos a estas altas horas de la noche. Pasamos por enfrente de la Estación Central, que seguía teñida de luces azules, y bajamos por una gran avenida que lleva el nombre del primer presidente socialista durante la República de Weimar, Friedrich Ebert. Dejamos atrás la aureola de luces azules para toparnos con uno de los rascacielos más simbólicos de Frankfurt, el de la feria de muestras, que por la noche resaltaba al estar iluminado y que esa noche se veía bien hermosa con un cielo estrellado como fondo. En poco menos de doscientos metros habíamos abandonado los antros de la estación y entrado en la barriada más aburguesada y pudiente de la ciudad, Westend.

—Ya estamos cerca —me dijo Liliana.

Yo sabía que estábamos cerca de su casa. En la calle Schumann habían vivido muchos de mis antepasados, los Wasserman. Mi padre me había enseñado incluso dónde residieron, porque había para cada uno de ellos una de esas placas doradas incrustadas en el suelo, que recuerdan qué día fueron arrestados en su domicilio y conducidos a una muerte casi segura, así como el campo de concentración donde fallecieron. En el lugar donde vivieron hay ahora un edificio moderno, ya que la casa original había sido destruida. Pasamos por enfrente del edificio, miré con disimulo las plaquitas doradas de la acera. No comenté nada, solo me acerqué más a Liliana, la tomé del brazo y la miré dedicándole mi mejor sonrisa.

—Ya hemos llegado, aquí vivo.

Me aproximé, la abracé, acaricié su pelo negro y la besé. Fue un beso largo, que anunciaba que todavía no íbamos a despedirnos. Miré el cielo, era una noche clara plagada de estrellas.

Eran las dos y media de la madrugada.

En la noche del 24 junio de 1941, exactamente a la dos y media de la madrugada, los soldados alemanes irrumpieron en la vivienda de la familia Wasserman de la calle Schumann. Todos estaban dormidos: Zackarias Wasserman, su mujer y su hija, Rosa. Sorprendidos en mitad de la noche con la entrada violenta de la patrulla alemana, se dejaron llevar por los acontecimientos, sin llegar a discernir, al menos en ese momento, a esas horas intempestivas, que esa intrusión violenta los llevaba a un destino sin retorno.

Bajaron las escaleras empujados y zarandeados por los soldados. Cuando llegaron al portal observaron que no eran los únicos, un grupo de unas treinta o cuarenta personas, la mayoría vecinos que conocían, estaban en medio de la calle, rodeados por soldados armados.

Cuando el mandamás dio la señal todos comenzaron a caminar hacia donde los soldados les indicaban. El recorrido hasta la Estación Central no duró más de quince o veinte minutos. Allí fueron empujados a uno u otro tren...

Esa noche el cielo se había quedado sin estrellas.

Aquella noche dormí a lo sumo cinco horas.

Soñé con trenes que no se detenían, pero tampoco parecían llevarme a ninguna parte. Recorría los vagones repletos de personas que desconocía, de arriba a abajo y de abajo a arriba. Me sentía incómodo, conducido involuntariamente a ninguna parte, miraba continuamente a través de las ventanas, deseando que el tren parara. Hubo un momento en el que alguien me dijo que debía saltar, que el tren iba demasiado rápido y que podía descarrilar y que todos pereceríamos. Quería escaparme, saltar, pero no sabía cómo...

Me desperté.

Liliana estaba a mi lado. Incluso dormida conservaba su sonrisa.

Vivir en una ciudad sin clara identidad como Frankfurt hace que a veces me sienta “en casa”, sólo a veces, no siempre. Hay otras ocasiones en las que me siento africano, español o, simplemente, de ningún sitio. Me encuentro a menudo desorientado sin raíces, aunque desee pertenecer a un lugar, a un país. Es como si viajara en un tren de alta velocidad y no me fuera posible apearme en ninguna estación. Es como si ese viaje, mi trayecto personal, mi vida en diferentes países me hubiera dejado sin clara identidad, sin una ciudad en la que verdaderamente pueda asentarme.

Mis padres suelen discutir sobre cualquier tema de actualidad, especialmente si trata sobre extranjeros, inmigrantes o conflictos entre diferentes países o etnias. Mi madre tiende a dar una opinión extrema, solo para provocar a mi padre y romper su compulsivo aletargamiento. Si a pesar de esa especie de reto no obtuviera por su parte reacción ninguna, yo mismo me involucro e intervengo a favor o en contra de mi madre, para que mi padre participe en la discusión.

—¡Ya es hora de que Alemania haga algo por la humanidad! —exclama mi madre—. Muchos podrán decir lo que quieran, pero el gesto de acoger a los refugiados es más que necesario en una Europa que presume de ser la cuna de los principios democráticos...

Mi padre asiente y continúa mirando las noticias en la televisión. A las imágenes de los trenes con refugiados recibidos cálidamente en la estación de Frankfurt les siguen otras: los restos de un edificio que había sido destinado para los refugiados, después de un incendio provocado en la antigua Alemania del Este, campos de refugiados en los que se vive hacinado, pateras repletas, un hospital bombardeado en Alepo, la tensión entre Palestina e Israel, un coche bomba en Nigeria, la falta de acuerdo entre los países europeos en política migratoria, los campamentos de refugiados en las fronteras con Serbia, Bosnia o Croacia, el racismo contra los negros en los Estados Unidos...

—¡Se debería acabar con la política fascista hacia la inmigración de algunos países europeos de una vez por todas! —exclama mi madre completamente exaltada después de ver y oír en qué condiciones viven los refugiados en esos campamentos provisionales, hacinados, pasando hambre, casi sin esperanzas—. ¡Debería dársele Green Card a todo el que quiera venir a Europa!

Mi padre no reacciona, mi madre continúa.

—Es inhumano dejarles que sufran de esa manera. En la Declaración de los Derechos Humanos se proclama igualdad y libertad para todos, ¿qué tipo de libertad es vivir como un delincuente recluido en un llamado “Centro de Acogida” que parece más bien una prisión o un campo de concentración? ¿Qué tipo de futuro es esconderse en un cerro o en mitad del desierto, esperando una posibilidad para embarcarse en un viaje que puede llevarte a una vida no necesariamente mejor o incluso acabar con tu existencia? ¿Por qué no solo los sirios se la juegan para venir a Europa, por qué hay tantas personas desesperadas que hacen cualquier cosa con tal de salir de su país? ¿Qué tipo de igualdad es que yo pueda ir a Costa de Marfil, a Gabón, Camerún, Eritrea o cualquier otro país africano sin ningún tipo de cortapisa, sin papeleos, y que esas pobres criaturas tengan que hacerlo enfrentándose con un obstáculo detrás de otro y arriesgando sus vidas?

—No crees que es suficiente con acoger a los refugiados —comenta mi padre—. No se puede abrir las fronteras a todo el mundo, hay que dejar entrar en el país solo a los que de verdad lo necesitan. Un millón como propone la Merkel, posiblemente algo más, es más que suficiente para Alemania. No se trata solo de recibir, sino también de adaptar, de darles la posibilidad de una vida digna, que ellos y sus hijos tengan buenas perspectivas, de que se integren en la comunidad y que encuentren algo parecido a un hogar en el país de acogida, que no estén de más o se sientan desarraigados.

—Me sigue pareciendo poco —replica mi madre.

—Imara, no quiero parecerte intolerante o demasiado alemán, pero aquí se están asumiendo responsabilidades, se están acogiendo refugiados. Alemania es uno de los países que hace más para que haya un consenso en Europa en relación a la política migratoria, de los que más insiste a los estados reticentes.

—Tienes razón. ¿Qué pasa con otros países como Polonia, Hungría o Chequia que también podrían acoger? ¿Por qué no lo hacen?

—Es cierto, deberían, no solo por solidaridad, sino por cuestiones históricas. Muchos polacos, checos o húngaros emigraron a Alemania en la época comunista y se refugiaron aquí. Deberían saber lo que significa ser exiliado. El problema es que sus políticos parecen padecer amnesia selectiva, porque bien recuerdan la ocupación alemana y demandan compensaciones, pero no son capaces de sentir empatía y carecen de la humanidad mínima, parece que se han olvidado de los tiempos difíciles que pasó Europa. Nuestro continente es demasiado grande, demasiado diverso, a veces hay consenso y se trabaja en conjunto para alcanzar juntos un futuro mejor, pero también es a veces como la torre de Babel, en donde nadie se entiende ni se pone de acuerdo...

—Sí, pero esa falta de diálogo entre las diferentes posturas provoca que mucha pobre gente sufra porque no se hace lo suficiente o se hace a destiempo. Hay tantos países con problemas, hay tantos seres humanos a los que se debería acoger, tanta miseria, tantos chiquillos traumatizados, porque su patria es un medio hostil. De veras que no entiendo esa frialdad del ser humano, ese egoísmo, ese me da igual lo que pasa a mi alrededor en tanto que a mí me vaya bien.

—Estoy completamente de acuerdo, pero prefiero que nuestros gobiernos sean comedidos y no abran las puertas completamente. Acoger conlleva muchos problemas y muchas responsabilidades, acoger es ayudar a los que tienen traumas a que se sanen, fomentar que aprendan la lengua, porque comunicarse es el primer paso para sentirse incluido, garantizar una formación, dar una oportunidad laboral. ¿Qué puede hacer Europa si llegara tanta gente? ¿Recluirlos en un campo de refugiados hasta que se puedan marchar? Creo que es mejor que

sean menos, pero que tengan una buena oportunidad, que les pueda gustar el país donde han sido recibidos —dice al fin mi padre—. Además —añade—, aquí se levantarían heridas, fantasmas del pasado y sombras, si se recluyera a tanta gente en campamentos de refugiados, se compararían inmediatamente con los campos de concentración nazi.

—Pues yo sigo creyendo que aquí se podría acoger a más gente y ponerla a trabajar.

—¿En qué, Imara, en qué? Muchos no hablan la lengua del país, la mayoría no tiene ningún tipo de cualificación, tienen una cultura y unas costumbres que chocan con las nuestras. En muchos países europeos hay, entre otros problemas, un elevado paro. ¿Cómo van a trabajar si ni siquiera los nacionales pueden? Si existen las políticas de migración es porque ningún país puede absorber en poco tiempo una gran oleada migratoria. Si no se puede aceptar a todos los que quieren venir es porque hace falta crear las infraestructuras necesarias, porque si cualquiera pudiera venir a Europa, muchos lo harían por razones económicas, porque piensan que todos nadamos en la abundancia y se llevarían una gran decepción al ver lo duro que puede ser la existencia con un trabajo precario o sin trabajo.

—¿Y qué hay del estado de bienestar de los que viven allá? ¿O es que ellos no tienen derecho? Vosotros los europeos sois unos egoístas. Habéis ido a donde habéis querido, habéis desposeído de sus tierras a los indios de América y Canadá, a los pueblos africanos, a los aborígenes australianos y a los maorís neozelandeses; habéis aniquilado a parte de la población nativa de tres o cuatro continentes... y, ahora, ni siquiera les ofrecéis a esos pueblos la posibilidad de venir a Europa, de disfrutar de algo de nuestro bienestar, que es lo mínimo que deberíais hacer para resarcirles de tanto daño ocasionado.

—Creo que estás mezclando temas muy diferentes como la conquista de América, la colonización y el imperialismo, que no están directamente relacionados con la inmigración o la política de los refugiados de hoy en día.

—Pues yo creo que están bien relacionados. Aquellos en el poder son los que usan y abusan de los otros. Son los que tienen todos los derechos, privilegios y libertades, a costa de privar al resto de derechos esenciales —contesta mi madre con un tono de voz cada vez más subido.

—Imara —dice mi padre sin perder su particular aplomo—. No te quiero negar que el mundo sea injusto, ni que haya una minoría que está en una posición de poder y que muchos de ellos abusan del resto; en lo que no estoy de acuerdo es que señales a los europeos como los únicos abusadores. Hay mucha gente en Europa que dedica gran esfuerzo en ayudar a esta pobre gente. Los que están en el poder en tu país o en otros países africanos, que ya no son españoles ni europeos, viven en la abundancia, mientras su pueblo pasa vicisitudes, y ellos son los grandes responsables de estas crisis, ellos y la pandilla de buitres que planea a su vera, algo que tú parece olvidar siempre que empezamos este tipo de discusiones. ¿Qué pasa en Guinea Ecuatorial, en Nigeria, en Pakistán o en Afganistán, por no poner otros ejemplos, con los fondos públicos o con la ayuda internacional o el dinero recibido por la existencia de explotaciones petrolíferas? La situación es similar en tantos regímenes despóticos, abusivos y corruptos de África, Sudamérica, Asia o incluso Europa, y eso es lo que ocasiona en primera instancia que sus habitantes deseen y hagan todo lo posible por salir de sus países, por buscar fortuna en otros que están mejor administrados, que son menos corruptos. La corrupción es el mal endémico de estos países y no Europa.

—Siempre me cambias el tema, Otto. No estoy hablando de corrupción, sino de abuso de la autoridad, de las masacres, de los genocidios y de todo lo que vino con la colonización europea a África. Recuerda el genocidio de pueblo herero en Namibia por parte de los alemanes, la forma

en la que los británicos aplastaron la revolución de los Mao Mao en la actual Kenia, el abuso de poder de los belgas en el Congo... No comprendo por qué sigues defendiendo a los europeos, después de lo que pasó con tu gente, con los judíos en Alemania —explica mi madre.

Mi padre me mira, buscando mi apoyo. Yo asiento, sé que se va a dirigir a mí para llevar la discusión a otros derroteros. A mi madre no le gusta perder estas efímeras batallas y se las toma muy en serio, como si de verdad fuera a cambiar el mundo si mi padre se da por vencido.

—Sabes perfectamente que no defendiendo ese pasado alemán, ¿quién con algo de juicio puede defenderlo? Pero es pasado, pasado que se debe superar, pero sin olvidarlo. Fíjate en el esfuerzo, aunque no sea suficiente para ti, que Alemania hace ahora por acoger a los refugiados. Recuerda todo lo que ha pagado Alemania en indemnizaciones. Fíjate en el presente, en esta ciudad, en la variedad multicultural, en la convivencia, en la bienvenida que se les brinda a los sirios cada vez que un tren llega a la estación. Y no te olvides de nuestra familia, aunque hayamos llegado hace unos años aquí, somos una familia típica de Frankfurt, con distintas raíces, dispares, pero conviviendo bajo un mismo techo. Ismael se siente bien aquí, ¿no es cierto?

—Sí, la verdad es que, tras los primeros años que no fueron fáciles, Frankfurt me gusta —afirmó.

—Creo que me queréis embrollar entre los dos. No estábamos hablando de Frankfurt, sino...

—... sino de lo injusto que es el mundo, lo sé mamá, y tienes razón, hay injusticias en este planeta y grandes diferencias entre países, pero quizás papá tenga también razón y haya más malos en la historia de los que tú piensas. Piensa en la matanza de los tutsis en Ruanda en la que los europeos no tuvieron nada que ver, en el abuso de poder de los Regímenes de Idi Amin en Uganda, el de Julius Nyerere en Tanzania y el de Mugabe en Zimbabue, la expulsión de la población india de los dos primeros países que te he citado, en la guerra entre Uganda y Tanzania y sus nefastas consecuencias para estas naciones. No fueron los europeos los que provocaron esas situaciones, sino los propios africanos —le digo haciendo acopio del saber adquirido en mis seminarios sobre literatura africana.

—Pues te equivocas —me dice mi madre ofuscada en sus ideas, intentándonos ganar la batalla—. Esos conflictos los provocaron los europeos, porque ya habían desestabilizado el país y desarraigado a su gente, y fueron ellos los que colocaron en el poder a esos dictadores. Antes de la Colonización en África se vivía en armonía total...

—... antes de que llegaran los europeos a África había también conflictos y determinados grupos étnicos que estaban en el poder y que subyugaban a los otros, había esclavitud y se comerciaba con los seres humanos. Eso al menos es lo que he aprendido en la universidad, y lo que libros de Gurnah como *Paraíso*, que a ti tanto te gustan, reflejan. Tú te has leído estos libros, mamá, y lo deberías saber.

—... y, bueno, Ismael, resulta que desde que yo paso menos tiempo en casa te has puesto de parte de tu padre y ya no te sientes africano, sino europeo, y son los europeos los que hacen todo correctamente.

—Imara, creo que ese comentario es injusto —intervino mi padre—. Él es africano y europeo y no tiene por qué abandonar ninguno de sus orígenes sino hermanarlos.

—Y —añadí yo— no se debe olvidar que hay africanos que han actuado correctamente después del periodo colonial, como Mandela, o el primer presidente de Senegal, Léopold Senghor, que optaron por no cortar de raíz con el pasado e intentaron hermanar las diferentes etnias y grupos raciales del país y construir el futuro sin dejar de mirar al pasado.

—Imara —dice mi padre—, aunque tienes razón y hay gente abusadora, Ismael tiene también

razón, lo mejor es fraternizarse y aprender a vivir con tolerancia y respeto hacia los demás por muy diferentes que sean.

—¿Y qué tal si termináis la discusión aquí y comemos algo? —preguntó mi hermana que nos había escuchado sin opinar—. Tengo hambre —añadió.

Frankfurt ha estado a lo largo de su historia de un modo u otro entre dos aguas: retraso y modernidad, intransigencia y tolerancia, baños de sangre y fraternidad, guetos del pasado y del presente y el crisol racial que tanto lo caracteriza hoy en día. Siempre ha habido una cara y una cruz, con las que la ciudad no ha logrado reconciliarse.

Me gusta errar por la ciudad en soledad, en la noche. Mi padre me inició en este hábito y a veces hacemos el peregrinaje juntos. Nos montábamos en el metro, viajábamos hasta el centro de la ciudad y comenzábamos a deambular por las calles, dirigiéndonos siempre hacia las zonas residenciales.

—¿Te has fijado en el suelo de las aceras, Ismael?

Miré hacia abajo y descubrí una placa dorada incrustada en la acera: “Aquí vivió la familia Hoffman, que murió en el campo de concentración de Dachau en 1943”. A pocos metros, al pie del siguiente edificio, había una placa similar. Bajé la vista, a lo largo de la calle había semienterradas otras tantas placas doradas que desprendían cierto brillo al ser iluminadas por las farolas.

—Tus tatarabuelos tienen una placa similar. Te la voy a enseñar. Así puedes ver dónde vivieron.

Me gusta también sentir la ciudad vibrar, sumirme y dejarme llevar por ese su ruido, por el estrépito y estallido de alegría y colorido que traen los festivales multiculturales de Frankfurt. Hay buenas actuaciones, buen ambiente, música de todos los lados del planeta, festivales abiertos a todo el mundo y a todos los bolsillos, ya que en muchos de ellos no hay que pagar entrada, multitudinarios y cosmopolitas, como la ciudad.

Me junto con mis amigos, Osman, de Turquía, Tarik, de Marruecos, Manolito, el españolito, Worku, de Etiopía y Thomas y Jan, los dos alemanes del grupo, y nos aventuramos a visitar los distintos festivales que la ciudad ofrece: los dos festivales africanos, el festival multicultural de mayo o el de los museos en agosto. Nuestra estrategia es siempre la misma, llegamos a eso de las siete y media o las ocho, cuando empiezan las mejores actuaciones y nos quedamos hasta poco después de la medianoche, cuando los grupos tienen que terminar sus conciertos al aire libre, debido a la estricta reglamentación alemana al respecto, que garantiza que los vecinos puedan dormir, también en estas semanas excepcionales de festivales, a partir de las doce de la noche.

El primer festival en el que participé en Frankfurt fue pocos meses después de mi llegada a la ciudad. Se llama “Africa Alive” y mi instituto de entonces participaba un día entero acogiendo y

organizando actuaciones, así como ofreciendo diversos talleres a los alumnos de nuestro y otros institutos. Fue un día abierto a todos los públicos.

En esa ocasión, por el empeño e intervención del entonces señor Trujillo, mi madre y mi hermana bailaron al ritmo del tambor, que yo tuve que tocar, por mandato imperial de mi querida progenitora. Aunque en un principio no quería verme involucrado en tal espectáculo, ya que en pocos meses me había forjado en el instituto una imagen de tipo duro y seductor, que no quería estropear, cedí en último momento ante la voluntad inalterable de mi madre.

Para mi sorpresa, tal espectáculo no dañó mi imagen, sino todo lo contrario, un par de chicas mostraron interés en mi persona tras la actuación y no me fue muy difícil cambiar de novia.

Mi hermana también fue centro de atracción, algunos chicos y chicas de su edad se acercaron para felicitarla tras la actuación y le preguntaron su nombre, de dónde era y cuándo había llegado aquí. Seguramente mi hermana hubiera sido más feliz en mi instituto lleno de alumnos caóticos y con un par de profesores fuera de lo corriente, como el señor Trujillo, que en el suyo.

Seguí encontrándome esporádicamente con Liliana, como mucho dos veces al mes, cuando su hija pasaba el fin de semana con su exmarido. Su situación personal no permitía más encuentros: separada, con una hija de seis años, con un negocio propio que administrar. Para mí era una situación cómoda. La relación no me absorbía, ni me quitaba el tiempo que necesitaba para mis estudios, para salir con los amigos y para seguir escribiendo sobre mi familia. Liliana, que tenía casi diez años más que yo, no esperaba mucho de mí y yo tampoco demasiado de ella. El par de días al mes que pasábamos juntos eran intensos, pero también repletos de cordialidad y buen humor; nos llevábamos bien, Liliana tenía buen sentido del humor, nos reíamos a menudo y entablábamos temas de conversaciones interesantes. Una mañana, en el desayuno, después de una noche vehemente y apasionada, le conté sobre mi proyecto, aunque no sabía lo que una peluquera podía opinar.

—Interesante —me contestó—. A lo mejor un día de estos te cuento mi historia para que me la conviertas en novela o relato corto.

—Bueno, ¿a qué esperas?

—Hoy no, Ismael. Vas a tener que irte pronto. He quedado con Regina para dar una caminata en las montañas del Taunus y comer algo en un restaurante.

—¿Regina? Perdona mi sorpresa, pero la noche que os conocí no me dio la impresión de que fuerais amigas, parecía más bien una salida fortuita. Sois tan distintas.

—Y tú y Juan también. ¿Quién iba a pensar que dos hombres tan dispares en aspecto, carácter y edad fuerais amigos?

—Pues también tienes razón.

—Mira, Regina y yo, aunque no lo parezca, tenemos bastantes cosas en común: un primer matrimonio fracasado, nuestro amor por la salsa y el merengue, el interés por la moda y la salud, y también por el cine.

—Ya veo...

—Creo que os habéis hecho una imagen equivocada de Regina después de esa noche. Es más tolerante y abierta de lo que dio a entender. Esa noche tuvo una subida de tono.

—Y que lo digas —opiné.

—Pero ella es chévere, se puede contar con ella cuando te sientes mal. Solo hay que encontrar las cosas que tienes en común con ella y no con las que te diferencian, entonces ves lo mejor de ella, la amistad verdadera, la lealtad... Aunque no me creas, te diré que Regina es genial.

—Te creo —dije con poca convicción.

—No estoy tan segura.

—Sí, de verdad —afirmé—. ¿Por qué no va a haber puntos en común en personas tan diferentes?

—Sabes, Ismael. Muchos de los problemas que tenemos hoy en día con la gente que nos rodea, no radican en que seamos tan diferentes que no nos podamos entender con ellos, sino en que somos incapaces de encontrar un punto de encuentro con ellos —me dijo antes de darme un beso y anunciarme con su sonrisa que era el momento de despedirse—. La próxima vez que vengas —añadió— podemos continuar con esta conversación, a lo mejor resulta que tenemos más lugares en común de los que tú piensas, o quizás más diferencias.

Mi familia es como Frankfurt: un cruce de culturas, de nacionalidades, de razas y religiones, de formas de entender el mundo, de caracteres diferentes, de opiniones encontradas, que viven bajo el mismo techo expresando y discutiendo sus diferencias, casi siempre de forma ejemplar, intentando encontrar un punto de confluencia, cediendo, acercando posiciones.

En el año 2010, cuando mi familia se instaló en Frankfurt y yo tuve que cursar mis estudios en ese instituto con dudosa fama, me llamó mucho la atención la mezcla de culturas, religiones, razas y las tan diferentes formas de entender la vida que había en la ciudad, algo que era particularmente visible en mi instituto, donde la mayoría de los alumnos eran de procedencia extranjera o de matrimonios mixtos.

Venía de una ciudad, como Madrid, con su reputación de ciudad de y para todos, donde conviven diferentes gentes y pueblos de España, de Europa, del mundo. Había cursado mis estudios de secundaria en un instituto de Madrid que no estaba ubicado precisamente en barrio pijo, sino en uno popular, de clase media, más bien baja, como San Blas, pero, aun así, la mayoría de los alumnos eran de familias españolas, aunque solo algunas de ellas eran madrileñas de toda la vida, otras provenían de diversas regiones de España. Había también bastantes alumnos hispanos y otros cuantos marroquíes, con los que convivíamos bien.

En Frankfurt pasa algo parecido, hay muy poca gente que pueda presumir que viene de una familia arraigada en la ciudad hace siglos, casi todo el mundo viene de otro lugar o lleva como mucho un par de generaciones viviendo en la ciudad, casi todos, aunque sean de procedencia extranjera, como yo, se terminan haciendo a esta ciudad, carente de una imagen única y distintiva, multicultural, multilingüe, crisol racial por un lado, pero por otro también muy alemana, muy conservadora, escéptica ante los cambios, poco tolerante con las diferencias y mostrando cierto recelo hacia los forasteros que residen en ella, aunque no hacia los turistas.

—Ese es el futuro de esta ciudad: la diversidad, la mezcla —dice Juan, que siempre tiene una opinión para todo—. En Londres hace mucho tiempo que ser inglés de toda la vida es una excepción, y hacia allá va Frankfurt, aunque le quede todavía camino que recorrer.

—No sé —le digo yo—. Los alemanes son muy conservadores para muchas cosas y el que es extranjero lo sigue siendo por generaciones: hijos, nietos, bisnietos... No creo que Frankfurt

llegue a estar tan mezclado como Londres —le digo— ni que se acepte como francfortés al que ha nacido aquí, si procede de una familia de inmigrantes. En Londres no es así.

—¡Sí, ya verás! ¡Es solo cuestión de tiempo! —contesta Juan con su acostumbrado optimismo.

Ahora, en un momento en que la población alemana está estancada, Frankfurt es una de las pocas ciudades que crece en superficie, en población, en diversidad. A ambas orillas del Meno se escuchan más variopintas lenguas, se ven diversas gentes, diferentes clases sociales se sientan en los cafés en torno al centro o comparten asientos en el metro. Incluso en el barrio más elitista de Frankfurt, Westend, lleno de villas señoriales, en donde se han ubicado los consulados de muchos países, hay viviendas de protección oficial para los menos favorecidos. En la ciudad ya no hay guetos oficiales, aunque en algunos barrios más modestos o con mayor proporción de población extranjera, da la impresión de que no se está más en Alemania, sino en Turquía o Marruecos, por el aspecto de sus habitantes, por sus comercios, por tener peores infraestructuras y por encontrarse más basura que en otros lugares. A veces en esta ciudad las diferencias entre uno u otro individuo son difíciles de conciliar y no faltan los conflictos, las malas palabras, la intolerancia y los prejuicios, pero por lo general la convivencia sobrevive y se afianza en todos y cada uno de los barrios de la ciudad.

A veces pienso que mi vida o la vida de mi familia, una familia que no son solo mis padres y mi hermana sino también todos nuestros antecesores, es como un mapa, un mapa que ha diseñado la historia y nuestro destino, sin nuestro consentimiento, un mapa que nos sitúa en diferentes continentes, un mapa con fronteras, dividido, fraccionado, que nos une y nos separa al mismo tiempo: Namibia, Alemania, Guinea Ecuatorial, Inglaterra, España, las Américas...

Así me siento yo, como un mapa, con diferentes identidades que, aunque quieran, aunque lo intenten, no llegan a confluír o hermanarse plenamente, un mapa que no ha elegido tener fronteras, que se le han impuesto, acotado por montañas, por mares o, como Frankfurt, por dos ríos.

Liliana resultó no ser tan simple, ni tan banal como se suele esperar de una peluquera, siempre hablándonos de moda, sacando a colación los últimos cotilleos de la ciudad o demasiado preocupada por su maquillaje o “estilo”. No me dejaba de asombrar por sus reflexiones sobre la gente, o por su extenso conocimiento sobre cine o teatro.

—Tenías razón —le dije una mañana de domingo mientras desayunábamos cómodamente—. No dejas de sorprenderme, tienes mucho más en la cabeza que algunos alumnos de la universidad.

—Es que tengo diez años más que ellos, una hija y una vida más complicada de lo que uno desearía tener... Si me hubiera quedado en mi país seguramente otro gallo me habría cantado y habría estudiado en la universidad. En Colombia era muy buena en la escuela, aquí sin embargo...

—¿Qué pasó? ¿Cuándo llegaste? —le pregunté.

—Bueno, yo llegué aquí con quince años, a un pueblecito cerca de Gelnhausen, llamado Geislitz. Venía de Barranquilla, que es una señora ciudad, y me vine a vivir a un pueblo pequeño, conservador, en el que todos se conocían y no había posibilidad de pasar desapercibido,

en el que los extranjeros, como nosotros, provocaban recelo entre sus habitantes, y en el que había una cuadrilla de jóvenes rapados al cero, con pulseras con tachuelas y pantalones ajustados, que amenazaba a cualquiera que fuera mínimamente liberal o distinto a ellos. Fue un cambio tremendo.

—¿Con quince años? Casi como yo, yo llegué con diecisiete, pero para mí el cambio no fue tan difícil—le comenté.

—Es que viniste directamente a Frankfurt y no a un pueblo minúsculo como yo.

—Sí, tuve suerte, pero me costó un tanto colarme en la universidad —admití.

—Pues debes de ser un superdotado o algo así, porque llegar tan tarde y lograr estudiar en la universidad no es lo normal aquí.

—Bueno, es que mi padre es alemán y algo hablaba. Eso me ayudó —admití.

—Pues yo vine sin saber nada, y eso creo que marcó mi destino aquí.

—¿Y cómo fue que viniste?

—Mi madre era viuda y conoció a un alemán en Barranquilla. Un tío bien paradito, muy formal, de poco salir, trasnochar o empinar el codo. Creo que eso fue lo que le atrajo a mi madre, sus buenas intenciones, su honestidad y su fidelidad. Era mecánico cualificado, de esos que se dedican a arreglar maquinaria pesada. Venía todos los años, se quedaba tres o cuatro meses, arreglando y supervisando las máquinas, volvía a Alemania por el resto de año. Mantuvieron ese tipo de relación por tres años, lo que duró el proyecto para el que él trabajaba, entonces, como no iba a regresar más a Colombia le propuso a mi mamá que se casaran. Y ella aceptó, con la condición de que mi hermano, que tenía diecisiete años, y yo, en plena pubertad, nos viniéramos a Alemania también.

Al principio vino solo mi madre y nosotros nos quedamos con nuestra abuela para terminar el curso escolar, que en Colombia termina en diciembre. Volamos unos días antes de Navidad y aterrizamos en el aeropuerto de Frankfurt. Hacía un frío al que ni yo ni mi hermano estábamos acostumbrados y el cielo era tan gris que me eché a llorar.

—¿Y cómo se te hizo el primer año en Alemania? —pregunté, interesado en la historia de Liliana.

—¿Qué te puedo a decir? Desastroso. No fuimos a la escuela de inmediato. Nuestro padrastro dijo que aprendiéramos antes algo de alemán, e íbamos un par de veces a la semana a un curso. A los tres meses de estar aquí recibimos una carta de las autoridades alemanas “invitándonos” a abandonar el país de inmediato. Habíamos entrado con una visa de turista o de visitante que había vencido, y si no salíamos de inmediato nos extraditarían. Mi madre, que había recogido la carta del buzón y se la había hecho traducir por una española que vivía en el pueblo, montó en cólera. ¿Cómo era posible que tuviéramos que abandonar el país? ¿No habíamos venido para quedarnos?

Lo único que se podía hacer para evitar la extradición era que el esposo de mi madre nos adoptara. Él se negó en principio. No tenía costumbre de tener hijos, y menos ya tan mayores, y le dijo a mi madre que no sería un buen padre. Le propuso que volviéramos a Colombia y que mi mamá volara con regularidad a visitarnos. Mi mamá se negó. «Si ellos se tienen que ir, yo también me voy y, además, pido el divorcio.», le dijo mi madre.

—¿Y....? —pregunté interesado por oír el final de la historia.

—Bueno, él cedió, por eso estamos aquí.

—¿Qué tal los siguientes años? —le pregunté.

—Malos, para que te voy a engañar. Había gente con la que no me podía relacionar por las

barreras que crea el idioma o por otro tipo de barreras de las que prefiero no hablar. Yo, que nunca he fumado y tomo bien poco, me junté con una pandilla de jóvenes que fumaban y bebían. Y solo por sentirme aceptada en un grupo fumé y bebí también. Detestaba el lugar donde vivíamos y muchas veces deseé haber vuelto a Colombia, con o sin mi madre.

Los años pasaron. Mejoró mi alemán y me matriculé en una academia en Frankfurt para sacarme el título de peluquería y cosmética. Al principio iba y venía. Cuando empecé con las prácticas pagadas me vine a vivir a la ciudad. Y aquí me tienes.

—Perdona si te pregunto algo delicado —dije—. ¿Fue el esposo de tu mamá un buen padre?

—Bueno, dentro de lo que cabía esperar lo fue. Nos trató con respeto y se preocupó de que termináramos los estudios mínimos, aunque nunca fue muy afectuoso, pero creo que así era incluso con mi mamá, manteniendo siempre las distancias. No me quejo de él, aunque hay cosas que nunca llegué a comprender. Mi madre, que tenía casi cuarenta años, le preguntó o propuso que tuvieran hijos, y él le dijo que no, que un hijo costaba demasiado dinero y que quería que ellos disfrutaran un poco con buenas vacaciones y un buen coche. Como mi mamá nos tenía ya a nosotros no le discutió, pero todavía le asombra esta respuesta.

Liliana le dio un sorbo al café y continuó.

—No me puedo quejar, me hice a Alemania. Terminé mi formación. Empecé a trabajar a tiempo parcial y aproveché que me quedaba tiempo para continuar formándome como fisioterapeuta. Me casé. Mi marido, que venía de una familia de dinero, me ayudó a ser autónoma y a montar mi propio negocio. Como ves, no soy una peluquera cualquiera... Luego, nuestra relación se fue a la porra... —me dijo con una mueca de tristeza.

Decidí no seguir preguntando. No me quería meter demasiado en las relaciones pasadas. A veces es mejor no escarbar. La abracé.

—Mi hermano no se adaptó nunca y se volvió a Colombia —añadió Liliana—. Mi madre también tuvo problemas con el idioma, con la frialdad y con el desdén que los alemanes le mostraban, pero decidió quedarse aquí con su pareja. Con el tiempo, ahora que su marido se ha jubilado, mi madre ha logrado encontrar cierta estabilidad o, mejor dicho, felicidad, viviendo seis meses aquí, en Alemania, y seis en Barranquilla. Es triste, ¿no?

—¿Qué? —pregunté.

—Que ni mi madre ni mi hermano se adaptaron o integraron al país, aunque lo intentaron. No les faltó voluntad o deseo, pero no pudieron. No se sintieron nunca aceptados.

—Integrarse no es tan fácil como muchos piensan. Hace falta voluntad por nuestra parte, y comprensión por la otra parte, uno no termina de perder su identidad por mucho que se asimile al nuevo país y en el caso de tu madre, no es posible hablar como un nativo. A veces pienso que eso es lo que esperan aquí de nosotros, demasiado, un imposible.

—No sé Ismael —contestó Liliana—. No sé dónde termina la voluntad de integrarse, y dónde empiezan esas cortapisas, que son demasiado arduas para superarse. Todos somos distintos, hay gente con más y con menos voluntad, con más y con menos tolerancia. Creo que la mayoría que llega aquí a este país viene con ilusiones, con deseos de aprender el idioma y de ser parte de su nueva comunidad, de que le acepten y le quieran. Para algunos, sobre todo para los que no recibieron una buena educación en su lugar de origen, aprender la lengua de Goethe es una labor bien difícil, y es imposible que lleguen a comunicarse con soltura y elegancia, sobre todo si llegaron aquí ya siendo adultos. Algunos alemanes no comprenden que la edad y la educación les impide adquirir bien el idioma y que habrá siempre casos como el de mi madre, que no llegarán más que a un buen nivel básico. Lo que no se puede esperar, como tú bien dices y ciertas

personas esperan, es que manejemos el idioma igual que los que han nacido en este país, después de que llevemos algún tiempo aquí; creo que si se conformaran con que aprendiéramos los códigos de comportamiento y que actuáramos consecuentemente, aunque nos comunicáramos algo burdamente y no nos miraran con cara rara, o incluso de forma despectiva cuando nos oyen hablar con acento, se conseguiría que algunas de las comunidades, como la turca, que tienden a cerrarse y a relacionarse sólo con los suyos, se mezclaran más con los otros grupos y se sintieran realmente parte del país, de la ciudad.

Frankfurt es una ciudad entre dos ríos: el Meno es un río grande rodeado de altos rascacielos, señorial, con tráfico naval y dos puertos, un río que se une al Rin, un río grande que va camino a la mar; el Nidda es un riachuelo que bordea un par de barrios en la ciudad, barrios que más bien parecen pueblos, que, de hecho, fueron en algún momento de la historia aldeas con una pequeña comunidad.

Frankfurt es un crisol racial, aunque el diálogo entre sus habitantes sea difícil: diferentes lenguas, diferentes clases, diferentes formas de ver la vida, mucho o poco esfuerzo por aprender del otro sin dejar de ser uno mismo, o de aceptar y comprender al otro como es, sin exigirle que sea como pensamos debería ser, y esto es algo que ocurre tanto entre los alemanes como entre determinadas comunidades de extranjeros, diferencias insalvables.

Frankfurt podría ser ciudad refugio, hogar para muchos, la Atlántida perdida, pero es más bien una ciudad de altos rascacielos, con dos ríos que dividen más que unen, el Mainhattan europeo en el que muchos sueños empiezan y terminan. De esta metrópolis no se puede decir “de Frankfurt al cielo”, por muy cerca que sus torreones estén del sol, porque al final siempre chocan con las nubes, porque al final las voces de los que aquí vivimos se pierden en el purgatorio o no se entienden, porque al final, sin quererlo, hacemos de nuestra Atlántida una torre de Babel.

Frankfurt podría ser la urbe luminosa, ruidosa, colorida, multirracial, multilingüe y multicultural que presentan sus distintos festivales, mostrar su cara más radiante, ser una ciudad fluvial, la capital alemana, el centro de Europa, su corazón, no solo económico, brillar con luz propia; pero Frankfurt esconde demasiadas penumbras tras las fachadas, hay demasiados fantasmas en sus parques, sombras que yo había descubierto sólo en parte.

IX. SOBRE POESÍAS Y SOMBRAS

Theodor Adorno dijo que «escribir poesía después de Auschwitz era un acto bárbaro, una atrocidad», algo que yo interpreto como que es imposible crear algo bello tras la devastación material, humana y anímica en la que el pueblo judío y gran parte de la humanidad se vio sumida después del Holocausto, que ha de pasar bastante tiempo hasta que los que sufrieron y sobrevivieron tal horror puedan expresarse y que cuando estos lo hagan no será posible “hacer poesía” sino solo transmitir dolor y trauma. Esa frase de Adorno fue igualmente el punto de partida de un debate que sigue hoy vigente: ¿Se puede tratar o hablar de los horrores, del gran genocidio, de una forma poética? ¿Se puede crear una obra de suficiente altura literaria sobre lo que acaeció en los campos de concentración? La respuesta fue, por mucho tiempo, no.

En 1996 fue cuando se editó el libro de Anne Michaels *Piezas en fuga* (Fugitive Pieces), la historia de un niño judío, Jakob, que es rescatado de una muerte segura por un arqueólogo griego, Athos, quien asumirá para el chiquillo el papel de mentor y padre, quien le intentará guiar, colmar de amor, llevarle a otros países, a otros continentes, en donde el niño pueda olvidar lo pasado, logre enterrar sus memorias y encuentre un sucedáneo de hogar. Estos esfuerzos, sin embargo, no sanarán el trauma que sufrió Jakob al ver cómo sus padres eran ejecutados y su hermana arrestada por los soldados alemanes y conducida a un lugar incierto, solo le harán enterrar el pasado, pero no olvidarlo. Las pesadillas le perseguirán por las noches y le llevarán una y otra vez a revivir lo ocurrido. Será él mismo el que más tarde, escribiendo poesías y un diario personal, logrará mitigar los tantos años de dolor, de trauma. Con esta tesis de Anne Michaels de que la poesía y la literatura tiene un poder curativo y de que es posible aproximarse al tema del Holocausto sin difundir únicamente suplicio y angustia, sino también un hálito de esperanza, la cuestión de si se podía escribir algo poético tratando el tema dio un giro de ciento ochenta grados.

Yo leí este libro en uno de mis cursos de la universidad, algo que creo haberos contado, y como Juan me vaticinó, ese seminario y en especial el libro de Michaels fueron para mí, junto con el encuentro y noviazgo de Isabela con mi antiguo amigo Tim, el punto de partida de esta novela.

A veces abro el libro y leo algunos de mis pasajes favoritos:

«Algunas piedras son tan pesadas que solo el silencio te ayuda a llevarlas.»

«Ya conocía el poder del lenguaje para destruir, omitir, obliterar. Pero la poesía tiene el poder de restaurar...»

Podría citaros muchas más frases, que más que prosa son poesía, más sentencias que me hicieron reflexionar sobre la saga de mi familia, sobre la figura de mi padre, tan silente, y pensar que había una razón para tener ese carácter retraído, que tal vez era la única forma de hacer que esas memorias familiares fueran llevaderas. Tras analizar a fondo el libro y leer las críticas y los estudios que se habían publicado sobre él, recapacité y decidí que el mejor modo de restablecer los recuerdos de mi familia, pese a que yo no había versificado en mi vida, era la poesía, entendiendo como poesía no los poemas, sino las metáforas, las analogías, las hipérboles, las personificaciones, los paralelismos... y narrar en la medida de lo posible como hacen los poetas evitando descripciones explícitas.

Hojeo el librito de Rosa Wasserman. Fue, como dice Juan Trujillo, una poetisa que prometía, pero que murió demasiado joven, dejándonos solo este único ejemplar que yo poseo. Uno de mis poemas favoritos se titula memoria, y su traducción sería algo así:

Memoria,
no preguntes lo que recuerdo,
ni me pidas que te descubra
calamidades y silencios,
que enterré tan profundo,
que ya no sé si son ciertos.
Memoria,
llévame de la mano a otros puertos,
revélame dónde habita mi aura,
dónde evocar los más bellos anhelos,
dónde comienzan las huellas
que nos colman de esperanza,
donde terminan los pasos
que seguimos con suspicacia.

Memoria,
déjame acurrucarme
sin teñirme de sombras,
déjame acomodarme,
méceme con tus olas.
Concédeme deseos, confianza,
ilumina semejanzas.

Memoria,
no recuerdes las tinieblas
cuando adornes el futuro
en las mentes o en la tierra.

Rosa era una verdadera optimista y estaba tan ilusionada que el porvenir se le hacía sin guerras ni sombras, con la certeza de que los pasajes oscuros del pasado quedarían tan enterrados, que nunca se repetirían. Me habría gustado que no se hubiera equivocado, pero las tinieblas del ayer, aunque se puedan combatir con recuerdos hermosos, aunque se puedan sepultar en el olvido necesitan emerger de un modo u otro, porque necesitamos recordarlas y analizarlas para sanar nuestra alma, es parte del proceso de curación.

Estaba a punto de destapar el pasaje más tenebroso de la historia de Frankfurt.

Siempre me he preguntado por qué mi padre se esconde detrás de ese carácter abúlico y silencioso, por qué se presenta como un ser absorto y despistado, que no se percata de lo que pasa a su alrededor o se olvida fácilmente de lo que ha ocurrido, es, seguramente, como bien señaló Anne Michaels en una de las frases que os he citado anteriormente, porque hay penas y dolores que oprimen de tal manera que solo se pueden acarrear en silencio.

Desde que Isabela está en Inglaterra, y como mi madre pasa más tiempo en el extranjero que en casa, son muchos los momentos que mi padre y yo compartimos. Me he acostumbrado a respetar su mutismo, cuando presiento que lo necesita y que no quiere hablar, y a conversar con él cuando le descubro risueño, con una mirada que invita a charlar.

—¡Buenos días, Ismael! —me dijo uno de esos fines de semana que yo había pasado en casa—. Como vi que estabas —continuó— decidí acercarme a la panadería a comprar algunos panecillos y un par de pasteles para la sobremesa. Llevamos algún tiempo sin conversar.

—Tienes razón, los trabajos y ensayos finales que preparo para la universidad me absorben mucho tiempo.

—No creo que solo sea la universidad —observó—. Pasas algunos fines de semana fuera de casa. Nunca me cuentas nada sobre esa chica. Tu madre ya te habría bombardeado a preguntas. Ya sabes que yo no me meto en tu vida, prefiero que tú mismo me cuentes, pero esta vez te voy a preguntar. ¿Hay algo que deba saber? A veces me preocupa verte tan ausente.

—Tengo una relación, una aventura o algo por el estilo. No es nada formal, por el momento, y tampoco me da problemas. Ella es algo mayor que yo, pero no te debes preocupar —le comenté—. Además —añadí—, esta no es la única razón por la que me falta el tiempo, por la que hablo poco contigo o a veces me muestro algo distante, sigo escribiendo lo que cada vez se parece más a una novela, y eso me roba mucho tiempo y energías. He estado repasando algunos pasajes que ya había redactado: la misteriosa desaparición de Ilias Wasserman, Zackarias, su esposa y todos sus hijos, la muerte de Johannes y la del abuelo Jürgen, la enfermedad de la abuela y el protagonismo de esta ciudad en esos acontecimientos, el modo en el que esta urbe rige nuestras vidas, las desgracias acaecidas... Parecerá absurdo lo que digo, pero me pregunto que si el alzhéimer que padece la abuela no tiene algo que ver con todos esos acontecimientos tristes, si no ha sido un modo de liberarla de los recuerdos que más daño le hacían.

—Ismael, ¿cómo puedes pensar que tal enfermedad es una liberación?

—Perdona —me disculpé—. No me he expresado bien. La abuela no había tenido una vida fácil, no después de que estallara la guerra. Desde ese entonces ha tenido que enfrentarse a diversas hostilidades, adaptarse a vivir en un país que le debió resultar extraño, aceptar que su madre y su hermano habían desaparecido, o quizás muerto, y que no le quedaba más familia que su padre, ya que el resto de los familiares que tenía en Frankfurt habían sido asesinados. Y cuando su vida estaba de nuevo enderezada, con el abuelo Jürgen, sus hijos y sus nietos, un accidente que nunca debía haber ocurrido se llevó a su hijo Johannes e indirectamente a su marido. Creo que todos estos penares le debieron pesar demasiado, porque no había hablado de ellos, porque no había superado el dolor y el trauma, y tengo la impresión de que todo ello ha incidido de alguna manera en su salud, en la aparición de su enfermedad.

—Ismael, las memorias no causan la demencia senil. Hay otras causas de las que hay suficientes pruebas médicas...

—Ya lo sé —le interrumpí—. Pero te recuerdo que tú también me dijiste una vez que a tu padre Jürgen no le mataron sus enfermedades, sino el silencio, y yo comprendí y acepté lo que tú me dijiste por muy poco científico que me pareciera. Mira papá, dicen que hay gente que después de un trauma profundo, o de estado permanente de estrés o ansiedad, padece cáncer. Aunque no se pueda probar científicamente que haya una relación entre causa y efecto, sí hay indicios de que el estado anímico puede influir en la salud, causando enfermedades o, a veces, curándolas.

Mi teoría no es muy diferente, ese largo acarrear recuerdos y pesadumbres de las que nunca se ha liberado, que ha callado, puede que de una forma indirecta le hayan causado la enfermedad.

—Comprendo, Ismael, hablas de ese silencio que mantenemos y que de muchas y diferentes maneras nos lesiona, nos mutila. Pero sigo sin creer que esas sean las causas de la enfermedad senil de tu abuela. Tú no la conociste tan bien como yo. Ella, aunque pareciera tan poquita cosa, hablaba bastante, demasiado me atrevería a decir, dada la época en que vivió, conviviendo con una generación incapaz de expresarse, de asumir lo que había pasado, que recurría con frecuencia a omitir lo que había sucedido, o a hacer como si no lo supiera. Cuando yo tenía once o doce años tu abuela descubrió, después de años de búsqueda, lo que había pasado con sus antepasados perdidos y no pudo retenerlo para ella. Como yo era el mayor de sus hijos decidió desfogar sus penas, liberarse de esos fantasmas, de esas pesadillas conmigo, me llevó por todas las esquinas de la ciudad, me habló de Rosa Wasserman, de su abuelo Zackarias, del desaparecido Ilias y de sus tíos Moses y Josef, tu abuela me confrontó con horrores que yo no quería conocer y que, por mi edad, no estaba preparado para asimilar. Fue como si absorbiera un manto de oscuridad espeso, que después no supe cómo disolverlo, cómo hacer que se fuera.

Me miró, exhaló un suspiro y continuó:

—Si queda alguien acechado por los silencios y las sombras soy yo y no la abuela —afirmó.

—Pero me has ido contando, te has ido liberando...

—Sí, pero de una parte de la carga, hay bastante lastre que sigo arrastrando, del que no he hablado con nadie, ni siquiera con tu madre.

—¿Y conmigo? ¿Lo harías? —le pregunté.

—Sé que te he contado algo, pero no quiero narrar más, deseo que brilles, Ismael —me contestó—. Tengo miedo de que te conviertas en la persona algo taciturna y torpe en expresar sus sentimientos que soy yo, que seas otro rey de las sombras si te desvelo todo lo que sé sobre el pasado de nuestra familia.

—Me arriesgaré a que eso ocurra.

—No quiero correr ese riesgo. Tendría que confesarte cómo me siento, y ya sabes que yo no soy bueno mostrando mi lado sensible.

—No creo que seas tan torpe expresando tus sentimientos, solo te lleva un poco más que a otros. Deberías animarte y hablar sobre ti más a menudo. Y tampoco eres el rey de las sombras. —O el príncipe de las catacumbas, pensé.

—Puede ser, pero me he acostumbrado a ser reservado y no quiero cambiar. Soy ya demasiado viejo para intentarlo. Además, me siento más abrigado, protegido, cuando comunico poco, no me gusta exponer todas mis preocupaciones. No quiero que os sintáis lastrados por el pasado, que el dolor os vuelva indecisos u os debilite.

—Pues a mí me parece que sería bueno que hablaras y mostraras de una vez cómo te sientes realmente, cómo te ha influido ese pasado. Llevas demasiado tiempo rumiando esas memorias, déjalas salir a todas, abre la puerta y permite que los monstruos del pasado se larguen para siempre. Confrontarlos, es el único modo de aniquilarlos. Yo te escucharía, papá.

—Lo sé, pero no creo que sea bueno para ti.

—No te preocupes, estoy preparado. Y si quieres que continúe con la novela deberías hacerlo.

—Déjame que me lo piense. A lo mejor tienes razón. Y, tú, piénsatelo también porque si continúo hablando te llevaré al mismo corazón de las tinieblas, que sigue aquí, proyectando su sombra, en el mismo centro de esta ciudad. ¿Estás preparado?

—Sí —afirmé.

En el libro *Piezas en Fuga* los protagonistas, Athos y Jakob, pasean por la ciudad de Toronto. Athos le va descubriendo a Jakob la historia invisible de la ciudad, una metrópolis que puede que ahora sea santuario para tantos refugiados e inmigrantes, pero que tuvo su pasado oscuro, un ayer que se proyecta casi hasta el presente: la matanza y el abuso de su población indígena, un genocidio que no ha sido reconocido por las autoridades.

Frankfurt no es muy distinto.

Mi padre es, en parte, como Athos, siempre guiándome por la ciudad de Frankfurt, mostrándome lo oculto, lo que se escapa a nuestros ojos. Mi padre, que ha portado por demasiado tiempo el lastre del pasado.

El domingo me levanté temprano y decidí ir a comprar el pan. Quería prepararle a mi padre un buen desayuno, de esos que te recargan de energía y fortaleza. Intuía que el día iba a ser difícil, que me guiaría nuevamente por la ciudad de Frankfurt, enseñándome lugares que nos invadirían de desasosiego. Tenía, sin embargo, la certeza de que mi padre necesitaba contar lo que sabía para liberar esos monstruos pretéritos que le habían acompañado demasiado tiempo. Mi padre se sorprendió cuando vio la mesa preparada esperándole.

—¿A qué debo el honor, Ismael? —me preguntó—. Creo que hoy no es mi cumpleaños.

—Pensé que necesitábamos acopiar fuerzas antes de dar ese paseo hacia el corazón de las tinieblas de Frankfurt.

—No estoy seguro si deberíamos. Hay acontecimientos que envenenan, que pueden llegar a matar.

Recordé otra vez cómo el abuelo Jürgen murió tras sufrir múltiples enfermedades, todas ellas las padeció después de la muerte de su hijo Johannes y, aunque la medicina nos diga que no hay una probada relación entre un trauma no curado y la aparición de un cáncer, tampoco hay prueba alguna que deniegue esta relación. Pensé en el personaje de Athos, de la novela *Piezas en Fuga* y en la intensa investigación que hace sobre el periodo nazi, cómo remueve cielo y tierra buscando el paradero de Bella, la hermana desaparecida de Jakob, y cómo fallece de repente en su misma mesa de trabajo, dejando su investigación inconclusa, rodeado de centenares de documentos que solo hablan de tenebrosidad y de crímenes. «No solo el silencio —pensé—, son también los fantasmas, los horrores del pasado, los que nos matan.»

—¿Y tú? —le cuestioné—. ¿No eres tú el que deberías preocuparte por ti, por haber arrastrado por tanto tiempo esa carga? ¿No podría también pasarte como al abuelo Jürgen? ¿No va siendo hora de que sueltes lastre?

—Por mí no te preocupes, me he acostumbrado a la carga, me he acostumbrado a esconderla en las sombras, con sigilo, para que nadie la advierta, para que se me olvide y no la sienta.

—Entonces, por mí no te preocupes tampoco. Con lo que me has contado sobre la abuela, sobre Rosa y sobre otros antepasados, me he ido acercando poco a poco a ese abismo del que me hablas y, créeme, estoy preparado a aproximarme un poco más a él y a examinar lo que hay dentro con precaución, sin caerme.

—Bueno, Ismael, pues desayuna bien —me anunció— y abrígate. Vamos a dar una larga caminata.

Tras el desayuno nos pusimos en camino. Mi padre me pidió que me abrigara y me pusiera las botas de nieve, ya que gran parte del camino lo haríamos a través del parque del río Nidda, un extenso terreno de arboledas y campos que rodea prácticamente toda la ciudad y que ha recibido el nombre del cinturón verde. Era el 8 o el 9 de febrero, recuerdo bien la fecha porque dos años más tarde iría con mi madre al teatro a ver una obra que tenía mucho que ver con este pasado oscuro de Frankfurt, y porque mi padre al final de la caminata me diría que, en esos meses de invierno, durante una larga marcha a través de la nieve, habían sido asesinados sus tíos abuelos Moses y Josef.

Había sido un largo invierno, el primero en los años que llevo viviendo aquí en el que la nieve se había instalado en la ciudad en los primeros días de diciembre y todavía no había abandonado la urbe del Meno. Hacer una larga marcha, tal y como mi padre la tenía programada, a través de caminos no pavimentados y cubiertos de nieve iba a ser extenuante. Me preguntaba por qué quería que camináramos en esas condiciones, iba a comentárselo cuando insinuó:

—Hay acontecimientos que no se pueden narrar sin preámbulo, para los que se necesita mucho tiempo, mucho meditar, si se quieren entender, si se quiere comprender el efecto que tienen para el porvenir de la humanidad. Estoy a punto de contarte uno de esos sucesos, aunque debería no llamarlo así sino asesinato múltiple, crimen contra la humanidad. La caminata me parece necesaria para que tengamos todo el día para conversar y para que midamos nuestras fuerzas físicas en un día tan frío como hoy, para que veamos cómo se siente uno después de haber caminado veinte o treinta kilómetros a pie a través de la nieve, para que imaginemos lo que sería multiplicar esa distancia por diez. Va a durar, Ismael, si no te viene bien, por tus estudios o porque prefieres pasar el domingo con tu novia lo dejamos —me dijo.

—No he quedado con ella y tengo tiempo. Estoy en buena forma física. ¡Vamos papá, comencemos!

Nos dirigimos desde nuestra calle hasta el llamado aeropuerto viejo de Frankfurt, en el barrio colindante de Bonames, que estaba a unos cuatro kilómetros de distancia de nuestra vivienda. Mi padre me explicó que este aeropuerto se abrió en 1945, al final de la Segunda Guerra Mundial, y fue un aeropuerto militar usado por los americanos hasta los años noventa. Hoy en día es un parque de recreo en el que hay un buen restaurante con una espaciosa terraza y que la gente usa para practicar deporte.

—Supongo que te sorprenderá que te traiga aquí y que te preguntes por qué lo hago o qué tiene que ver con esas penumbras de las que te hablo.

—Bien, ¿qué tienen que ver? —le consulté.

—Quizás no demasiado. Los americanos llegaron demasiado tarde a esta ciudad y algunas vidas no se habrían podido salvar si hubiera habido una intervención militar, si se hubiera invadido antes la ciudad, entre otras, las vidas de tus tíos bisabuelos Moses y Josef, que no murieron en Auschwitz, sino cerca de Dachau, y no estuvieron presos en ninguno de los campos de concentración más conocidos, sino a tan solo unos quince kilómetros de donde nos encontramos, casi en el centro de Frankfurt.

Mi padre hizo una pausa, después continuó.

—Es tal vez una idea estúpida, pero cuando me dijiste esta mañana que querías hacer el viaje a los tiempos tenebrosos se me ocurrió hacer una ruta a la inversa, empezando con los estadounidenses que no llegaron hasta 1945 aquí y tardaron tanto en liberar a la ciudad de Frankfurt de la barbarie. Si Europa hubiera hecho un frente común con países como Francia o Inglaterra mucho antes, con los primeros signos de injusticia, si no se hubieran ignorado los crímenes del régimen, si los alemanes no hubieran tragado e ignorado la injusticia, si hubieran tenido coraje en vez de los ojos cerrados, a lo mejor algunos de nuestros familiares habrían sobrevivido. Ahora vamos a otro de los aeropuertos que hubo en Frankfurt — me reveló—. Un lugar que casi nadie sabe que se usó para el despegue y aterrizaje de aviones de combate durante el Régimen de Hitler, te va a sorprender. Te aconsejo que tomemos algo ligero en el restaurante antes de ponernos en camino. Van a ser más más de diez kilómetros campo a través con el frío y la nieve.

—No tengo hambre después del desayuno que hemos tomado.

—Está bien, Ismael. Continuemos.

Eché un vistazo al parque antes de marcharnos, en una de las grandes explanadas que poseía se habían levantado casas prefabricadas donde hoy se alojaban unos cuantos centenares de refugiados, posiblemente en ese mismo lugar colocaron los americanos sus tiendas de campaña o construyeron sus barracas en noviembre o diciembre de 1945.

Frankfurt es una ciudad de parques. Los primeros parques datan de la época de Goethe como el Grünerburg Park, en el barrio de Westend, que se erigió en el centro de la ciudad en el 1789. En 1837 el parque fue adquirido por la familia de banqueros Rothschild, que lo idearon como un parque de estilo inglés con un castillo verde en el centro que le dio su nombre actual (grün significa verde y Burg castillo). Durante la época nazi el parque no solo le fue expropiado a la familia, sino que el elegante palacete verde fue saqueado y destruido.

La concepción de otro parque emblemático como es el Gunthersburg Park, al este de la ciudad, se debe igualmente a la familia Rothschild, que alzó allí su palacete de verano. Los edificios de este parque fueron parcialmente destruidos tras los diversos ataques aéreos que sufrió Frankfurt durante la Segunda Guerra Mundial.

Otros parques, como el quizás más famoso de todos, el Palmengarten, el jardín botánico por excelencia en Frankfurt, fueron parte del concepto de ciudad moderna de los alcaldes Johannes de Miquel y Franz Adiques, una ciudad de espacios abiertos, una urbe que se expandiera en todas direcciones, pero sin aglutinar las viviendas en poco espacio, una metrópolis que cuidara su arquitectura e impulsara la cultura.

El Palmengarten, que está al lado del Grünerburg Park, se inauguró en 1871 y se ideó desde el principio como un jardín botánico y como el centro de encuentro de la ciudadanía intelectual de aquella época. Vivió su época de esplendor desde su apertura hasta la Primera Guerra Mundial. Con el estallido del conflicto, el jardín atravesó penurias económicas y su edificio más emblemático, la Casa de la Sociedad (Gesellschaftshaus), fue bombardeado y destruido en parte durante un ataque aéreo en los últimos meses de la guerra. Durante los años veinte y principio de los treinta, pese a la crisis económica, la ciudad de Frankfurt, que florecía intelectualmente, y que seguía contando con familias como los Rothschild o Städel, que poseían grandes fortunas y contribuían con su riqueza a mejorar la ciudad, hizo acopio de energías y de donaciones para

reconstruir la Gesellschaftshaus. Aunque el Palmengarten no fue nunca devastado por los nazis, entre otras cosas porque la idea de esta reserva natural en el corazón de la ciudad del Meno había sido concebida por Heinrich Siesmayer, que no era judío, sufrió también los efectos del Régimen de Hitler. Durante la Guerra Mundial redujeron casi a cero sus exhibiciones, y me atrevería a decir que en los tiempos del gran dictador no alcanzó la altura de sus mejores años, sus exhibiciones se empobrecieron, por la parcialidad científica del gobierno nacionalsocialista y porque parte del saber sobre botánica venía de intelectuales judíos o de orientación marxista, que en su mayoría salieron del país y se refugiaron en América poco después de llegar Hitler al poder.

Podría nombraros muchos más parques que se abrieron o en los tiempos de Goethe o durante las alcaldías de Johannes de Miquel o Franz Adickes: el Zoo y Bethmann Park, al este de la ciudad; en el norte, Lohrpark; Louisa Park y el parque en el que se alza la torre de Goethe, en el sur. Muchos de ellos nos llevarían al mismo nombre: la familia Rothschild, a la que pertenecía una gran parte de la ciudad, y que también fue la que más donaciones hizo a la misma.

Hay otros parques que se diseñaron en el siglo veinte, en algún momento después de la Segunda Guerra Mundial y algunos de estos fueron sobre terrenos en los que hubo algún tipo de actividad bélica, como el parque del viejo aeropuerto en Bonames, donde los americanos tuvieron su base de aviación militar, o el recientemente inaugurado parque de Europa, en el corazón del Barrio Europeo de Frankfurt, una nueva zona residencial que se ha construido en los terrenos de la estación de mercancías, que durante la guerra se utilizó para el transporte de armamento pesado y donde a lo mejor salieron también trenes con destino a los campos de concentración.

Mi padre me iba a descubrir uno de esos parques que se idearon para enterrar parte del pasado.

Marchamos a lo largo del parque del Nidda, siguiendo casi todo el camino el curso del río encaminándonos hacia el suroeste. Pasamos por las barriadas de Frankfurter Berg, Heddernheim, donde vivieron mis bisabuelos, los padres del abuelo Jürgen, Eschersheim, donde vivimos ahora, Nordweststadt la parte noroeste de la ciudad, Praunheim, Hausen, donde hay una sala de conciertos de grupos alternativos en donde de vez en cuando me dejó caer con Juan, Rödelheim, un barrio obrero que en los últimos años se ha revalorizado y ha ido atrayendo a más y más clase media. Cuando llegamos a la siguiente barriada, Nied, mi padre me indicó que torciéramos a la derecha y que atravesáramos el bosque que hay en este distrito de la ciudad. Allí la nieve nos cubría como veinte centímetros. Noté cómo la humedad calaba en las botas, pese a que fueran a prueba de agua, y sentí cómo mis pies se iban enfriando. Miré la aplicación que tengo para medir distancias y calorías gastadas, habíamos recorrido desde que dejamos el viejo aeropuerto de Bonames más de diez kilómetros en dos horas y media, y unos quince en total desde que salimos de casa, sin pausa y con algo de conversación intercalada con silencios. Empezaba a estar algo cansado.

Durante esta marcha, mi padre me había contado lo difícil que fue para él su infancia y adolescencia, porque sus padres no eran los típicos padres de esa época que callaban y se refugiaban en el trabajo, sino que hablaban y criticaban más o menos abiertamente lo que había pasado. Mi abuela quería saber cómo y dónde habían muerto sus parientes alemanes y removió cielo y tierra para averiguarlo. Mi abuelo, que pensaba que el Régimen de Hitler fue el que mató

a su padre, el que asesinó más o menos directamente a cientos de miles de jóvenes que fueron enviados a una misión suicida, en una guerra perdida, y que, además, aniquiló el espíritu de una nación, que enmudeció y quedó sin voz por décadas, no tenía pelos en la lengua para criticar o encararse si alguien mostraba algún tipo de nostalgia hacia el pasado, mostraba admiración hacia Hitler o se empecinaba en negar o tildar de mentira las atrocidades que se habían cometido y que iban saliendo lentamente a la luz. Esa actitud de mis abuelos le hicieron retraerse, no querer sobresalir en la escuela, ni mostrarse en público. Mi padre deseó tantas veces ser invisible.

A Johannes, sin embargo, no pareció afectarle que sus padres se comportaran de una forma tan extraña, si se comparaba con las pautas de proceder de los progenitores de sus compañeros de escuela, o quizás, pienso yo, simplemente suavizaron su manera de actuar cuando nació su segundo hijo. Johannes fue el hijo que destacaba, el que poseía don de palabra y de gente y esto hizo que mi padre se empequeñeciera aún más, que se recluyera más en sus sombras. Ante la imposibilidad de refulgir junto a la figura de su hermano, decidió salir del país, irse a vivir al extranjero, simplemente para ser él mismo y encontrar su brillo, pero nunca logró hallarlo, al menos no plenamente, porque si en algún momento rozó el resplandor, y esta es solo mi opinión, el decidirse por una mujer como mi madre, que tenía una fuerte personalidad, le quitó de nuevo el protagonismo, y mi padre volvió a quedarse agazapado en el lugar en el que siempre había estado.

En el momento en que nos adentramos en la espesa arboleda de Nied me confesó:

—Tras la muerte de Johannes recapacité sobre mi vida y no vi más que opacidad, aun así, nada cambió y seguí tal cual. Mi padre fue incapaz de ver más allá de su hijo muerto y yo me eclipsé un poquito más. Fue contigo Ismael, durante tu crisis adolescente en Madrid cuando me di cuenta de que tenía que brotar como fuera de esa oscuridad que siempre me había invadido si no te quería perder, si no quería que a ti, de un modo distinto a mí, te arrastraran también las sombras. Empecé a hablarte de la abuela, de Namibia, del abuelo Noah y de todas las memorias que tenían luz propia, y creo que sirvió. Algo más tarde, después de que tu abuelo muriera, de que tu abuela enfermara y de que tomáramos la decisión de mudarnos a Frankfurt, me topé, como tú harías más tarde, con esas reminiscencias, esos objetos y documentos que la abuela Emma había almacenado por tanto tiempo. Y no se me ocurrió otra cosa que meterlos en la maleta y arrinconarlos en el sótano, no quería que salieran de allí, no quería que a nadie le hicieran el daño que a mí me hicieron. Cuando los encontraste me enfadé mucho, ¿te acuerdas?

Yo asentí, en ese entonces supuse que se debía solo al estrés de la mudanza, ahora me daba cuenta de que había otros motivos.

—Fue tu insistencia en saber quién era el otro Ismael, qué significado tenían los amuletos lo que me animó a dejar que todo saliera a la superficie, aun a sabiendas que había cosas de las que no quería hablar, porque eran demasiado oscuras y prefería que se quedaran sepultadas en el olvido.

Mi padre hizo una pausa. No quise interrumpirle, le miré y caminamos unos cinco o diez minutos por la nieve sin intercambiar palabra, dejando que nuestros pies se hundieran completamente en el manto blanco que cubría el sendero y todos sus alrededores y volvieran a emerger con cierta resistencia para sumergirse nuevamente.

—Pero me equivoqué, no hay nada por muy profundo que esté que no pueda resurgir, y no tiene sentido que siga sepultando el pasado, ignorar u omitir ayuda solo a los que no quieren reconocer sus responsabilidades, y a los que acarreamos esta carga nos mantiene sin voz, en la sombra.

Observé los alrededores, estábamos atravesando la parte más espesa del bosque de Nied. Me sentía cansado y no tenía ni idea de adónde me llevaba mi padre, pero decidí no comentar nada, dejar que siguiera hablando o callara y que en esos momentos de silencio solo se oyeran nuestros pasos en la nieve. Salimos de la espesura. Nos encontramos en la calle Oeser, que une el barrio de Nied con el de Bockenheim, aquí había lugares en los que la nieve se había limpiado y era más fácil caminar. Yo sentía los pies algo más gélidos. Empezaba a resultar algo incómodo caminar y aunque los calcetines no estuvieran todavía mojados, me preguntaba cuánto iba a tardar la humedad en calarme completamente no solo en los pies, sino también en las piernas, los brazos, y me preocupaba que fuera a terminar con un resfriado si no terminaba pronto ese peregrinar por el cinturón verde de la ciudad, sin parar, sabiendo, al ver el cielo encapotado que en cualquier momento se iba a poner a nevar. Se lo hice saber a mi padre y le pregunté cuánto nos quedaba para llegar al destino.

—No mucho —me hizo saber—. En cuanto lleguemos te explico y después vamos a comer algo. Ninguno de los dos tenemos botas de nieve para largos recorridos, pero ya casi hemos llegado y tengo un termo con té caliente y dos pares de calcetines de lana. Había pensado que podía pasar algo así. Pronto te explicaré la razón de la caminata.

En unos diez o quince minutos llegamos al Parque Rebstock, en donde se halla la piscina cubierta más grande de Frankfurt, una obra arquitectónica de finales de los años setenta. Mi padre me guio entre los árboles, recorriendo nuevamente senderos en los que la nieve no había sido limpiada hasta una piedra cuadrada, que estaba bastante oculta entre la maleza, de aproximadamente un metro y medio de altura y de anchura, en donde se podía leer que el parque de Rebstock fue el primer aeropuerto de Frankfurt. Se había fundado en 1912 y se había utilizado en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial como aeródromo principal de los ya no existentes zeppelines.

—Eso no es todo —me comentó mi padre—, durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial se utilizó como base para la artillería aérea. En 1936 se inauguró el actual Aeropuerto de Frankfurt, con lo que las milicias de Hitler tuvieron a su disposición en esta ciudad dos aeropuertos. Del aeródromo que aquí había ya no queda rastro, lo han hecho desaparecer con este parque que se terminó de habilitar como tal en el año 1962. Los políticos han sabido enterrar muy bien el pasado del actual aeropuerto, con sus nuevas terminales, sus modernas infraestructuras y centrándose en el transporte de pasajeros y mercancías y no de material bélico. Solo quería excavar un poco más del pasado antes de llevarte al último lugar. Pero antes vamos a comer. Hay una pizzería bastante económica al otro lado del parque y nos pilla de camino al último lugar que quiero enseñarte, que no es, como este parque, lo que hoy en día parece ser. Pero antes, repongamos fuerzas. Llevamos en total casi cuatro horas caminando.

Mientras nos dirigíamos hacia la pizzería pasamos por una de las dependencias del parque que se había adaptado para albergar a familias de refugiados, era un espacio que la Feria de Muestras habilitaba para que sus visitantes pudieran venir con sus caravanas. Ahora eran los refugiados los que utilizaban este “camping” a la espera de que se les asignara una vivienda social.

Fue agradable entrar en el local. Estaba caliente. Nos quitamos las chaquetas, dejamos que nuestras botas se secaran bajo la calefacción del restaurante y nos cambiamos de calcetines. Comimos, bebimos algo y seguimos conversando. Me preguntaba cómo se encontraba mi padre, porque los casi diecisiete kilómetros que habíamos recorrido desde que salimos de casa estaban haciendo cierta mella en mí, posiblemente porque lo habíamos hecho a través de la nieve. El

almuerzo fue sin duda reparador. Con la tripa llena, el par de calcetines limpios y el calzado seco sentí que me brotaban de nuevo las fuerzas.

—Espero que te sientas bien, Ismael, no era mi intención cansarte, sino que te dieras cuenta de lo extenuante que es caminar a través de la nieve en un día de invierno como hoy, pese a que llevemos un calzado casi adecuado y que hayamos desayunado y comido bien —hizo una pausa y prosiguió—. Los americanos llegaron demasiado tarde, esperaron demasiado para intervenir aquí, en otras ciudades. Vamos a pagar y te explico por qué.

Pagamos lo que habíamos consumido y salimos de la pizzería. Nos dirigimos hacia otro parque adyacente, uno de los parques concebidos más recientemente en la nueva zona residencial de Frankfurt, el barrio europeo. Lo atravesamos y nos encaminamos hacia el centro de la metrópolis del Meno. Después de unos quinientos metros deambulando por este parque, giramos a la derecha en dirección al barrio obrero de Gallus. Dejamos atrás los nuevos edificios con sus apartamentos de lujo y entramos en Gallus, barrio en el que las casas de protección oficial se mezclan con algunos edificios modernistas que sobrevivieron los ataques aéreos de la Segunda Guerra Mundial. Cruzamos la arteria principal de esta barriada, la carretera Mainzer, una calle ruidosa por la que discurren tranvías, turismos, autobuses y camiones, y que está saturada de lunes a sábado. Después, continuamos por una bocacalle todo recto y llegamos hasta una calle paralela a la carretera Mainzer, en la que aparte de algunos edificios de nueva construcción hay algunas dependencias gubernamentales, como el Ministerio de Extranjería, una comisaría de Policía y la Dirección General de Tráfico, son pocos los edificios anteriores a la Segunda Guerra Mundial que quedan en pie, uno de estos edificios es el conocido como Adlerwerke, que en sus tiempos fue una fábrica y que ahora acoge diversas oficinas y un teatro. Entramos precisamente allí, en el teatro. Eran casi las tres de la tarde y había una función de marionetas para los más pequeños sobre un caballero oxidado, que era un miedoso y no hacía nada para librar a la princesa del dragón. Mi padre compró dos billetes y nos sentamos en las últimas filas para no tapar a los chiquillos. Al terminar la obrilla totalmente inocente mi padre me sugirió que nos tomáramos un café allí.

—Conozco al director. Vengo de vez en cuando con tu madre, sobre todo durante el Festival Internacional. Casi siempre viene algún grupo africano y a tu madre le gusta, pero la primera vez que vine aquí no fue por ese motivo. Espera, a ver si vemos a Bern, el jefe, y él mismo te lo cuenta.

Distinguimos a un señor de unos sesenta años un poco gordito, con gafas y de semblante simpático. En cuanto vio a mi padre se dirigió a saludarle.

—Me sorprende verte en un teatro infantil, sueles venir a obras con un poco más de *flair* —le dijo.

—Es que he venido espontáneamente, con mi hijo, ni siquiera sabía si ibais a estar abiertos. Ha sido una casualidad. Quería contarle —le explicó señalándome— la historia de este edificio.

—No es nada de lo que uno se deba enorgullecer, ya lo sabes. Supe del pasado de este edificio después de abrir el teatro y de veras que se me pusieron los pelos de punta.

—Sí, pero es también parte del pasado de la ciudad.

—Lo sé, y tenemos previsto hacer una obra sobre este edificio, sobre lo que fue, lo que pasó. Una representación al estilo de Brecht, con la intención de que el espectador cree su conciencia. Ya te lo he contado, Otto. Tenemos ya un grupo de teatro que está en ello, casi seguro que se estrenará el año que viene por estas fechas. Deberíais asistir. Llevamos muchos años rumiando este proyecto.

—No sé si asistiré. Sabes que el tema me toca personalmente, tanto que preferiría que fueras tú, si tienes tiempo, el que le contaras a mi hijo sobre esta fábrica.

—¡Está bien, lo haré! Deja que hable con algunas de estas familias y le cuento a tu hijo, pero no voy a ir al detalle, sabes que no me gusta demasiado hablar de ello.

Sentarme con mi padre en el bar del teatro, tomar un café, hizo que me percatara del cansancio que me había producido esa caminata de casi veinte kilómetros, pese a mi buena forma física y mi vestimenta. La nieve y el frío habían hecho mella.

Moses y Josef debieron caminar unos doscientos kilómetros a través de la nieve, sin calzado ni ropa apropiada, sin comida o bebida. Solo debió moverles el anhelo de sobrevivir.

La esperanza fue su última compañera antes de morir.

Adlerwerke, el edificio donde hoy se halla el teatro de Gallus, fue la fábrica más grande de bicicletas de Alemania por muchas décadas. Con la llegada del Régimen de Hitler, su propietario, el señor Adler, decidió remodelar su factoría y dedicarse a un negocio mucho más rentable que las inofensivas bicicletas, como era la construcción de armamento pesado, en especial de tanques. Con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, los trabajadores escaseaban, ya que muchos hombres se habían alistado para luchar, a la par que la demanda de armas aumentaba, por lo que el señor Adler, siguiendo la recomendación de altos cargos alemanes, empezó a reclutar mano de obra forzada entre los hombres judíos, los de procedencia rumana o de otras minorías señaladas por el régimen nazi. Adlerwerke se convirtió en un campo de concentración, donde sus reclusos trabajaban ochenta y cuatro horas semanales en ínfimas condiciones laborales, hacinados en poco espacio, con poca higiene y falta de alimento. Fue el campo de concentración con más reclusos por metro cuadrado y con la tasa más alta de mortalidad de todos ellos. No necesito aquí seguir describiendo las consecuencias de este inhumano tratamiento. Además, regía, como en otros campos de concentración, tolerancia cero para cualquier intento de huida, que era castigado con la muerte.

En 1945, cuando los americanos por fin llegaron a Frankfurt, los encargados de la fábrica, con el fin de borrar toda traza de culpabilidad, quemaron documentos, destruyeron cualquier prueba que pudiera haber de los trabajos forzados y trasladaron a los supervivientes confinados en Adlerwerke en tren a Buchenwald, un campo de concentración a unos cien kilómetros de Leipzig. Al ver que este lugar estaba siendo liberado también por las fuerzas americanas, obligaron a todos sus reos a caminar campo a través en dirección a Dachau, que se encontraba a unos trescientos kilómetros de Buchenwald.

Mis tíos bisabuelos, Moses y Josef, estaban entre los hombres que comenzaron esta marcha marcada por la nieve, el frío, la falta de alimento, el calzado y vestimenta impropios para esas condiciones meteorológicas.

Fue en los meses de enero y febrero de 1945. Hace setenta y un años.

Hubo un par de decenas de supervivientes.

La esperanza no les debió abandonar en esas semanas de caminata a través de campos y bosques helados.

Ni Moses ni Josef sobrevivieron.

Después de tantos años no se ha depurado ningún tipo de responsabilidad en torno al campo de concentración Adlerwerke. El propietario sostuvo en vida que las condiciones de trabajo eran buenas y que a los hombres allí reclusos se les alimentaba adecuadamente, que no trabajaban más de lo debido, que dormían y descansaban y que recibían asistencia médica cuando era necesario.

No entiendo cómo pudo llegar a viejo sosteniendo esas mentiras, sin un resquicio de remordimiento.

No sé cómo le pudieron dejar fallecer sin ser juzgado.

Tampoco se juzgó a ninguno de los soldados que vigilaban a los reclusos, aunque los supervivientes describieron lo ocurrido y dieron los nombres de algunos de los responsables.

Hoy, casi nadie sabe que existió un campo de concentración en Frankfurt.

No comprendo cómo Frankfurt puede vivir con ese pasado.

Cómo puede seguir omitiéndolo.

Regresamos a la casa en tren. Estábamos cansados y nos dolían los pies, y eso que solo habíamos recorrido unos veinte kilómetros en la nieve, con calzado apropiado, con bebida y comiendo cuando el cuerpo nos lo pedía...

Mi padre había dejado al descubierto gran parte del dolor que había escondido hace mucho tiempo.

—Ha sido muy bueno hablar del pasado —me confesó—, de cómo me he sentido todos estos años manteniendo todos estos trágicos acontecimientos en mi memoria, pero sin saber cómo dejarlos escapar, cómo liberarme del lastre. Necesitaba hacerlo.

—Me alegra —le comenté.

—¿Y tú, Ismael?

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿cómo te sientes tú al saber por lo que ha pasado tu familia?

—Me parece que es injusto, que nos haya tocado a nosotros, a nuestra familia, acarrear y vivir con estas desgracias. Yo también he tenido experiencias malas, en un medio hostil, pero no se pueden comparar con ninguna de las desgracias que me has narrado. Hablar contigo, escribir lo que llevo escrito de esta novela, me ha hecho recapacitar sobre mi propio pasado y sobre mi presente y ver que hay sucesos e incidentes que han hecho mella en mí y que yo también necesito hablar sobre ellos. Me acuerdo de cuando vivimos en Inglaterra y no me adapté al colegio, de cuando en Madrid me rodeé de malas amistades y no hice otra cosa que poner a mis antiguos amigos y a mis profesores en mi contra. Y aunque estas vivencias no tengan comparación con las que los pobres Moses y Josef sufrieron, creo que nos llevan a la misma raíz, al mismo problema. Nosotros también hemos sido minorías, extranjeros, y esto ha puesto a alguien en nuestra contra, porque hemos sido blancos fáciles.

—Tienes razón, Ismael. El problema en Alemania fue que una gran parte de la nación se puso en contra del pueblo judío y, los que no lo hicieron, tenían demasiado miedo para defenderles. Eso les hizo muy vulnerables. En general no es tan malo pertenecer a una minoría o ser extranjero, lo que es malo es que haya una reacción hostil hacia esa parte de la población —observó.

—Y este es un problema que sigue existiendo y que en algunos países desemboca en conflictos muy parecidos al Holocausto —opiné.

—La humanidad parece no aprender de sus errores, ni de la historia.

Nos quedamos callados. En esta ocasión nos acompañaba un silencio de esos que nos anuncia que estamos discutiendo algo que no tiene solución, que es, por desgracia, innato al ser humano. El tren llegó a su destino y nos apeamos. Había anochecido y el frío se me hacía cada vez más intenso. Mi padre, a pesar de la oscuridad que nos rodeaba, caminaba con más garbo de lo normal, se me hacía más presente, como si por fin tuviera su propio brillo.

En la segunda parte del libro *Piezas en Fuga* el protagonista es Ben, un discípulo de Jakob, que es también de procedencia judía. Ben había sido testigo indirecto del Holocausto, ya que fueron sus padres los que lo sufrieron de niños, un trauma que nunca pudieron curar. El modo en el que educaron a su hijo dejaba a relucir su dolor no sanado, lo que provocó que su hijo Ben acarreará igualmente el trauma de sus progenitores y que tuviera que encontrar un camino para sentirse mejor, que sería a través de la poesía de su mentor y de los diarios que escribió, porque tenían poder curativo.

Nosotros teníamos a Rosa Wasserman.

No sé si la poesía tiene el don de sanar del que Anne Michaels habla, si expresarte a través de esa máscara que te dan metáforas o hipérboles ayuda a expulsar los malos espíritus, a vencer el dolor o a superar un trauma. Sin embargo, creo que algunas poesías de Rosa tienen el poder de transmitirnos paz y optimismo, de hacernos pensar que la Atlántida es posible, que cualquier día puede resurgir, no importa lo profundo que esté.

Prefiero por eso, esta vez, terminar esta parte del libro no con mis reflexiones, sino con las de la propia Rosa Wasserman en su poema *Plurales*.

Y al final ¿qué es lo que queda?
Si olvidamos fácilmente lo que hicimos,
si nos cuesta rescatar lo que enterramos,
si negamos insistentes lo que vimos
y miramos a un futuro que reniega
del presente y del pasado.

Yo prefiero que se unan
los ayeres y mañanas,
que asumamos los errores,
por pretéritos que sean,
que aprendamos
del dolor y de la calma.

Solo así no habrá plurales
como añicos, fauces, guerras,
como exequias, como penas.

Solo así habrá plurales
como albricias o esperanzas,
y ambos, pasado y presente,
alzarán en angarillas
un futuro consecuente
con la historia
y la memoria.

DOS EPÍLOGOS

Ismael se sentó en su escritorio, encendió el ordenador y abrió el documento titulado “Memorias Fugitivas”.

Hizo repaso de lo que había significado escribir este libro, de las dificultades y escollos que había encontrado al principio. No había sido fácil hilvanar las escasas memorias que él tenía con los exiguos documentos que pudo reunir sobre su familia paterna, un puzle a veces, un misterio en otras ocasiones. Dejó las páginas pasar, leyendo algunos párrafos con la misma sensación que le había invadido durante todo el proceso de escritura: inseguridad. Ismael no estaba seguro de haber sido suficientemente riguroso y fidedigno, dudaba incluso de si había logrado su objetivo original con este libro. Quizás la novela se alejaba algo de su idea primaria —una crónica que narrara al detalle los pesares y desventuras de su familia— pero no había sido posible reunir los datos oportunos para redactar un libro de memorias. Además, durante la composición de los diferentes capítulos había meditado sobre muchos temas y no pudo evitar incluir sus reflexiones, divagar, todo ello con cierto desorden, como la propia vida.

Era consciente del final incierto, de ese acercamiento entre padre e hijo, a lo mejor algo decepcionante, demasiado abierto, incluso sin desenlace. Le hubiera gustado concluir el libro con el encuentro de Ismael Pauli con su tío abuelo, el chiquillo que desapareció camino de las Américas, mas sabía que la posibilidad de esa reunión era remota, que habían pasado demasiados años, que Ismael podía tener otro nombre, podía haber fallecido o carecer de memoria... Si ninguno de sus antecesores había sido capaz de encontrarlo, por qué habría de ser él el que tuviera éxito en esa empresa. Ismael, sin embargo, albergaba la esperanza de encontrar a algún miembro de su familia perdida, sobre todo después de haber dado con alguien que parecía ser la hija de Rubén Rosenhalt, el hermano de su bisabuela Esther, y que vivía en la misma ciudad que él, al otro lado del río.

Había dado con ella por pura casualidad, a través de una página web llamada Geneanet, que él utilizaba para reconstruir el árbol genealógico familiar y que ya le había proporcionado algún que otro nombre. Cuando investigaba sobre los hermanos de su bisabuela, que tuvo como nombre de soltera Rosenhalt, en especial Rubén, ya que era el más citado por su padre, recibió una carta de una tal Elise Zorn, que aseguraba ser la hija de Rubén y que, fortuitamente, vivía en la misma ciudad que Ismael... Se encontraron un par de veces, intercambiaron informaciones, documentos, las pistas que tenían sobre los antepasados, de los que no existía constancia de que hubieran fallecido, y ambos se sintieron más cerca de completar su árbol genealógico y quizás de encontrar a algún pariente cercano o lejano con vida. Si ellos se habían podido localizar, a lo mejor se toparían con algún familiar más...

Miró a través de la ventana, le gustaba hacerlo, porque se divisaba el río que había sido y es tan importante en la urbe donde vivía. Le complacía la ciudad donde vivía, una ciudad moderna, con sus rascacielos de cristal resplandeciente que dominaban el centro de la metrópolis y que parecían observarnos, que se imponían de tal manera, con tanto carácter, como si estuvieran intentado borrar el pasado de la gran metrópolis. Le gustaba la ciudad, su ciudad ahora, sobre todo por su amplio río, ese río que conducía al mar, un río que serpenteaba a lo largo de la metrópolis conectando y separando sus barriadas al mismo tiempo, un río que tenía su historia plagada de escenas truculentas, de desgracias, con sus periódicas inundaciones, una historia que casi todos los habitantes desconocían.

Vivía sin duda en una urbe concebida para los que carecían de hogar, como él, habitada por personas de los cinco continentes. Algo que siempre había sido así, desde su fundación y a lo largo de la historia, porque la ciudad había ido atrayendo a diversos pueblos, a gentes diferentes,

que se asentaban en ambas orillas, que a veces se entendían entre ellas, otras veces no. Hoy era una ciudad refugio, una metrópolis para “forasteros”. Allí estaba precisamente la riqueza de esta urbe, en su diversidad, en la posibilidad de aprender de los que son en apariencia diferentes a nosotros, de crecer intercambiando experiencias, compartiendo. Allí estaba la riqueza de la humanidad y no en el ofuscamiento, en el sentirse superior, en el querer solo relacionarse con un grupo, en el ignorar o infravalorar a los que no son semejantes.

Cerró los ojos y se imaginó un mundo compuesto de ciudades como esta, en la que él habitaba, una Atlántida a veces, una torre de Babel en otras ocasiones, pero en la que imperaba el entendimiento sobre la intolerancia. No era la urbe perfecta, pero al menos se vivía con un grado aceptable de condescendencia.

Leyó las últimas frases que había escrito, la traducción del poema de Rosa Wasserman, y decidió añadir su propio epílogo.

«Sé que todavía no he terminado y por eso presiento que esta no será mi última novela, que me queda mucho por contar. Me falta explorar en el pasado de mis parientes maternos, descubrir qué ha movido a mis abuelos guineo-ecuatorianos a salir del país para convertirse en extranjeros, explorar en el pasado de mi madre, en su larga estancia en Madrid, en cómo vivió los frenéticos cambios de los años setenta y ochenta, ponerme en la piel de su madre, yo, que también erro de una a otra nación sin raíces definidas, entender o imaginar cómo debió sentirse, cómo logró hacerse a la ciudad de Madrid, que hoy Imara tanto admira. Debo también narrar mi reencuentro con Tim, algo que todavía no ha sucedido, aunque acaricio la idea de pasar un par de semanas en Southend, Inglaterra, hace ya algún tiempo. Soy consciente de que es necesario llevar a cabo este plan si quiero destapar la “verdad” sobre esos años y enfrentarse cara a cara con ese pasado que me ha asolado con pesadillas cuando era un chiquillo, que incluso hoy sigue persiguiéndome. Me falta narrar mi propia crisis adolescente que experimenté en los primeros cursos de secundaria, mi rebelión con o sin sentido hacia todo lo que le rodeaba, ese momento de mi vida en el que saltarme las normas me traía una especie de compensación, de resarcimiento con el pasado... Tal vez también debería fabular sobre su querida hermana Isabela, y sobre Juan, que no dejan de ser eternos forasteros, como mi madre, yo o incluso mi propio padre. Es demasiado para solo un libro, sobre todo si este es el primero, necesito algún tiempo para ordenar estas tramas.»

Ismael releyó los últimos párrafos que había escrito y pensó que el protagonista de su novela, un Ismael definitivamente más joven que él, que tenía poco más de veinticuatro o veinticinco años, no podía terminar su primer libro de esa forma, tan solo prometiendo que iba a continuar. Sabía que el lector tenía que ser consciente de que sus relatos no habían concluido, de que quedaban algunas piezas por encontrar y mucho por relatar, pero pensó que la novela necesitaba una conclusión, una tesis, como diría Juan, un final que transmitiera esperanza y optimismo. Ismael recapacitó un poco y continuó escribiendo su epílogo:

«Supongo que no es suficiente con asegurarnos que quedan muchas historias por narrar, que intentaré mejorar y relatar con más detalle y con menos vaguedades lo que me falta, que los

nuevos episodios serán, si es posible, más atrayentes y cautivadores. Si os hago esperar, supongo que debería no solo llenaros de promesas, sino también brindaros una primera conclusión, algo que se me hace difícil, quizás por mi juventud, quizás porque me doy cuenta de que no hay una tesis única en lo que hasta ahora llevo escrito, que cada uno de vosotros podéis decidir cuál es vuestra opinión sobre las diferentes cuestiones que os he ido planteando a lo largo de los capítulos: qué hace que nos sintamos desarraigados, dónde están los límites entre real y ficticio, entre memoria e historia, por qué no es fácil decidirse entre hablar y guardar silencio, si existe la posibilidad de hacer de nuestro mundo una Atlántida y, por último, si la poesía tiene un poder curativo, si nos puede ayudar a superar traumas, a comprender mejor los sentimientos de otras personas.

Hay un poema de mi tía bisabuela, Rosa Wasserman, titulado *Poesía*, que siempre me ha gustado y que creo que defiende la tesis de que la poesía puede ayudarnos a superar dificultades. En este poema, mi tía bisabuela insiste en la importancia de no pensar que la poesía es un género obsoleto, que solo se preocupa de temas nimios o de describir la belleza, que la poesía tiene mucho más poder del que pensamos, sobre todo si canta a los sentimientos más simples. La lírica, entendida como la expresión más pura de nuestra humanidad, podría tener el poder de unificarnos y de hacernos más humanos.

Ahora, para no aburriros más con mis elucubraciones, os dejo con las palabras de mi antepasada:»

POESÍA

Poesía, no me hables de nenúfares y rosas,
ni me lleves a palacios de princesas engreídas,
no me mezcas con las musas del pasado,
esas que siempre exaltaron la belleza y la armonía,
esas que siempre midieron las palabras de los versos,
las estrofas,
que llenaron los papeles de metáforas y elipsis.

Poesía, aunque cantes al amor, no lo hagas solamente
a esa fase que nos ciega, nos compunge y nos alegra,
a esa etapa
de ebriedad y alteración, de albedrío y dependencia,
no te olvides que ese estadio es transitorio,
que el apego y el querer tiene otras formas.

Poesía, pisa fuerte, deja huellas en la arena,
en caminos transitados, en aceras y en asfalto,
no te escapes a las nubes,
donde pocos te comprenden y te escuchan.
¡Ven aquí!
donde muchos aguardamos,
donde algunos deseamos
entenderte.

Poesía, háblanos ingenuamente,

cual si fuéramos plebeyos,
sé locuaz sin verborrea,
comunica sin palique,
sin facundia.

Poesía, no te olvides que tú tienes un poder para sanarnos,
que tú puedes ayudar a que entendamos los pesares,
a que pensemos qué errores
no son más que una experiencia necesaria.

Poesía, sé sostén si hiciera falta,
amparo si hubiera escollos,
regenera al afligido,
fortalece al que ha perdido,
alivia al convaleciente.

Sé compañera y no diosa.

Con estas últimas palabras y la traducción del poema de Rosa Wasserman, titulado originalmente *Gedichte*, Ismael dio por concluida su primera novela.